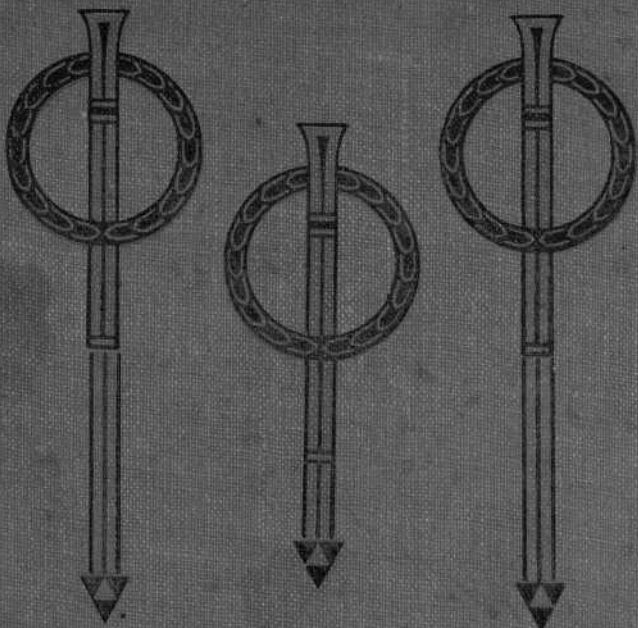


Navarro Villoslada

Amaya

ó

Los Vascos en el Siglo VIII



Apostolado de la Prensa



Canuda, 24
Tel. 93 317 01 44
08002 Barcelona

3 vol.
72 €

+ 1116531
c.



D. 2
Cm

AMAYA

o

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

Miguel @ mig Loura

San Est 8/8 - 1916

AMAYA

○

LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. F. NAVARRO VILLOSLADA

TOMO I

MADRID

ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

7 — San Bernardo — 7

1914

LIBRERIA DE S. JOSÉ
SUCESORES DE F. GEL' GERONA

AYAMA

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

A LOS SEÑORES

D. Manuel y D. Luis Echeverría y Peralta.

Hijos de una misma provincia, compañeros en cargos políticos de muy honrosa confianza, constantes amigos en [próspera y adversa fortuna, en el estruendo de la vida pública y el grato silencio de la privada, identificados siempre por acendrado amor a la tierra vasconica, era natural mi deseo de unir también nuestros nombres en obra que reflejase nuestro común apego al suelo en que nacimos y el cariño a las leyes, costumbres y gloriosas tradiciones de la patria

He derramado [en AMAYA, a falta de galas de ingenio, los más íntimos y puros afectos del corazón; si por ventura he sabido interpretar los sentimientos de ustedes, dignense aceptar este libro, y como nuestros nombres, vayan en él unidas nuestras almas.

El asunto requería una epopeya; pero sin

alas para volar tan alto y abatido por la tristeza que infunde lo presente, me quedo rastreando en la elegía. Si nuestros hijos guardan esta obra, por el dolor de sus padres aprenderán a estimar los consuelos que Dios, sin duda, les reserva.

Francisco Navarro Villoslada.

Madrid, 1.º de Mayo de 1879.



INTRODUCCIÓN

Los aborígenes del Pirineo occidental, donde anidan todavía con su primitivo idioma y costumbres, como el ruiseñor en el soto con sus trinos y amor a la soledad, no han sido nunca ni conquistadores ni verdaderamente conquistados. Afables y sencillos, aunque celosos de su independencia, no podían carecer de esa virtud característica de las tribus patriarcales, llamada hospitalidad. Tenían en grande estima lo castizo, en horror lo impuro, en menosprecio lo degenerado; pero se apropiaban lo bueno de los extraños, procuraban vivir en paz con los vecinos, y unirse a ellos, más que por vínculos de sangre, con alianzas y amistad.

Si quebrantaron esta regla, fué dejándose llevar de bondadosa condescendencia con los extranjeros. Quince siglos antes de Jesucristo, los vascos ribereños del Ebro principiaron por albergar a los celtas en su feracísimo territorio, y concluyeron por confundirse con ellos, formando la gran familia celtibérica, que tuvo solar en lo mediterráneo de la Península, y capital en Numancia. Los mismos pirenaicos que se mantuvieron a la orilla izquierda del río, ufanos con la pureza de su sangre y su idioma, dejaron a los celtas instalarse por largo tiempo en los llanos de Alava, hasta la boca

de la Burunda, y más tarde se hicieron amigos del cartaginés Aníbal, le abrieron paso y le acompañaron a la vanguardia de la maravillosa expedición de Italia, según lo recuerdan todavía en una de sus más hermosas canciones.

Años después sostienen guerra contra César Augusto, para terminar la cual conviértense en aliados suyos, y con tal lealtad estrechan su mano, que Roma no tuvo nunca mejores amigos, y a la caída del imperio, Paulo Orosio, testigo presencial de la catástrofe, los hace más romanos que los romanos mismos.

Nunca, sin embargo, los fáciles amigos de celtas, cartagineses y latinos, con quien se avienen a pesar de la diferencia de casta, lengua y religión, nunca aceptaban alianza ni trato, paz ni tregua siquiera de los pueblos septentrionales que cayeron sobre la Europa meridional, y a borbotones se derramaron por España en el siglo v.

Provincias imperiales, naciones cultas, todos los pueblos conocidos se encorvaron y tendieron desfallecida cerviz al látigo, más bien que al yugo del vencedor; los vascos sólo permanecieron en pie, y se atrevieron a mirarle frente a frente, y le arrojaron el guante a la cara, enarbolando estandarte de santa libertad en la cresta de los Pirineos. Y enhiesto supieron mantenerlo allí por espacio de tres siglos.

Por aventurado y peregrino que parezca semejante aserto, por inverosímil e inexplicable que resulte el hecho, la historia misma, escrita por visigodos—no tenemos otra,—se encarga de justificarlo.

En efecto: si con debida imparcialidad examinamos los escritos contemporáneos, no dejará de llamar nuestra atención que sus autores apenas mencionen el

advenimiento de monarcas visigodos como no sea para advertirnos que su primer hazaña, al ocupar el trono de Sevilla o Toledo, fué *domar a los vascones*, nombre antiguo de los navarros, que desde las montañas de Jaca poblaban por la falda de los Pirineos hasta Pasajes, de allí frente a Logroño, y descendiendo al riquísimo valle que fecunda el Ebro, llegaban cerca de Tarazona, siendo una de sus principales ciudades la nobilísima Calahorra.

Consta que Requiario, Eurico, Leovigildo, Recaredo, Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Recesvinto y Wamba, *sujetaron a los vascones*, frase que, constantemente repetida por espacio de tres centurias, viene a significar precisamente lo contrario de lo que suena. «Sisebuto y Suintila, dice el docto Sr. Cánovas del Castillo, testigo de mayor excepción en la materia (1), pelearon asimismo con la gente vascona en los llanos de Alava y la Rioja, sin penetrar, *ni intentarlo siquiera*, en el interior de las montañas vascongadas.»

Y consta, por historiadores árabes, que la noticia de la más lastimosa y célebre invasión sarracénica en Andalucía, *sujetando a los vascones*, sorprendió cerca de Pamplona al último rey visigodo.

Tan larga serie de conquistas *definitivas*, que sólo termina con el súbito hundimiento del imperio conquistador, es argumento concluyente a favor de la independencia de un pueblo que no tiene historia propia que oponer a la de los extraños, ni más diplomas que sus cantares, ni más archivos que tradiciones y leyendas.

(1) *Los vascongados*, por Rodríguez Ferrer.—*Introducción*, por el Sr. Cánovas del Castillo, 1873.

Y si a estas y otras pruebas, que por amor a la brevedad omitimos, se agrega el testimonio vivo del idioma y del linaje, purísimo resto arqueológico, animado hasta hoy como por arte de encantamiento, no puede menos de maravillarnos que algunos críticos tomen por lo serio la frase de *domuit vascones*, que los godos tenían como en estampilla para añadir al nombre de cada nuevo monarca toledano.

Esa guerra constante de trescientos años, que principia por la invasión de los septentrionales y concluye por su desaparición, no se funda en la diferencia de castas, pues ya hemos visto a los vascos de la ribera, nada esquivos ni zahareños, amalgamarse con celtas orientales y casi hiperbóreos, y aliarse con astutos cartagineses meridionales; no se nutre en antipatías religiosas, porque al principiar la guerra, ni todos los vascos eran cristianos, ni a la conclusión de ella dejó de haber ningún visigodo que no fuese católico; tampoco se explica por la aspereza del territorio pirenaico, porque Pirineos más salvajes aún que el Occidental son los del Centro y Levante, que los godos cruzaban sin tropiezo alguno, comunicándose por ellos con la galia Narbonense, parte a la sazón del reino hispano.

¿A qué causa, a qué razón obedece el fenómeno histórico que estamos contemplando?

Los críticos modernos quieren hacer aquí distinción entre vascones y vascos, es decir, entre Navarra y Provincias Vascongadas. Suponen a los primeros indómitos, feroces, intratables, salteadores de llanos y campiñas ocupados por los enemigos; y a los otros, tan blandos y bonachones, que no sólo no guerrearon con romanos ni visigodos, «sino que tampoco tomaron tan a pechos... cuanto los moradores de otras regiones

más pobladas y ricas, y más cultas sin duda, la independencia política que ellos de hecho conservaban siempre entre sus breñas». — «Mientras aquellas pacíficas tribus iberas, prosiguen, vivían así apartadas de todo externo influjo, y sin entender por lo común a los beligerantes, ni ser por ellos comprendidos, reyes, caudillos, naciones enteras pasaban al pie de sus montañas sin hacer alto, curándose poquísimo de tal gente, y de la tierra inhospitalaria a la sazón, que la habitara.»

No está la historia conforme con semejante explicación. De cuatro grandes ciudades construídas en el largo transcurso de tres siglos por aquellos bárbaros, que empuñaban el azote de Dios, enviados a destruir más que a edificar, tres fueron erigidas en territorio vasco: a la falda de Gorbea, Leovigildo fundó a Victoriaco; al opuesto lado, Suintila impuso a los ribereños del Arga el castigo de construir a Ologitum (Olite); en su tiempo también se alzó Fuenterrabía, en la desembocadura del Bidasoa, y para completar el formidable cuadrilátero, Wamba, por último, fortificó a Pamplona, plaza entonces inexpugnable y punto el más avanzado de sus conquistas. No dieron, pues, escasa importancia los visigodos a la tierra pirenaica.

El interés de la resistencia era común, la guerra debió de ser general y por todos los vascos más o menos directamente sustentada; y si a los navarros tocó pelear en la vanguardia, ha de atribuirse a condiciones topográficas o de otro orden, en cuyo examen no podemos entrar a la ligera. En estas páginas procuraremos explicarlo.

Se trata de uno de los más hondos misterios de nuestra historia: duelo parece de pueblo a pueblo;

combate singular entre dos héroes, uno de los cuales se llama imperio godo y otro *escualerri*, tierra vascongada. Guerra a muerte en que pelear es vivir, y abandonar el arma, sucumbir y caer en la huesa. Duró más de tres siglos, como pudiera haber durado menos de tres semanas si uno de los combatientes hubiera querido ceder; como habría durado otras tantas centurias si el postrer testigo del duelo no hubiese echado el montante, separando a tan encarnizados enemigos, que al fin deponen sus odios para unirse contra él. Y porque no falten ni la leyenda ni la máquina poética en esta magnífica epopeya, ahí están, por un lado, los godos con maravillas del orden sobrenatural que espantan, y por otro los vascongados, la raza superviviente, sin rastro ni memoria de ningún héroe, sin haber conservado el nombre siquiera de aquellos esclarecidos guerreros que debieron acaudillar muchedumbres heroicas por espacio de más de trescientos años. ¡Lástima para unos cuantos capitanes, pero gloria para todo el pueblo, que de esta manera se destaca en el horizonte de la historia con la magnificencia de la soledad!

¡Qué sublime espectáculo, sin par tal vez en los anales del mundo, ofrece esa tenaz y desesperada resistencia del débil contra el fuerte, coronada al fin con la victoria del poseedor pacífico y honrado contra el injusto agresor!

Al transportarnos en alas de la fantasía a tan remotas edades sentimos en el alma la grata frescura de la virtud sencilla, del heroísmo espontáneo y modesto, del vigoroso amor patrio, como al subir a las montañas se perciben auras purísimas, siempre renovadas, aromas acres y vivificantes, alegría restauradora y ese

bienestar inefable que físicamente nos dilata el pecho y moralmente nos eleva a Dios.

¡Gloria a Dios y lancémonos a las tinieblas de lo pasado por entre selvas seculares y monumentos megalíticos, sin más guía que frases de la historia, fragmentos de cantares, leyendas y tradiciones, a sorprender a dos grandes pueblos en el supremo momento de su implacable lucha, para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras, y cómo viene a ser principio lo que parece fin; que fin es lo que en vascuence significa *Amaya*, y en lenguaje cristiano se llama Providencia!



PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Del habla que tuvieron el Rey y su ministro.

A principios del siglo VIII, el imperio visigodo, cuya capital era Toledo, se extendía desde la Galia Narbonense hasta más allá de Tánger, sin que los Pirineos de Aragón y Cataluña, ni el Estrecho de Gibraltar, sirviesen de límites al dominio hispano.

Sólo algunas tribus ibéricas que poblaban las faldas pirenaicas desde el Adur hasta el Ebro, se mantenían independientes, sosteniendo lucha tenaz, que desde las primeras embestidas de los suevos contaba ya cerca de trescientos años.

El territorio más accesible de las vertientes meridionales, abierto y desprovisto de natural defensa, sucumbió desde luego al mayor número; Suintila, y Wamba mucho más tarde, estuvieron a punto de enseñorearse de Vasconia; pero las sierras y barrancos, con sus selvas y precipicios, sus cuevas, torrentes y cataratas, conservaron siempre la primitiva indepen-

dencia, como los picos altaneros guardan la nieve, que no pueden derretir los soles de cien siglos.

Dominaban los godos por un lado las llanuras comprendidas entre las dos cadenas de montañas que arrancando de la parte superior del Ebro y separándose en Alava, tornan casi a juntarse en la Burunda; y salvando con harto peligro tan angosto paso, llegaban los conquistadores a la cuenca de Pamplona, ciudad que constituía su principal presidio. Y por el lado opuesto, es decir, por la parte del Arga, ceñíanse a las pingües riberas de este río, desde su magnífica desembocadura hasta aquella plaza, donde se unían entrambas curvas. Rudos brazos de hierro, cuyas manos se enlazaban en Pamplona, pesados y sin fuerza muscular para estrujar lo que abarcaban, sólo oprimían la tierra que tenían debajo. En el centro de ese círculo respiraban en libertad las sierras de Cantabria, de Urbasa y Andía, con los ricos valles que esmaltan sus laderas como vellones un manto de armiño; y fuera de la periferia vivían, no sólo independientes, sino hasta cierto punto en paz y holgura, los moradores de Guipuzcoa, Vizcaya, y contrafuertes de las casi inaccesibles alturas del Pirineo central.

Hemos usado la palabra *dominación*, porque los visigodos poseían ciertamente en el anillo territorial que dejamos trazado, ciudades en que guarecerse, tierras que cultivar, y alguna, aunque siempre arriesgada, comunicación entre sí; mas no parece digna de aquel nombre la ocupación no pocas veces interrumpida, con frecuencia turbada por sobresaltos y amenazada siempre de poblaciones en que los conquistadores vivían como bloqueados, y de campos que se aventuraban a sembrar a riesgo de que los conquistados

recogiesen el fruto. La necesidad en que se vieron los visigodos de fundar tres ciudades en país vasco, sin contar la restauración de Pamplona, prueba lo difícil que debía de serles en antiguos tiempos sostenerse allí. Pero en la época en que comienza nuestra historia, estas dificultades subían de punto por la flojedad consiguiente a los desórdenes del último reinado.

Los godos se mantenían a la defensiva y en casi forzado reposo. Witiza, que había destituido y arrancado los ojos a Favila, duque de Cantabria, con mando militar y político en toda la región pirenaica, separó también a Ranimiro, de la familia real de Chindasvinto, deudo, por consiguiente, de Favila, tiufado, conde en la Vasconia y uno de los más activos y expertos capitanes godos en aquella tierra.

Los gobernadores que les habían sustituido, ni eran tan vigorosos ni podían disponer de los medios necesarios para continuar la guerra. Proseguíanla con desaliento, como si adivinaran la inutilidad de todo esfuerzo y la proximidad de la catástrofe.

Pero a fines del año 710 los visigodos habían estrenado rey, lujo que con frecuencia sobrada, aun para monarquías electivas, se permitía la imperial Toledo. La faz de las cosas debía de cambiar, por consiguiente, si el nuevo monarca seguía la costumbre de domar a los vascos, de que no prescindían sus predecesores.

Una revolución asombrosamente dirigida derribó, en efecto, del trono a Witiza, tan aborrecido por su impiedad como por sus liviandades. Púsose al frente de la conspiración un griego o romano, esto es, español latino, llamado Eudon, que acababa de llegar de Bizancio, con grande y al parecer merecida reputación de valor y sabiduría.

Hízose en poco tiempo amigo de Rodrigo, que vivía obscurecido, procurando que el rey y la corte se olvidaran de que era nieto de Recesvinto, hijo de Teodofredo, asesinado por el monarca reinante, y sobrino carnal de Favila. Prudente y casi obligada modestia en tiempos en que ser de su estirpe era vivir de milagro.

Eudon le prometió la corona, y cumplió en breve su palabra.

Habiendo observado que Witiza, para retener a los godos, avergonzados ya de tanto escándalo, quería hacerse jefe del partido antiespañol, resucitando la famosa ley de razas derogada por Recesvinto, fundador de la unidad política de la monarquía, trató de ponerse al frente del partido español o romano, y fueron tan hábiles sus maniobras y tan rápidos sus movimientos, que, a pesar de haber empleado como ariete el popular tumulto, la primera noticia que Witiza tuvo de la conspiración fué verse preso por los amotinados.

Constituídos éstos después del triunfo en junta (senado romano la llaman los historiadores), representaron la conocida farsa de la elección; y naturalmente, pensaron en nombrar al nieto de aquel gran rey a quien tanto debían los españoles por haber derogado los aborrecidos privilegios góticos. Sólo había una dificultad que vencer, según los oradores del senado: la resistencia de Rodrigo a salir de la feliz obscuridad en que vivía con su bellísima esposa Egilona, en las dulzuras de la vida privada. Fueron, pues, a persuadirle de la necesidad que tenía de aceptar la corona, suplicándole, casi con lágrimas, que en aras de la patria moribunda hiciera el sacrificio de ocupar el trono.

Resignóse el conspirador, y nombró a Eudon, como era consiguiente, conde de los Notarios, o sea ministro de Estado.

Eudon lo merecía, según la jurisprudencia de los pronunciamientos, que, por lo visto, parece antigua; pero tuvo además el mérito real de no derramar ni una gota de sangre. Rodrigo, en cambio, no perdonó a Witiza.

Poco después de estos sucesos, en la primavera de 711, llegó a reinar en Toledo una especie de fiebre antivascónica. Sisebuto y Ebbas, hijos de Witiza, convertidos con general asombro en flamantes y desinteresados amigos del matador de su padre, pasaban también por entusiastas partidarios de la prosecución de la guerra y conquista definitiva de los rebeldes iberos. La campaña vascónica era para ellos empresa de honra nacional, y forzosa, por tanto, aun en el caso de que no correspondiese a las esperanzas por todos concebidas.

—Mas no será así—decían al rey estos excelentes patricios;—domaremos a los vascones si no andamos con mezquindades; si emprendemos la guerra a muerte que hasta ahora no han querido hacer nuestros mayores; si vos, serenísimo señor, vais en persona a dirigir las huestes, aunque nos quedemos acá sin un pedazo de pan, sin un soldado.

No sonaban mal semejantes discursos en los oídos del rey, más guerrero que político, valiente, ganoso de laureles y resuelto como nadie a debelar a los vascones, por lo mismo que Witiza los había tenido abandonados; y no disgustaban tampoco a los judíos, harto quebrantados con la muerte de su protector, y que instintivamente se arrimaban a la opinión de los hijos

de su antiguo amigo, aunque los viesan figurar entre los primeros cortesanos de su verdugo.

Como quiera que fuese, se decretó la guerra, y tropas y más tropas, y municiones y bastimentos, fueron llegando a Calahorra, Victoriaco, Ologitum y Pamploña. Arietes, catapultas y otras máquinas de batir no eran necesarias, toda vez que los montañeses no tenían más fortalezas que sus rocas y desfiladeros, si se exceptúa alguna que otra casa fuerte condecorada con el nombre de castillo, que sólo servía para evitar golpes de mano, no para larga defensa.

Eran los visigodos grandes militares, y sobre todo eminentemente organizadores, y tenían el ejército dividido en tiufadías o regimientos de mil hombres, mandados por milenarios, quingentarios, centenarios y decanos, que correspondían a nuestros coroneles, comandantes, capitanes y oficiales. En el arma de caballería no reconocían rivales. Prepósitos o generales de brigada mandaban varias tiufadías, y un prepósito general, o general en jefe, todo el ejército. El Rey había confiado este cargo a Pedro, gobernador de la provincia tarraconense y duque de Cantabria. Susurrábase, sin embargo, que este último puesto lo quería Eudon para sí, como retiro muy semejante a reinado feudal.

Dividíase el imperio visigodo en provincias tamañas como un mediano reino, y una de las mayores era la de Tarragona, que comprendía los Pirineos del uno al otro mar, las famosas sierras cantábricas, hasta confinar con Asturias, y las riberas y valles del Ebro, desde su nacimiento, cerca del Océano, hasta su desembocadura en el Mediterráneo.

Los gobernadores civiles y militares de las provin-

cias llamábanse duques; y el de la región pirenaica, que desde el tiempo de los romanos llevaba el nombre de Tarragona, su capital, ya en los tres últimos reinados se conocía con el título de Cantabria, sin duda por la creciente importancia del distrito occidental de región tan vasta, denominado Cantábrico por griegos y latinos.

Y como si todos estos preparativos no fueran suficientes, anuncióse la próxima marcha del rey a Vasconia con su brillante guardia pretoriana, a cuya cabeza, como conde de los Espatharios iba Pelayo, hijo de aquel Favila a quien Witiza había destituido del ducado de Cantabria.

No quiso Rodrigo, sin embargo, ponerse al frente de la hueste sin escudriñar, temerario y supersticioso, lo futuro. No dudaba del buen éxito de la campaña; pero eran tantos y tan diversos los consejos que se le daban y las acusaciones que las parcialidades mutuamente se dirigían; tan harto estaba ya de oír hablar mal de todos y de que se le echase en cara su confianza, siquier efímera, cuándo en unos, cuándo en otros hombres, que perdida la brújula en achaque de personas, se lanzó desatentado a regiones donde sólo supercherías o malas artes podían tener cabida.

Había en Toledo un antiquísimo palacio soterraño, que el vulgo creía encantado, y donde nadie se atrevía a entrar. Diz que allí se guardaba el secreto de lo futuro; pero que abrir la puerta y escaparse en tropel todas las calamidades, como de la caja de Pandora, todo sería uno. Por lo cual el palacio siempre estaba cerrado.

Rodrigo, determinado y audaz, se fué una noche al temeroso y solitario edificio, y sin curarse de candados

y cerrojos, a hachazos hizo astillas la puerta. Tomó una tea y entró solo, pues nadie se aventuró a seguirle, saliendo al poco rato pálido y taciturno.

Después de paso tan imprudente, llamó a su primo Pelayo y a Pedro, duque de Cantabria, y grave, pero sereno y animoso, habló con ellos de la próxima campaña, y luego recibió la visita de Eudon, que debía de estar algo más enterado de lo ocurrido, y de quien esperaba, por tanto, alguna reprimenda.

Era el único hombre a quien temía; pero el rey había imaginado ya la manera de contentarlo.

Entró muy respetuoso el joven ministro en una cámara del Pretorio, nombre que daban al alcázar edificado por Wamba, en sitio ameno y de solaz, propio para aliviar la frente de la pesadumbre del gobierno, y halló al rey muellemente tendido en un triclinio, cerca de la mesa, que también tenía este nombre, y en la cual brillaban copas y garrafas de oro con vinos generosos que llenaban de fragancia el aposento.

Vestía Rodrigo túnica o estringe de lana blanca y amículo de púrpura, con profusión de anillos y brazaletes. Parecía mujer en el traje y afeites, y acababa de darle femenino aspecto blonda cabellera ensortijada y olorosa, que le caía por hombros y espalda; pero su rostro era varonil, su mirada presta y soberbia, que alguna vez humillaba la superstición, nunca la amenaza.

—Eudon—le dijo,—mañana salgo para Pamplona con Pelayo y el duque de Cantabria; tú, con harto sentimiento mío, te quedas aquí, nombrado, además de conde de los Notarios, conde de las Largiciones y del Tesoro; te quedas en mi lugar y haciendo mis veces, porque eres aquí necesario. No podría yo salir si tú faltaras de Toledo.

—Y yo, serenísimo señor, vengo a suplicaros que no os alejéis de la metrópoli. Quizá os vaya en ello el trono y la vida.

—No lo creas, amigo mío—exclamó Rodrigo sonriéndose;—lo he consultado ya; nada podemos temer. El mal no ha de venir por aquella región de los Pirineos.

—¡Lo habéis consultado!—exclamó el conde afectando sorpresa.

—No podía ser contigo, porque tú, como extranjero, que sólo de oídas conoces a los vascos, no estás enterado de sus costumbres; pero gentes que los han visto de cerca, mi primo Pelayo, por ejemplo, hijo del pobre ciego que vive en Vasconia, me dice que su semblante es dulce y apacible, que visten sayo obscuro y van en cabellos, sin tocado ni armadura en la cabeza.

Eudon se quedó mirándole de hito en hito, como si dudase de su juicio, y luego fijó los ojos alternativamente en su rostro y las copas, sospechando alguna falta de sobriedad.

—Pero eso ¿qué tiene que ver con vuestra marcha? ¿Qué importa en tan graves negocios que los vascos vistan de esa u otra manera?

Rodrigo se levantó, y acercándose al conde con aire entre familiar y misterioso, le dijo murmurando:

—Todo lo sé; lo he visto todō. Antes de emprender la guerra he querido entrar en el palacio encantado.

—¿Y qué?...

—Allí, según la tradición, están retratadas las gentes que pueden ser funestas al imperio de los godos.

—¿Y era cierto? ¿Las habéis visto? ¿Las conocéis ya?

—Pintadas están en lienzos guardados dentro de una caja, y al pie de esas imágenes de horrible catadu-

ra, leyenda roja, como de sangre, dice: «¡Rey de los godos, guárdate del fin! For estas gentes se ha de perder España». Ya estoy tranquilo, porque esas gentes, amigo mío, no son los vascos. Pelayo me los ha descrito, y no se parecen a las figuras que he visto dibujadas. Iré a los Pirineos, seguro ya de que allí me aguardan lauros, gloria y salvación.

—Señor, yo soy también un tanto supersticioso, y me habéis hecho picar el cebo de la curiosidad. ¿No pudiera saber cuyos son los retratos de los malandrines del palacio encantado?

—Visten turbantes de colores y capotillos blancos, y tienen el rostro aceitunado, aunque de bellas y enérgicas facciones.

—Moros, vasallos vuestros de la provincia Tingitana. Podéis pedir el dinero al que os ha vendido esas profecías, pues acá, de balde sabemos que hacia la Bética está el peligro de España. A mayor abundamiento, el conde Teodomiro nos lo escribe todos los días. ¿Y no habéis reparado si esos berberiscos, con turbante y alquicel, se parecen un poco a los hijos de Witiza y al conde de la Tingitana? ¿No habéis visto entre esas pinturas el retrato de ninguna mujer?

—¡Eudon!—exclamó el rey mortificado y sorprendido.—¿Qué quieres decir? ¿Por qué confundes a Juliano, de quien ya tenemos motivos de sospechar, con los generosos y leales príncipes que tantas pruebas de abnegación han dado, olvidando la muerte de su padre y sometiéndose incondicionalmente a mi imperio? Ellos, deudos de Wamba, ¿qué más pueden hacer que deponer sus odios ante el peligro de España y unirse al rival linaje de Recesvinto?

Eudon se sonreía, cruzado de brazos y mirándole

de arriba abajo con verdadera superioridad. Rodrigo, después de haber esperado en vano durante breves instantes su respuesta, prosiguió:

—¿Quién te ha dicho lo del retrato de esa mujer?

—Nadie; me lo figuro yo. Donde andan los hijos de Witiza, no deben de estar lejos las hijas de Eva.

—Conde de los Notarios, si otro que tú se hubiera permitido estas licencias...

—Se habría perdido para siempre. Pero como soy yo—le contestó el ministro con acento tranquilo,—yo, que os quiero como amigo, y estoy obligado a deciros siempre la verdad, vuelvo a suplicaros que no os mováis de Toledo, que os olvidéis por ahora de los vascos, toda vez que, a semejanza de los francos, llevan desnuda la cabeza, y que acudáis a la Bética y al Africa, y dejándome hacer las paces con los iberos, me nombréis duque de Cantabria.

—¡A ti duque de Cantabria!

—¿Por qué no?

—Lo serás, mas no ahora. Los duques de esa región, o son príncipes, o están casados con princesas de nuestra familia.

—Lo cual quiere decir que habéis pensado en desposarme con...

—Con una de mis primas, en efecto—contestó Rodrigo, asombrado de la penetración de su ministro.—¿Conoces por ventura a Ranimiro?

—Hay muchos godos de ese nombre.

—¿No has oído hablar del opulento tiufado de Pamplona, conde que fué de dos ciudades de la Vasconia?

—¡Oh! De ese Ranimiro, ciertamente. ¿Quién no le conoce?

—Su padre era hermano de mi abuelo Recesvinto.

—El, por consiguiente, es tío vuestro.

—Gran soldado.

—Pero feroz, según cuentan en Toledo. Ha hecho la guerra en los Pirineos por espacio de veinte años. Conoce a palmos el país conquistado, y más que ningún godo la tierra que todavía no hemos logrado dominar. Ha llegado en sus incursiones hasta donde ni los romanos mismos se habían atrevido a poner la planta, y tiene casi tantas noticias de los montañeses como de los moradores de Pamplona y Victoriaco. Lo cual es más singular y peregrino de lo que a primera vista parece, porque de los vascos apenas sabemos más en Toledo sino que de cuando en cuando se les conquista y vence, sin que se acabe nunca de vencerlos ni conquistarlos. Para la misma Vasconia gótica es un enigma todavía la Vasconia ibérica. Si preguntáis por ellos al vulgo, no os contará más que fábulas. Y no lo extraño: desde luego el idioma vascongado carece absolutamente de semejanza y analogía con el nuestro, y no admite amalgama ni acomodamiento con el latino.

—Pero, Eudon, ¿de dónde sabes tantas cosas?—le dijo el rey cada vez más asombrado.

—Pues si no supiera algo más que otros, ¿con qué títulos hubiera llegado al puesto que ocupo? Si no hubiese estudiado un poco las costumbres y guerra de los vascos, ¿cómo me hubiera atrevido a pedirlos que me hicieseis duque de Cantabria, para lograr con mi política lo que no conseguiréis vos, lo que no han podido conseguir los más afortunados predecesores vuestros con la fuerza de las armas?

—Es tarde, Eudon.

—Un poco tarde; pero aún espero llegar a tiempo.

Vosotros, los hijos del Septentrión, lo habéis errado desde un principio.

—Sí, porque esos vascos que pelearon contra los romanos, paces hicieron al fin con ellos, y vivieron con ellos en buena armonía quinientos años...

—Y sintieron su caída más que los latinos—añadió Eudon,—y su amistad se acrisoló con la desgracia. De repente se vieron embestidos y saqueados por Reciario y los suevos, y creyeron que se les castigaba precisamente por la virtud de que podían estar más ufanos, por su fidelidad al amigo desdichado. Esta conducta debió de llegarles al alma, así como el verse humillados por gentes medio salvajes, cuyos arreos contrastaban con la cultura y esplendor de los vencidos.

—Pero al cabo de tres siglos de lucha, no nos queda otro camino que el de la fuerza: o domarlos o destruirlos.

—¿Quién sabe?...

—Ese Ranimiro quizá, tan conocedor de los vascos como tú dices...

—Es el primero a quien tenéis que arrancar de Vasconia. Vuestro tío ha dejado allá terrible fama. Pasa, con razón o sin ella, por un tigre, por un monstruo, incendiario, asesino de mujeres y de niños...

—¡Mi tío!

—Vuestro tío Ranimiro.

--Le queréis mal.

— No le conozco, no le he visto en mi vida. Tengo en mucho sus condiciones como militar, y aun sus dotes de hombre de Estado. Cuando tratéis de darme un sucesor, no os olvidéis de Ranimiro. Servíos de él; pero lejos, muy lejos de Vasconia; allí es la encarnación del odio de raza.

—Pero Ranimiro tiene una hija.

—¿Qué me importa a mí?

—Dama bellísima, prodigio de gracia y hermosura.

—Guardaos de ella, si es tan hermosa.

—¡Yo! ¡Yo la guardo hace tiempo para tí!

—¡Para mí!— exclamó Eudon, sonriéndose por muy extraña manera.

—Y de este modo podemos, sin la menor violencia, hacer salir a su padre de Pamplona y traerlo a Toledo, donde viviréis todos juntos en familia.

—¡Jamás! Si esos son vuestros planes, discurrid por otra parte.

—¿Por qué?

—Porque aquí, donde me veis, estoy desposado.

—¡Casado tú! ¿Con quién?

—Con una princesa.

—¿Griega?

—Tan griega como yo.

—Pero ¿no sois bizantino? ¿No sois heleno?

—No.

—¿Romano o latino?

—No.

—¿Ibero por ventura? ¿De las antiguas tribus españolas?

—Tampoco. Sospecho que ni una gota de sangre tengo de su raza.

—Pues ¿quién eres, Eudon? ¿Quién eres tú?

—Un hombre de quien tenéis necesidad y que os necesita a vos; un extranjero que no ha nacido en vuestros dominios, proscrito, errante, sin patria ni hogar, sin deudos ni amigos. Perdonad; un hombre que no desea tener más amigo que vos, si vos queréis honrarle como caballero.

El rey le tendió la mano en silencio. El conde de los Notarios prosiguió:

—Sois mi único amigo y también el único depositario de mi secreto, o por mejor decir, de mi debilidad; porque yo quiero ser duque de Cantabria, y mi flaqueza consiste en habérselo pedido. Ese ducado es toda mi ambición.

—¿Por ventura no estás bien a mi lado?

—Señor, el padre de mi prometida esposa, a quien amo de corazón y de quien soy correspondido a medida de mi deseo, no quiere darme su mano hasta verme nombrado duque de aquella provincia. Yo necesito presentarme al hombre altivo que, en son de burla quizá, me pedía ese ducado; yo necesito entregarle ese título y decirle: «Venga ahora la mujer que ha tiempo me pertenece». Hasta entonces, señor, no soy nadie; tengo que ocultar el nombre de mi esposa; no puedo presentarla a la faz del mundo, ni revelar siquiera cuál es su familia.

—Pues bien, Eudon, yo te lo prometo; serás duque de Cantabria y morarás en el palacio de Amaya.

—¿De Amaya habéis dicho?—exclamó turbado el conde de los Notarios.

El rey se sonrió.

—De Amaya, sí—le contestó reprimiendo su maliciosa expresión.—Amaya es ciudad patricia de los romanos, no lejos de las Asturias, donde los duques de Cantabria tienen magnífico palacio.

—Acepto, pues, el palacio de Amaya.

—Para después de mi vuelta de Vasconia... Y ahora puedes retirarte y hacer entrar de paso a Pedro, mi pariente, que está aguardando en la antecámara.

Retiróse Eudon poco satisfecho de sí mismo y un

tanto receloso de la sonrisa del rey. Entró Pedro, y Rodrigo, sin más preámbulos, le dijo:

—Pedro, ¿cuántos días ha que salisteis de Pamplona?

—Quince.

—¿Quedaba allí mi tío Ranimiro con su hija Amaya?

—No; acababan de salir para el castillo de Cantabria.

—¿Dónde está ese castillo?

—Encima de Varia y de Lucronio, al pie de la cordillera que lleva ese mismo nombre de Cantabria.

—¿Y a qué han ido allí?

—Han ido a pasar una temporada con Favila, padre de Pelayo, que vive retirado en aquel alcázar. Creo que Ranimiro quiere quedarse solo, por si le necesitáis para la próxima campaña.

—¿Y en qué concepto tienes a Ranimiro como militar?

—Es un consumado capitán, y conoce como nadie aquella guerra.

—Y siendo así, ¿cómo no me lo has propuesto para conde de cualquiera de nuestras ciudades vascas? ¿No es por ventura de fiar como deudo y amigo nuestro?

—Lo es tanto, que sólo por leal le quitó Witiza condado y tiufadía, aunque por un descuido inexplicable se olvidó de decalvarlo o de sacarle los ojos. Pero tiene una gran falta para mandar en aquella tierra, porque es el hombre más aborrecido de los vascos.

—¿Por qué así?

—Ha sido, serenísimo señor, el godo que más hondamente ha penetrado en las montañas pirenaicas, llegando casi a cruzarlas, desde el Ebro hasta el mar. En

una de las correrías de su juventud, allá por los tiempos de Egica o de Ervigio, llevado en alas de la ambición o de la venganza, avanzó temerario hasta la casa del gran patriarca de los vascos, tenida por ende en gran veneración en todo ese país, y la entregó a las llamas; de manera que de tan respetable antigualla no quedó más que cenizas. Dicen también, pero me resisto a creerlo, que había dentro de la casa una mujer que pereció abrasada.

—Es uno de tantos azares de la guerra—contestó tranquilamente el rey.

—Pero funesto para Ranimiro, que desde aquel momento quedó imposibilitado de seguir otro sistema que el del terror. Viéndose detestado, la necesidad de hacerse obedecer le obligaba a exagerar los rigores, lo cual acrecentaba el odio, no dejándole más recurso que la crueldad. Y, señor, el oficio de gobernadores no es el de los cometas, que sólo aparecen en el firmamento para amedrentar.

—Pero ¿es hombre tan severo, tan duro realmente, como de tus palabras se infiere?—preguntó Rodrigo, clavando en el rostro del duque mirada escudriñadora.

Pedro contestó sin haberlo advertido:

—Es el hombre más bondadoso y apacible, y al propio tiempo el más fiero que he conocido. Dulce y cariñoso en el trato ordinario, implacable cuando se atenta a su dignidad o la justicia; por la justicia y la dignidad lo sacrificaría todo, hasta su propia hija.

Calló el duque, y su augusto pariente quedó un rato como distraído, rumiando las palabras que acababa de oír.

—Afortunadamente para nosotros—exclamó levantándose del triclinio, en ademán de dar por terminada

la conferencia;—si yo necesito a Ranimiro, no es para darle mando alguno en ese país de rebeldes, sino para... para consultar con él y con vosotros mi plan de campaña.

—¡Gracias a Dios!—exclamó Pedro.—No podéis hacer mejor cosa. Porque ¿qué muestras de talento militar ni de estudios estratégicos han dado Sisebuto y Ebbas? ¿Qué saben ellos, ni el mismo Eudon, de vascos ni de Vasconia?

—Basta, Pedro; ¿queréis dejar en paz a mis amigos?

—Al paso que Ranimiro entró imberbe en la guerra, y de ella ha salido peinando canas.

—Pues bien, le consultaré mi plan, le oiré; para lo cual será preciso mandarle que vuelva inmediatamente a Pamplona.

—¿Solo?

—Con su hija. ¿No se llama Amaya?

—Amaya, nombre peregrino que para los godos es el de una ciudad, y para los vascos significa *el fin*.

—¡El fin!—repitió el rey pálido y con trémulo acento.—Dile a Pelayo que les escriba. Quiero que hija y padre tornen a Pamplona, porque durante mi permanencia en aquella ciudad he de hospedarme en su casa.

Pedro salió.

—¡En todas partes el fin!—exclamó Rodrigo cuando estuvo solo.—Pero en Vasconia nada puedo temer. Amaya, como dice Pedro, significa el fin de los vascos.

CAPÍTULO II

De las hermosas vistas que tenía el castillo del ciego.

Las tradiciones de Navarra y la Rioja nos hablan de un pueblo y castillo llamado Cantabria, en el cerro conocido con este nombre, orilla izquierda del Ebro, entre la antiquísima Varia, ciudad ya reducida a pobre aldea, adonde llegaban los barcos del Mediterráneo, y el barrio de Lucronio, hoy convertido en capital de provincia.

Como acontece con otras semejantes y aún más grandiosas poblaciones, apenas quedan de Cantabria restos ni vestigios, si es que tales no se reputan algunas simas abiertas a media ladera, que el vulgo, con desenfado que horripila al erudito, suele llamar obra de moros.

De todas maneras, pueblo y castillo de Cantabria, coexistiendo con la aldea que crecía, y la ciudad que menguaba, convertidos por su situación en ciudadela de entrambas, no podían corresponder a la importancia del nombre histórico y regional con que se honraban, compartiendo el honor con la soberbia cordillera que sirve, hacia el Norte, de muro contenedor a las tierras altas de Alava, o de magnífico cercado a los llanos y recuestos en que serpea el Ebro.

A este alcázar, construído, según quieren algunos, por la familia de Pelayo, se había retirado Favila desde que Witiza le sacó los ojos.

La brutal y abominable pena de la ceguera pasaba

entonces como piadosa hasta cierto punto; porque sólo debía imponerse a los que, reos de muerte por delito de rebelión, eran indultados por gracia especial del monarca. Ponían las leyes esta cortapisa a la real clemencia para que en ningún caso pudiesen los agraciados *ver* la ruina pública en que de antemano se habían gozado. Y cierto que si tal era el objeto de la pena, el medio de conseguirlo no podía ser más adecuado y eficaz.

Pero tan bárbara limitación de la regia prerrogativa sólo servía a tiranos como Witiza para inutilizar a presuntos rivales sin cargar con la odiosidad de haberles quitado la vida.

El retiro de Cantabria tenía para el duque la ventaja de ser uno de los rincones más distantes y olvidados de Toledo; de llevar el grato nombre de la provincia querida, donde aún le quedaban casi tantos amigos como antiguos súbditos, y de estar enclavado en territorio de su antiguo mando. Pero al propio tiempo—jamarga irrisión de la suerte!—brindábale el castillo al pobre ciego con el punto de vista más bello y pintoresco que imaginarse puede: riquísima vega de viñedos, sotos, alamedas, huertas y olivares, cruzadas de Ocaso a Levante por el Ebro, con sinuosidades de otros ríos tributarios, más abrigadas y feraces aún; campiña esmaltada de pueblecillos engarzados en verjeles, y circundada de variados picos y sierras que, a proporcionada distancia, le sirven, sin asombrarla, de marco más que de muro, y que, elevándose, ora suave, ora bruscamente, prestan al cuadro esa copia de reflejos, esa amenidad de tonos, esa gradación de matices, azules, cárdenos y arrebolados, que bajo un cielo límpido y espléndido difunden serenidad y alegría en el ánimo

de quien más embargado por melancólicos pensamientos lo contempla.

Espectáculo inútil ya, placer perdido para el pobre anciano, que, asomado a las almenas de Cantabria, tenfa vuelto el rostro hacia la populosa Varia celtibérica o la romana Lucronio, como si realmente esperase ver alguna persona querida en el puente de barcas que allí había, hasta que San Juan de Ortega, a fines del siglo XI, principió a construir el de piedra que hoy subsiste.

Efectivamente, iba inclinándose el sol hacia las sierras de Toloño y San Lorenzo, cuando cruzaron el río por Varia muchas y muy diferentes personas que semejaban partida de tropas, cabalgata, o más bien especie de caravana.

Formábanla grupos de soldados de caballería, pelotones de gentes a pie y acémilas con sendos tercios a los lomos y siérvas de diversas castas encima.

De pronto salieron del centro a la vanguardia, tomando la delantera a trote largo, un caballero y una dama, seguidos de dos bucelarios, al mismo paso, pero a cierta respetuosa distancia.

Eran, como el lector se habrá figurado, Amaya y Ranimiro.

Desde que comenzó a susurrarse en Pamplona la proximidad de la nueva campaña y la venida del rey, dispuso el tiufado y magnate godo trasladarse a Cantabria para acompañar y defender al padre de Pelayo durante la guerra. De esta manera también, si el monarca, su deudo, quería confiarle el mando de algún cuerpo de ejército, quedaba con más desembarazo para aceptar, dejando a Amaya, que no tenía madre, a la sombra de su anciano y respetable tío el duque Favila,

Con esta idea, que Ranimiro procuró esparcir entre próceres, seniores, gardingos y tiufados de Pamplona, para que a nadie chocara su ausencia del presunto cuartel real, tomó hasta dos docenas de bucelarios, libertos así llamados por la *bucea* o bocado que recibían de su señor, y se dirigió por Ologitum a Varia con bien armado convoy y nada escaso número de siervos y siervas.

Nadie extrañó tan dispendioso modo de viajar. La poca seguridad de los caminos lo exigía, y el lujo a que estaban acostumbrados los godos les obligaba a tanto aparato.

Ringunda, prometida esposa de Recaredo, venía a España con cincuenta carros de equipaje, cuatro mil personas de servicio, y caballos con frenos de oro y riquísimos jaeces; pero aunque Amaya no iba a casarse, patricia y tan de sangre real como la hija de Fredegunda, no pudo prescindir de seis pajes, otras tantas doncellas, amén de los siervos inferiores y escolta de bucelarios.

El traje de Ranimiro indicaba desde luego su categoría de prócer.

Las hordas germánicas, vencedoras del romano imperio, se dejaron conquistar muy presto por los vencidos. Roma, señora del mundo, pudo ser sumergida en la barbarie; pero la civilización cristiana, señora de Roma, flotaba en aquel diluvio. Idioma, religión, artes y ciencias, todo lo recibieron y mendigaron los hijos del Báltico de aquellos a quienes venían dispuestos a exterminar.

El traje fué lo primero que los invasores abandonaron. Mas como no haya costumbre que al ser trasplantada no degenera, al cabo de algunos años, la legisla-

ción ni era goda ni romana. Virgilio y Cicerón hubieran menester de intérprete para entender el latín de aquellas gentes, y la vestimenta y arreos militares, aunque traían a la memoria los del imperio, olían, si es permitido hablar así, a las pieles a medio curtir de las tribus del Caspio.

Llevaba el prócer casco circular de hierro con fajas de oro que remataba en punta, y en vez del coselete romano de correcto dibujo, coraza de escamas con vuelos de tosca malla, género de armadura que estaba entonces como en ensayo. De la cintura al pie, las famosas bragas o pantalones germánicos, con fajas cruzadas que descendían hasta la planta.

Pendíale de los hombros capa de púrpura, que, sujeta al pecho con broches de oro, más que el manto consular de la República, semejaba el *caracala* que empezó a usarse en tiempo del emperador a quien dió nombre. Brillaba también el oro en los brazaletes con que terminaban las mangas del sayo de lino, y en las groseras figuras y tachones del peto y escudo. Las armas ofensivas eran espada pendiente de cinturón de cuero, la *cateya* teutónica, lanza corta que servía también de dardo arrojadizo, y en contrapeso del redondo escudo, colgado de la silla, iba al opuesto lado el hacha terrible de dos filos llamada *francisca*, por haberla usado los francos.

Aparentaba tener de cuarenta a cincuenta años de edad; era rubio, de temperamento sanguíneo, mejillas encendidas y ojos azules, que no denotaban ciertamente la ferocidad que godos y vascos le atribuían. Largo el cabello, le colgaba en doradas guedejas sobre los hombros, formando los *granos*, pequeños rizos, entonces a la moda; pero traía la barba esmeradamente afei-

tada a navaja, según estilo de los ricos, pues los siervos y gente pobre se la cortaban a tijera.

Su hija, de dieciocho a veinte abriles, no se parecía a su padre, puesto que, blanca y sonrosada, tenía ojos y cabellos negros como el azabache. A no ser por el traje, cualquiera la hubiese creído española originaria.

Vestía manto de púrpura con fimbria de oro, que a la sazón tenía alzado por la necesidad de atender al caballo y al camino; túnica blanca y cinturón recamados, brazaletes de rica hechura y del más precioso metal.

Cabalgaba en hacanea color de perla, con freno dorado y bridas rojas, y en la seguridad con que iba sentada, conocíasele la costumbre de montar y correr a caballo. Paño obscuro forrado de ricas pieles le cubría los pies.

El traje de los bucelarios consistía en túnica corta de lana burda, casco de hierro y bragas sujetas con tiras de cuero, cruzadas desde los pies hasta la cintura; eran sus armas flechas, arcos, cateyas y escudos redondos y pequeños a modo de rodela.

Ni amos ni criados gastaban estribos.

—Allí está Cantabria; allí el castillo, entre cuyas almenas diviso a nuestro tío. ¿Lo ves?—preguntó Ranimiro a su hija, indicándole con el brazo tendido la figura del anciano duque, que, iluminada por el sol del ocaso, y vagarosa a la sazón, se destacaba en el cielo esplendente y arrebolado.

—Sí, le veo—exclamó Amaya.—¡Pobre tío! ¡Cuánto daría yo porque él pudiese decir otro tanto!...

Y se anublaron los compasivos ojos de la dama.

—Pues ya nos han conocido, porque nos saluda agitando un lienzo blanco.

—Corramos.

La joven puso al galope su briosa jaca, caminando Ranimiro a par de ella cuando lo permitía la anchura de la senda que iba ganando la cumbre entre viñedos y olivares.

Llegaron a las puertas del alcázar, donde Favila los estaba ya aguardando.

Ranimiro se apeó de un brinco, soltando las riendas en manos de un bucelario, y se fué al lado de Amaya, que se arrojó al suelo sin tocar apenas los hombros de su padre.

Ella fué la primera que abrazó a Favila, cubriéndole de besos en silencio.

Ranimiro hizo luego otro tanto.

Imposible les fué pronunciar palabra alguna fuera de exclamaciones entre sollozos escapadas, porque el aspecto del nobilísimo y bondadoso anciano sin ojos desgarraba el corazón.

Favila, más sereno, les consolaba y distraía adrede, haciéndoles pensar en cosas triviales consiguientes a su arribo.

—Mira, Amaya—decía,—esta casa está sin ama; tú tienes que serlo desde ahora y disponerlo todo. Ranimiro, que cuiden de los caballos, que vienen jadeantes. Nunilo, esperad aquí la escolta y los equipajes. Y nosotros, hijos míos, vamos adentro, que harta necesidad tendréis de descansar. Ven aquí, Amaya; dame el brazo y comienza a ser desde ahora el báculo de mi vejez. ¿Qué sabéis de Pelayo?—exclamó de repente.—¿Podéis darme noticias de mi hijo?

—Sí, tío, sí—le contestó la dama;—mi padre ha recibido mensaje suyo de Toledo.

—El ingrato no se acuerda de mí—exclamó Favila con tono de dulce reconvención o de cariñosa envi-

dia.—Pero no importa que me olvide por pensar en vosotros. Es lo mismo. Hija mía, ya estamos delante de tu cuarto, y aquí te esperan mis siervas. Quédate, que ya te suplirá tu padre.

Tío y sobrino entraron en otro aposento, y Ranimiro resolvió desde luego hablar al anciano duque con más franqueza que a los nobles y magnates de Vasconia.

Apenas se quedaron completamente a solas, sentáronse el uno junto al otro para suplir por el tacto el vacío de la vista, y el tiufado se explicó con breve y perentorio acento:

—Vengo aquí, no cual me dejé decir en Pamplona, para prepararme a servir al rey, sino a buscar asilo contra nuestro augusto deudo.

El duque se conmovió sorprendido.

—¿Pues qué, será capaz de amenazarte a ti, príncipe como él de la familia de Chindasvinto, y como él perseguido por Witiza? ¿Dejará de honrarte siquiera como debe?

Ranimiro guardó silencio.

—Aunque esto último—prosiguió Favila—no tenía necesidad de preguntarlo, toda vez que al cabo de algunos meses de reinado, en el mismo abandono en que te dejó nuestro verdugo te estoy viendo.

—No, no me persigue—contestó con cruel ironía Ranimiro;—no me amenaza, ni me tiene en olvido nuestro serenísimo deudo. Meses ha tardado en acordarse del conde de Pamplona; pero algo se ha de dar al beleño de la prosperidad, cuyos letargos suelen ser eternos. Al cabo de ese tiempo se ha dignado pensar en mí, o por mejor decir, en mi hija.

—¿En tu hija?

—Sí, señor; en Amaya.

—Pero ¿la conoce siquiera?

—Ha preguntado qué edad tiene, si es bella, si está casada, y, según parece, quiere venir a Pamplona a conocerla.

—¿Ha muerto quizá la reina Egilona?

—Esa es la misma pregunta que yo me hice; pregunta que antes que yo debió de hacerse a sí propio algún otro prócer deshonorado—repuso con amargura el sobrino de Favila.

—¡Ranimiro!—tornó a exclamar el pobre viejo, levantándose bruscamente del sitio y expresando con su inquietud y acento la indignación que trataba de ocultar con sus palabras, y tanto mejor la expresaba cuanto más hacía por encubrirla.—Ranimiro, eso que sospechas es cavilosidad tuya, resabio de nuestros tiempos. Somos malos; pero todos recíprocamente nos hacemos peores. El rey, según dicen, pudiera darnos mejor ejemplo; pero... ¿ha visto Rodrigo a su prima, por ventura?

—Jamás—respondió el tiufado.—Pero... a vos, y sólo a vos, puedo y debo decirlo: Amaya es hermosa; es, perdonad mi debilidad de padre, realmente bella.

—Sí, hombre, sí; todo el mundo lo dice: maravilla de hermosura. ¿Qué necesidad tenía de ser tan hermosa siendo tan buena?

—Ninguna; pero tiene necesidad de ser aún más buena que hermosa.

—Es verdad; no sé lo que me digo. Todo lo da Dios, y cuanto más nos da, más tenemos que devolverle. Por algo habrá dotado con tal munificencia a nuestra Amaya.

Ranimiro se quedó mirándole con profunda inten-

ción, y después de breve silencio, como quien hace esfuerzos sobre sí mismo, prosiguió:

—Pues bien, tío; su fama ha llegado a Toledo, y no sé quién, ni con qué objeto (pues hay en esto algún misterio), al ver al rey decidido a venir a Vasconia, le ha sugerido la idea de fijarse en Pamplona, y le ha recordado el nombre de su prima, inspirándole deseos de contemplar de cerca esa que vos habéis llamado maravilla.

Favila, ya más tranquilo, porque los arrebatos de un viejo duran poco, volvióse a sentar, y dijo:

—Discurramos con calma, Ranimiro; Amaya es prima del rey; no hay misterio alguno en que éste quiera verla; por el contrario, desaire sería y piedra de escándalo y rompimiento, que yendo a Pamplona y viviendo tú en la ciudad dejase de honrar como es debido a princesa de su propia sangre.

—Tenéis razón, duque de Cantabria, y no sé qué replicaros; sólo os diré que se me encarga sacarla a tiempo de Pamplona, salvando todas las apariencias de fuga, y procurar que no llegue a verla el rey.

—¿Y quién ha sido ese amigo tan celoso del honor de tu hija y de tanta autoridad para ti que ciegamente le obedeces?—preguntó el ciego alarmado.

—Un prócer del reino: el conde de los Espatharios, vuestro propio hijo.

—¡Pelayo!—exclamó con júbilo Favila, gratamente sorprendido.

—Pelayo, el primo de Amaya—repitió el tufo, mirándole atentamente para adivinar por su semblante la causa de tan franca y súbita alegría.

Presumiendo el ciego que era su rostro objeto de aquella investigación, bajó la cabeza, y así permaneció

algún rato, reponiéndose de su primer involuntario movimiento.

—Dices bien, Ranimiro—le dijo poco después.— Hay aquí un enigma que a todos nos importa descifrar. ¿No sospechas tú algo?

—Como podéis figuraros, no pienso en otra cosa hace muchos días, y celos y sospechas me acosan de todos lados. He visto que el rey, que se rebeló contra Witiza en nombre de la dignidad ultrajada por los escándalos y licenciosas costumbres del tirano, ha caído inmediatamente en parecidos excesos, y he sospechado que algunos miserables políticos tratan de distraer a Rodrigo con locas y criminales aficiones para aplacar la ira de algunos nobles afrentados, como si las fieras de los Pirineos fuesen menos temibles que las toledanas.

—¿Es posible?—preguntó el ciego murmurando.

—Pero es también posible, y quizá más probable—añadió el tiufado alzando la voz y dándola cada vez más energía, creciendo al parecer su convicción a compás de su discurso;—es más probable que ni aun esa desdichada mira se lleven los autores de tan abominable intriga; yo lo supongo todo resultado de la vasta aunque todavía latente conspiración que estoy viendo, digo mal, que estoy barruntando hace días en el imperio godo.

—Explícate, Ranimiro; habla claro, hijo mío—dijo Favila removiéndose impaciente en su sitial de cuero.

—Tío y señor—exclamó el magnate visigodo,—¿no ha llegado a vuestra noticia que hace poco más de medio año desembarcó Tarik, bárbaro africano de la secta de Mahoma, al frente de cien jinetes árabes y cuatrocientos berberiscos, y recorriendo las costas de la Bé-

tica destrozó impunemente el litoral, tornando al Africa cargado de cautivos y despojos?

—Algo de eso oí, aunque llegan tan lenta y tortuosamente las noticias...

—Y sobre todo a vos, que vivís en el cerro de Cantabria como en nido de cándidas palomas. Pues bien—añadió Ranimiro,—todo era cierto.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con mi sobrina Amaya?

—Escuchadme. Vos, que habéis mandado tantos años en esta provincia, y militado bajo la enseña del inolvidable Wamba; vos, que conocéis la podredumbre del imperio, mal cubierta con la corteza de nuestro lujo, ¿creéis que estamos en el caso de acometer a los vascos, cuando los africanos han aprendido a pasar veloces y repasar triunfantes y repletos el Estrecho?

—Convengo en ello, Ranimiro, y en pensar así no haces más que corresponder a tu renombre de capitán; esta campaña me parece imprudente...

—Temeraria—añadió el prócer,—concebida por conjurados, inspirada por traidores. Escuchadme, oid con calma; no os mováis de vuestro asiento. ¿Quién ha sugerido al rey el pensamiento de activar la guerra?

—Yo supongo que la rancia costumbre de comenzar a reinar escarmentando a los vascones.

—No; porque Rodrigo, al coronarse en la basílica imperial, ni se acordaba siquiera de vascos ni de piri-neos. No; porque ningún motivo, ningún flamante pretexto han dado al rey los montañeses para hacer incompatible la tregua disimulada, o guerra flojamente proseguida, con nuestra dignidad de señores, con nuestra altivez de godos. Pues bien; ¿quién ha metido al rey tan fuera de sazón en los dispendios y azares de

las futuras y nunca en mayor escala intentadas empresas militares? ¿Quién? Los hijos de Witiza, asesino de vuestro hermano Teodofredo. ¿Quién? Sisebuto y Ebbas, ayer enemigos y hoy en apariencia reconciliados, no sé por arte de quién, con el destronador y verdugo de su padre. ¿Quién ha trazado el plan de la próxima campaña? Sisebuto y Ebbas. ¿Con qué objeto, después de habernos esquilado con tantos tributos y levas, tratan de arrinconar el poder militar de España en los valles del Pirineo?

—Pero ¿no manda en la Bética Teodomiro? ¿No tiene allá huestes para rechazar las hordas del desierto?— preguntó Favila.

—Sí; allí está nuestro indomable y bizarro amigo; allí queda con una manga de mil quinientos jinetes; y a fin de que ni aun ese puñado de hombres mandados por un leal estorbe a la traición, se les deja entregados al alfanje berberisco, alejando del Betis los cien mil soldados que tan inútil como intempestivamente se nos vienen encima.

—¡Oh! Pero aun dado que tuvieses razón, yo no sé que Amaya...

—«Amaya, dice el aviso, y el aviso, no lo olvidéis, viene de vuestro hijo Pelayo, debe retirarse de Pamplona a Cantabria antes de que Rodrigo exprese su pensamiento de ir a esa, de fijar ahí su cuartel, y quizá de hospedarse en vuestra casa. Hacedlo pronto, sin vacilar; hoy antes que mañana, porque mañana os habrá comprometido el rey, y será tarde.»

—¿Eso dice mi hijo?

—¡Eso! ¿Quién ha revelado a Rodrigo el nombre de mi hija Amaya, cuya existencia dudo que le fuese conocida? Por mi genio retraído, por amor a la soledad,

he vivido lejos de la corte, como simple particular, sin enterar a nadie de cuándo me he casado, ni de la hija que a Dios he debido. ¿Con qué objeto han hablado al rey de que en Pamplona tiene un deudo llamado Ranimiro y una prima joven, moza y bella? ¡Ah! En ese diabólico rasgo descubro precisamente la fina urdimbre de la conspiración. El ejército godo, aun encajonado en los valles del Pirineo, pero a las órdenes de un capitán como Pelayo, puede revolverse, sacudirse, lanzarse sobre los vascos y tornar airoso a Toledo antes que los ocultos enemigos del rey hayan tenido tiempo de destronarlo; el ejército leal los arrollaría entonces sólo con el prestigio de la victoria. La conspiración quedaría disipada por los mismos vientos que los conjurados habían querido sembrar. Pero esas mismas huestes, a veinte o treinta jornadas de la provincia Bética, Cartaginense o Lusitana; al mando de un Aníbal que convierta en Capua a Pamplona, y... Pero ¡más vale guardar silencio, más vale no pensar en ello siquiera!

Calló el tiufado. La ira empañaba y enronquecía un poco su garganta, y no quiso continuar. El hervor de su pecho, y de cuando en cuando algún leve suspiro, era lo único que Favila llegaba a percibir.

Este arrimó aún más su sitial al de su sobrino, y a tientas le cogió una mano, que retuvo paternalmente entre las suyas.

—¡Oh, tío!—exclamó entonces Ranimiro con un sacudimiento eléctrico, que el ciego duque sintió de rechazo.—¡Si yo llegase a conocer un día al fraguador de tales enredos!...

Y se contuvo otra vez, conociendo que acababa de cometer una falta.

Al hombre más valiente hubiera aterrado en aquel momento su mirada.

Contra lo que su reputación de duro y severo prometía, era Ranimiro de aspecto dulce y apacible. Sus ojos, reflejando con abandono los habituales sentimientos de su hermoso corazón, parecían afables y bondadosos; su cuerpo siempre derecho, su frente nunca abatida ni por la bajeza ni por el remordimiento. Naturalmente pulcro y esmerado en el vestir, ni aun en los momentos de mayor familiaridad o distracción, ni aun en su sueño, prescendía de la modestia y compostura. Era, si podemos expresarlo así, cortés consigo mismo. Siempre con benévola sonrisa en los labios, sin violencia y sin estudio, y con el oído siempre atento a las palabras y deseos de los demás, parecía haber nacido para complacer a todos con olvido completo de sí propio.

Pero sobre la benevolencia descollaba en su pecho el amor a la justicia; sobre la dulzura, la dignidad. Parecía imposible que aquellos ojos bondadosos supiesen mandar soberanos y fulminar inexorables; que aquella voz que vibraba de placer y cariño, hiciese de pronto estremecer con severo y a veces terrible acento. Y Ranimiro no se esforzaba para aterrar, ni se descomponía nunca con la soberbia; era imponente con tanta naturalidad como cortés, y quizá el secreto de su severidad que avasallaba, estaba en la fuerza de su calma que atraía. ¿No es ésta la fascinación que ejerce el mar sobre nosotros?

Pocas veces se le había visto tan agitado como en la ocasión presente. El, que llevaba el amor paterno hasta la debilidad, acababa de sentir el dardo en lo más delicado de su corazón. Pero se contuvo: amaba a su hija,

mas no idolatraba en ella; rugía de cólera ante el agravio, pero no estaba seguro de él y temía ser injusto.

El anciano padre de Pelayo, para acabar de tranquilizarle, contestó:

—Nosotros, los ciegos, en la soledad y silencio de las tinieblas, vemos más claro que vosotros, que flotáis en piélagos de luz. Como nada nos distrae en nuestra perpetua noche, nada nos impide valernos de los ojos del alma, más perspicaces que los de la carne. Así, pues, creo ver en la ocasión presente mejor que tú. Por extraña que la flamante empresa de Rodrigo nos parezca, no hay todavía suficientes motivos para achársela a nuestros antiguos enemigos los partidarios del monarca destronado. Y si no, ven acá, Ranimiro: ¿cómo es posible que, siendo obra de diabólicas conspiraciones la próxima campaña contra los vascos, no la haya rechazado mi hijo?

—Pelayo—respondió el conde con firme pero ya más sosegado acento;—Pelayo es verdadero soldado. Probablemente no habrá sido consultado por el rey acerca de la oportunidad de la guerra, y no ha podido ni debido dar opinión que no se le pedía. Conde de los Espatharios, capitán de la guardia pretoriana, de los primeros defensores y guardadores del monarca, su obligación es ir escoltándole y sirviéndole adondequiera que vaya. El puesto del conde es siempre al lado del rey.

—Pero ese nuevo duque de Cantabria, prepósito general del ejército...

—No hablemos de él; leal, pero sencillo, debe de estar desvanecido con el cúmulo de honores que le ha caído encima tan de improviso. ¿Prepósito general de la hueste un hombre como Pedro? A trueque de honra

tamaña, bien puede devorar en silencio la humillación de recibir planes de guerra ajenos, y quizá forjados por sospechosos amigos del rey.

—¿Y Eudon? ¿Qué me dices de Eudon, hijo mío? Ese no es militar ni viene aquí con mando—repuso Favila, como quien presenta un argumento sin réplica.

—¿Y quién es Eudon?—preguntó Ranimiro con una mirada en que otra vez se descubría la fiera.

—Eudon es conde de los Notarios, y aun creo que de las Largiciones también.

—Conde de todo lo que quiera. ¿Y qué?...

—Como tal, lleva el peso de la gobernación y justicia en todo el reino. El debe de saber mejor que nadie si en efecto se conspira.

—¿Conocéis personalmente al misterioso magnate?—tornó a preguntar el tiufado.

—No.

—Ni yo tampoco.

—He oído encarecer su clarísimo entendimiento, celebrar su sabiduría.

—¿Y su lealtad?

—Indubitable; a él le debe Rodrigo el trono.

—Y al trono de Rodrigo le debe Eudon riquezas y condados. ¿Sabéis su origen?

—Es griego.

—¡Griego!—exclamó Ranimiro con amargura.—¿Pues qué, no hay ya godos en España? ¿Es posible que de Bizancio tengan que venir los condes y ministros de la curia (corte) a la tierra de los Leandros e Isidoros, a la patria de Suintila y Recaredo? ¿No tuvo que arrojar Leovigildo a los griegos de la Bética? ¿No los desbarató después nuestro amigo Teodomiro? ¿No ha escarmentado Rodrigo en el rey Wamba? ¿No hay

quien le recuerde la historia de Paulo el griego? También él vino del Oriente; también logró fascinar en poco tiempo al honrado monarca toledano; también se convirtió en privado suyo, y por ambuestras se apoderó de los empleos y honores del imperio. ¡Para rebelarse luego en la Narbonense contra aquel a quien era deudor de todo cuanto tenía! ¡Para coronarse allí!...

—Pero Eudon...

—Perdonad, tío, que os interrumpa. Sé lo que me vais a decir, porque me lo estaba diciendo ya mi conciencia: de que Eudon sea griego como Paulo, no se sigue que, como Paulo, sea traidor. Puede ser bizantino y leal, y no debo de acusarle, y cierto no le acuso por su raza; no dudemos de él sin fundados motivos. Iba a confesarlo, como correctivo a mis palabras. Pero tengo que añadir que en esta ocasión no me dejo llevar de antipatías de linaje ni de acerbos precedentes, sino de no sé qué íntimas razones o tenaces presentimientos.

—Explícate, Ranimiro.

—¿Me negaréis que se está conspirando contra el rey, y no sé si diga contra la patria? ¿No sabemos todos que conspirar es ya la única política de los brutales, si queréis, pero nobles y altivos visigodos? ¿Que como de monarca a monarca, saltamos de conjuración a conjuración? ¿Que los romanos ibéricos nos aborrecen a los godos, y nosotros a los romanos, y los judíos a romanos y godos, y los vascos y celtíberos a godos, romanos y judíos? En este hormiguero de guerras intestinas, en este constante hervor de mutuos rencores, en este subir al trono degollando, para caer degollados a los pocos días, ¿nos queda otra manera de vivir que conspirar, siquiera para que no nos saquen los ojos o nos sieguen el pescuezo nuestros camaradas y

comensales? Pues bien, se conspira y es temeridad insignificante en tiempos como éstos agotar las fuerzas vivas de la patria para inutilizarlas en campañas inoportunas; se conspira, y el conde de los Notarios debe de saber quién y cómo; y si no lo sabe, es un necio que no merece el puesto que ocupa; y si lo sabe y deja que los conspiradores lleguen al logro de sus miras, es su cómplice o su cabeza. Ahora vos me diréis si Eudon debe ser contado en el número infinito de...

—Eres implacable, Ranimiro.

—Con los hipócritas y taimados.

—No tenemos ni pruebas ni fundados motivos para sospechar siquiera de un hombre como Eudon, que al fin y al cabo, sin asombro ni extrañeza de nadie, aunque extranjero, es el primer ministro del rey.

El prócer godo, poniendo cariñosamente la mano en el hombro de su tío, se le quedó mirando con una sonrisa que el pobre ciego no podía adivinar.

—Duque de Cantabria—le dijo con dulcísima y respetuosa voz,—me confieso vencido por vuestra virtud. Yo, al veros ciego y sin ojos, no pude conservar la serenidad de juicio necesaria para discurrir con calma y rectitud sobre ciertas materias; pero vos, que no me veis, y que para no verme habéis sido bárbaramente atenazado, sois el defensor de todo el mundo, principiando por nuestros verdugos.

—¿Y sabes por qué, Ranimiro?—le contestó Favila con tono casi infantil y movimientos tan sencillos como candorosos.—¿Sabes por qué? No es todo caridad, sobriño; es por quitarme un peso de la conciencia.

—¡Vos!

—Sí, yo; porque sospecho que la culpa de todas tus cavilaciones la tiene mi hijo.

—¿Pelayo? ¿Por qué?

—Si él no te hubiese dado aviso de que salieses con Amaya de Pamplona guardándola de Rodrigo, ¿habrías recelado tú lo que recelas, te hubieras perdido en ese golfo de imaginaciones en que te veo zozobrar?

—Probablemente no.

—Pues bien, en tus discursos, en tus juicios y sentimientos te dejas arrastrar a la exageración por el cariño paternal; y Pelayo, en sus temores, se desliza sensiblemente a la injusticia por el fraternal amor que profesa a su prima.

—¿A Amaya?—dijo el tiufado murmurando con mal seguro acento.

—A Amaya, a quien conoce ha tanto tiempo, y contempla como la perla de la familia. A su prima, a quien ama entrañablemente como un hermano.

Ranimiro callaba.

—Desengáñate, sobrino, celos todo: celos de padre en ti, celos de hermano o de primo en él.

Y el tiufado seguía callando.

¡Oh! ¡Si Favila hubiese podido ver su rostro, resplandeciente de júbilo, aunque siempre tan respetuoso como si el anciano le estuviese contemplando!

—Duque de Cantabria—exclamó por fin, no tratando de disimular la profunda conmoción de su ánimo,—estoy satisfecho y os quedo reconocido.

—Pues yo no; yo quiero que acabes de hacer justicia a todo el mundo. Vivimos en tiempos misérrimos, y señal de ello es el ambiente de temores, sospechas y torva y mutua desconfianza en que nos agitamos. No hay amigo para amigo, ni hermano para hermano, ni padres para hijos; todos, recíprocamente, nos creemos, o vendidos, o dispuestos a la traición. Ranimiro,

pensando más cristianamente nos equivocaremos menos. ¿Por qué has de tener tan mala opinión del rey tu sobrino?

—Señor, porque su conducta...

—No es buena, te lo concedo. Pero ¿porque una vez haya sido detestable, ha de ser siempre mala? ¿No ha podido preguntar por tu hija, por su prima Amaya, con la honesta y benévola intención de... de casarla?

—¿Con quién?

—Eso no te lo podré decir sin más datos; pero sus preguntas acerca del estado, edad y figura de Amaya trascienden a proyectos matrimoniales, nada extraños en quien, al fin y al cabo, es cabeza de toda la familia, y por primera vez trata de honrar la casa de una prima suya, moza casadera. ¿Con quién piensa casarla me preguntas? ¡Qué sé yo! ¡Quizá nuestro sobrino piensa y quiere lo mismo que... lo mismo que su tío!

—¡Que sus tíos! — exclamó Ranimiro lleno de gozo.

—Sus tíos, eso es. Porque teniendo a su lado a mi hijo, y tratándose de damas como Amaya, llena de virtudes, de talento, de gracias, ¿en quién ha de pensar el rey sino en su primo hermano, en su más próximo deudo?

—¡Oh! no os dejéis llevar de vuestra bondad. Si fuera como decís, ¿no lo habría conocido Pelayo? Y sospechándolo siquiera, ¿había de escribirme tan alarmado?

—Efectivamente; pero tú no conoces a mi hijo: cuando se trata de la patria, sigue sus consejos, respeta sus corazonadas; pero en negocios, por decirlo así, domésticos, haz más caso de cualquiera que de él. De

todos modos, si yo me equivoco pensando bien, tendré el sentimiento de haberme equivocado; mas no el de haber pensado mal antes de tiempo. Pero, Ranimiro, ahora sí que puedo decir con toda verdad que estamos echando la cuenta sin la *huésped*.

—Perded cuidado, que por la *huésped* no fallará.

—¡Ah! ¿Conque tú me respondes de Amaya?

—Como de mí mismo.

—¿De veras?

—Amaya guarda todavía entero su corazón. Ni yo he tratado de inclinárselo hacia ningún hombre, ni ella lo ha rendido a nadie hasta ahora. Tan buena hija es, y en tan alta estimación tiene a Pelayo, que una mirada de éste y una indicación mía bastarán para decidirla. Pero suspendamos, si os parece, la conversación; va a estallar mi pecho de alegría.

—Bien está, sobrino; tiempo tenemos de departir sobre ello. Ahora vete, quitate esos arreos militares, y cenaremos luego todos juntos, que me está devorando el ansia de oír y tener a mi lado a nuestra hija.

—Sí, pero acerca de nuestro proyecto, o por mejor decir, de nuestro deseo, guardad por ahora profundo silencio.

—¿Por qué?

—Porque podemos equivocarnos; equivocarnos, si no lo lleváis a mal, acerca del rey; equivocarnos acerca de Pelayo...

—¿Y de Amaya?

—Acerca de esa, no. Su corazón está libre y exento de toda impresión de amor. Pero no la conocéis bastante todavía, y sobre todo no me conocéis a mí. Es preciso que yo repare una falta que he cometido con vos; tenemos que hablar despacio. Dejadme elegir

el momento oportuno para contaros una grande y principalísima parte de mi historia.

Tal fué la primera entrevista de los dos próceres visigodos en el castillo de Cantabria.

CAPÍTULO III

Música de los godos, letra de los vascos.

Las últimas razones de Ranimiro eran para dar en qué pensar al hombre menos caviloso; pero el bueno del duque ni las rumiaba ni recordaba de ellas, al parecer, sino la especie de que no conocía bastante a su sobrina; pues sin duda, para conocerla y estudiarla, y aun decorarla, no la dejaba, como vulgarmente se dice, ni a sol ni a sombra.

Ya supondrá el lector que en semejante ocupación, persecución siquiera y asedio, no se columbraba sombra de temor y desconfianza; era el placer del niño que no acierta a separarse de lo que le gusta, y come con sus juguetes sobre la mesa y duerme con ellos bajo la almohada. Si no podía gozarse el pobre ciego contemplando aquel rostro modelado por la bondad para inspirar amor a la bueno, resplandeciente en gracia y hermosura para que la Suma Perfección fuese alabada, percibía como nadie y saboreaba con singular embeleso todas las virtudes de Amaya: la fortaleza de su ánimo, la delicadeza de sus gustos, la claridad de su entendimiento, la ternura y pureza de su corazón.

—¡Que no la conozco a fondo!...—exclamaba entredientes cuando estaba a solas.—Cierto, porque su bon-

dad es insondable. Pero ya sé que está libre de todo peligroso afecto; que no ama a nadie, sino a Dios, a su padre y a mí. ¡A mí también! ¡Bendita sea!

Para colmo de su felicidad, entre las gracias de Amaya sobresalía el talento de la música.

Favila, después de su ceguera, había mandado construir un hermosísimo salterio, con ánimo de distraerse en las eternas horas de soledad y tinieblas; mas a pesar de haber sido aficionado en su juventud, y de la paciencia proverbial del ciego, poco, muy poco había adelantado. ¡Figúrese el lector qué hallazgo, qué regalo y consuelo no sería para el pobre anciano aquella huéspedea que cantaba como un ángel, y tañía con primor, sin cansarse nunca del tañer y cantar para complacer a su tío!

Así transcurría el tiempo, veloz como estrella errante que cruza el cielo sin nubes; así pasaron algunas semanas en el castillo, como un ensueño infantil.

Una tarde de primavera Amaya cantaba acompañándose al salterio, o más bien daba lección, porque su padre era su maestro.

Sentada delante del instrumento en sencilla trípode de vaqueta, se había puesto dediles de oro con púas de marfil para herir las cuerdas metálicas con la debida fuerza y sin lastimarse.

Repasaba a la sazón un himno de Conancio, distinguido entre los compositores españoles del siglo VII por la dulzura de sus melodías.

Su padre, mustio y taciturno los primeros días, estaba en pie a su lado, más afable y tranquilo que nunca. Conocíase en la serenidad y firmeza de su mirada que, después de haber luchado largo tiempo consigo mismo, acababa de tomar alguna grave resolución que ponía

término a grandes preocupaciones del ánimo o sobresaltos de la conciencia.

—Más despacio, Amaya—exclamaba.—¡Te entusiasmas con una facilidad!...

—Hombre, déjala a su aire—se atrevió a decir su tío, que, retirado un poco para oír mejor, no perdía nota.

—Es que la música religiosa debe cantarse en tono muy pausado y saboreando la letra. De lo contrario, como dice nuestro grande Isidoro Hispalense, se asemeja a la afeminada canturía de los teatros. Por cierto que los visigodos podemos enorgullecernos con maestros tales como Leandro, Conancio, Juan y Braulio, de Zaragoza; Julián y Eugenio, de Toledo. Todos obispos y poetas, y aun estoy por decir que todos santos.

—¿Y músicos?—preguntó Amaya.

—Músicos además de compositores de versos; porque si fuésemos a recordar los visigodos únicamente distinguidos en la poesía, no acabaríamos tan presto.

—Y por el gusto de escucharte nos privaríamos de oír cantar a Amaya, que es uno de mis mayores placeres. Y esta tarde, por más que digas, Ranimiro, está de vena. ¡Lástima que no la oyese mi hijo!...

Animada con el elogio del anciano y la seguridad de que así le complacía, Amaya volvió a comenzar el himno de Conancio, dejándose llevar de la inspiración.

Con tan excelentes propósitos, tocando estaba el preludio, meramente instrumental; mas de repente, sin dejar de tañer, volvió atrás la cabeza, y dirigiéndose al duque, le dijo:

—¿Y no os gustan los cantos vascongados, tío?

—Su padre no pudo reprimir un ademán de sorpresa.

—Con tal de que sea música, y cantada por ti, me gustan todos los cantos, hasta los de piedra berroqueña—contestó el anciano sonriéndose.

Sonrióse también la hija del tiufado, más que del juego del vocablo, de la satisfacción que denotaba el chiste, y se puso a cantar el himno.

Ranimiro, pensando en la extraña pregunta de su hija, parecía distraído, y no le dijo nada.

—Muchacha—exclamó el duque levantándose,—no quiero encarecerte cómo has cantado, porque no hay elogio que equivalga al silencio de tu padre. ¡Eh! ¿Qué tienes que replicar, maestro gruñón y descontentadizo?

—No lo ha hecho mal—contestó el tiufado.—¡Cuando ella quiere!

—¿No habéis oído nunca los cantos montañeses?—preguntó Amaya a su tío.

—Ignoro, hija mía, si esos bárbaros tienen otra música que la de alaridos salvajes y cuernos, que les sirven de trompas en la batalla.

El tiufado, después de mirar a su hija y de registrar en sus ojos hasta el fondo del corazón, quedó tranquilo, y dijo murmurando para sí:

—No es ella, no; es Dios quien lo dispone y quiere abrirme el camino. He hecho bien en resolverme a romper el silencio. Dejémonos llevar por la corriente.

Y luego, alzando la voz, añadió:

—Pues en la afición a la música y en cierta predisposición natural para la poesía, es lo único en que se parecen los vascos a los godos. Esos que veis tan rebeldes, indómitos y montaraces, dejados en paz, en libertad y a su modo, forman pueblo de niños que se divierte cantando y bailando en las praderas.

—¿Queréis que os cante alguna de sus canciones?—

añadió Amaya, animada con la presunta aprobación de su padre.

—Sí, mujer, sí; no sólo quiero, sino que te lo suplico. Eso si la visigótica severidad de mi sobrino lo consiente—dijo Favila sonriendo.—Porque tienes fama de implacable y atroz contra los vascos.

—No creo—contestó Ranimiro en el mismo tono—que por zorcico más o menos lleguen a hacerse sospechosos a los godos ni el duque Favila ni el tiufado Ranimiro. Pero supuesto que vas a cantar una canción cualquiera, escógela de las antiguas: que no turbe el placer de oírte la negra imagen de la presente guerra.

—El canto de Anfbal, si os parece.

—Es bellissimo, y va contra los romanos, que fueron también enemigos nuestros.

—¡El canto de Anfbal!—exclamó el duque.—¿Qué es eso?

—Cuando el cartaginés Anfbal se dirigía contra Roma, tuvo que salvar los Pirineos, firmando paces y alianza con estos montañeses, algunos de los cuales quisieron acompañarle en la expedición, y se incorporaron a la vanguardia. Cruzaron las Galias y los Alpes; pero al llegar a Italia, cuando más encantados debían de estar en aquellas feraces y floridas campiñas y ciudades maravillosamente ricas, cata que los vascos se acuerdan de sus valles, y le dicen al capitán de Cartago, adormecido con las delicias de Capua: «Anfbal, nosotros nos vamos de aquí; no podemos vivir más tiempo lejos de nuestros bosques». Este es el argumento de la canción.

—Muy bello. Pero ¿es posible que los bárbaros conserven memoria de tan antiguos sucesos?

—¡Memoria!—exclamó el tiufado, sonriéndose con

cierta melancolía.—En el pueblo vasco no se extinguen nunca los recuerdos. Dejaría de existir esa raza si llegara a perder la tradición.

—¡Ea, pues!...—dijo el duque, dirigiéndose con voz de ruego a su sobrina.—Cántanos la canción de los tiempos de Aníbal.

—Allá voy, tío—contestó Amaya;—pero como es la primera vez que vais a oír con atención y a juzgar quizá de la música vascongada, para el debido conocimiento de causa, tenéis que enteraros del singular artificio de estos poemas. Si no, tal vez extrañéis cambios de tono que pudieran pareceros bruscos e inmotivados. Os hablo así, querido tío, porque sois muy entendido en música.

—Es claro—dijo Ranimiro, interrumpiéndola con dulce malicia,—¡como que siempre te está elogiando!

—Prosigue, hija mía, y no hagas caso de tu padre. ¿Qué artificio es ese de las canciones vascas?

—Comienzan—respondió Amaya—por un preludeo que no tiene, al parecer, conexión alguna con el asunto de la canción. Es unas veces el recuerdo de cualquier acontecimiento que llame la atención pública; es otras un quejido del corazón, una lágrima dedicada a la memoria de personas queridas, ausentes o difuntas, o cosa por el estilo. Después de este preludeo, que parece concedido al cantor para desahogo de sus afectos personales, entra la canción guerrera, histórica o de cualquier género que sea; concluida la cual, viene el remate, que se enlaza con la alusión, la queja o los amores del principio.

—¿Y cómo explicas tú eso, hija mía?—preguntó el ciego.—Porque alguna razón ha de tener; por algo habrá llegado a convertirse en regla.

—Eso yo no lo sé—contestó la niña;—pero nos lo explicará mi padre.

—Algunas veces he pensado en ello—dijo Ranimiro;—porque, como tendré que deciros luego, tanto Amaya como yo hemos oído con harta frecuencia canciones de la montaña. Yo creo que el entusiasmo, el calor de la inspiración, no vienen de repente; el horno tiene que calentarse poco a poco, y todo prelude es fuego que templar y pone en el grado necesario el corazón para recibir al Genio que desciende de lo alto. Cuando cantor y poeta se hallan ya como saturados del estro, como arrobados por la exaltación, cantan sin temor; y cuando han concluido, vuelven en sí, dirigen los ojos al objeto que les sirvió de reclamo para traer al numen, y le consagran un recuerdo de gratitud.

—Perfectamente explicado—exclamó Amaya, mirando a su padre con orgullo,—y no puede entenderse de otra manera. Ahora oíd, tío; escuchad, padre; y queden mudas de asombro las sierras de Cantabria y Codés, que tenemos enfrente, al percibir los ecos que van a salir por las ventanas del castillo de Favila y Ranimiro.

Y se sentó nuevamente al salterio con el entusiasmo que se trasluce en sus palabras.

Después de algunos compases de música lánguida, comenzó la canción, de cuya inimitable sencillez y energía no pueden ser trasunto los siguientes versos:

Pájaro de dulce canto,
¿quién te retiene cautivo?
Ha días que tus gorjeos
no resuenan en mi oído.

Y no hay hora, no hay instante
que con ayes y suspiros,
no recuerde aquellos ecos,
regalo del pecho mío.

—Este es el preludio—dijo la dama, volviendo tan rápida como graciosamente el rostro hacia Favila, y traduciéndole la introducción.

—¡Precioso, bellissimo!—exclamó éste.—Pero ¿quién ha de adivinar que de aquí brota la canción de Aníbal?

Amaya, por toda respuesta, pasó del tono lánguido del zorcico al más enérgico de las narraciones y leyendas, y prosiguió:

Pasó un día el africano
delante de nuestros riscos;
nos vió, y dijo a nuestros padres:
«Valientes son vuestros hijos».

Y era verdad; y a nosotros,
que probárselo quisimos,
nos habló: «Voy contra Roma,
busco a vuestros enemigos».

Los mancebos contestamos:
«Aníbal, vamos contigo;
pero llévanos delante,
y te abriremos camino».

Y a la hora en que se acuestan
las mujeres, nos partimos,
callados, por no turbar
su dulce sueño a los niños.

El mastín de los rebaños
no aulla en torno al aprisco,
pues cree que al punto volvemos,
al vernos salir tranquilos.

Pasan días, pasan noches
lejos del valle nativo,

noche y día combatiendo
por el africano amigo.

El Ródano atravesamos,
más que el Ebro enfurecido;
cruzamos luego los Alpes,
más que el Pirineo altivos.

Y de allí, como un torrente,
vencedores descendimos
a las campiñas de Italia
y a sus verjeles floridos.

Palacios de oro encontramos,
mujeres hermosas vimos;
pero ni damos por ellos
nuestra cabaña al olvido,

ni valen aquellas hembras,
con sus joyeles y hechizos,
lo que mi madre y mi hermana
y el amor del pecho mío.

Dícenme que a Roma vamos,
donde el oro corre a ríos...
¿Qué importa? ¡Que se harten ellos!
Yo por mi valle suspiro.

Yo quiero ver a la hermosa
que me guarda su cariño,
y mi tierra está muy lejos,
¡y el tiempo es largo y sombrío!

—Tío—dijo Amaya,—aquí termina el poema; pero el compositor se acuerda de su pajarito, y, como ha dicho mi padre, no quiere dejar el instrumento sin dedicar un recuerdo a los afectos que le trajeron la inspiración. Oid el remate:

Pájaro de dulce canto,
cántame así de continuo.
Más desdichado que yo
nadie en el mundo ha nacido.

Perdí la hermosa a quien amo,
perdí mi valle nativo.
Nunca, nunca cesarán
de llorar los ojos míos.

—¡Oh! ¡Magnífico! Soberanamente cantado—exclamó Favila levantándose y yendo hacia Amaya, que se adelantó a recibirle temerosa de que tropezara.

Favila, al sentirla cerca, se arrojó a sus brazos.

En aquel punto resonó debajo de las ventanas, que daban al campo, un grito alegre, gutural, vibrante y prolongado, que parecía superior al aparato eufónico del hombre.

Era el clamor de los montañeses que todavía resuena en las romerías del país y en momentos de entusiasmo popular; famoso grito en que algunos vascófilos descubren hasta la raíz del nombre éuscaro de Dios, tres veces repetido, como en honor de la beatísima Trinidad. Diríasele la voz de las montañas que se eleva al cielo para aclamar a *Jaungoicoa*.

—¡Los vascos!—exclamó Amaya, desprendiéndose espantada y sobrecogida de los brazos del anciano.

—Los vascos: dices bien, hija mía—le contestó tranquilamente su padre;—porque ese grito, de un solo hombre, jamás queda sin eco en esta tierra.

Y en efecto, a lo lejos, otro grito igual, aunque más debilitado por la distancia, resonó entre los olivares y viñedos de la llanura.

—¡Callad!—prosiguió Ranimiro.

Y todos se quedaron escuchando.

Y mucho más lejos, cerca ya de los primeros estribos de la cordillera, los tres godos creyeron percibir tenue, muy tenue, ese clamor simbólico, característico de los montañeses.

—Puedes quedar satisfecha, Amaya—añadió su padre;—ese aplauso que te tributa un vasco vagabundo al pie del cerro de Cantabria, de eco en eco va dilatándose por todo ese solar, y como las ondulaciones de un lago, sólo en las orillas irá a desvanecerse.

—Verdaderamente—contestó la cantora—que era para estar orgullosa, si el aplauso no fuera tributado a la canción nacional, a la antigüedad, a la tradición, que parece encerrar el espíritu vascongado. Para que comprendáis el mérito del poema—añadió Amaya dirigiéndose a su tío,—concluiré de traducíroslo.

Cuando hubo acabado de explicarlo, exclamó el anciano duque de Cantabria:

—Pero ¿es posible que nosotros los godos, que nos preciamos de cultos, y que tan celosos somos de nuestra independencia—testigos vándalos, hunos y suavos,—hagamos la guerra a gente tan sencilla, que ningún mal nos haría si la dejásemos en paz?

—Les hacemos la guerra muy justamente—contestó Ranimiro, con aquel aire de severidad que hacía cambiar por completo su fisonomía;—nosotros vencimos a los romanos, y los romanos habían vencido a los vascos; si los primeros se sometieron a nuestra ley, los últimos forman parte de los vencidos y quedan a merced del conquistador.

—¿Qué piensas tú de esto, sobrina?—le dijo el duque, adivinando que el silencio de Amaya sólo al respeto era debido.

—Yo creo—contestó tímidamente la dama—que los vascos se establecieron en los Pirineos occidentales sin tener que desalojar a ningún sér viviente más que a las fieras. Para hacer prados, principiaron por incendiar los bosques de los valles y hondonadas. No sé si

fueron o no conquistados; pero si he de atenerme a sus canciones, paces hicieron con Roma, sin que, en rigor, ni unos ni otros pudieran llamarse vencedores ni vencidos.

—Veo, hija mía—le dijo Favila con dulzura,—que sabes defender a nuestros enemigos.

—Instintivamente—contestó la dama—me pongo siempre de parte del débil. Pero soy goda ante todo y sobre todo, y por serlo tan de corazón, quisiera ver a los de mi raza más... no sé cómo decir, más altivos y magnánimos; quisiera verlos amigos de los montañeses, como lo fueron los romanos.

—¡Imposible!—exclamó Ranimiro.—Eso pudo ser en otros tiempos, por ventura; fué mi esperanza y mayor deseo en vida de tu madre. Hoy, la luz y las tinieblas podrán antes unirse y amalgamarse que godos y vascos.

—¡Quién sabe!...—dijo murmurando Amaya, y se quedó pensativa.

—Tío—prosiguió Ranimiro sin parar mientes, al parecer, en las imaginaciones en que la vió sumergida,—acabáis de oír que vuestra sobrina es ante todo goda, y de veras lo ha dicho, porque es hija mía; pero ha podido añadir algo que por mí ha omitido.

—¿Pues qué?

—Ha callado que tiene algún mérito en ser tan decidida por los godos, porque la mitad de su sangre es vascongada.

Amaya salió de sus distracciones al oír aquellas palabras, y se irguió en su asiento.

El duque exclamó, levantándose como lanzado por fuerte sacudida:

—¡Amaya vascongada! ¡Tú... de la sangre flavia! ¡Tú! ¿Qué estás diciendo?

—Lo que no he dicho a nadie hasta ahora. Os lo anuncié el día en que llegamos a Cantabria: no nos conocéis todavía ni al padre ni a la hija. No sabéis una parte de mi historia, que por grandes y poderosos motivos he ocultado a todo el mundo. Pero he resuelto al fin revelárosla hoy: es ya preciso. Mi reserva me traía inquieto y desasosegado. Causábame cierto empaño, y aun remordimiento, guardarla con vos, que sois el patriarca de nuestra familia, y que tantas y tantas pruebas de cariño nos habéis dado, y nos querfais dar, amado tío.

Y al pronunciar estas últimas frases con melancólico acento, tomó el conde una de las manos del ciego, apretándosela por modo particular para hacerle comprender el verdadero sentido de sus razones.

El duque le contestó de la misma manera; y uno y otro quedaron, al menos, satisfechos de haberse entendido.

—Habla, Ranimiro, que yo de antemano te agradezco la confianza que me dispensas.

Amaya se levantó para marcharse.

—¿Adónde vas?—la preguntó su padre.

—Me retiro, si me dáis permiso.

—No, hija mía—le contestó el conde con dulzura;—algo sabes de lo que voy a referir; ya es tiempo de que nada ignores. Has dejado de ser niña, y es preciso que, así como he procurado esclarecer tu entendimiento y dirigir tu corazón desde la edad más tierna, no olvide mis deberes cuando ha llegado para ti la edad de sentimientos nuevos.

Amaya se ruborizó, bajó los ojos y se sentó otra vez.

Su pecho se agitaba con el orgullo de verse por vez primera tratada por su padre como mujer, y el vago

temor que la infundía la solemnidad de las revelaciones que iban a romper el misterio de su nacimiento.

Desechando, sin embargo, como criminal hasta el miedo que inspira lo desconocido, aquella criatura tan generosamente inspirada de grandes afectos, dijo:

—Sólo quiero que me digáis lo necesario para enseñarme a defenderos con razones, ya que hasta ahora os he defendido con el corazón.

Favila, entre tanto, parecía absorto y abatido.

—¡Vascongadal!—exclamaba murmurando.— Pero ¿no eres tú...?

—¡El azote de los vascos, sí!

—¿El incendiario de...?

—¡Del caserío de Aitor!

—¡Eso, no!—exclamó Amaya con santa indignación.

—¿El qué?...

—Proseguid, tío—contestó Ranimiro con amarga sonrisa;—el que hizo perecer dentro del venerando edificio a una mujer...

—¡Eso, no!—tornó a decir su hija.

—A una mujer recién parida, con la criatura en los brazos...

—¡No, no! ¡Y mil veces no!—repelía Amaya como fuera de sí, pero con la convicción más profunda, con fe ciega en la rectitud y nobleza de su padre.

—Haces bien, Amaya, haces bien en sostener la verdad. Ahora, como tú lo deseas, te enseñaré a demostrarla, a confundir a mis calumniadores, godos o vascos.

Y Ranimiro la estrechó contra su corazón, y la besó en la frente, sentándose luego como rendido bajo la inmensa pesadumbre de recuerdos que a todas partes le había seguido, y de calumnias que hasta entonces había despreciado.

Repuesto un poco de su turbación, dijo al anciano:

—Duque de Cantabria, sois mi superior en dignidad, en edad, en todo, hasta en desdichas, y eso que no creo haber sido yo muy venturoso; vais a ser mi juez, sólo mi juez, no mi deudo y amigo. Escuchad.

Favila quiso hablar.

En aquel momento echó como nunca de menos la falta de sus ojos.

Pero no pudo ver, ni derramar una sola lágrima, ni pronunciar una palabra.

Fué a coger la mano del antiguo conde, y se encontró con la de Amaya; la apretó y la estrujó contra su corazón.

—Escuchad—repitió Ranimiro.

Y habiendo bajado la cabeza Favila en señal de anuencia, comenzó el tiufado su relato de semejante manera.

CAPITULO IV

En que el tiufado comienza a contar su historia.

—Siendo vos, hace veinte años, duque de la provincia tarraconense y yo conde de Victoriaco, puesto al frente de mi tiufadía para no dejar en paz a los vascos de lo interior, estaba siempre acometiendo empresas, ora a la faz del sol, ora nocturnas, asaltando la tierra baja y haciéndola sentir cotidianamente los trabajos y molestias de la guerra, llevando a sus inaccesibles y casi ignorados valles noticia de la existencia y pretensiones de los godos.

Situada la ciudad, erigida por Leovigildo, a la falda

meridional del gigante Gorbea, cuyas vertientes de Ocaso y Norte se pierden en el mar, mis incursiones no habfan pasado de la cumbre, o más bien de la línea divisoria de las aguas que de allí se reparten el Océano y el Mediterráneo.

—Y era cuanto yo te había encomendado, Ranimiro—dijo a la sazón Favila, interrumpiéndole;—y eso por conocer tu arrojo y afición a temerarias aventuras, en las cuales nadie había ido tan lejos como tú, ni después te ha superado nadie.

—Yo, sin embargo, no estaba satisfecho—prosiguió diciendo Ranimiro;—y con poca gente, sin ánimo de empeñar combate, y sólo por tantear el terreno y tomar, como quien dice, posesión de la tierra que da cara al mar, salí de Victoriaco una mañana y llegué hasta las márgenes de un río que corre al golfo Cantábrico, y donde moran ya tribus apenas conocidas. Di señal de retirada, y al volver los exploradores, me trajeron una joven del país, moza de cabello corto, blanco tocado, traje florido y de brillantes colores. Tomáronla mis bucelarios por espía; mas un poco de reflexión bastaba a desmentirlos. ¿Cómo había de espiar nadie a los godos en parajes donde no los esperaba nadie, y hasta la sazón no habían puesto los pies?

Por otra parte, bastaba mirarla al rostro, bellissimo por cierto, para comprender el candor y sencillez de aquella pobre niña. La expresión de su fisonomía me pareció extraña, sin embargo. Denotaba más alegría que temor; parecía contenta de hallarse entre nosotros, y miraba atrás con desconfianza y miedo quizá de sus perseguidores. Esto por un lado, y por otro su infantil asombro al ver nuestros grandes corceles y espléndidos arreos militares, añadía nuevos encantos a su hermo-

sura, que tenía el suave y místico resplandor de las cosas celestiales.

Esta, dije para mí, es una pobre niña sorprendida en la montaña, tal vez extraviada en los bosques por su mismo afán de buscar aturdidamente el camino o perseguida acaso por alguna fiera, pues que allá son inverosímiles los salteadores. Lo mejor será llevarla con nosotros hasta encontrar un caserío, y dejarla segura en él. Apenas los soldados le dieron a entender que yo era caudillo y señor de todos, se vino a mí desalada, como buscando amparo y protección, y exclamando: «¡Yo, cristiana! ¡Yo, cristiana!» Y sacando del pecho tosca crucecita de madera, sin duda hechura de sus manos, la besaba con fervor y unción angelicales; y me miraba con suplicantes ojos.

Contestéla en nuestro idioma latino que nosotros también éramos cristianos como ella; pero no me entendía. Sólo la afable expresión de mi semblante, la suavidad que naturalmente debía de tener mi acento y el respetuoso beso que di también a la cruz, debieron de hacerla comprender al punto la diferencia de mi trato al de los soldados, y persuadirla a poner en mí toda su confianza. Arrimábase a mí, no sin miedo al brioso caballo, cuyas sacudidas, que no llegaban a escarceos, la hacían retroceder, y señalándome la peña de Gorbea, repetía: «¡Cristiana! ¡Cristiana!» Su voz era argentina, conmovedora y privilegiada. La misma, la misma voz, duque Favila, que acaba de resonar en este aposento con la canción de Aníbal.

Llevaba yo, como sabéis, algunos años en Vasconia, donde tenía tierras y casas; sabía algunas cuantas frases y palabras sueltas en vascuence; y de tan escaso caudal me valí para indicarle que todos éramos cristia-

nos, que tuviese confianza en mí, que la dejaría en libertad desde luego en aquel monte, o si allí no, donde más quisiese. La joven, llena de júbilo al oírme chapurrar su propio idioma, me replicó: «Yo soy cristiana de corazón, nada más; pero quiero serlo como vosotros, ¡aunque me cueste la vida!» Fué lo único que la entendí; porque, animada sin duda por la fe, por la divina gracia que resplandecía en su semblante, siguió explicándose con entusiasmo y calor, fatales para mi escasa práctica en el vascuence. Adivinando, sin embargo, en gestos y miradas algo de lo que me decía, le pregunté:

—¿Quieres un sacerdote?

—Sí, sí; uno de vuestros ancianos. ¡Bautismo!—añadió de repente, con verdadera alegría, por haber topado al fin con esa palabra latina, en cuya busca andaba su memoria hacía rato.

—¿Quieres venir a Victoriaco para que te instruya un monje y te bautice?—le pregunté.

La joven, trasportada entonces de júbilo, exclamó:
—¡Sí, sí! ¡Ese precisamente es mi único deseo!

Y tan pronto besaba la cruz, como miraba al cielo, y quería tomarme la mano, y se retiraba medrosa al menor movimiento del ya impaciente corcel que yo montaba.

Dispuse que cabalgara en la hacanea de uno de los jinetes; pero lo rehusó con muy gracioso gesto; y para probarme que no lo había menester, echó a correr pecho arriba, y andando siguió constantemente, sin quedarse atrás.

Así entramos casi de noche en la ciudad, y la llevé en seguida al convento de religiosas para que permaneciese en él todo el tiempo que fuera necesario. Cier-

to monje que sabía vascuence, por haber servido mucho tiempo parroquias de lo interior de Vasconia, me acompañó al día siguiente a ver a la presunta catecúmena, y se enteró en breve de su historia y sus deseos. Llamábase Lorea, era pagana, y pertenecía a familia de fanáticos gentiles, que la habrían hecho pedazos si hubiesen presumido que trataba de abandonar la religión de sus mayores.

—Pero ¿hay todavía idólatras en ese país?—preguntó Amaya, que escuchaba el relato con un interés que nadie como ella podía sentir, comprendiendo desde luego de quién se trataba.

—Los vascos, hija mía—contestó el tiufado,—no son idólatras, ni lo han sido nunca. Antes de convertirse al cristianismo por la predicación de San Pablo, San Saturnino, San Fermín y otros apóstoles, seguían la religión natural, primitivamente revelada, adorando a un solo Dios, espíritu puro, creador y *Señor de lo alto*, como lo llaman, sin ídolos ni altares. No te diré que en sus ritos y leyendas religiosas no se haya deslizado alguna superstición; pero en el fondo tenían la fe de los patriarcas anteriores al diluvio.

Yo creía también que ya no quedaba un solo vasco sin bautizar; pero el monge me enteró de que en lo más fragoso de las montañas pirenaicas había familias que rechazaban el cristianismo como novedad y cosa extranjera, contraria a la tradición; en una palabra: por mal entendida exaltación patriótica, por fanatismo ibérico.

A una de esas familias, a la primera y principal de todas, pertenecía Lorea.

—¡Madre mía!—exclamó la dama profundamente conmovida.

Y llevó a sus labios un brazalete de oro con medallón ovalado, besándolo con veneración y ternura.

—Ese nombre vascongado, tío y señor—prosiguió diciendo Ranimiro,—ha hecho recordar a vuestra sobrina que lleva un brazalete con tosca crucecita de oro, y esta leyenda vasca: *Amaija dá asiería* (1). «El fin es el principio». Por eso sin duda ha besado la cruz cincelada en bajorrelieve.

—Por eso, y porque este brazalete con la cruz, fiel trasunto de la tosca cruz de madera de que nos acabáis de hablar, ha pertenecido a mi pobre madre.

—Y por ella fué mandado hacer a un platero judío, de los más hábiles que han pasado por aquí de Toledo a la Aquitania.

Favila lo examinó al tacto, lo llevó también a los labios con respeto, aunque con mal disimulada pena, y lo devolvió a su sobrina.

Ibase relajando, a pesar de todo, la tirantez en que por algunos momentos estuvo la situación de nuestros personajes.

—La joven vascongada—continuó diciendo Ranimiro,—que veía cristiana a casi toda su raza, sintió en el corazón llamamiento sobrenatural, ansia viva y eficaz de abrazar la religión verdadera; pero no se atrevió a comunicárselo a nadie. Esto necesita una explicación. Era Lorea huérfana de padre y madre, y la mayor de tres hermanas. Llamábanse las otras Amagoia y Usua. Como primogénita, ejercía verdadera autoridad y una

(1) Esta frase es del dialecto vizcaíno. *Amaija* se pronuncia *Amaya* con un poco de fuerza en la *y*, que es tan dulce en labios guipuzcoanos. En este dialecto *asiería* es *asierá*, y *amaija* es *asquena*, *atsena* y *ataendea*.

especie de sacerdocio entre las familias no bautizadas, y aun cierta soberanía en todas las siete tribus, sin distinción de cristianos ni gentiles.

—Explícate, sobrino—exclamó Favila dándose al fin a partido;—porque esa bendita criatura me va interesando sobremanera.

Lo que sin conocerlo quizá le interesaba al noble anciano, era el incremento y gallardas proporciones que iba tomando aquella figura que aparecía en escena, pobre niña abandonada en los bosques, y había ido creciendo, creciendo hasta el punto de poderse llamar reina de los vascos.

Se conocía que el bueno del duque, a pesar de haber sabido que la esposa de Ranimiro fué del nunca bien recibido linaje ibérico, no desechaba todavía la idea de casar a su hijo con Amaya; y que si la mezcla de sangre le había disgustado, no le parecía tan mal que lo que Amaya perdiese de goda, de princesa lo ganara.

El tiufado contestó:

—Os lo diré, tío; y tú también, Amaya, vas a oirlo por primera vez. Lorea pertenecía al linaje de Aitor, como todos los vascos; pero descendía del primogénito, del gran patriarca eúscaro, siendo sucesora directa y heredera de su nombre, bienes y casa solariega.

En ésta, según la tradición, vivió el primer vasco que llegó a los Pirineos, con siete hijos varones, cabezas de sendas tribus, en que se dividieron los pobladores de las montañas.

—¿Y por qué se llaman vascos o vascones?—preguntó Favila.

—Ellos entre sí se denominan *escualdunac*, y dan a su región el nombre de *escualerria*, que significa tie-

rra del *escuara* o vascuence. *Vascos* equivale a montañeses, y nosotros hemos tomado esta voz de los romanos por más fácil para nuestros labios. Pero montañeses y vascos, todo es uno.

—Prosigue.

—La tribu primogénita, y más que nadie la familia, propiamente dicha, de Aitor, heredera de Aitormendi, ha sido siempre tenida en veneración supersticiosa; en esa confederación de repúblicas y señoríos que se extienden del Adur al Ebro, del mar Cantábrico a los ingentes picos del Pirineo, la casa del patriarca reinaba moralmente y ejercía, en cuanto cabe, la suprema autoridad de esa religión sin templos, pontífices ni sacerdotes. Los ancianos mandan las juntas o consejos; pero el primogénito de Aitor viene a ser el anciano de los ancianos. Extinguida la línea masculina del heredero, cetro, sacerdocio y suprema autoridad pasan íntegros a las hembras; a la hija mayor primero, y a los hijos de ésta:

El ciego volvió instintivamente el rostro hacia Amaya, como si quisiera observar el efecto que semejante declaración producía en su sobrina.

—A los hijos de ésta—repitió Ranimiro,—varón o hembra, después de la madre; o si la madre moría sin sucesión, a sus hermanas de mayor a menor, es decir, de Lorea a Amagoya, y de Amagoya a Usua. Lejos de sufrir menoscabo la majestad al transmitirse a las hembras, se engrandecía y abrillantaba, porque, en opinión vulgar, una de esas hembras, legítima heredera del solar de Aitor, ha de ser reina, reina de veras, con cetro y corona como nuestros reyes de Toledo, y rica, inmensamente rica, para que pueda verificar la transición de humilde casera al trono de...

—¿De dónde?—preguntó impaciente el duque.

—Eso no lo sé, ni creo que lo hayan dicho los profetas vascongados—contestó Ranimiro, que ya había recobrado la serenidad hasta el punto de sonreirse.

—Prosigue, sobrino, y perdona que te interrumpa; no sabes tú con cuánto placer te escucho.

—Por estos antecedentes podemos ya comprender el heroísmo de la joven Lorea. Sus dos hermanas menores se habían casado con dos mozos paganos oriundos de la misma tribu. Amagoia con Basurde, Usva con Lartaun de Butron. Estas tres familias se consideraban ya como únicas mantenedoras del primitivo espíritu vasco, y depositarias exclusivas de la tradición. Nada importaba que los demás se hubiesen hecho cristianos, mientras la casa y valle de Aitormendi se conservasen fieles a la religión patriarcal. ¿Qué habría sido de aquella pobre niña, que miraba como carga y torcedor su autoridad y prestigio? ¿Qué habría sido de Lorea, si los paganos la hubiesen visto departir con monjes, o sospechado que de cualquier modo trataba de hacerse cristiana? Eralo ya una íntima amiga suya, una arrogante joven llamada Petronila de Butron, hermana de Lartaun, y de quien, por ventura, se había servido Dios para que la hija de Aitor le abriese el corazón y le entregara el alma.

Pero Lorea, tan circunspecta como delicada, desde que resolvió convertirse dejó de ver a su amiga a fin de preservarla de la persecución, que ella únicamente quería arrostrar. Sola, pues, sin consultar a nadie, con pretexto de un viaje hacia Gorbea, abandonó casa y familia, patria y amigos, cetro y pontificado, todo, absolutamente todo, hasta su mismo honor y fama, por seguir a Dios que la llamaba, que la quería para sí, para los cielos.

—¡Sublime mujer!—exclamó el duque sin poderse contener.—¡Sólo en pechos cristianos cabe tanta virtud!

—¡Santa madre de mi alma!—murmuró Amaya tornando a besar la cruz del brazaletes con lágrimas de dolor o de entusiasmo.

—Cuando yo comprendí su abnegación, su inmenso sacrificio; cuando la vi pasar desde el palacio de Aitor-mendi, que tantos reyes había cobijado, al monasterio gótico de Victoriaco; de la atmósfera de la *escualerria* al corrompido ambiente de próceres y siervos, tiufados y bucelarios; del *escuara* al latín, sin parientes ni amigos, sin haciendas ni recursos, la contemplé con respeto, y a los ojos de Dios me consideré de alguna manera envuelto en aquella vocación y como ligado a la suerte de tan maravillosa criatura. Aunque mozo todavía y acostumbrado a vivir entre guerreros, entendí mi obligación de prestar a Lorea cuantos auxilios necesitara, haciendo con ella oficios de padre y hermano; y comprendí también que todo en mí debía ser noble, desinteresado y puro, si había de corresponder a la santidad de la obra que la Providencia se dignaba encomendarme.

Está en uso, como sabéis, que las monjas admitan seglares en el monasterio por siervas o penitentes, y aunque bajo ninguno de estos títulos podía ser recibida Lorea, gracias a mi influencia como gobernador de la ciudad, gracias a lo extraordinario y singular del caso, se quedó en el claustro. Allí fué catequizada por el monje; allí se instruyó también en nuestro idioma, y sin salir de allí recibió el bautismo. ¿Qué hice después? Yo la amaba; pronto pasé de protector a hermano, y del cariño fraternal nacieron otros tan castos, sí, pero mucho más íntimos afectos. Las transiciones se

habían verificado insensiblemente; pero lejos de dejarme llevar por la pasión que sentía, y que trataba de ocultar, sobre todo a quien me la inspiraba, me uní a las monjas para hacer comprender a Lorea que en ninguna parte sería más feliz que en el convento, tomando el velo de las vírgenes del Señor. Yo la decía:

—Paula—porque con este nombre se había bautizado, en memoria de la conversión de San Pablo, primer Apóstol de los vascones (1),— Paula, estás en completa libertad de salir del claustro o de quedarte en él. Si quieres volver a tus montañas, desde mañana vivirás entre los tuyos; si es tu ánimo permanecer entre nosotros, deudos tengo que te recibirán como amiga, y hacienda para dotarte el día en que quieras contraer matrimonio. Pero si dejas el monasterio, ha de ser, o para tornar a tus valles, o para residir en Toledo.

—¿Y por qué en Toledo? ¿Por qué no he de vivir en vuestra casa como sierva, o si no lo consentís, como hermana vuestra?

- (1) «Paulus, Praeco crucis,
Dedit nobis primordia lucis.»

Inscripción que existió en la ermita de San Miguel de Viana, en Navarra, completamente demolida en la guerra de los siete años. Debía de ser fábrica del siglo XI, o tal vez anterior, a juzgar por lo que de ella recuerdo, y por el estilo arquitectónico de otras construcciones análogas circunvecinas, de las cuales aún se conservan restos característicos.

Es evidente que la época de la inscripción en versos leoninos, que pueden traducirse

«Pablo, apóstol de la Cruz,
nos dió la primera luz»,

no se remonta más allá del siglo XIII; pero demuestra que es antigua, y, por tanto, respetable la tradición de la predicación de San Pablo a los vascones, lo cual basta y sobra para mi propósito.

No le contesté; no podía contestarle en el acto sin que acento y palabra hicieran traición a mis buenos propósitos.

—Creo—le dije, esforzándome por mostrarme sereno, después de breve pausa,—creo con sinceridad que en ninguna parte estarás mejor que en el convento. Los vascos gentiles nunca te perdonarán que, huyendo de ellos, te hayas refugiado entre nosotros, capitales enemigos de vuestra raza; pero te disculparán, te absolverán quizá los cristianos si se persuaden de que sólo has venido a vivir con los godos porque en vuestros valles carecéis, según creo, de monasterios de religiosas.

—Pero sería mentir si yo de alguna manera dijese que tengo semejante vocación—respondió Paula.—Mi padre al morir me encargó que me casara, queriendo que en mí, y no en mis hermanas menores, tuviesen cumplimiento las promesas de Aitor.

Y en la manera con que dijo estas palabras conocí que aquella sencillez podía ser peligrosa, y que mi oculto, mi tierno afecto, era con ternura igual correspondido. Nos casamos sin ruido ni aparato, sin que nadie apenas conociera a mi mujer, ni supiese su procedencia. De las montañas había pasado al monasterio, donde no trató con más hombres que con el monje y conmigo, y del convento salió desposada ya para mi palacio.

Al día siguiente me nombrasteis gobernador de Pamplona, de lo cual me congratulé con Paula, porque en aquella ciudad tenía yo mi casa y os tenía a vos, a quien quería confiar mi nuevo estado. Pero al llegar a Pamplona supe que habíais partido para Calahorra, desde donde pensabais proteger la orilla izquierda del

Ebro, limpiando de enemigos la ribera, muy molestada ya por los vascones de los primeros estribos del Pirineo.

—Lo recuerdo—dijo el anciano duque,—y precisamente fuiste nombrado conde de Pamplona por la necesidad de dejar en aquella fortaleza persona de toda confianza. Sorprendido y satisfecho de tus expediciones a las vertientes septentrionales de Gorbea, quería que desde tu nuevo condado te dejases caer hacia el promontorio Olearso y la ciudad de ese nombre, fundada por Leovigildo.

—Sí, la que llaman los vascos Ondarivia, y a la cual sólo por mar arribamos los godos. Esa determinación contribuyó también a que mi casamiento siguiese oculto y no conocido.

Cumpliendo vuestras órdenes, antes de dirigirme a las fuentes del Bidasoa y Urumea procuré debelar en noble guerra a los vascones del Arga y del Burunda, mientras vos, por igual modo, los inquietabais en las campañas que se extienden desde Toloño a Montejurra. Esas correrías, que me obligaban a frecuentes y prolongadas ausencias, imponían a Paula vida retirada y estimulaban su afición a la soledad y apartamiento del mundo, a que en el monasterio se había acostumbrado.

Completamente retraída y entregada a la piedad y cuidados domésticos, sin hablar con nadie más que con siervos y libertos, y con Marciano su confesor, que es hoy nuestro santísimo obispo; cuando tornaba yo de algaradas y combates me recibía con inequívocas muestras de cariño, con más extremos de amor que nunca; pero con cierta cortedad y falta de franqueza, que no podía echársela en cara porque yo la sentía

igual, yo me la tenía que reprochar a mí mismo. Hasta nuestras más íntimas conversaciones adolecían de encogimiento y empacho. Su mismo semblante parecía demudado.

La creí arrepentida hasta cierto punto de su casamiento, y aunque sólo el pensarlo me destrozaba el corazón, comprendía su pesar de haberse dejado llevar de la pasión, su remordimiento de no haber tomado el velo de las vírgenes en Victoriaco, y me echaba con razón a mí mismo toda la falta, porque yo estaba obligado a ser más fuerte, y sin torcer su vocación debí quizá haber huído de su lado. Mas ya no tenía remedio, y era terrible, en efecto, nuestra situación.

Por la fe de Cristo dejó Paula familia, hogar, patria, honores y hacienda, heroica pero indeclinable y justa determinación que nadie podía echarle en cara. Dios lo quería, y antes que a los hombres hay que obedecer a Dios. Mas por amor mío, por gratitud acaso, ella, de casta enemiga, la primera entre los vascos, del linaje prócer en que el orgullo, preocupaciones y esperanzas de su pueblo se cifraban, se había unido indisolublemente al godo más godo de Vasconia, infatigable perseguidor de vascongados. Lo primero se llamaba conversión, la misma que habían hecho las siete tribus, con excepción de unas cuantas familias; pero lo segundo... ¡Ay! ¿Qué nombre tendría su matrimonio entre los vascos?

—¡Pobre madre!—exclamó Amaya con abatimiento.

—¿Qué hacer?—prosiguió Ranimiro.—El honor me ordenaba no aflojar en la guerra; mi temor de ser débil por miramientos a mi esposa, por contemplaciones conmigo mismo, me impulsaban a mostrarme más que nunca celoso y arriscado; y todo conspiraba contra la

infeliz, obligada a contemplar mis armas y vestimenta salpicadas de sangre, más que de hermanos (porque la autoridad de Paula era maternal), de sus mismos hijos.

Hacía yo lo posible porque ignorase mis aventuras, mis empresas y combates; fomentaba su afición al retiro, su retraimiento de las gentes, y hasta prohibí a los siervos que hablasen de hazañas, de godos o vascos, que mentasen siquiera la guerra en nuestro hogar.

De aquí la reserva que guardé con vos, con toda nuestra familia, acerca de mi nuevo estado; de aquí que en Pamplona mismo pasase para muchos por soltero; de aquí, en fin, la creciente falta de abandono y cordialidad entre nosotros, que podía llegar a ser funesta. Semejante estado de cosas no podía ni debía prolongarse. Yo no sólo amaba a mi mujer, sino que la estimaba cual merecía, y casi casi la veneraba. Reflexioné un día sobre mi situación para seguir la inspiración de mi conciencia por duro que fuera el sacrificio que me exigiera.

¿A qué debo de atribuir, decía yo para mí, la melancolía, o más bien, la inquietud de Paula? Porque debo advertiros que más que triste, parecía imaginativa y desasosegada. A la guerra. ¿Y qué necesidad tengo yo de hacer aquí la guerra? ¿No puedo servir a mi patria en otra parte? Acaba de descubrirse una espantosa conspiración contra Egica en Toledo; ¿tan mal vendrán al rey el brazo y corazón de un milenario leal y seguro? Susurrábase ya que los judíos andaban en tratos con los africanos, de tal manera, que poco después fueron declarados siervos todos los conjurados; ¿no podía mandarme Egica a la provincia Tingitana?

Pero temí que se achacara a cobardía el esquivar

voluntariamente los peligros de la guerra, cuando mis atrevidas y afortunadas incursiones llamaban en Toledo la atención; y queriendo cohonestar mi tranquilidad doméstica con mis deberes públicos, seguí diciéndome a mí mismo: ¿Cuándo ha de tener fin esta lucha entre cristianos? ¿Por qué ha durado cerca de tres siglos? ¿No ha unido Dios a Paula, hija de Aitor, conmigo, nieto de Chindasvinto? ¿No podía concluirse la guerra abrazándonos, al fin, godos y vascos? ¿No sería un bien para todos, y muy singular satisfacción para mi esposa, que yo pudiese conseguirlo?

CAPÍTULO V

Donde se prosigue la historia del tiufado.

—Mentira parece que el terrible conde de Pamplona, el azote de los vascos, el llamado verdugo de niños y mujeres, tan dulces y pacíficos pensamientos abrigara; pero así fué, duque Favila, y nadie como vos puede dar testimonio de que intenté además ponerlos por obra. Con ellos entré en el aposento de Paula. Perdonad que os lo recuerde, porque de aquí surgieron mis desdichas, y todas estas memorias me desgarran y destrozan, y regalan y consuelan también mi corazón.

Con íntima confianza y abandono quise hablarla, y vacié mi alma en la suya, que la recibió triste y turbada, y me la devolvió serena y venturosa. Se arrojó a mis brazos. ¡Santa mujer! ¡Criatura angelical! ¿Pensáis que la causa de su inquietud era el recuerdo de su palacio, de su familia y valles y montañas?

—¡No!—exclamaba Paula con efusión de ánimo.—

¡No! Por mi Dios y por ti lo dejé todo; su amor y el tuyo me colman de felicidad.

—¿Pensáis que la guerra...?

—Ranimiro—proseguía,—me casé contigo porque te amaba; y porque te amaba, te escogí para instrumento de la paz que nos prepara Dios.

—Explicáte, Paula. ¿Cómo puedo ser yo pacificador? Dímelo, porque esa idea está de acuerdo con la inspiración que acabo de tener.

—¡La guerra!—continuaba mi esposa.—De dolor me moriría si supiese que esta guerra no iba a tener fin. Pero hoy, precisamente con más esperanzas y fundamento que nunca, puedo anunciarte la conclusión de la guerra. ¡Es cierto!—añadía en voz solemne y misteriosa.—Las profecías de Aitor van a cumplirse; los tiempos han llegado. Se hará la paz, y siendo tú godo y vascongada yo, vascos y godos habrán de unirse para hacer el reino cristiano, y con él la paz.

Me pareció loca, ilusa, visionaria; pero ella, bajando los ojos un instante para clavarlos luego en los míos con dulzura inefable, me dijo con voz tan suave y tan hermosa, que parecía del otro mundo:

—¿No lo adivinas, esposo mío? ¿No sabes lo que te quiero expresar?

—Paula, ¿será posible?—exclamé lleno de gozo.

—Sí, Ranimiro, vas a ser padre—me contestó;—viene *Amaya*, viene *el fin* de todos nuestros infortunios.

—Pero entonces, ¿por qué estabas triste? ¿Por qué retraída y temerosa? ¿Cómo la bendición de Dios que me anuncias puede turbar nuestra ventura?

—No, no la turbará, Dios mediante—me replicó;—todo se arreglará pronto y fácilmente.

—¿Hay algo que arreglar entre nosotros?—torné a preguntar cada vez más asombrado.

—Mientras hemos sido solos, satisfecha con tu amor y viéndote a ti contento con el mío, no he pensado en más, porque de nada más había menester. Pero ahora que vamos a tener sucesión debo revelarte un secreto de que no te hablé nunca, acaso porque en el goce de mi felicidad lo había olvidado. Soy rica, tal vez inmensamente rica.

—¿Qué importa?—le contesté.—Yo no soy pobre; nada nos falta para nosotros y nuestros hijos.

—Sí—repuso Paula;—pero mis riquezas no serán para mí, sino para lo que llevo en mis entrañas. Escucha, Ranimiro. No hace muchos años, sintiéndose mi padre próximo a la muerte, aunque no postrado en el lecho del dolor, me llamó y me dijo: «Mis días están contados, y no será larga la cuenta. Muero joven, y conmigo se extingue la línea masculina de los herederos de Aitor. Tú, como primogénita, quedas en posesión de esta casa y de este valle; a tus hermanas no les faltarán otros. Pero vas a entrar desde luego en el goce de mayores bienes, vas a ser guardadora del secreto de nuestro patriarca. Muerto yo, una de tus hijas ha de ser reina».

—¡Reina! —exclamó Favila, pensando en que Pelayo se hallaba tan cerca del trono, que sería probablemente elegido rey si sobrevivía a Rodrigo.

—¡Reina!—repitió casi imperceptiblemente Amaya, mirando a las azules montañas que se destacaban en el horizonte anaranjado del Noroeste.

Ranimiro, sin darse por entendido de la interrupción, mas no sin haberla observado, prosiguió:

—¡Reina!—exclamé sonriendo con ironía.—¿Y en

esas consejas fundas tú la esperanza de ser rica?

—No—respondió Paula,—nosotros no seremos los ricos; pero lo será quien ha de reinar. Cuando Aitor llegó del Oriente, traía consigo los diamantes, perlas y piedras preciosas que por allá se crían. Pero tan sabio como bueno, no quiso que tuviésemos otro patrimonio que el suelo que Dios nos deparaba, y el trabajo que como obligación y castigo nos imponía. «Estos tesoros—decía—van a corromper el corazón de mis descendientes, a disgustarles del pastoreo y cultivo de los campos. Harán codiciosos, muelles, dados a la envidia y la pereza a mis hijos, los cuales querrán ser cada vez más ricos, y serán cada vez más desdichados.» Y para quitarles aquel germen de corrupción, lo sepultó en las entrañas de la tierra, y dijo a su primogénito: «Tú solo sabes dónde queda escondido; procura que nadie más que tu sucesor y heredero lo sepa. Ahí quedará hasta que el último de la línea masculina determine cómo ha de repartirse.» Estas poco más o menos, fueron las palabras de Aitor: ahora, Ranimiro, te voy a repetir las de mi padre. Hallábase en el caso previsto por el patriarca: como postrero de los varones, tenía que disponer de aquella riqueza, y lo hizo en estos términos:

—«Lorea, si te dijese que el Señor de lo alto me ha dado a conocer por medio de palabras o de otro modo indubitable lo porvenir, mentiría, y tengo horror a la mentira. Pero presiento que dentro de algunos años ha de cambiar la suerte de los vascos, quizá la de toda España. Creo que nuestro pueblo, o parte principal de nuestro pueblo, necesita un rey, y en tal caso, del solar de Aitor ha de surgir el trono. No hay remedio: si se funda una monarquía por escualdunas, aquí tendrán

que venir, a ti tendrán que buscarte, a ti, o tus hijos; y si no los tienes, a tus hermanas. Eso es lo que alcanzo a vislumbrar, o con la luz de la razón, o por inspiración divina. Aitor lo decía: «Cuando os parezca que ha llegado el fin, será el principio». Pues bien, para ese día debes de guardar el tesoro. Puede ser tuyo, puede serlo de tus hijos, y también de tus hermanas, o de los hijos de tus hermanas.»

Así decía Paula, y yo lo escuchaba con tanta incredulidad, que frisaba con la compasión.

—¡Cómo!—exclamé,—y en tantos años y tantos siglos, ¿ninguno de tus abuelos ha caído en la tentación de apoderarse del oro y piedras preciosas de los tiempos patriarcales? ¿Ni uno siquiera ha tenido curiosidad de ver el efecto que hacían en el cuello y cabeza de su mujer, de su novia o de sus hijas esas ricas preseas del Oriente?

—Ningún hijo de Aitor desobedece a sus padres.

No podéis figuraros la entereza con que Paula pronunció estas razones; baste deciros que su acento me infundió su fe.

Pero luego añadió:

—A mayor abundamiento... a ti te lo puedo decir. ¡Yo lo he visto!

—¿El tesoro?

—El tesoro.

—¿El oro, las perlas, las piedras preciosas?

—Todo.

—¿Tú lo has visto y palpado?...

—Eso no—dijo Paula;—verlo sí; tocarlo no.

—¡Oh! lo comprendo. ¡Lo habrás visto en sueños!

—Despierta, con mis propios ojos.

—De ese modo, has sido tú la primera...

—La primera mujer—me contestó Paula sonriendo—que ha conocido el secreto, debía ser la primera en registrarlo. Mas no fué curiosidad lo que me movió, sino más elevado sentimiento. Yo estaba resuelta a dejar la casa de mis padres para hacerme cristiana, y tenía y tengo todavía miedo cerval a mi hermana Amagoya. Con excelente corazón, y nobleza de alma sin igual, se extravía por ceguedad, por exaltación, que parece frenesí. Por miedo de ella me escapé de casa y me refugié entre vosotros. Yo era la mayor, la heredera principal; pero ella me dominaba como domina a cuantos viven a su lado, por mucho que descuellen sobre los demás. ¿Qué hubieran dicho de mí? ¿Qué de los cristianos si, al heredar un día el trono de Aitor, se hubiese encontrado sin el depósito?

De mis antepasados nunca dudé; pero la casualidad podía haber descubierto o quizá sepultado bajo enormes peñas, removidas y dislocadas por un terremoto, esas riquezas que ocupan tan poco lugar, y entonces me hubieran inculpado de la pérdida. Se habría dicho que la primera cristiana del caserío de Aitor había sido la primera ladrona de la familia, y que no por seguir a Dios, sino por gozar en paz de lo robado, me escapé a tierra enemiga. Fuf, pues; descubrí que todo era verdad, que el tesoro existía, al parecer, intacto en un arca de piedra, y sin atreverme a tocarlo lo cubrí de nuevo y me volví tranquila.

Así habló Paula.

Recordando cómo había encontrado sola y sin recurso alguno a la joven que tenía a su disposición tales riquezas, no podía volver del asombro que me causaba, y cerca de veinte años han transcurrido desde entonces, y su virtud me conmueve aún y me enternece.

—¿Y no puedo saber yo—le dije—dónde está escondido ese tesoro?

—Sólo descubriré el secreto a la hija que llevo en mis entrañas.

—¡Padre!—exclamó Amaya interrumpiéndole.—¿Es eso cierto? ¿No soy yo esa hija? ¿Hay otra Amaya por ventura? ¿Cómo ignoro el secreto de Aitor? ¿Cómo no me ha sido revelado?

—No pienses en él, hija mía. El secreto, por fortuna, se ha perdido para siempre. ¡Oh! ¡Si nunca hubiese existido! ¡Acaso tendrías hoy madre, acaso no hubieran sucedido las desgracias que sobre nosotros se han desplomado! Pero es propio de las riquezas dividir, enconar y endurecer corazones y ser fuente y raíz de calamidades. Sabio fué Aitor al esconder el tesoro, pero lo hubiera sido más si al fondo del mar lo hubiese arrojado. Déjame seguir el relato.

—¿Y si ese hijo—repliqué yo a Paula—muere antes de poder oír de tus labios el secreto?

—Aguardaré a que Dios me dé otro.

—¿Y si no?

—Si no tengo hijos, el derecho pasará a mi hermana Amagoya.

—Pero Amagoya te cree muerta; así lo pregona al menos tu familia, la cual añade que Amagoya es la predestinada, y que por eso lleva el nombre de vuestra primera madre, la mujer de Aitor, la madre superior (1). Ya tienen otra vez su Amagoya los vascongados; ya tienen quien les cante las canciones de sus

(1) De *ama*, madre, y *goia*, la altura, lo de arriba. Todavía en alguno de los dialectos del vascuence, y en el más noble sentido de superioridad, *Amagoya* es la abuela.

mayores con esa voz que arrebatada y es peculiar de vuestro linaje. Tu hermana celebra el plenilunio en Aitormendi, a usanza de paganos, y no vendrá jamás a nuestras ciudades.

—De aquí la necesidad que tengo de volver a mi tierra, y de aquí la inquietud y tristeza que en mí has notado. Mi obligación es volver...

—¡No volverás!—exclamé.—¡No lo permitiré nunca! ¡Que se pierdan todos los tesoros del mundo y todas las perlas orientales; no volverás!

—Que se pierdan para mí poco me importa, que se pierdan para mi hija debo evitarlo. Pero dejarlas perder para mis hermanas o sobrinas, eso no puede ser; eso nos haría por siempre desdichados, objeto de las maldiciones de mi familia, de mi pueblo, de Dios nuestro supremo Juez, por haber defraudado a mis deudos de lo que puede llegar a ser legítimamente suyo. Entiéndelo bien, Ranimiro: soy depositaria de ese tesoro, nada más, y de él tengo que dar cuenta a Dios y a mis hermanas.

—Pero sin necesidad de ver a tu hermana puedes confiar el secreto a Marcial, tu confesor; al obispo Atilano...

—Los he consultado ya. No conviene que los godos, ni mucho menos los monjes, se mezclen en estos negocios. Mi confidente debe ser vascongado.

—¿Quién?

—Cualquiera de mis hermanas.

—¡No!

—Pues entonces, la hermana de mi cuñado Lartaun de Butron, mi amiga Petronila.

—¡Esa, sí!—exclamé como quien arroja un peso que le oprime.

—Para encontrarla tendré que ir a su casa.

—No, no saldrás de la zona que los godos ocupamos. Yo te traeré aquí a Petronila, o si a nuestra casa no, al pie de los muros de la ciudad.

Hablé entonces a Paula con más detenimiento de mis proyectos de terminar la guerra. Necesitaba para intentarlo tratar con los principales caudillos vascos, con lo cual era fácil hablar o hacer venir a Petronila a cualquier caserío de los alrededores de Pamplona. Paula quedó convencida, y yo tranquilo y feliz.

Por grandes que fuesen mis deseos de paz, y la necesidad que el reino tenía de ella, no debía dar paso alguno para conseguirla, siquiera el de averiguar si el enemigo estaba dispuesto a tratar con nosotros, sin obtener previamente vuestro permiso. Cuando tuvisteis a bien concedérmelo y autorizarme a todo, estaba ya informado por mi mujer de la organización de los vascos y de las personas que sobre ellos ejercían verdadero y decisivo influjo. Tres de las siete tribus de Aitor se habían separado siglos atrás de la confederación primitiva; moraban en la falda septentrional del Pirineo hacia las Galias o la Aquitania; las cuatro restantes siguieron unidas, tomando por enseña lo que llaman el *lauburu*, esto es, *cuatro cabezas*, simbolizadas—¡notable casualidad o misterio!—por una cruz como la de los cristianos.

Estas tribus confederadas, más que por tratados por la fuerza de la sangre, por la identidad del origen, por la semejanza de costumbres y dialectos, son independientes entre sí, y hasta contrarias en su modo de gobierno. Los vascones propiamente dichos, que son éstos en cuyo territorio vivimos, tienen en cada valle un señor que no reconoce superior alguno; especie de

reyezuelo que gobierna cual que media docena de pueblos con la misma autoridad que un padre su propia casa. Cuando la necesidad les obliga a concertarse y unirse, forman el Consejo de doce ancianos, y por hábito, por instinto o por respeto a la ley natural, obedecen al más viejo, que suele ser el mejor. Entonces, como ahora, Miguel, señor de Goñi, era, en este sentido, soberano de Vasconia. Con dos personas principalmente tenía que tratar: con Miguel de Goñi y Amagoya. La influencia de la hija de Aitor se extendía más allá de las tribus del *lauburu*, a los pueblos mismos separados de la antigua confederación.

Por medio de los monjes hice entender a Basurde, marido de mi cuñada, y el anciano Miguel de Goñi, que deseaba verlos en son de paz. Sino que, en consideración a la edad venerable de este último, le advertía que estaba dispuesto a presentarme adondequiera que me llamase. Del marido de Amagoya no obtuve respuesta alguna; el señor de Goñi, por el contrario, me contestó pronto y bien. Cierto que su valle dista poco de Pamplona, y el caserío de Basurde cae cerca del mar. Miguel se excusó por sus años de venir a verme; pero me previno que mandaría un hijo suyo para conducirme, armado y sin armas, solo o con la gente que yo escogiese. No tardó en llegar el guía; era un rapazuelo de diez a doce años, listo, sereno y valeroso, que de nada se asombraba y lo facilitaba todo. Llamábase Teodosio.

—¡Teodosio de Goñi!—exclamó Amaya.—¿Es quizá ese capitán que tanto figura hoy entre los vascos?

—El mismo. Su padre vive todavía, y si hace veinte años era ya tan viejo, imaginaos lo que hoy será. Por eso quien hoy realmente dispone y manda es Teodosio,

aquel muchacho a cuya dirección me entregué una noche negra como boca de sima, nebulosa y de llovizna, sin luna ni estrellas.

Fuí solo, a pie y sin más armas que la *cateya*, que me servía de báculo. El muchacho se mostró muy satisfecho de aquella prueba de confianza. Salimos de Pamplona, y a corta distancia entramos en el corral de un molino, donde nos aguardaba una sola jaca montañesa para entrambos.

Allí dejé mi *cateya*, por serme ya innecesaria, y como las joyas de oro y pedrería que los magnates solemos llevar llamasen la atención del rapaz, que no apartaba de ellas los ojos, parecióme también conveniente quitarme algunas para presentarme en Goñi con modestia, sin ofender con nuestro lujo habitual la pobreza y sencillez de los señores de la montaña. Todo lo escondí entre el heno, y cabalgamos yo delante y Teodosio a la grupa. El caballo fué nuestro verdadero guía. Lo dejamos a su aire, y nos llevó por donde quiso. Ignoro qué camino llevamos; sólo sé que al salir de un angosto barranco que servía para dar paso al riachuelo, cuyo murmullo sentía a nuestros pies, me dijo Teodosio:

—Ya estamos en el valle.

Después fuimos subiendo breve rato, apeándonos al fin delante de un edificio casi tan negro como la noche, que no se hubiera distinguido en la obscuridad sin la incierta luz de las grietas o ventanas. Entré por una puerta baja y angosta abierta en muro de espesor descomunal, y me hallé en muy extraño aposento, que hubiera podido parecerme mazmorra a no constarme que estaba a piso llano, y que debía recibir la luz por ciertos profundos agujeros o hendiduras laterales, a

modo de saeteras. Las paredes, de grandes piedras casi en bruto o muy toscamente labradas, sostenían el techo, de enormes anchurísimas losas. Hubiérala creído caverna de nuestros más remotos antepasados, a no ver en ella, sin orden ni simetría, vigas de roble destinadas, donde lo exigía la necesidad, a reforzar la techumbre.

De las grietas de la pared arrancaban algunas teas que daban luz, pero también humo y olor resinoso, poco grato a quien no estaba a semejante atmósfera acostumbrado. En medio se alzaba una mesa de nogal con dos banquillos a los lados, y sendos jarros de vino, vasos de asta, platos de madera y hogazas de pan. Por una puerta interior, tan angosta como la de fuera, aparecieron dos personajes, marido y mujer sin duda, viejos los dos y vascongados ambos, a juzgar por el traje, fisonomía y talante, pues en todo, como sabéis, va diciendo esa gente: «Somos de raza superior, distinta de la vuestra.»

El aspecto del primero no revelaba mucha perspicacia ni elevadas miras; pero sí tranquila conciencia, ventura habitual y apacible condición. Alto, aunque ligeramente encorvado, recio de miembros y poblado aún de fuerte barba y cabellera, blancas como la espuma, o como dos recentales escogidos para piadosa ofrenda, no podía dudarse de su robusta complexión; y la nobleza y serenidad de su mirada, la sonrisa de sus labios, aunque delgados, bondadosos, daban a conocer una juventud sin mancilla, prenda segura de muy hermosa y venerable vejez sin remordimientos. Cuando hablaba o se sonreía, dejaba ver dos hileras de dientes sin falta alguna, elementos, como pude luego observar, indispensables a su dicha. Aparentaba aquel

anciano unos setenta años de edad, y como me figuré desde que apareció en el umbral, era Miguel de Goñi.

De su mujer es difícil que os forméis idea, porque ejemplares de su especie sólo se encuentran en el riñón de esas montañas. Todo en ella estaba en contraste, principiando por su nombre. Llamábase Plácida, y me pareció sombría y taciturna; creí que le infundía horror, que me miraba con repugnancia, y hasta cierto punto no podía extrañarlo; porque, según luego veréis, yo había sido el matador de uno de sus hijos. Pero no; triste y altiva, conmigo se mostraba serena y afable; quería cubrir con su sonrisa llagas que nunca se cicatrizan en el corazón de una madre. Dulce a fuerza de virtud, y atractiva a fuerza de dulzura, estaba poseída de ese amor conyugal propio de las montañesas, que se trasluce en las obras y rara vez se significa con la palabra. Adivinar los deseos de su marido, leerlos en sus ojos antes que descendiesen a los labios, era todo su estudio; satisfacerlos, toda su ocupación. Su frente indicaba talento superior; pero lo daba a entender principalmente en vivir al lado de Miguel, como polluelo bajo las alas maternas.

—Salud y bien venido a Gastelúzar—me dijo el anciano al entrar.—¿Hablas vascuence?

—Un poco—le contesté.

—Me alegro; porque me cuesta trabajo y repugnancia expresarme en el idioma de los romanos, y eso que fueron amigos nuestros. No estáis en el palacio, sino en el castillo de Goñi; y os he traído aquí, no por desconfianza ni menosprecio, sino porque hablemos solos y en completa libertad. Mi mujer nos servirá la cena; y como nadie más que mi hijo menor sabe que habéis venido, nadie se enterará de la entrevista. Cualquiera

que sea el objeto de ella, os repito la bienvenida, y declaro que me honráis con vuestra presencia, y sobre todo, con vuestra confianza. Sí; no podéis figuraros cuánto os agradezco que hayáis venido solo y sin armas. Y no yo; todos los vascos, si lo supieran, os quedarían igualmente agradecidos. De confiar en nosotros, jamás tendréis que arrepentiros.

—Os digo todas estas cosas—añadió Ranimiro, dirigiéndose a su tío y a Amaya—porque son necesarias para mi justificación.

Nos sentamos a la mesa y principió la cena, la cual, si no se distinguía por el lujo del servicio, no desmerecía de las más opíparas por lo sabroso de las viandas. No queriendo ya tratar, mientras cenábamos, del asunto que motivaba nuestra conferencia, le pregunté:

—¿Tenéis muchos hijos?

—Cuatro.

—¿Nada más?

—Otros cuatro han muerto. No debe quedar descontento el cazador que parte con el campo—añadió sonriendo tristemente.

—Os compadezco.

—Y vos, ¿sois casado, Ranimiro?

—Lo soy—respondí, turbado con la pregunta.

—¿Tenéis familia?

—Todavía no, pero sí próximas esperanzas de tenerla.

—Dios os dé más suerte que a mí. El primer hijo, que se llamaba Marcelo, murió peleando contra Wamba; el segundo, que era Antonio, se empeñó en molestar a los godos mientras por disposición de aquel rey estaban reedificando a Iruña, que vosotros decís Pamplona, y quedó tendido en una carga de caballería; el

tercero... Chica, ¿dónde murió nuestro tercer hijo, que ya no lo recuerdo?

—En la cama—contestó lacónicamente Plácida.

Y tuvo que dejar de escanciar el vino, porque la mano le temblaba.

—¡Ah, sí! Millán murió en la cama, de resultas de las heridas que recibió en el ataque de la Burunda. El cuarto hijo también pereció pocos meses ha junto a Victoriaco, en una de las salidas que hizo el conde.

—Dejemos, si os parece, esta conversación—le dije interrumpiéndole,—porque vuestra esposa...

—Tiene otros cuatro hijos dispuestos a seguir el camino de sus hermanos—contestó Plácida con voz entera como la de una leona.

Creí, sin embargo, propicia la ocasión de abordar el objeto de mi viaje, y contesté:

—¿Y no sería mejor conducirlos por senderos de paz? ¿No ha de tener fin esta guerra? ¿No podremos entendernos alguna vez godos y vascos?

—¡Paces entre nosotros! ¿Estáis soñando?—exclamó Miguel, sonriéndose como si acabara de oír un desatino.

—¡Aún no han muerto todos mis hijos!—añadió Plácida.

—¿Y habéis venido a proponernos eso?—preguntó el anciano, el cual, creyendo confirmadas sus sospechas con mi silencio, prosiguió:—Me he llevado chasco, Ranimiro; me imaginé otra cosa. Como vos cautivasteis a Lorea, la hija de Aitor...

—¡Yo cautivar a Lorea!—exclamé sin poderme contener en mi sorpresa.

—¡Calla! Ahora caigo en la cuenta. ¿Quieres hacer en favor de los godos más que en trescientos años han

hecho todos tus predecesores? ¿Quieres dar el primer paso hacia nuestra mutua estimación? ¿Quieres que se calmen y apaguen algo nuestros rencores? Pues bien; restitúyenos la hija de Aitor. Devuélvela sin condiciones, porque al fin y al cabo es una mujer, y con tu noble conducta puedes esperar de nosotros lo que de fijo no te atreverías a pedir.

—Pero Lorea no está prisionera—le contesté.—Lorea se hizo cristiana.

—¡Cristiana!—exclamó Miguel de Goñi, como si fuese a estallar de júbilo su pecho.—¡Cristiana la hija de Aitor! ¡La heredera de Aitormendi! ¿Es cierto?

—¡Cierto, seguro, indubitable!—le contesté.

—Pues bien—prosiguió el anciano con una exaltación que parecía impropia de su edad,—¡ha llegado el término de mis antiguos tiempos! Ya es de Dios todo el pueblo vascongado.

Y el pobre anciano lloraba de gozo y abrazaba a su mujer, y casi casi quería abrazarme a mí, que tal vez era el matador de su cuarto hijo en Victoriaco.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Plácida mirando al cielo.—¡De algo ha de servir la sangre de tantos inocentes!

—Mirad, Ranimiro—añadió Miguel:—traedme aquí a Lorea y pedidme lo que queráis. Sí; no puede volver inmediatamente a su valle, no sería prudente exponerla a las iras y despecho de su furibunda hermana; pero venga aquí, que venga al valle de Goñi. ¡Ya sabes lo que Goñi quiere decir: *Go-i-ñi, en alto yo!* Tan alto está, que no le alcanzan ni las locuras de Amagoya. ¡Que venga, Ranimiro! Si comete Lorea la imprudencia de presentarse sola en Aitormendi después de haberse bautizado, si cae en poder de Amagoya o del Jabalí,

(*Basurde*), ¡desdichada de ella! ¡Que pida a Dios fuerza para el martirio! Pero aquí, en nuestra casa, en Gastelúzar, recibirá el homenaje de todas las siete tribus vascongadas: de las de allá, lo mismo que de las de acá. Dios habrá hecho por ella la redención de su pueblo.

Es imposible pintar la alegría y los transportes de aquel anciano que, como Simeón al tener al Mesías en sus brazos, parecía haber llegado al colmo de la felicidad. No supe qué responderle; me encontraba acorralado y vencido por la explosión de palabras de aquel hombre, cuyo corazón suplía a su talento. Sólo entonces comprendí lo que valía mi esposa entre los suyos, y, por tanto, la importancia y mérito de su sacrificio. Deseando, sin embargo, conocer a fondo lo que podía esperar o temer de la situación en que se hallaba Paula, le dije:

—Debo repetiros que yo, ni me he llevado prisionera ni he retenido un solo instante contra su voluntad a la hija de Aitor. Pero si hubiese muerto, ¿qué sucedería entre vosotros?

—Sería una inmensa desgracia para todos; pero si ha muerto cristianamente, en el cielo seguirá siendo la madre de su pueblo y pidiendo a Dios la conversión de Amagoya, que le sucede en todos sus derechos.

—¿Y si sólo hubiera muerto para el mundo y viviese entre las vírgenes del Señor?

—¡Cómo! ¿Y así nos había de haber dejado? ¿Pudiendo hacer tanto bien a su pueblo...?

—Dios, que la llamaba para sí, se encargaría de devolveros con creces lo que con llevársela os quitaba. Pero figuraos que Lorea, sin ser religiosa, no quiera ahora vivir entre vosotros.

—¡Imposible! ¿Qué vascongado puede vivir entre godos? ¿Quién de nosotros se aparta voluntariamente de sus montañas? ¿Qué hijo de Aitor abandona nuestros valles?

—Y si Lorea se hubiese casado con un godos...

—¡Basta, Ranimiro!—exclamó el anciano levantándose acongojado.—Estáis en mi casa, y no os contesto como merecís. Hemos concluído.

En efecto, concluimos. No había medio de entendernos; ni yo tampoco, vivamente ofendido, tenía voluntad de satisfacer a quien se creía insultado por la suposición de mi matrimonio con la hija de Aitor.

Y si nada podía esperar de Miguel, del más sensato y bondadoso de los vascones, del anciano que, habiendo perdido cuatro hijos en la guerra, no tuvo ni una palabra de queja y amargura contra sus enemigos, ¿qué esperanzas fundaría en Amagoia? Ninguna. Estaba arrepentido de haber significado deseos de hablar a Basurde. Me levanté también de la mesa, pero fué para despedirme. Mi dignidad no me permitía añadir una palabra más a las últimas que allí se habían pronunciado.

Pero al mirar el rostro compungido y venerable de Miguel, se me ocurrió de repente que aquel nobilísimo anciano pudiera acusarme un día de falta de valor y franqueza por no haberle revelado toda la verdad, arrojando sereno sus consecuencias; creí además que antes de salir de aquella caverna, condecorada con el nombre de castillo, tenía yo que volver por el nombre y fama de mi esposa, y dije:

—Jaun Miguel, Andra Plácida (son títulos que se dan a las personas principales) (1), sentaos.

(1) *Jaun*, señor; *andra* o *andria*, señora. Tan honoríficos

—Sois mi huésped, y mandáis aquí. Me siento—respondió Miguel.

Flácida, como si nada fuese con ella, permaneció de pie, pero retirada en el rincón más oscuro del aposento.

—Lo que os he dicho como suposición, es cierto—proseguí;—la hija de Aitor ya no se llama Lorea, sino Paula. Está casada con un príncipe godo de la real familia de Chindasvinto; y ante Dios y los hombres, para vascos y visigodos, es la esposa de Ranimiro, es mi mujer.

No pude proseguir. Miguel tenía la cabeza inclinada al pecho y los brazos cruzados debajo de su blanca y luenga barba; pero a lo largo de ella veía yo correr abundoso llanto, que hilo a hilo se escapaba de sus ojos. ¡Cómo permanecer indiferente ante el espectáculo de un anciano que no había tenido una lágrima por la memoria de sus cuatro hijos muertos en la guerra, y lloraba, sin poderlo remediar, creyendo perdida para los vascos a la heredera de Aitormendi!

—Miguel de Goñi—exclamé;—Paula no es ya de este mundo, es una santa.

—¡Sí—me contestó Plácida desde su rincón,—pero no es santa vascongada!

Aquella respuesta me devolvió la serenidad, y casi me indignó.

—¡Aquí, por lo visto—dije murmurando,—todas las mujeres son Amagoyas!...

Reponiéndome un poco, les expliqué, ya más por consolar a Miguel que por defender a Paula, cómo

son antepuestos al nombre propio, que *Andra María* se llama por antonomasia a la Madre de Dios.

había encontrado a ésta en Gorbea, y cómo Dios había preparado el camino para hacerla mi esposa. ¿Qué son—les dije al concluir,—qué son ante el Señor las distinciones de godos y vascos? Para El no hay más que hijos; para El todos tenemos que ser hermanos.

Entonces llamó Miguel a su mujer, y le dijo que nos escanciara a los dos sendos vasos de vino, y añadió:

—Bebamos como tales en Jesucristo; pero cada cual en su puesto. Ese es el orden. Ranimiro, vuestro puesto es Pamplona; el mío, Goñi, y el puesto de la hija de Aitor es Aitormendi.

Confieso que las palabras de aquel anciano, que para decir sin saberlo cosas profundas se había reforzado con un vaso de vino, me hicieron mella. Hay cosas lícitas que no son perfectas porque no están en el orden. ¿Quién duda que es lícito el matrimonio del viejo y la niña, del señor y su sierva? Y con todo no están en el orden. ¿No se podía decir otro tanto de nuestro casamiento?

—No, padre mío, no—contestó Amaya interrumpiéndole;—porque en el orden de Dios está que los hombres se amen como hermanos, que los pueblos no vivan en perpetua guerra, y facilitar el camino de la paz y concordia es seguir la voluntad de Dios.

—No debía de creerlo así Miguel de Goñi—contestó el tiufado;—no esperaba que nuestro casamiento pudiese abrir paso a la avenencia, porque me dijo al despedirnos:

—Permitidme un consejo, Ranimiro: si no habéis declarado a nadie el nombre de vuestra esposa, no lo reveléis jamás. En cuanto a nosotros, los muros de Gastelúzar son bastante gruesos para que dejen escapar el secreto; no saldrá de aquí.

—¡Pero mis hijos... mis hijos!—exclamé.—Porque Lorea está encinta...

—Lorea ha muerto, los hijos de Amagoya o de Usua serán para nosotros los hijos y herederos de Aitor.

Me marché completamente desconsolado, sin ninguna esperanza en los hombres, pero más que nunca confiado en Dios. Salí de Gastelúzar después del alba, con el mismo travieso conductor que me había traído. Para evitar encuentros, me llevó al Arga por entre breñas y rodeos, y al pie de la montaña de Sárbil, que quedaba a la izquierda, y al divisar a Pamplona desde territorio que ocupábamos los godos, se volvió Teodosio. Quise hacerle el pequeño regalo de una cadena de oro; pero lo rehusó con tanta altivez como pudieran haberlo hecho sus padres.

Entré en la ciudad, y acudí presuroso a mi casa con el anhelo de contar a mi mujer algo de lo que me había pasado; algo, digo, porque decírselo todo hubiera sido cruel. Paula había desaparecido con una de sus siervas. Creí al pronto que habría ido a la iglesia, pero precisamente la sierva que faltaba era judía. Acudí a las puertas de la plaza, y en la que da frente a la Burunda me informaron de que, efectivamente, por la mañana habían visto salir dos mujeres y dirigirse hacia el Larraun. Aquel camino podía conducir a Goñi, a la Burunda, a la costa. Una de las fugitivas, cuyas señas cuadraban perfectamente a Paula, llevaba traje vascongado. Quedé helado de espanto. Al pronto me figuré que Paula, viéndose sola, había querido llevar a cabo su primer pensamiento de buscar a Petronila para confiarle el funestísimo secreto del tesoro. ¿Cómo, si no, haberse puesto para huir aquel vestido que trajo al en-

trar en el convento de Victoriaco, y que, según yo sabía, tan cuidadosamente conservaba?

¡Ay! Si directamente o por rodeos Paula se dirigía al valle de Aitor, donde moraba su íntima amiga, no cabía duda, Paula daría en manos de Basurde y Amagoya, en cuyo caso, ya lo había dicho Miguel de Goñi pocas horas antes: «¡Desdichada de ella! ¡Que pida a Dios fuerzas para sufrir el martirio!».

—Pero ¡mi madre desobedeceros!—exclamó—Amaya.—¡Imposible! ¡Imposible!

—Eso es lo que yo me decía, después de un momento de reflexión—repuso Ranimiro.—¡Desobedecerme Paula! Y luego, ¿a qué fin llevarse la sierva judía a tierra vascongada? ¡Qué confusión! ¡Qué tormento! ¡Qué incertidumbre! ¡No sé por qué, pero desde aquel día la consideré perdida para mí, perdida con el hijo que llevaba en sus entrañas! ¡Perdidos ambos para siempre! No lo extrañéis; aquel acontecimiento misterioso, lleno de contradicciones, inexplicable y frío, tenía el aire de un crimen.

¡Ay, Favila; ay, hija de mi alma! La memoria de ese día me atormenta sobremanera, y si queréis suspendemos por un momento la relación.

Amaya y el duque se acercaron al tiufado, y cada cual le cogió una mano, que apretaba cariñosamente entre las suyas.

Su hija besaba además con lágrimas la que retenía, y Ranimiro estrechó luego a entrambos contra su corazón.

CAPÍTULO VI

Donde se acaba el día, pero no la historia del tiufado.

Recobráronse y tornaron a su ordinaria actitud al sentir pasos de los siervos que traían candelabros de plata con velas de cera, alumbrado entonces de lujo a que los magnates estaban acostumbrados.

Se descubrían desde las ventanas las constelaciones boreales, el cielo sin nubes, la luna en creciente, la noche apacible; sentíase el calor y perfume de la primavera, ya muy avanzada.

Amaya suplicó a su padre que suspendiese la historia, y el duque añadió sus ruegos a los de su sobrina.

—Prefiero concluir de una vez—contestó el tiufado;— me sería doblemente penoso renovar mañana tan tristes memorias.

Sin embargo, tuvo que suspender el relato por algunos momentos.

Como se infiere de palabras escapadas por abundancia del corazón al duque de Cantabria, nunca había echado éste tan de menos a Pelayo como en la ocasión presente.

También Ranimiro hubiera querido tenerlo en el castillo; pero naturalmente se mostraba más cauto y reservado que su tío. Uno y otro estaban impacientes por saber algo de la corte, del movimiento de tropas y de su amigo Teodomiro, a quien suponían abandonado y comprometido en la Bética; todo lo cual prueba, confirma y corrobora que el achaque de saber noticias es antiguo. A falta de periódicos y papeles volantes,

extraordinarios y telegramas, que no se recibían en Cantabria, Nunilo, liberta de Favila y ama de gobierno, había ido después de comer a Varia y Lucronio a proveerse de telas, vajilla y comestibles, e inquirir y averiguar de paso lo que sucedía en el mundo, no por curiosidad ciertamente, sino por complacer a sus señores.

Esta excelente mujer, más provista de *gacetillas* de la capital y *suellos de sensación* que de brocados, alhajas y vinos generosos que vendían mercaderes judíos recién llegados de Toledo, no titubeó en entrar detrás de los siervos que iluminaron la estancia, y con el respeto debido, pero también con la solemnidad del periódico serio que anuncia *crisis radical* o cambio de *situación*, dijo a Favila:

—Señor, no quiero interrumpiros, sino cuidar de que los siervos pongan las luces donde es menester. Si vengo, no me digáis, como de costumbre, que soy muy atrevida y me tomo demasiadas libertades; lo que es ahora, no puedo dispensarme de hablar. ¿No sabéis lo que pasa?

—No, mujer; ¿cómo quieres que lo sepamos. ni qué nos importa de lo que pasa fuera de aquí?

—Bueno; pues si no os importa lo de Pamplona ni lo de Toledo, me marcharé por donde he venido.

—Mujer, me arrepiento de lo dicho. Me importa, y mucho. Por consiguiente, di presto lo que sepas, y principia explicándonos por dónde lo sabes.

—Por Varia, adonde he ido esta tarde; porque me avisaron de que habían llegado ciertos judíos con géneros riquísimos, tanto de paños como de... Y dije yo: éstos, que vienen de Toledo, sabrán...

—Lo de Toledo. ¿Y qué has oído en Varia?

—He visto allí, lo que se llama ver, con mis propios

ojos, huestes que llegan a toda prisa de Cesaraugusta y Tudela; he visto mucha gente, mucho movimiento. Esas huestes se van a sorber a los vascos, no tienen ni para un diente con todas esas montañas. Yo no soy niña, que hartos años de sierva hice en vuestra casa, hasta que me disteis libertad por haber criado tan bueno y robusto a vuestro hijo Pelayo; pero os digo mi verdad: en mi vida he visto tanto bucelario, tanto decano, tanto milenario juntos.

—¿Y quién los manda?—preguntó Ranimiro.

—No lo sé; supongo que cada tiufadía estará mandada por un tiufado, y cada tres o cuatro, por un propósito...

—¿Y qué es lo de Pamplona?

—Señor, aquello está muy malo; allí anda todo revuelto, y hasta los judíos...

—¡Los judíos!

—Eso dicen los cristianos. Pero los mercaderes a quienes he comprado muy rica tabla de manteles, replican que los vascones no necesitan de nadie para alborotarse; y que no saben lo que tiene esa Vasconia, pues en pisándola, los visigodos mismos parecen azogados, y están deseando saltar. Y dicen bien. ¿Por qué, con tanta gresca como hay por Africa, han de rebelarse ahora los godos de Pamplona? ¿Qué tienen que ver con ellos los judíos?

—Pero, Nunilo, acaba si quieres—exclamó Favila impaciente;—¿qué se sabe de Toledo?

—¿De Toledo? Nada, sino que el rey, vuestro sobrino... ¿No han hecho rey al hijo de vuestro pobre hermano Teodofredo?

—Si, mujer, sí; hace pocos meses. ¿Qué le ha pasado al rey?

—Que a consecuencia de los alborotos de Pamplona apresura su viaje y se viene sólo con sus espatharios.

—¿Con Pelayo?

—Sí, señor, con el mismísimo Pelayo, a quien yo crié a mis pechos. Pues esa es la noticia, la gran noticia que me ha obligado a entrar, a interrumpiros sin querer.

—¿Y dónde está el rey?

—¿Qué sé yo? Dicen que Rodrigo y Pelayo vienen... ¿Cómo dicen que vienen, señor? ¿A la fuerza? No, a marchas...

—Forzadas.

—Eso es, a marchas forzadas. ¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir que el día menos pensado le vemos asomar por aquí; esta misma noche, por ventura.

—¿Y os estáis con tanta calma, señor?

—Pero, mujer, si no sabía una palabra... Mira, Nunilo, confío en ti. Ponle buena cena; que le tengan bien mullida la cama.

—¡Cena! ¡Yo misma se la adrezo! Ya sabéis que él es poco amigo de guisotes y melindres; carne asada medio cruda, y leche como una tabla. No se parece, ni quiere parecerse, a los godos que hoy se estilan, godos de alfeñique, godos enclenques y encanijados.

—Pues date prisa, Nunilo, que no te coja desprevenida.]

Vínoles muy bien aquella interrupción, con la cual se distrajeron y sosegaron. Por mucho que fuera el interés con que el duque y Amaya escuchaban a Ranimiro, la gravedad de los acontecimientos era tal, que no podían prescindir de reflexionar sobre ellos, y aun de comentarlos.

—Ranimiro—le dijo el ciego.—Si estás para pensar en algo más que en tus propias desdichas, dime: ¿Qué te parece de lo que acabamos de oír a la liberta?

—Sus noticias—contestó Ranimiro—me confirman en el juicio que antes he formado. Esa sublevación, esa agitación de Pamplona cuando van llegando a Vasconia miles y miles de hombres, ¿es verosímil siquiera? ¿Tiene sentido racional? ¡Rebelarse una plaza en que todo está aparejado para recibir al rey: guarnición escogida, conde y tiufados de confianza! En ninguna ciudad de España debía de tener Rodrigo más confianza y seguridad en estos momentos que en ese presidio. La agitación es artificial, nuevo pretexto para apresurar la salida del rey, retrasada no sé por qué causa. En efecto: debe de urgir a los conspiradores alejar del Estrecho a Rodrigo y las huestes. Todo lo cual nos hace ver que los sucesos se precipitan, y que pronto vamos a presenciar grandes catástrofes, si no las evitamos por grandes escarmientos.

—Pues bien, aquí vendrá Pelayo, y trataremos de poner remedio.

—¡Pelayo aquí! No le esperéis ahora—contestó el tiufado.—Si son ciertas esas noticias, a Pamplona se dirigirán las tropas en seguida por la ribera del Arga.

—Pero si el rey se detiene en Tudela o Calahorra hasta que lleguen las huestes...

—Urge mandar a la ciudad rebelde gobernador de toda confianza; quizá vaya Pelayo, y hoy que los vascos están quietos, con unos cuantos bucelarios tienen bastante para escolta. Así hemos hecho nosotros el viaje sin peligro. Los vascones no se mueven. Ven con pasmosa indiferencia que vamos a soltar sobre ellos las cataratas del diluvio. ¿En qué confían? ¿Qué es lo que

presienten? No lo sé. Profundamente dormidos cuando nos agitamos calenturientos contra ellos, o tratan de rendirse, o nos miran con desdén. Me inclino a lo último. Cuando hasta Nunilo llegan los rumores de traición en Africa, ¿los ignorarán los montañeses? Y sabiendo el peligro que corremos en la Bética, ¿qué miedo puede inspirarles la visita del rey?

—Aguardemos—dijo Favila;—para mi hijo, como para todos, en días tales, la patria es antes que el hogar. Pero si Pelayo puede no dejará de vernos. Y ahora, Ranimiro, si estás más tranquilo, continúa tu lamentable historia, suspendida precisamente en la ausencia de Paula.

—Sí—dijo el tiufado;—la desaparición de mi mujer era efecto de un crimen, del cual en ninguna parte encontraba rastro. Sin apartarme de las puertas de la ciudad, mandé salir en todas direcciones bucelarios a caballo para ver si podían alcanzar a las fugitivas dentro de la región en que los godos nos movíamos sin gran riesgo; y luego, sospechando que en el crimen pudieran tener intervención los judíos, toda vez que una sierva hebrea figuraba en él, me dirigí a la aljama de Pamplona.

Los judíos en aquella época vivían en una especie de paz y holgura relativas: eran nuestros mercaderes, artífices, médicos y aun abogados. Ya entonces se susurraba que andaban en tratos con los africanos; y dos o tres años después abusaron de tal modo de nuestra tolerancia, que fué necesario tomar gravísimas providencias para refrenar su audacia. Recorrí las inmundas calles de la judería, y registré sus casas, aún más sórdidas, pero repletas de telas preciosas, de alhajas, y al mismo tiempo pobladas de una raza hermosa, in-

teligente, robusta y vengativa, con apariencias de humilde y resignada. La sierva de Paula, que se llamaba Respha, no era de Pamplona, sino de Aquitania, según ellos. La había traído mi mujer de Victoriaco con la esperanza de convertirla, y por tanto, ni se dejaba ver por la sinagoga, ni entraba en el barrio de sus hermanos.

No pude entonces sacar otra cosa. Nada tampoco de los bucelarios, que recorrieron a caballo toda la comarca. Sólo alguno de ellos trajo noticias de que se había visto a la sierva judía volver a la ciudad. De Paula, nada. No sabía qué hacer: estaba loco, desesperado. Como podéis figuraros, me había informado minuciosamente de lo ocurrido durante mi ausencia. ¿Había venido a casa alguna persona extraña? Nadie. Antes de su desaparición, ¿había salido de casa mi mujer? Ni siquiera de su aposento. ¿Quién había hablado con ella? La hebrea tan sólo, que la había servido cual de costumbre. ¿Pero Respha estuvo fuera? Tampoco. Todo era regular y ordinario, lo que había precedido al crimen. Sólo más tarde supe que Respha había hablado al amanecer con una persona desde la ventana.

Acudí a Miguel de Goñi; le dije lo que me pasaba; pero no me sacó de dudas. Nada sabía, de nadie sospechaba. Creí que todo el país vasco se había conjurado contra mí; creí a todos nuestros enemigos cómplices de aquel delito. Furioso contra ellos y contra mí mismo, me lancé entonces a lo interior de la sierra, sorprendiendo a sus habitantes y dejando atónitos a los mismos godos de mi audacia, que llamaban valor y era desesperación. De entonces data principalmente mi funesto renombre de infatigable y terrible azote

de los vascos, no los dejaba en paz, no perdonaba roca ni selva, cueva ni caserío. Las pobres gentes huían delante de mí, y abandonaban sus chozas, o trataban de oponer resistencia a mis arremetidas, obligándome a empeñar combates que no buscaba, pues yo sólo quería saber, inquirir, rastrear dónde estaba mi Paula, cuál había sido su suerte.

No, no era cruel; no me ensañaba con nadie, os lo aseguro; si hacía prisioneros, si me llevaba cautivos, era para preguntar por Lorea. Ha muerto, me contestaban; y aquella noticia me consternaba hasta que, explicándose más, veía que se referían a la época de su fuga de Aitormendi.

Aseguraban algunos que nosotros la teníamos en cautiverio. De su salida de Pamplona y del tiempo posterior a tan misterioso acontecimiento, nada, absolutamente nada. Interrogué a los monjes, que para ejercer su ministerio pasan con facilidad del uno al otro campo; tampoco me dieron luz. Llegué por fin a sorprender en una de mis correrías a cierta joven que dió con nosotros de manos a boca. Era hermosa, varonil, casada, según lo daban a entender las trenzas y el tocado; de estatura colosal y fuerza hercúlea, a juzgar por la anchura de los hombros y robustez de sus brazos, nervudos y arremangados. Pero sus facciones, aunque enérgicas y de expresión altiva, me parecieron agradables y bien proporcionadas. Había en su mirada audacia, astucia y bondad al propio tiempo. Viéndose perdida y sin poder escapar, se cruzó de brazos y se quedó inmóvil esperándonos tranquila y serena.

—¿Por qué no huyes?—le pregunté.

—Porque es inútil—me contestó.

—¿De dónde vienes?

—¿Y a ti qué te importa, si no es eso lo que quieres saber?

—¿Adónde vas?

—A buscarte. Quiero hablar contigo a solas.

—Aquí nadie más que yo entiende tu idioma.

—Entonces, no nos movamos, y trátame como prisionera. Pueden mirarnos desde lejos, y no conviene que adviertan en ti la menor consideración.

Mandé a mis bucelarios que maniatasen a la joven, la cual prosiguió:

—Estás siendo nuestro verdugo por averiguar lo mismo que yo trato de saber, y sólo por amor a mi patria vengo a decirte: Ranimiro, déjanos en paz, que yo, sin derramar una gota de sangre, puedo acaso descubrir lo que tú con tanta como viertes nunca lograrás saber.

—¿Quién eres?

—Petronila.

—¿La amiga de Paula?

—La misma; la amiga, la verdadera hermana de Paula.

—¿Qué sabes de ella?

—Sabré lo que tú me digas; y con lo que me digas tú, puedo llegar quizá a saberlo todo.

—Sé que Lorea tenía empeño en salir de Iruña para hablar contigo y confiarte el secreto de Aitor.

—¿Y qué hacía entre los godos?

—Vivir con su marido.

—¡Con su marido! ¡Casada la primogénita de Aitor con un vasco tan débil y cobarde, que se resigna a morar en vuestras ciudades!

—Petronila, si eres tan buena amiga suya, nada quiero ocultarte: Paula no está casada con ningún vasco, sino con un godo; Paula es mi mujer.

—¡Mentira!

—Mi legítima mujer—repetí con firmeza.

—¡Desdichada! La culpa debe ser cierta, porque va a ser grande su castigo. ¡Oh! Pero ni castigo ni culpa han de quebrantar mi amistad. ¡Desdichada! ¡La hija de Aitor casada con el godo más aborrecido! En toda la escualerría hallarás quien te defienda; pero has confiado en mí, y mi defensa no te faltará. Ya voy viendo claro, ya vislumbro la verdad. Dímelo todo, Ranimiro: ¿cuándo faltó Paula de tu casa?

—Hace tres meses y medio.

—¿Se marchó sola?

—Salió con una judía.

—¡Judía!—exclamó la joven gigantea.—¿No tienen las gentes de esa raza fama de aviesas y codiciosas?

—Sí.

—¿Y no has dicho que por aquel tiempo Paula quería descubrir el tesoro?

—Descubrirlo, no; trataba sólo de depositar en alguien el secreto del tesoro; y no queriendo ponerlo en manos de Amagoya pensaba en ti.

—¿Y hablaba de ello con frecuencia?

—Sólo conmigo.

—Y tal vez con la judía.

—No lo creo, Petronila; pero la judía era la sierva de su confianza, la que andaba siempre por el aposento de Paula, y pudo acaso sorprendernos y escuchar alguna conversación.

—¿Y por qué teníais entonces esas conversaciones? ¿Por qué hablabais en aquella sazón del tesoro de los vascos?

—Porque... porque siendo ella única depositaria del secreto tenía morir.

—¿Estaba enferma, por ventura?

—Iba a ser madre.

—¡Madre! ¡Son ellos, es él!—exclamó Petronila, y sus enérgicas facciones se iluminaron con lumbre de inspiración.—¡El mismo, el mismo! Yo vivo en su valle, del cual, antes de ese tiempo, se ausentaba con frecuencia. Y no se mueve después. Desde que Lorea abandonó la casa de sus padres, Amagoya tomó los aires de hermana mayor, los humos de heredera. ¡Es el mismo! De tres meses a esta parte no se ha movido de Aitor-mendi.

—¿De quién hablas?—la pregunté con viva ansiedad.

—Quiere arrancarle el secreto y apoderarse del tesoro.

—Pero ¿de quién se trata? ¿De Amagoya? ¿De la judía?

—¡De Basurde!

—¡Cómo! ¿De Basurde, el marido de Amagoya?

—El terrible, el astuto, el avaro pagano de Aitor-mendi. ¿Nunca has oído hablar de Basurde?

—Mil veces; y ahora me hacéis recordar que por aquel tiempo le llamé a Pamplona para tratar con él en cosas de la guerra.

—No necesito saber más. El marido de Amagoya, vasco de las tribus de Aquitania...

—Y amigo tal vez de Respha, que así se llama la sierva, natural de la tierra de Basurde.

—El marido de Amagoya llegó, sin duda, a saber por la judía que Paula se había casado contigo.

—Y habrá sido capaz de asesinarla.

—No lo temas; mientras ella no descubra a su hermana el secreto de Aitor, Basurde será el primer de-

fensor de Paula. A nadie como a él le interesa que su cuñada no descienda al sepulcro sin revelar el secreto. ¡Ay! Pero si Paula es débil, si les declara dónde están las riquezas codiciadas... ¡Infeliz, infeliz amiga mía! Quedé aterrado.

—¿Qué duda tiene?—proseguía diciendo aquella joven, como si hablase consigo misma.—O Paula está emparedada por Amagoia y Basurde, o se ha caído y precipitado en alguna sima huyendo de sus perseguidores. ¡Tres o cuatro meses! Rastro había de haber dejado su muerte al cabo de tanto tiempo. Yo lo sabré todo, o dejaré de ser quien soy. Suéltame ahora y ponme en libertad.

Y luego, mirándome de hito en hito, añadió:

—Ranimiro, yo no te pido paces ni treguas, no quiero nada de los godos; pero si eres cristiano, tengo derecho a esperar de ti la guerra ordenada y regular que hasta ahora nos habíais hecho.

—Te lo prometo.

—Pues bien, no iré; no he ido nunca a vuestras ciudades, y sólo en la mayor extremidad pondría en ellas los pies; no me faltará, sin embargo, con quien mandarte un aviso y enterarte de lo que sepa. Y lo repito: o poco he de poder, o he de saberlo todo.

No quise confiar a ningún siervo el cuidado de desatar sus lazos, y lo hice con mis propias manos para estrechar las tuyas.

—Si llegas a verla—añadí,—dile que la amo y la espero; y entre tanto, Petronila, tened la idea de que es una santa llamada por Dios a cosas extraordinarias por caminos descomunales también (1).

(1) El tratamiento tan pronto de *tú* como de *vos*, dirigí-

—He dicho que soy su amiga, y pese a todos los paganos endurecidos y testarudos de los Pirineos, no se han de salir con la suya; que si ellos tienen cabeza de pedernal, la mía es de bronce.

Las suposiciones de aquella mujer no podían ser más desconsoladoras. La idea de que Paula hubiese perecido de muerte violenta, me horrorizaba; pero no la di asenso. El asesinato de la hija de Aitor hubiera resonado como un acontecimiento histórico de primer orden en aquella tierra, donde, forzoso es confesarlo, son estos crímenes incomparablemente menos frecuentes que en la nuestra.

Y luego, por cruel que fuera el marido de Amagoya, ¿qué adelantaba, siendo tan avaro, con la muerte de Paula, si ésta se llevaba al sepulcro el secreto de las riquezas? Era necesario suponer que se lo había arrancado, lo cual me parecía difícil, como también el que Amagoya, ambiciosa, pero noble, se prestase a ser cómplice de tan espantoso crimen.

Estas reflexiones me tranquilizaron, y entré en Pamplona con alguna esperanza, con cierta consolación. Al menos no me agitaba ya en el vacío, no abría los ojos en tinieblas, no tendía, como hasta aquí, los brazos buscando asidero, sin encontrar ni el menor arrimo.

Estando en mi casa a los pocos días, me dijeron que

do en un mismo escrito a una misma persona, se ve usado, no sólo por los visogodos en aquella época, sino en las cartas de San Gregorio el Magno, según el eruditísimo Padre Fita (*La ciudad de Dios*, tomo IV, página 268; artículo sobre *El Papa Honorio I y San Braulio de Zaragoza*). En vasconce no hay tanta libertad; pero Ranimiro contaba su historia en latín.

una formidable montañesa quería hablarme. Me dió un vuelco el corazón recordando que Petronila, sólo en último trance, había resuelto venir a verme. Quise precipitarme a su encuentro; pero me contuve por prudencia y la mandé entrar. Porque era ella; sentí su bronca voz en el vestíbulo, y sus pasos luego, que hacían retemblar el pavimento.

—No vengo por ti—me dijo en su idioma al traspasar el umbral;—no visito ni visitaré jamás a nuestros enemigos; vengo, como buena vascongada, por servir a la hija de Aitor.

—¿Vive Paula?—pregunté con la mayor ansiedad.

—Vive. La he visto.

—¿Y no vuelve contigo?

—¡Volver!—exclamó Petronila con amargura.—No volverá tan presto, como Dios no haga un milagro.

—Pues ¡cómo! ¿Está enferma?

—Buena, buena está; y no me aturdáis a preguntas: tened presente que no vengo por vos, sino por ella; porque es mi amiga, cristiana como yo, y goda o no, es una santa, una mártir, y lleva en su seno un descendiente de Aitor. Y con tal de que esa familia de paganos no se salga con la suya, sería yo capaz de ver, no al godo Ranimiro, sino al mismo rey de Toledo.

—¡Petronila!—exclamé.— Ten compasión de mi angustia, y dime pronto y sin rodeos lo que tengas que decirme.

—Ante todas cosas, ella me manda aquí para entregaros una prenda.

—¿Qué prenda?

—¿La conocéis?—dijo sacando ese brazalete de oro con la imagen de la cruz y la leyenda en vascuence.

—Pero esto, ¿qué significa?—exclamé espantado.—

¿Es recuerdo de cariño, o por ventura legado de persona que ha muerto?

—Es un depósito que os confía. «Que lo guarde para mi hija, ha dicho; que se lo entregue un día, si acaso tiene que nacer aquí entre paganos.»

—Luego teme que su estancia se prolongue...

—No tendría que prolongarse mucho, porque ha entrado en los siete meses y...

—¿Dónde está Petronila, dónde se oculta?—exclamé, llevando con impaciencia las dilaciones de aquella mujer, que, sin embargo, era mi única amiga, todo mi consuelo.

Su relato fué para mí interesantísimo; pero atormentador a veces por sus rodeos y digresiones. Me ceñiré lo posible al repetíroslo.

Los vascos, en general, tenían pocas noticias de Lorea; varios rumores corrían acerca de ella, pero confusos y contradictorios. Basurde, sin embargo, por medio de Respha, a quien había conocido en Aquitania, todo lo sabía, de todo estaba bien enterado. Las relaciones del marido de Amagoya con nuestra antigua sierva judía son todavía misteriosas, incomprensibles para mí, pero indudables. Por ella supo la conversión de Paula al cristianismo; por ella nuestro casamiento. Sintió en lo primero golpe fatal para la grey pagana de Aitormendi, y se gozó con lo último, que equivalía al destronamiento y abdicación de la primogénita de Aitor, cuyos derechos y prerrogativas pasaban a Amagoya. Entró ésta desde luego en posesión del valle y venerando caserío del patriarca; pero le faltaba el tesoro, que era precisamente lo que Basurde con más vivas ansias codiciaba.

- Nadie en el mundo sabía dónde estaban depositadas

aquellas riquezas; nadie más que Paula, es decir, la persona misma a quien se quería herir en lo más vivo de la honra, y humillar, y despojar. Grandes cavilaciones, inquietudes y tormentos debió de costar esta idea a Basurde; sospecho que la judía entró al servicio de Paula como espía y agente del malvado; creo que por consejo de éste, y para ganarse la confianza de mi mujer, aparentaba inclinarse a nuestra santa religión. Y si la judía era hipócrita, no menos astuto y reservado se mostró Basurde para desvanecer, hasta cierto punto, los temores que inspiraba a Paula la desenfundada exaltación de Amagoya. De la conversión hablaba poco y sin resentimiento, de nuestra boda, nada.

Quería abrir camino y suavizar toda aspereza para llegar al suspirado término de sus afanes, que era el descubrimiento del tesoro. Así fué que, cuando supo que yo le llamaba a Pamplona para las cosas de la guerra, tuvo grande alegría, y por contestación emprendió la marcha a la ciudad. Sus deseos se avivaron con la nueva de que Paula estaba encinta; pero consideró para la empresa que traía entre manos, inútiles los medios regulares. ¿Cómo esperar de la futura madre revelación ninguna que perjudicara a sus hijos? ¿Cómo influir eficazmente sobre Paula mientras ésta permaneciese a mi lado esperando la hora de dar a luz un nuevo vástago de la familia de Aitor? Basurde llegó a prometer a Respha la mitad del tesoro si lograba que Paula saliese de mi dominio, y la judía lo consiguió.

Alrededor de Pamplona vagaba Basurde cuando yo salí para Val-de-Goñi; me seguía los pasos cuando entré con Teodosio a tomar el caballo que nos condujo a Gastelúzar, y allí me vió esconder las armas y joyas

que me estorbaban para presentarme a los sencillos vascones. De las alhajas tomó un anillo, que entregó a Respha al amanecer, o por una ventana del palacio, o tal vez por conducto de los judíos de la Aljama. Ello es que la sierva pudo engañar a Paula, diciéndole que la llamaba yo fuera de la ciudad para conducirla al lado de Petronila, a quien había encontrado en casa de Miguel de Goñi.

—Pero ¿cómo no viene Ranimiro a sacarme de Pamplona?—preguntó mi esposa.

—El conde—contestó la judía—os espera en la alameda próxima al río, por no dejar sola a Petronila; pero os manda este anillo para que deis crédito al mensaje.

Paula, inocente y completamente ajena a todo artificio, creyó que, llevándose consigo a la sierva de su confianza, tomaba cuantas precauciones exigía la prudencia; y con el traje del país, como una de tantas aldeanas que vienen al mercado, salió de Pamplona, donde apenas era conocida; y sin entrar en ningún caserío, guiada por Respha, cayó en manos de Basurde. Dió un grito y se estremeció al conocerle, como si hubiese visto al terrible *Basajaun* de las leyendas vascongadas. Basurde la tranquilizó con palabras suaves y melosas, haciéndole ver que su principal interés en aquel negocio consistía en que no se perdiese para su familia el secreto del tesoro, a cuya posesión, por contingencia, estaba llamada Amagoia; y como esta declaración tenía trazas de sincera, dada la condición de quien la hacía, Paula le dió crédito y se dejó guiar hacia el monte por su cuñado. No tenía tampoco medio de evitar su compañía. Pidió a Respha que no la abandonara, pero esta infame desapareció.

—¿Adónde quieres que te conduzca?—preguntó Basurde a su cuñada.

—A mi casa de Pamplona.

—Imposible, mientras no nos comuniqués el secreto y asegures el tesoro para tu familia.

—Llévame, pues, al caserío de Petronila.

—¿Y por qué no al tuyo? ¿Por qué no a tu propia casa, que es la casa de tus padres?

—Basurde, haz lo que quieras; no puedo resistir ni dejar de obedecerte, pero temo a tu mujer; me da miedo mi hermana.—El astuto pagano sonrió.

—Tienes razón—le dijo;— la primera entrada será terrible. Tú, cristiana y casada con un godo, y con el más cordialmente detestado de todos nuestros enemigos; y ella... ya sabes su genio, ya conoces su exaltación... ¿Qué sé yo lo que haría?... En los primeros momentos, se entiende; porque pasado aquel pronto, se quedaría como una malva. Por eso lo has pensado bien: iremos a casa de Ochoa o de tu hermana Usua, que ya vive en Aitorechea con su marido Lartaun, y acaba de dar a luz una niña. Se me figura que tú no estás distante de tener otra.

—¿Con que mi hermana menor tiene ya una niña?—repuso Paula desentendiéndose de lo demás.

—Sí, y Usua no es como Amagoia. Ella no es cristiana, pero no detesta la nueva religión. Y luego, todo se ha de decir, madre ya de una hija, que puede ser en su día heredera del tesoro, su interés por asegurarlo para adelante es doble que el nuestro, que al fin y al cabo no tenemos hijos. Te recibirá bien, estarás allí como en tu casa, y cuando yo entere de todo a mi mujer, y ésta se haya desahogado conmigo, vendrás a tu palacio. ¿Dónde mejor?

Paula le replicó que por de pronto prefería descansar en casa del marido de Petronila.

—Como quieras—le dijo Basurde;—pero de todos modos—añadió,—el camino es penoso, larga la jornada, y hallándote encinta...—y el vasco lo repetía para asegurarse de ello, y oír de los labios de Paula la confirmación de sus noticias.—Hallándote encinta, no puedes andar tanto, ni tan de prisa como es menester. Nos llegaremos al prado que está aquí a la derecha y tomaremos caballos que nos lleven al caserío de Petronila. ¡Petronila!—añadió en tono sentimental.—Ya todos los vascos se van haciendo cristianos. ¡Por más que diga Amagoysa, todos tenemos que sucumbir!...

El taimado había herido la fibra más delicada del corazón de Paula, que, arrebatada por el celo de la gloria de Dios, quiso aprovechar la ocasión y buenas disposiciones de su cuñado. Y hablando con tanta unción como entusiasmo, se dejó llevar a selva enmarañada, en un raso de la cual, cierto pastor o dulero les prestó una yegua. Púsola Basurde cabezadas, acomodó la capa en sus lomos, haciendo montar a Paula, y él tirando del ramal y a pie cuestras abajo, y cabalgando pechos arriba, fué andando por caminos solitarios, esquivando todo encuentro y huyendo de toda vivienda. Algunas provisiones de pan, mojama y frutas secas fueron su alimento mientras la yegua descansaba y pacía al margen de un arroyuelo.

—¡Qué caminos tan ásperos y desamparados!—exclamaba Paula.—¡Me dan miedo!

—Es que vamos por atajos para llegar antes de que nos sorprenda la noche en el camino.

—Siento así cierta pesadez en los ojos; tengo sueño.

—No es extraño—le contestó Basurde;— has salido

de Iruña de mañana, y luego los vaporcillos de la comida... Cabalgaré también; no hay tiempo que perder.

Estas fueron las últimas palabras que recuerda Paula. Después se despertó en una cama, o por mejor decir, montón de heno, dentro de ruinoso torre formada de cuatro paredes altas, gruesas y lisas, sin otras ventanas que algunos agujeros, a los cuales nadie podía asomarse por estar abiertos cerca del techo y a la altura de seis o siete varas del suelo.

Paula quedó consternada. Cayó luego en la cuenta de que estaba en su propia casa, en el palacio de Aitormendi, y que Basurde le había dado en la comida zumo de yerbas que producen letargo, y cuyo conocimiento para usos medicinales era tradicional en la familia de Aitor. Aquella torre había servido de palomar; y contigua al cuerpo principal del edificio, comunicaba con él por una puerta abarrotada y dividida a lo ancho en dos mitades iguales, con postigo en la superior. No cabía duda; estaba presa, emparedada en su propia casa.

—¡Madre mía!—exclamó Amaya.

—¡Mártir de la fe cristiana y del amor conyugal!—añadió Favila.

—En efecto: la pobre Paula fué a padecer martirio. Aquella torre flanqueaba la fachada del caserío, formando con ella una rinconada, pero a la puerta vigilaba un mastín sujeto con larga cadena para que nadie se acercara.

Nada temió por sí; pero tembló por su marido, y, sobre todo, por la criatura que llevaba en las entrañas. Se puso de hinojos y se ofreció al Señor como oveja destinada al sacrificio, y le pidió por mi salvación y la de nuestra hija. Y luego se sentó tranquila, y has-

ta gozosa, porque creía que Dios la había escuchado, y aceptaba su vida en cambio de la nuestra, Amaya.

La hija del milenario sollozaba.

—Es más, tu santa madre no sólo perdonaba, sino que disculpaba a sus verdugos. Dadas su ceguedad y obstinación en el error—decía—¿qué soy yo a los ojos de mi hermana? Una mala vascongada que se ha pasado al campo enemigo, y se ha unido al más aborrecido caudillo de los contrarios. Amagoya se avergüenza de mí, me considera indigna del nombre de Aitor y cree que he perdido todos mis derechos.

Así pensaba Paula, llamada, sin embargo, en su interior a la fe para salvarse a sí propia, y al amor de un príncipe godo para ejemplo de unión entre dos pueblos cristianos. Por eso solía decir con lágrimas, hijas de afectos inefables: «Yo moriré, pero vivirá mi hija; y si vive, se llamará Amaya, y Dios pondrá la cruz de los vascos sobre las almenas de los castillos godos, y el nombre de Cristo sobre el árbol de nuestra independencia».

Amagoya pasó a verla. Entró altiva, severa, como un juez nombrado para condenar; cruel como leona que busca oveja en que saciar su hambre; pero salió mansa, confundida, silenciosa. No quiso volver más.

—Llévale—le dijo a Basurde,—llévale cuanto necesite; pero dile que la honra de nuestros padres no consiente que salga de ahí. Prométele que cuidaremos de su hijo; pero que lo daremos a criar lejos, muy lejos de Aitormendi, para que nunca sepa la sangre tan ilustre que lleva en sus venas. Voy sospechando, Basurde, que esos cristianos valen más que nosotros.

—¿Y no le has hablado del secreto de Aitor?

—No, porque confío en ella. Ese secreto no me ha dado jamás ningún cuidado; no se perderá.

La pobre Paula, entretanto, oraba, sufría y esperaba. ¿En quién? Sólo en Dios. Llevaba ese brazalete de oro, que pocos meses antes había mandado hacer a un artífice judío, y se consolaba con la imagen cincelada en el medallón, recuerdo de la cruz que me mostró en Gorbea. Pero aun de este consuelo quiso desprenderse, y me mandó la joya para ti, con encargo de que nunca te desprendieses de ella, presintiendo la proximidad de tu nacimiento y la de su muerte.

Volvamos a Petronila, por quien supe todos esos pormenores tan minuciosos, tan dulces y terribles a un tiempo para mí.

¿Cómo pudo averiguarlos? A fuerza de penetración, astucia y osadía; a fuerza de cariño o de generosa inspiración. ¡Qué mujer tan admirable! Por indicios de haber pasado Basurde, llevando una joven a caballo, precisamente el mismo día en que Paula salió de Pamplona, acabó de persuadirse de que sólo al marido de Amagoya debía atribuirse el rapto. En esta convicción se dirigió resueltamente al palacio de Aitor-mendi, a pesar de la repugnancia que le inspiraba la adusta pagana. Fué, mas no con miedo ni recelo, sino con rostro erguido y mirada serena; dispensando, no pidiendo protección. Halló a Basurde y su esposa, que a los ladridos del mastín, guardián de la torre, salieron a la puerta del caserío. Acercóse a ellos con resolución, y les dijo:

—Sé que tenéis encerrada a vuestra hermana mayor, por haberse desposado con uno de nuestros enemigos.

Basurde lo negó con descaro.

—Aguardad un momento—prosiguió Petronila.

Y entonó uno de esos cantares en diálogo que ella y Paula solían decir juntas en la niñez. Y de la torre salió al punto la respuesta con voz y estilo singulares, patrimonio de las hijas de Aitor. No cabía ya la menor duda; aquellos acentos no podían confundirse con ninguno.

—¿Lo veis?—prosiguió la gigante vascongada.—Conmigo no sirven mentiras ni disimulos. Vale más hablar con franqueza y confesar la verdad. Vengo a buenas; vengo a prestaros un inmenso servicio, no por vosotros, sino porque redundará en bien de nuestro pueblo.

—Entra—le contestó Amagoia,—entra y habla. Pero recuerda que en la casa de Aitor no se consienten mentiras ni bajezas.

Petronila, mirándola con superior orgullo, replicó:

—Hija de Aitor, ten cuidado con la lengua, porque al menor amago de injuria me salgo y os dejo, para acusaros ante los ancianos de no habernos podido entender en cosas que atañen a toda la escualerria.

Amagoia no la quería baja y miserable, pero tampoco tan altanera; a nadie en su presencia le permitía serlo tanto como ella.

Tuvo que tascar el freno, sin embargo, porque Basurde, presintiendo la importancia de la entrevista, se apresuró a dar a Petronila todo linaje de satisfacciones.

—Hablad—le dijo,—y explicaos como os parezca.

—Soy amiga de Paula—prosiguió Petronila;—pero tanto como a vos me escandaliza su matrimonio con un godo. La tenéis aquí sin duda hasta su alumbramiento; bueno. Pero si muere, se llevará al sepulcro el secreto de Aitor.

—Esa es la verdad—exclamó Basurde consternado.

—Lo revelará a su hermana—contestó Amagoia.

—¡A su hermana!—repitió Petronila con sublime ironía.—¡A su hermana, que la tiene emparedada! ¡A su hermana, dejando quizá una hija! No lo esperéis.

—No lo espero yo—dijo Basurde, que la escuchaba con la frialdad de quien sólo atiende a su interés.

—Pues bien; yo soy la única persona a quien puede y quiere descubrir el secreto. Así me lo ha dicho mil veces, a fin de tenerme prevenida para cuando fuese necesario.

—¿Y te lo ha manifestado? ¿Te ha indicado por lo menos cómo y de qué manera puede descubrirse el día en que sea preciso?—le preguntó Amagoia.

—Ni uno ni otro; no tengo más, sino su palabra de hacerme depositaria del arcano.

—¿Y qué quieres?

—Quiero ver a Paula; quiero recibir su declaración, si persiste en hacérmela.

—¿Y sólo por afecto, por gratitud hacia nosotros, que te aborrecemos por haberte bautizado, vienes a dispensarnos ese favor?—preguntó Amagoia con desdén.

—No—replicó Petronila, levantándose de la trípode en que se había sentado.—Vengo dispuesta a prestar un buen servicio a nuestro patriarca Aitor, que fué tan padre mío como vuestro; vengo a servir a toda la raza vascongada. No quiero que perezca el tesoro de nuestro pueblo, ya que tan próximos están los tiempos en que han de brillar al sol riquezas sepultadas sabe Dios dónde. Si Paula da a luz una nueva hija de Aitor, para ella serán; si una y otra mueren, para vosotros. Lo que nos importa a todos los vascos es que el secreto no desaparezca, y a ello, después de las prevenciones de

mi amiga, me creo obligada en conciencia. Ahora, si por culpa vuestra se pierde, que Dios y los vascos, que mi hermano Lartaun, padre de vuestra sobrina, os lo demanden.

—Ahora te creo—dijo la esposa de Basurde.—Ven y hablarás a esa desdichada, que ha renegado de la dignidad de primogénita de Aitor y la supremacía de su linaje. Puedes decirle cuanto quieras; no incurriré en la bajeza de espiarle ni de escucharos. Al salir me verás a la puerta, y sólo te preguntaré si el secreto de mi raza queda asegurado. No quiero que me digas una palabra más; nada más tengo que saber. Confío en ti, y no se atribuya nunca a la codicia cualquier cosa que suceda.

Así pasó, así quedó enterada de todo Petronila. Al salir de su entrevista le preguntó la esposa de Basurde, que se puso a hilar tranquila a la puerta de su palacio:

—¿Conoces el secreto?

—Lo conozco.

—Vete en paz.

Y se fué.

—¡Oh!—exclamó Favila sin poder contener su asombro.—¡Qué dos tan singulares caracteres!

CAPÍTULO VII

De cómo al fin llega el de la historia del tiufado.

—Creo haberos indicado ya—prosiguió el magnate godo—que Paula había dado a su amiga el encargo de verme y enterarme de cuanto le había pasado. Departir con quien acababa de hablar a la cautiva, informar-

me de ciertas pequeñeces que para mí tenían infinito valer, era todo mi consuelo. Petronila, con sus protestas de no querer servir a un enemigo, y sus salvedades al poner los pies en poblaciones góticas, arrostraba noble y valerosamente el peligro de oponerse a los planes y miras de la poderosa familia de Aitor; y puesta, al fin, completamente de mi parte, me daba cuantas explicaciones le pedía en tan apurado trance.

Pero ninguna de ellas me sugería un medio de salvar a mi pobre Paula. Cuantos más datos me suministraba Petronila, más me persuadía de la gravedad del mal y de mi impotencia para remediarlo. ¿Como liberar a mi esposa? ¿Cómo sacarla de las garras de aquellas fieras, no hermanos, que tan despiadada como impunemente la atormentaban? La menor imprudencia en mis gestiones, el más ligero amago contra sus carceles, podían ser funestos a la víctima, cuyo verdadero verdugo era Basurde, cruel, astuto y avariento, que a fuer de esposo de Amagoya, sabía el uso que podía hacer de ciertas yerbas, y de ellas se había valido para adormecer a Paula. Traté de salir disfrazado con tres o cuatro bucelarios a sorprender una noche el valle de Aitormendi, y asaltar la torre que servía de cárcel a su misma señora; ¿pero cómo volver luego a tierra de godos, dado que nos fuera posible llegar hasta allá? Ocurrióseme también reclamar a los señores o caudillos vascos. Pero lo que había sabido de sus modos de gobierno, desvaneció mis esperanzas.

En efecto, ¿qué hacía yo con querellarme ante Miguel de Goñi, por ejemplo, si el crimen se había perpetrado por gentes de distintas tribus? Y sobre todo, ¿qué vasco era capaz de condenar a su venerada Amagoya por querellas del godo que les había infamado

en lo vivo de su honor, y a quien profesaban ya odio mortal, odio de raza y de tres siglos?

Amagoya, por otra parte, moraba en región muy apartada de la nuestra, en el valle mejor defendido por la naturaleza, y más exento, por consiguiente, de nuestro yugo. Mis reclamaciones no llegarían allá, y si llegaban, serían escarnecidas. ¡Quejas de godos sobre la casa de Aitor, que en castigo de Paula volvía por la honra de todas las siete tribus vascongadas! ¡Y quejas contra los habitantes de valles próximos al mar, circundados de selvas enmarañadas y altivas crestas, adonde los godos nunca habían soñado con arrimarse! No me quedaba otro recurso que la dura, la bárbara ley de las represalias.

—Sean várdulos, vascones, vizcaínos o caristos, cogeré rehenes—decía en mi desesperación;—incendiaré mieses, casas, bosques; sacrificaré hombres, mujeres y niños, hasta que me devuelvan sana y salva a mi mujer y a mi hijo, si nace en cautiverio.

Pero este medio, dado que fuese eficaz, no era cristiano. A mayor abundamiento, al indicárselo a Petronila, cuando en mi cólera, revuelta con mi impotencia, dejé escapar aquel pensamiento, que no llegó siquiera a deliberado propósito, la joven me atajó diciendo:

—El único encargo que Paula me ha hecho es que por ella no ha de verterse una gota de sangre siquiera. Y yo añado que, si emprendéis ese camino, seré la primera en morir a vuestras manos, porque seré vuestra más implacable enemiga. ¡Cómo!—prosiguió.—Yo, que vengo aquí desafiando las iras, los rencores, o cuando menos los celos y sospechas de todo mi pueblo; yo, que por servir a Paula, no por serviros a vos, que no lo merecéis, vengo a Iruña, adonde jamás me había

acercado, y entro en la casa del odiado caudillo Ranimiro para enterarle de lo que sin mí no hubiera sabido ni adivinado nunca; yo ¿he de ser testigo de crímenes y horrores que sin mi debilidad no se hubieran perpetrado? No; para no morir de pena, tendría que morir al filo de vuestra espada.

—¿Y he de cruzarme de brazos dejando perecer a Paula con el hijo que lleva en sus entrañas?

—No morirá: Amagoya, aunque insolente y altiva, es en el fondo compasiva y noble.

—¿Y su marido?

—¡Su marido! ¿Queréis oír lo que Basurde me ha dicho?

—Sí, quiero saberlo todo.

—Pues bien; salió a mi encuentro, cuando me retiraba del caserío de Aitor, y me dijo: Si mi cuñada me descubriese a mí solo el secreto de nuestra familia, o tú me lo revelases en nombre de Paula, esta misma noche sería conducida por mí a Pamplona. La daríamos por muerta; la tendríamos como perdida para la familia; ella renunciaría todos sus derechos en Amagoya, y viviría feliz entre sus godos, sin que los vascos volviésemos a acordarnos siquiera de su nombre.

—¿Eso dijo Basurde?—pregunté.

—Ni más, ni menos.

—¿Y qué le contestaste?

—No me lo preguntes, Ranimiro—dijo Petronila irguiéndose como una estatua;—porque no os he hecho la ofensa de preguntaros qué es lo que debía contestar.

—Está bien. Pues que todas las puertas se me cierran, y en lo humano ningún remedio hay para mí, no hablemos más del asunto. Suceda lo que quiera,

y hayásllo hecho por mí o por Paula, lo cual es exactamente igual, me has prestado un gran servicio, y la gratitud y estimación de un hombre honrado, aunque godo, no te faltarán jamás. A tus favores sólo puedo corresponder dignamente prometiéndote lo que más deseas. No me ensañaré con vosotros.

—¡Adiós!—me respondió aquella mujer singular.— Si atendiera a lo que me inspira el corazón y casi bulle en mis labios, añadiría: «Yo la salvaré.» Pero no quiero engañarte ni adormecer tu dolor con vanas esperanzas. Es superior a mi voluntad la convicción de que no puedo salvarla tan presto como sería necesario para que no desapareciese el fruto de vuestro amor.

—¡Oh! Es necesario evitarlo, es preciso llegar a tiempo.

—Ella misma lo reconoce y lo presiente—dijo Petronila como distraída.—Este es el fin—me repetía.

—¡El fin!—exclamé.—¡*Amaya!* Mira esta cruz, mira esa leyenda: *amaya da asieria*. El fin es el principio. Por algo me envía Paula ese brazalete. La salvaré, Petronila; no sé cómo, pero salvaré a mi hija; tendré una hija que será *Amaya*. ¡Dios lo quiere!

—Cúmplase, pues, la voluntad de Dios.

Así se despidió Petronila.

Había yo tomado mi resolución; pero no quise confiársela a nadie, absolutamente a nadie, y menos a ella, por no acabar de comprometerla. Tracé entonces aquel plan de invasión desde la falda de Aralar a la costa, plan que, llevado a cabo con tanta ventura para la patria como desdicha para mí, me dió entre los godos fama que ciertamente no he merecido, y nombre odioso, aterrador, entre los vascos, que aún he merecido menos.

Recordaréis, tío, que por aquel tiempo teníamos la ingente armada, con que Wamba había echado a pique-doscientos setenta bajeles sarracenos en el Mediterráneo. Acababa Egica de repetir la hazaña, y limpias aquellas aguas de enemigos, gran parte de la escuadra se vino costeano por los mares Cantábricos a vuestras órdenes, como duque, y con intención de infundir respeto a los piratas normandos, que ya comenzaban a infestar el Océano.

Queriendo vos aprovechar la permanencia de aquellas fuerzas marítimas, si no para un desembarque, al cual no venían dispuestas, para amago y refugio en caso necesario, me enviasteis a decir que aquella era buena ocasión de extender mis correrías hasta los vándulos, a los cuales tenfais empeño en hacer sentir el azote de la guerra. Sugiriéndome esta idea, todo me lo dabais hecho.

—Perdona, sobrino: sólo te dije ahí tienes los bajeles por si quieres aprovechar la ocasión de combinar con ellos algún golpe de mano. Pero el plan y su ejecución...

—Apenas tuvieron importancia, creedlo. Mi plan se redujo a disponer que los buques se aproximaran a la costa, amagándola constantemente. Así conseguí que las fuerzas de la marina, es decir, todos los hombres capaces de llevar armas, se aglomerasen a los puertos y playas, como lo hicieron en tiempo de Roma; y entretanto me lancé yo sierra adentro con gran número de ginetes, y siguiendo el curso de un río, llegué una noche de luna llena al valle de Aitormendi.

Nadie, absolutamente nadie que no fuese vascongado, había entrado allí; ningún extranjero, celta, fenicio, cartaginés ni romano había hollado aquel recinto,

verdaderamente digno de respeto como resto de cultura patriarcal; el invadirlo yo impunemente, y quizá sin costarme una gota de sangre, sólo dependía, después del llamamiento de gente hacia la costa, de la rapidez en la ejecución. Este fué mi único mérito, y como se deja conocer, es bien pequeño. Aquel valle tan verde, tan ameno, rodeado de pintorescas montañas, cubiertas de manzanos y castañares, encima de los cuales se descollaban, ora rocas de mármol ceniciento, ora blancos caseríos; aquel ámbito donde se aspiraba el aura de la antigüedad y sencillez primitiva pertenecía a mi mujer y, por consiguiente, me pertenecía a mí; y mi mujer estaba allí bárbaramente cautiva, y yo, godo, mortal enemigo de los vascos, iba a salvar la progenie de Aitor, a su legítima heredera. Me propuse que valle, casas y palacio fuesen respetados por mis bucelarios; que no faltase de allí ni aun lo que podíamos tomar por ley de necesidad o de guerra.

Aún más: para facilitar las empresas de libertar a Paula, principal aunque ignorado objeto de la expedición; para no tener que emplear ni violencias ni amenazas con los carceleros y verdugos de la pobre mártir, había escogido la noche del plenilunio, festividad que celebran los vascos no bautizados y de que Amagoya no prescindía jamás, subiendo a una de las montañuelas inmediatas a cantar y bailar a usanza de sus mayores.

Entré, pues, en el valle con pocos jinetes, dejando en las gargantas y portillos toda la gente necesaria para proteger y asegurar la retirada; y con estas precauciones me dirigí, a todo escape, al caserío de Aitor, que por su grandeza no podía confundirse con ningún otro.

Como lo había previsto, no había nadie dentro, o por lo menos nadie salió a recibirnos. Sólo el mastín, ladrando desesperadamente desde nuestro arribo al valle, se abalanzó a nosotros como un tigre al acercarnos a la puerta de la casa, abierta patriarcalmente de par en par. Vi la torre al momento, y dirigiéndome hacia ella, grité con toda la fuerza de mi voz: ¡Paula! queriendo anticiparle la dicha, aunque no fuese más que algunos momentos. Quedé escuchando, después de haber impuesto silencio, pero nadie me contestó.

—¡Paula! ¡Paula!—volví a gritar, y tampoco obtuve contestación.

Cogí la *francisca* que colgaba del arzón delantero de la silla, y entré en el caserío, llamando a voces, y andando a tientas hacia la torre. Hallé cerradas las puertas de lo interior, y fué preciso encender teas para iluminar aquellos vastos y tenebrosos ámbitos. Me turbaba, me daba espanto aquel silencio, aquella soledad. Casi casi había perdido la serenidad, y temblaba como un niño en las tinieblas.

¡Ay! el recuerdo de tan terrible noche me hace estremecer todavía al cabo de tantos años.

Para que comprendáis lo que allí pasó, tengo que apartar un instante los ojos de semejante escena, y entrar en algunas explicaciones, que serán breves.

Con la mira de acelerar la expedición y acortar el camino todo lo posible, había yo dispuesto que mi tiu-fadía partiese, no de Pamplona, ni de ninguna fortaleza, sino de los pueblecillos situados en la zona gótica que podíamos llamar nuestra frontera.

No sé cómo, pero tal vez por alguna pregunta mía acerca del valle de Aitor, los siervos o colonos habían barruntado que teníamos la audaz pretensión de lle-

garnos a los santos y misteriosos lugares de donde brotó la cepa de los euscaldunas. Y cavilando sobre el móvil de la temeraria invasión, creyeron que no podía ser otro que el de apoderarnos del tesoro de aquella familia. La noticia más o menos confusa acerca de riquezas orientales guardadas para el día del triunfo de los vascos, era, no sólo conocida, sino vulgar entre éstos, y de ahí, con las alteraciones, variantes y leyendas consiguientes, había pasado a nuestros colonos, que, naturalmente, estaban en contacto con sus vecinos.

Al adivinar o presumir los siervos campesinos adónde tratábamos de ir, al hablar de ello a los soldados, era regular que les enterasen de lo del tesoro, porque la especie es de las más propias para excitar la imaginación del pueblo, dado por índole propia a misterios y maravillas. ¿Qué idea llevarían los soldados de las riquezas del palacio de Aitor? ¿Qué esperanzas de descubrir el tesoro encantado de los vascos? Yo no lo sé, pero debí de haberlo sospechado al ver a mis bucelarios alegres y risueños avanzar por selvas y barrancos desconocidos, sin pensar en que a cada paso dado hacia adelante surgían nuevas y cada vez mayores dificultades para volver. Los bucelarios que escogí para que me acompañasen al caserío saltaban de júbilo; los que se quedaban de reserva movían la cabeza con muestras de descontento.

Lo atribuí a celo por mi servicio, pero no fué así. Apenas les di orden de encender luz en el caserío, me vi rodeado de teas que ardieron como por encanto. Puede decirse que todos los soldados iban mejor provistos de ellas que de armas y vituallas. Sin duda las traían a prevención desde los caseríos de los godos, o las habían cogido al cruzar los pinares de la sierra.

Con ellas en una mano y la francisca en la otra, se derramaron por el edificio, derribando puertas y paredes, golpeando, tanteando, revolviendo el heno, la paja y la leña, buscando siempre debajo de montones de materias combustibles las soñadas riquezas que creían ocultas en aquella casa.

Nada más tengo que deciros para haceros ver cuán fácil, cuán natural era que acaeciese lo que al punto, en pocos minutos, en breves instantes sucedió.

Yo derribé la puerta del antiguo palomar; entré en la prisión sin sentir ni la voz ni los brazos de mi esposa; la llamaba a gritos sin obtener respuesta. Iba a salir en busca de una de las teas que ardían en el suelo, cuando de repente se iluminó la estancia con vivísimo pero espantoso resplandor. Estaba ardiendo el edificio, y al fulgor de las llamas que invadieron bramando la torre por la parte superior, vi a mis pies el cadáver de Paula, tendido en la paja, yerto, frío, con evidentes señales, sin embargo, de muerte reciente y al parecer natural.

—¡Oh! ¡Qué horror!—exclamó Amaya.

—Y tú, pobre hija mía, tú estabas en los rígidos brazos de tu madre, recibiendo el beso, ya helado, de sus labios, envuelta en pobres pañales y llorando de hambre o de frío.

No me quedaba ni un momento que perder; el techo podía desplomarse de un instante a otro; las llamas me iban a cerrar la única salida; un momento de vacilación bastaba quizá para que hija, padre y madre quedásemos reducidos a ceniza.

Te arranqué de los brazos de tu madre, y envolviéndote en mi caracala, te dejé a la puerta del caserío, tornando para sacar el cadáver; pero al llegar a la torre

se hundieron el techo y uno de los lienzos de pared, quedando todo lleno de escombros, de polvo y humo. Imposible ya salvar el cadáver de Paula, a quien las ruinas de su casa, los restos del palacio de Aitor, servían de sepultura. Llamé a mi gente, tomé el envoltorio, que para mis soldados no era otra cosa que el tesoro de Aitor, y cabalgando a prisa nos reunimos en breves instantes a la reserva, que nos esperaba dispuesta a partir, porque los paganos del plenilunio descendían ya de la montaña, con alaridos que el eco repetía pavoroso. Había pasado todo en pocos momentos.

Las gentes que permanecían en el valle, pues no todos habían subido a celebrar la nocturna fiesta, miraban consternados y con estupor aquella escena de desolación, y medio despiertos, salían a la puerta, y por primera vez veían godos a la luz del incendio, con trajes y rostros tan distintos de los suyos, con caballos que les parecían propios de gigantes; y creían soñar, y no se atrevían a dar un paso. Sólo los niños y las mujeres prorrumpían en llanto y clamor descomunales. Así desapareció el caserío de Aitor. ¿A quién debe de atribuirse el incendio? ¿Fué descuido, despecho o traición de los soldados para descubrir pronto el aposento o paraje donde suponían encerrado el tesoro? No pude averiguarlo nunca.

Yo me inclinaba a lo primero; el fuego era casi inevitable en aquel desorden y espantosa confusión. Pero más tarde me dijeron que un vasco había sido el incendiario, y que al verle huir hacia la montaña, mis bucelarios le habían disparado algunas flechas. No lo sé, pero es lo cierto que después de este suceso, Basurde apareció muerto a la subida del monte, con el corazón atravesado por un dardo que le entró por la espalda.

Al reunirnos al resto de la tiufadía, quise descansar un momento de tantas y tantas fatigas y conmociones, y quise, sobre todo, dar algún alimento a la infeliz criatura que llevaba conmigo. Apliqué los labios de mi hija a la teta de una cabra que llevaban los soldados, y la necesidad y el instinto le enseñaron a mamar, con lo cual recibí el primer consuelo en tan crueles horas de dolor y espanto. No fué el único.

Repuesta un poco Amagoya de su primera impresión de horror, había vuelto al valle, y con gritos y ademanes feroces animaba a sus vasallos al combate y la venganza. Ella, la primera, había cogido la *guecía*, y la blandía cantando las canciones de guerra, y al frente de aquellas turbas despavoridas venía corriendo contra nosotros. Traían arcos, hondas y flechas, y podían herirnos, y sobre todo podían matar a mi pobre hija, recién nacida. Ignoraba si su madre había tenido tiempo de bautizarla; lo probable era que no, y no sabía siquiera si en la torre había agua para el Sacramento.

Un arroyo bullía a mis pies, y allí, quitándome el casco, cogí con él agua del riachuelo, y delante de Amagoya y de todos aquellos paganos, allí, todavía dentro del valle de Aitor, te bauticé bajo condición. Y después te di un beso, el primero que recibiste de tu padre.

Cabalgué otra vez, embracé el escudo, te cubrí con él y partimos a todo escape, llevándonos la cabra que te había amamantado. Granizada de flechas y piedras se nos vino encima, y apenas nos hizo daño. No quise contestar. Desde el hondo del desfiladero que cruzábamos oíamos los gritos desaforados de nuestros perseguidores y los cantos de su capitana.

Pero bien pronto los dejamos atrás. El camino era por allí espacioso, no muy agrias las cuestas, y podíamos avanzar al galope sin cuidado. Llegamos a perderlos de vista, y en otros valles ya, pudimos apearnos un momento.

Había yo dispuesto que en la noche del plenilunio nuestros bajeles, sin aguardar señal ninguna, hiciesen el simulacro de un desembarque hacia las playas más próximas a Aitormendi, y así lo habían verificado. Merced a este ardid, todos los guerreros de aquellos valles, que por medio de gritos inarticulados habían recibido aviso del peligro, se lanzaron a la costa para aniquilar a los marinos y apoderarse, si era posible, de los buques.

Quedábamos los godos expedicionarios casi por completo dueños del campo, y pudimos, por consiguiente, descansar, tomar algún alimento y apoderarnos de los rebaños que por allí pacían. En resolución: llegamos a las sierras sin haber perdido un hombre y con muy considerable riqueza en ganado lanar, vacuno y cabrío.

Los bucelarios quedaron defraudados en sus esperanzas del quimérico botín, pero volvían alegres, ufanos y orgullosos por haber ido hasta donde ni antes ni después han llegado los godos, y sin que por allá se quedase ninguno de los nuestros. Los mil hombres de mi tiufadía fueron desde aquel día distinguidos.

—Ese—decían los de Pamplona—es de los que llegaron al valle de Aitor; ese ha cruzado la tierra vascongada de parte a parte.

Pero yo, yo me encerré en mi casa con el corazón partido de dolor, y me dejaba llevar dulcemente por la tristeza a la sepultura. Es verdad que te tenía a ti,

Amaya; pero hubiera dado entonces, lo confieso, cien hijas por la madre. Después fué otra cosa; reflexioné sobre el peligro que me amenazaba si en aquel letargo insensiblemente me sumergía, y alcé la frente y sacudí mi espíritu, y resolví vivir para ti, que te quedabas sola en el mundo, y para Dios, que por tan maravillosa manera te había salvado. Sin ánimo de descubrirte en muchos años, acaso nunca, lo pasado, quise, sin embargo, prepararte a querer y venerar a tu madre, neutralizando en lo posible el odio a los vascos que te habían de inspirar mi nombre y mis hechos de armas, con el conocimiento del idioma, cánticos y leyendas vascongadas. Por eso fué tu nodriza una mujer de esa raza, y de las pocas que se habían quedado en el Burgo de Pamplona.

Mas ¡ay! nombre, y lengua, y costumbres de los vascos, llegaron a serme aborrecibles. Porque no tardé en saber las infamias que todos ellos, y con apariencia de razón, a veces me atribuían. Decían de mí que había ido al valle sin más objeto que el de quemar la casa de Aitor, por lastimar de un golpe a todos los vascongados. Aseguraban que en el caserío había abrasado viva a la primogénita, que se había ocultado en su palacio para salir casada con el futuro rey y caudillo salvador de las tribus, y afirmaban, por último, que yo mismo, por mis propias manos, asesiné por la espalda a Basurde, y que había jurado el exterminio de su linaje.

No parece sino que sobre mí pesaba una maldición, por haber sido causa, aunque involuntaria, de la desaparición del caserío de Aitor. Desde entonces cobré fama de cruel, de exterminador y hasta de bárbaro, que me precedía como al león su rugido, y ahuyentaba alrededor de mí a la gente despavorida. Quedé inútil

para todo lo que no fuese infundir miedo y servir en ciertos momentos de fantasma aterrador.

Insensiblemente, los godos mismos llegaron a dar crédito a las calumnias de nuestros enemigos, y admitiéndolas por moneda corriente, los unos me acriminaban, y los otros me defendían.

Cuando Witiza quedó sólo en el trono que compartía con Egica, y se apresuró a quitarme el mando, yo bendije la mano que me hería; porque aquel golpe me reducía a la obscuridad, al silencio y reposo de que había menester para reponerme y vivir.

—Pues dime, sobrino—dijo a la sazón Favila:—¿por qué no pusiste en claro los hechos? ¿Por qué no desmentiste las voces de nuestros enemigos?

—Tío—contestó Ranimiro,—al principio por respeto a la memoria de mi mujer, y luego por orgullo, por desdén. Para enterar a mis amigos de la historia de mi casamiento, tenía que entregar al pasto del vulgo todo cuanto os acabo de referir, y sólo Dios sabe en qué historias, en qué consejas se hubiera luego convertido. Me limité a negar secamente lo que no era cierto, sin añadir palabra de satisfacción a la calumnia.

Sólo a vos, tío, como padre de nuestra familia, como superior, os debía esta explicación; y uno de los motivos que me han traído a Cantabria ha sido el de pagaros esta deuda y descargar la pesadumbre de mi silencio. Mi hija ha entrado ya en edad de saberlo todo.

—¡Ah, padre mío, ya lo sé todo!—exclamó Amaya.—Pero creedme: después de haberos oído os profeso la misma estimación y el mismo cariño que antes. No sois vos ahora más grande ni mejor que hasta aquí; sois el que yo adivinaba, digo mal, el que yo veía. Padre, imposible es miraros a los ojos y no conocer

vuestra bondad, vuestra dignidad y vuestros sacrificios. Padre, hoy me habéis hecho reina, rica y de la prole de Aitor; pero antes que eso era hija vuestra, lo cual vale para mí más que todas las coronas, tesoros y linajes del mundo.

Estas palabras, pronunciadas por Amaya con aquella exaltación característica de la sangre de Aitor, hicieron tan feliz a Ranimiro, que, precipitándose a sus brazos, le dijo profundamente conmovido:

—Hija de mi vida, por este momento acepto gusto veinte años de tortura.

El anciano duque de Cantabria estaba no menos satisfecho de su sobrino, y enternecido ante aquella escena conmovedora; pero se advertía en su rostro cierta pena interior, cierta secreta inquietud que le embarazaba.

—Ranimiro—dijo por fin,—una sola cosa quiero que me repitas. ¿Es cierto que no conoce Amaya eso que llamáis el secreto de Aitor?

—Nada más sabe de él que lo que acaba de oirme.

—Pues ella es la heredera; ella está en edad de saber dónde se ocultan esos tesoros.

—No lo sabe, no lo sabrá nunca.

—¿Ni tú tampoco?

—¡Yo! Menos; a mí jamás pudieran pertenecerme.

—¿No vive Petronila?

—Vive.

—¿Y no quiere sin duda revelárselo a una goda? ¿Habrá preferido al fin a esas otras Amagoyas?

—Ni Amagoya, ni Amaya, ni yo, ni nadie en el mundo conoce ni puede conocer ese secreto. Petronila se ha vuelto loca. El secreto, por consiguiente, se ha perdido para siempre.

—¡Oh! Me alegro, me alegro mucho—exclamó Favi-la, abrazando a Ranimiro y Amaya.

—¿Por qué?—preguntaron los dos.

—Hijos míos, porque os quiero como os he querido siempre, tal cual sois; no poseedores de riquezas que me asustan y que tan funestas os han sido. Así también nuestras fortunas son poco más o menos iguales... y Pelayo...

Iba a descubrir el anciano el fondo de su corazón, y en él todo su amable egoísmo, cuando se sintieron debajo de las ventanas pisadas y relinchos de briosos corceles que acababan de llegar al trote.

—¡Pelayo! ¡Pelayo!—exclamó el duque.— No ha podido venir más a tiempo.

CAPITULO VIII

Que trata de la Amaya gótica, de la romana y la vascongada.

El nombre de Pelayo, pronunciado con singular inflexión de voz por el candoroso anciano, después de sus involuntarias indiscreciones, fué para la dama goda sorprendente revelación.

Nunca pensó que el conde de los Espatharios pudiera ser para ella más que primo, ni tampoco éste le había manifestado nunca otro afecto que el fraternal. Pero la impaciencia y poco disimulo del duque fueron tales, que de pronto cayó en la cuenta de los proyectos que se fraguaban en el castillo, y de repente se halló como perdida en piélagos de imaginaciones desconocido y peligroso.

Esto era precisamente lo que su padre quería evitar.

Tanto como Favila, y no es encarecerlo poco, se complacía Ranimiro en la idea de estrechar con sagrados vínculos la unión de entrambos jóvenes; la edad era proporcionada, uno mismo el linaje, y en la riqueza tampoco había desigualdad. Si la sangre goda de Amaya estaba mezclada con la éuscara, era por ambos costados tan ilustre, que los más soberbios linajudos se verían forzados a respetarla. Ella, hermosa, discreta y de gran corazón, llevada al trono por misteriosas corrientes, y con íntimas voces llamada a cosas grandes; y él, severo, aunque mozo, bizarro, amante de su patria, única esperanza de los godos, y casi obligado sucesor del monarca; no había duda: parecían nacidos el uno para el otro.

Sin embargo, prudente Ranimiro, como buen padre, no quería que su hija llegase a vislumbrar propósitos semejantes sin estar seguro de que por parte de Pelayo serían bien acogidos.

Sabía perfectamente que en el corazón de Amaya no había la más leve impresión de amor; que su imaginación con igual tersura de candor brillaba; pero conociendo las grandes prendas y cualidades de Pelayo para cautivar el afecto de una dama, no quería con palabras o indicaciones imprudentes hurgar aficiones que pudieran estar adormidas, y que no convenía despertar intempestivamente.

Por eso deseaba que el conde de los Espatharios viniese al castillo y tratase a Amaya, y se enterara de su materno origen. Los derechos de la hija de Aitor, su vocación singularísima, extraña y misteriosa, tanto podían allanar el camino de la unión, como ser estorbo insuperable.

Todo esto lo había tratado Ranimiro con el duque,

encargándole que moderase un poco su pasión por Amaya, y contuviera el anhelo por verla casada con Pelayo; pero el buen viejo, reconociendo sus faltas, a solas con el sobrino lo prometía todo, y al lado de la sobrina no se acordaba de nada.

¿Qué efecto había producido en el corazón de Amaya la idea de ser esposa del conde de los Espatharios?

Ni lo sabemos, ni siquiera nos atrevemos a conjeturarlo, por la sencilla razón de que ella misma lo ignoraba.

Era mujer, y como tal quedó halagada, y aun se sonrió engreída al descubrir que no se la consideraba indigna de tan gran príncipe; pero como mujer también, hubiera querido hacer este descubrimiento, más que en olvidos y flaquezas de su anciano tío, en las palabras y aun en los ojos del marido que se la destinaba.

Y no era esta, por ventura, la causa única de su ya sospechosa incertidumbre: el reciente descubrimiento de los misterios en que hasta la sazón estaba envuelto su nombre, misterios que habían de seguirla como estela de grandeza por el rumbo que emprendiese con un hombre desconocido y un pueblo casi tan indeterminado; la historia que acababa de oír era quizá la principal razón de su ignorancia acerca de las extrañas palpitaciones de su corazón.

—¿Estaré predestinada para reina de los godos?— decía, pensando en el primo-hermano del rey y conde de los Espatharios.

Y al hacerse a sí propia esta pregunta, se contestó con estotra:

—¿No dicen que estoy llamada a ser reina de los vascos?

Y no se fijaba, ni podía fijarse en nadie. Volaba su imaginación de roca en roca, de torrente en torrente, de valle en valle; todo grande y majestuoso pero despoblado todo para ella; por aquel desierto ni un pájaro cruzaba, y semejante soledad le daba miedo. Es más: en la tabla rasa de su imaginación ni siquiera estaba pintado un nombre. De los antiguos vascos sabía un poco por las canciones tradicionales; de los caudillos modernos, no había oído hablar más que de Teodosio de Goñi.

Ella misma llegó tal vez a figurarse vagamente que los vascos no eran hombres, sino pueblo, y que no podía amar a persona alguna con singular amor quien amaba el conjunto con sobrado afecto.

Y seguía pensando y diciendo: «¿No es así mi primo? Quien ama tanto a la patria como Pelayo, ¿puede ni debe tener otros amores?»

Tal era la situación de ánimo de la hija del tiufado cuando estrépito de armas y caballos a la puerta del alcázar anunciaba el arribo de Pelayo.

Favila y Ranimiro se habían dejado llevar de sus deseos: no era el conde el forastero.

Un siervo se apresuró a decirlo en el momento mismo en que los tres señores salían a recibir al hijo del duque.

—Señor, no es tu hijo Pelayo; es un prócer espartano que trae carta del rey colgada al cuello—dijo el siervo.

—¿Cómo se llama ese prócer?

—Munio.

—No le conozco; pero si de parte del rey viene, que sea bien venido. Salgamos a su encuentro, como si fuera mi hijo.

Amaya se retiró.

No bien había desaparecido, cuando se presentó un mancebo, oficial de los espatharios, que debía de servir, por consiguiente, a las órdenes de Pelayo.

—Señor duque—exclamó al ver al pobre ciego,—aunque no os conocía, desgraciadamente no puedo confundiros con nadie, traigo para el tiufado Ranimiro un mensaje de nuestro serenísimo monarca, y para vos otro de vuestro hijo, mi capitán, conde de los Espatharios.

—Entrad, y sed muy bien venido; que lo serfais, ciertamente, aunque no trajeseis tan insignes títulos para disponer de nosotros y mandar en esta casa. ¿Vuestro nombre?

—Munio, godo de pura casta y quingentario de la guardia del rey.

—Entremos.

Y juntos entraron en el aposento.

Ranimiro cerró la puerta y dijo al mensajero:

—Yo soy el antiguo tiufado Ranimiro; si el mensaje del rey es tal que no deba saberlo mi tío, el duque de Cantabria, nos iremos a otra cámara; pues os advierto que tengo en Favila la misma confianza que he tenido en mi padre.

—Eso vos lo habéis de juzgar—contestó Munio con finísimos modales de cortesano.—Nuestro muy piadoso monarca me ha dado el encargo de entregaros esta carta, y suplicaros que vayáis inmediatamente a Pamplona, poniéndome a vuestra merced para todo cuanto creáis conveniente preguntarme.

Y al decir esto, se quitó del cuello el estuche, que, pendiente de labrada correa, le caía al pecho, y sacó una tira de pergamino enrollada en cilindro de boj y sellada con cera.

Entregó la carta a Ranimiro con el mayor respeto, y con no menor reverencia la recibió el tiufado; pero antes de romper el sello preguntó al mensajero:

—¿Dónde está el rey?

—El rey, que se detuvo en Toledo más de lo que pensaba, salió de allí precipitadamente hace pocos días, a consecuencia de ciertas noticias de Pamplona, y esperando las huestes se ha detenido en Cesaraugusta, desde donde escribe.

—¿Y Pelayo también? ¿Mi hijo le acompaña?—preguntó el ciego.

—Por supuesto. El conde de los Espatharios no se aparta de su lado.

—¿Y qué sabéis de Pamplona?—añadió Favila.

—Que aquella ciudad está a punto de rebelarse.

—¿En favor de los vascos?

—¡De los vascos! —exclamó el quingentario con asombro.—¡Oh, no! ¿Qué godo puede alzarse por nuestros eternos enemigos? La sublevación que se teme parece ser maquinación de judíos.

—¡De judíos!

—Sí, ya es de antiguo que los israelitas de acá se pongan de acuerdo con los africanos, como pasó en el reinado de Egica... Por eso Pelayo y el rey quieren destruir en embrión tan espantosa conjura... Y creen que nadie como Ranimiro puede sofocarla.

El tiufado entre tanto había desarrollado la tira de pergamino y leído la carta para sí.

Aunque desde el principio de la entrevista procuró reprimir y disimular la inquietud que el anuncio del regio mensaje le inspiraba, al enterarse de él no pudo evitar alguna turbación y palidez del semblante.

Pero momentos después, dominando por completo

su conmoción, dijo con toda tranquilidad, y aun con afable sonrisa:

—Oid, tío, la carta que tiene la bondad de escribirme nuestro ilustre monarca, pues a vos interesa tanto como a mí.

—Aguardad, si os parece—dijo el cortesano;—entregaré al duque de Cantabria la carta de vuestro hijo y me permitiréis que me retire, pues necesito descansar de la jornada. Os advierto, sin embargo, que dentro de breves momentos me tendréis a vuestras órdenes.

Y diciendo estas palabras, en que se traslucían el deseo de dejar en completa libertad a los dos personajes a quien iban dirigidas las misivas, sacó del estuche otro rollo, lo puso en manos de Favila y salió del aposento acompañado de Ranimiro.

Así que éste lo dejó encomendado a los libertos del castillo, volvió al lado de Favila, no sin decir:

—Es tan atento como delicado. ¿Queréis oír?

—Estoy impaciente por saber lo que ocurre. Dime, ante todo, ¿no es nada malo para Pelayo?

—Todo lo contrario. Escuchad:

Y leyó Ranimiro:

«A su carísimo tío Ranimiro, en quien se cifran todas las excelencias del esclarecido linaje de Chindavinto, salud envía su deudo Rodrigo, rey. Volved inmediatamente a Pamplona, pues os he menester para las cosas de la guerra. Quedas nombrado, aunque por breves días, conde de aquella ciudad; bastará tu presencia y tu prestigio con las huestes para conjurar la tempestad que la judaica perfidia nos prepara. Que vuelva con vos asimismo vuestra hija y amada prima mía, acerca de la cual tengo grandes pensamientos,

que espero os han de ser gratos. A ella y a vos os quiero tener en Toledo cerca de mí. Así que lleguéis a Pamplona saldré yo para esa ciudad; pero durante mi permanencia en ella no me hospedaré en vuestra casa, como había pensado, sino en el alcázar del Dominio. El quingentario Munio, portador de las presentes letras, acaba de llegar de la capital, por cuya razón lo he escogido para mensajero, por si queréis enteraros bien de cuanto ocurre.

»Pasadlo bien. Vuestro rey y sobrino, *Rodrigo*.»

—¡Nada para mí, nada para el hermano y compañero de su padre en la persecución y suplicio; nada más que privarme de la compañía de Amaya!—exclamó el viejo con amargura.

—¡En cambio, a mi me dice que me quiere tener a su lado en Toledo!...

—¡Lejos de mí!

—¡Y a mi hija también!...

—¡Lejos de mí!

—No, no será. Yo iré a Pamplona, pero Amaya...

Y revolvía los ojos como un león cercado de enemigos.

—Pero léeme la carta de Pelayo, que debe de aclararlo todo.

—Perdonad; mis arrebatos me han hecho olvidar de nuevo mis deberes. Oid:

Y leyó el duque la carta de Pelayo, que decía así:

«Dilectísimo padre y señor:

»Os ruego que no pongáis ningún obstáculo al regreso de nuestros parientes Ranimiro y Amaya. La patria exige la presencia de Ranimiro en Pamplona; él solo puede salvarnos, y las cosas han cambiado, de manera que mi prima puede ya volver con toda tran-

quilidad. No debo abandonar al rey en estos momentos: por eso no voy a daros el ósculo filial; pero confío que muy pronto, después de la entrevista con mis carísimos deudos, tendré esa dicha. Munio os hablará de los proyectos de Eudon. Oidle; pero no resolvamos nada hasta que Ranimiro y yo hayamos departido acerca de ellos en Pamplona.

—Pasadlo bien. Vuestro, *Pelayo*.

—¿Qué decís ahora?—preguntó Ranimiro.

—Tantas cosas se me ocurren—contesto Favila,—que no sé por dónde empezar.

—Yo sí, tío; principiemos por llamar a Munio y saber lo que pasa. Si no, perderemos el tiempo en conjeturas, y creo que no lo puedo desperdiciar.

—¿Con que te vas?—exclamó el viejo acongojado.

—Sí, tío; así lo manda el rey.

—¡Y con Amaya!...

—Así lo quiere vuestro hijo.

—¿Lo ves?—exclamó el anciano con triste satisfacción.—¡Mira cómo la llama y os quiere tener a su lado!

—Sí, tío. Más que empeño del rey, parece decidida voluntad de Pelayo. Por él salió Amaya de Pamplona; por él tornará.

—Se comprende bien la conducta de mi hijo. El interés por su prima, el honor de la familia, le mueven en una y otra ocasión. Cuando él vió algún riesgo, cuando podía abrigarse el más leve temor, te escribía: «Alejad de ahí a nuestra Amaya». Pero ahora, ahora... ¿Cómo dice?

—«Las cosas han cambiado, de manera que mi prima puede volver con toda tranquilidad.»

—Es imposible hablar más claro. haya sido lo que

quiera, Rodrigo debe de ser otro hombre; y siéndolo, tú haces falta a su lado, y por mucho que yo lo sienta, la princesa Amaya también.

—Cierto; pero a ella y a mí nos quiere tener en Toledo.

—¿Y qué? Si Amaya y Pelayo se casan, ¿en dónde han de vivir? ¿Adónde hemos de ir todos?

—Tío, mucho han tenido que cambiar las cosas para que mi hija y yo podamos residir en la corte dignamente. Sepamos cómo y en qué sentido. Interrogue-mos a Munio.

—Dices bien; pero ya más tranquilos y consolados, ¿no será mejor que cumplamos con los deberes de la hospitalidad y llamemos a cenar a nuestro mensajero antes de la conferencia, que podrá ser larga?

Ranimiro convino en ello y fué a buscar primero a Munio y luego a Amaya, acompañándolos sucesivamente al triclinio o cenador. Los godos seguían la costumbre romana de hacer de noche la principal comida; pero aunque daban nombre de triclinio tanto al comedor como a los escaños o lechos de alrededor de la mesa, habían olvidado, si es que alguna vez lo habían aprendido, la costumbre latina de comer echados.

De suponer es que Munio, viniendo al castillo de Cantabria después de haber hablado con el rey y Pelayo, estuviese muy prevenido acerca de la hermosura de la princesa Amaya; al verla, sin embargo, quedó sobrecogido y como espantado. No había concebido él tantas y tan soberanas perfecciones juntas.

—¡Cómo!—exclamó murmurando para sí.—¡Y con dama tan hermosa no quiere casarse Eudon!

Pero no era aquella la única sorpresa que le esperaba. Sentáronse a cenar en mesa espléndida, con servi-

cio de plata, mantel y servilletas de lino, que indistintamente se denominaban *mantelium*, o tela de manos, y profusión de luces de cera. El espathario ocupó el escaño a la derecha de Favila y a la izquierda de la princesa, dando el frente a Ranimiro. Correspondíale naturalmente ser obsequioso con la dama, sosteniendo con ella discreta conversación. Repuesto ya del sobrecogimiento, pudo mirarla con serenidad y decirle afable:

—¿Nunca habéis estado en Toledo?

—Jamás. ¿Y vos habéis venido de la corte con el rey?

—No, señora. He salido después. Llegué de Toledo a Cesaraugusta hace tres días, y sin descansar apenas continué a Cantabria.

—Pero ¿habéis hablado con el rey y con Pelayo?—le dijo Favila.

—Es claro; yo pensaba de todos modos tener el honor de visitaros en este cerro de vasconia; pero a consecuencia de mi entrevista con entrambos príncipes, he sido por ellos encargado de sendos mensajes.

—¿Y quién queda mandando en Toledo en ausencia del rey?—preguntó la dama, que creyó complacer a su padre desviando discretamente la conversación de todo cuanto se refiriese a las cartas recibidas.

—El conde de los Notarios y de las Largiciones, el primer ministro...

—Que se llama...

—Eudon.

—No le conozco.

—Es quien se puso al frente del movimiento popular que ha devuelto el trono a la familia de vuestro abuelo Chindasvinto.

—Eudon es extranjero, según dicen.

—No lo sé; no es godo, ni vasco, ni griego, ni romano—contestó Munio.

Ranimiro quiso terciar en la conversación y añadió:

—Pasa por griego.

—Porque llegó de Bizancio, y habla la lengua helénica con maravillosa perfección. Pero esto en él no prueba nada, porque se explica en nuestro idioma con igual soltura y elegancia. Escribe el latín como Isidoro de Sevilla y Braulio de Zaragoza, de cuya pureza quedó asombrada Roma. En vista de ello y de su prestigio con los españoles de raza latina, han llegado a tenerle por antiguo celtíbero...

—¿Y por qué no ha de ser godo aunque sea sabio?—contestó el tiufado.—Ahí está Teodomiro, el duque de la Bética, gran soldado, gran propósito y peritísimo en letras divinas y humanas.

—De todas maneras—añadió Amaya,—si ese Eudon sabe tanto, no me maravilla que el rey le haya confiado en Toledo las riendas del gobierno.

—Harto lo siente Eudon—repuso Munio, que por lo visto se complacía en hablar del privado.

—¿Por qué lo siente?—preguntó Ranimiro.

—Porque el conde de los Notarios quiere dejar el puesto que ocupa y venirse aquí de duque de Cantabria.

—El ducado no está vacante.

—Quizá debía de estarlo. Y perdonad que así hable, porque Pedro, que fué directamente a Pamplona, ha tenido que volver a Cesaraugusta desacreditado. En fin, el rey quiere tener a Eudon todavía en Toledo, al menos mientras... Pero de eso, si os parece, hablaremos más tarde.

—Así será.

—Y a propósito, y para entretenernos con otro asunto que el nombre de Eudon me ha traído a la memoria: tengo especialísimo encargo suyo de averiguar el paradero de cierta joya de corto valor intrínseco aunque debe de tener mérito singular cuando llama tanto la atención del conde de los Notarios.

—¿Será por ventura algún recuerdo de familia?

—Lo ignoro. Es un brazalete de oro con medallón ovalado, y en él una cruz cincelada imitando otra de tosca madera, y al pie cierta leyenda vascongada con el nombre de *Amaya*.

Callaron todos. Ranimiro frunció el entrecejo; su hija dudaba si sonreirse y echar mano al brazalete que llevaba puesto, aunque al brazo derecho, donde no podía verlo fácilmente el espathario; pero al advertir el recelo de su padre y la gravedad del rostro de Favilla, acabó por mostrarse ella misma seria y circunspecta. Munio prosiguió como si nada hubiera observado.

—Debo recordaros que Amaya, nombre de la ciudad patricia de los romanos, que está cerca de los turmódigos, es también palabra vascongada que significa *el fin*. Pero, señora, perdonad... Ahora caigo en la cuenta de que Amaya es vuestro nombre.

—¿Sabéis vascuence?—le preguntó Ranimiro, clavándole los ojos hasta el fondo del alma.

—Ni una palabra más que la que habéis oído—contestó tranquilo el mensajero;—y esa por habérmela explicado Eudon.

—¿Pues qué? ¿también habla Eudon la lengua vascongada?—preguntó Amaya, que comenzaba a interesarse por tan extraño y misterioso personaje.

—Lo dudo, porque él jamás ha venido por acá. Pero tratándose de hombres como Eudon, no me atrevería

a negarlo con juramento. Cuanto se diga acerca de su ingenio y sabiduría es poco.

—¿Y por dónde ha tenido él noticias de esa joya?— preguntó Favila, que hasta la sazón había guardado silencio.

—Acerca de ese particular puedo satisfaceros completamente. Hace pocos días llamó Eudon a un toledano viejo, platero judío, llamado David, para encargarle algunas joyas. El artífice le enseñó, entre otros, el diseño de ese brazalete que guardaba como cosa curiosa, y le dijo que pasando hace veinte años por Pamplona, donde se detuvo larga temporada, una mujer desconocida le encomendó esa alhaja con mucho misterio, pagando sin regatear lo que él, a fuer de hebreo, le había pedido, que, como podéis suponer, no sería poco.

—Y el artífice—preguntó Ranimiro,—¿no conoció a la dama?...

—No creo que fuese dama, sino una joven vascongada la que le dió el encargo.

—Pero el judío, ¿no trató de averiguar el nombre de la persona que le encomendó la alhaja?

—El honrado David se contentó con hacerse pagar bien el oro, el trabajo, el arte y el misterio; guardó su dibujo, y no se metió en más.

El tiufado dirigía nuevamente a Munio su mirada de águila, y le dijo ya más tranquilo:

—Todo eso me parece sencillo y natural; pero no me explica el interés de Eudon en poseer alhaja tan insignificante, que ha podido en tantos años perderse, fundirse o desaparecer de cualquier manera. Verdaderamente que, si no traéis más señas o noticias, el encargo que os ha dado vuestro amigo es punto menos que inútil, a no ser que la suerte os favorezca.

—No vengo enteramente abandonado a la casualidad.

Al oír estas palabras del mensajero, ninguno de sus interlocutores pudo contener cierto movimiento de alarma, que se expresó aún más significativamente en la rápida mirada que recíprocamente se dirigieron.

—Quisiera—contestó el conde con toda la dignidad de príncipe que teme una ofensa,—quisiera, quingentario Munio, que os explicarais con la debida claridad.

—Lo estoy deseando hace rato, por vos y por mí. Tratándose de personas como vos, me es violento el disimulo, y la suprema habilidad es la franqueza. Conde Ranimiro, dispuesto estoy a contestaros con verdad y lisura a cuantas preguntas juzguéis oportuno dirigirme acerca del brazalete; y por ahorraros la molestia de hacerlas, voy a enteraros de las instrucciones de Eudon. Aquí las tenéis—añadió Munio, entregando al tiufado una vitela.

—No quisiera—repuso éste—que, por el deseo de satisfacer la curiosidad que acaso hayáis notado en mí, traspaséis los límites de la confianza que en vos ha depositado vuestro amigo.

—No creo que cometo en ello indiscreción alguna. Como veréis, figura vuestro nombre en esas notas, y entre magnates godos no deben tratarse las cosas de otra manera. Podéis leer con toda tranquilidad ese escrito.

Ranimiro, aquietados sus escrúpulos de delicadeza, dejóse llevar del vivísimo interés que le movía, y en alta y pausada voz leyó lo siguiente:

«*Instrucciones para Munio en Vasconia.*—Averiguar quién posee en la actualidad un brazalete de oro con una cruz y esta leyenda: *Amaya dá asiería*. Esta alhaja, que se encargó en Pamplona hace veinte años a un

platero que pasaba a la Aquitania, desapareció poco después. Hay sospechas de que se apoderó de ella un tal Basurde, marido que fué de Amagoya, el cual pereció la noche de la sorpresa de Aitormendi, llevada a cabo por Ranimiro, conde de Pamplona a la sazón, y deudo de nuestro dilectísimo rey Rodrigo. Si Basurde la llevaba consigo, pudo caer en manos de algún soldado godo que le despojara.»

—Eso no —dijo el tiufado;—ninguno de los nuestros se acercó al cadáver de Basurde.

—Pero tal vez alguno de los vascos...

—Rumores han corrido sobre este particular. Prosigamos. «El príncipe Ranimiro es tal vez quien más noticias puede dar acerca de la joya. Si parece, adquirirla a toda costa. Averiguar también si vive Amagoya y su hermana Usua, casada con Lartaun, dueño del caserío de Aitorechea y del valle de Butron.»

—Pero, ¡Dios mío! ¿Qué hombre es ese? ¿Quién es Eudon?—preguntó Amaya con asombro.

—Un griego, según dicen, recién llegado de Bizancio.

—¿Y en Bizancio se saben estas cosas?

—Déjame continuar, Amaya, que ahora te toca a ti. «Y principalmente si vive Amaya.»

—¡Yo!

—No te alarmes ni te ofendas, hija mía: la Amaya por quien pregunta el Conde de los Notarios no eres tú; es la hija de Lartaun y Usua, que, rara casualidad por cierto, lleva también tu nombre. Hasta ahí llega nuestra rivalidad. Nunca hemos tenido ocasión ni motivo de tomar en cuenta semejantes pequeñeces. Ahora, ya sabes—añadió sonriéndose—que si los godos tenemos una Amaya, los vascos tienen otra.

—Que por mucho que valga, no valdrá tanto como la nuestra—se permitió decir Munio a fuer de cortesano.

—Y esa es la verdad—añadió Favila, no pudiendo disimular su impaciencia.

—Llámesese como quiera, para nosotros debe de ser insignificante—dijo Ranimiro.—Pero es muy de extrañar que un hombre como Eudon, que nunca ha venido por estas tierras, tan minuciosas y exactas noticias tenga del interior de esas montañas, y empeño tal en saber lo del brazalete, y... Esperad, aún falta algo en las instrucciones: también os encarga que os informéis detenidamente acerca de la Amaya vascongada. Munio, talento os sobra para comprender que aquí se encierra algún misterio. ¿No os figuráis cuál puede ser?

—Tal vez. ¿Sabéis por ventura si esa Amaya está casada?

—No lo creo.

—¿Sabéis si es la reina de los vascos?

—Los vascos no tienen reyes.

—¿Emperadores quizá?

—Ni emperadores, ni reyes, ni cónsules.

—¿Pues cómo viven esas gentes?

—Vivirían en paz si nosotros no les hiciésemos la guerra. Pero dejémoslos a un lado, y no nos desviemos del punto principal de vuestras averiguaciones y pesquisas. Suponed que Amaya de Butron fuese reina, ¿qué os figuraríais entonces?

—Que Eudon trataba de casarla con alguno de nuestros príncipes para terminar la guerra de godos y vascos.

—¿Y qué tiene que ver lo del brazalete, piadosa alhaja que ostenta una cruz, con esa niña que ni siquiera está bautizada?

—No lo sé, lo ignoro. Todo esto es misterioso.

—Lo es para vos, Munio—dijo gravemente Ranimiro,—y para mí también. Misterio, que un hombre del Oriente conozca el idioma vascongado...

—Eso no, porque Eudon habla con singularísima propiedad todas las lenguas.

—Misterio, que tenga noticias tales de nuestros enemigos...

—¿Por qué no? Quien le enseñó el vascuence le habrá enterado de todo lo demás.

—Y misterio, misterio por ventura más impenetrable que, sabiendo Eudon todas esas cosas, ignore el paradero de la joya que busca con tanto afán.

—¿Lo sabéis vos?—exclamó el espathario gratamente sorprendido.

—Su dueño la lleva siempre en el brazo y no la oculta jamás.

—¡Oh, Ranimiro! Me hacéis feliz. Decidme quién es, dónde puedo verle.

—¿No lo sospecháis?

—Ni remotamente, como no sea en esa familia de Amagoyas y Butrones... Pero entonces, ¿cómo entendernos con ella? ¿Cómo hacerles saber que estoy dispuesto a dar por esa joya las libras de oro que me pidan?

—Me parece, Munio, que habláis con sinceridad.

—Estáis leyendo en el fondo de mi alma.

—¿Ninguna otra indicación os ha hecho el conde de los Notarios?

—Ninguna más, os lo juro. O aun creo que mi deseo de servirlo en este negocio es superior al interés que en él tiene el mismo Eudon. Le debo grandes favores, y quisiera mostrarme agradecido.

—Basta, por ese lado; y si ahora lográis persuadirme de la nobleza y generosidad de los pensamientos de Eudon...

—No sé cómo, sino mostrando que nadie está de ello más persuadido que yo. De su lealtad, de su amor a Rodrigo, no puede dudarse. Estamos minados por conspiraciones, y él las va descubriendo y desbaratando una por una; y si no las descubre y castiga todas es, o porque el rey protege a los conjurados y parece el primero que conspira contra sí mismo, o porque el mal es tan hondo y dilatado, que el día en que saliese a la faz de la tierra ni un palmo de ella quedaría incólume. ¿Nos asombra que Eudon tenga tantas noticias de los vascos? Harto más tenebrosos, retorcidos e hipócritas son los judíos, y todo el mundo está pasmado de lo bien que los conoce el privado de Rodrigo. ¿Queréis más pruebas? Pues bien: os las daré luego irrecusables; y entre tanto, tenéis mi palabra de noble, Ranimiro: los pensamientos de Eudon, los que yo conozco al menos, son muy altos, y responden de los que no alcancemos a comprender.

—Me basta, Munio. Y ahora puedo decir que estás en un sitio donde todo cuanto deseas saber te será explicado.

—¿Todo?

—Todo. Vive Amagoya en Aitormendi, y no se ha vuelto a casar; vive en Aitorechea su hermana Usua con Lartaun de Butron, y tiene esa hija única, a quien los vascos llaman la *hija de Aitor*. «Hija de Aitor» por excelencia, significa para los montañeses futura reina de Vasconia. Y todos esos cuatro, a saber: Amagoya, Usua, Lartaun y Amaya, continúan siendo paganos; ninguno de ellos se ha bautizado.

—¡Pero no es eso todo!

—No es todo, efectivamente; podéis también añadir que, en opinión de Ranimiro, antes harán paces lobos y corderos, que esa familia de inexorables paganos con los godos españoles.

—¿Será posible?

—Si el conde de los Notarios abriga por ese lado alguna esperanza, que la deseche. Amagoia es inflexible, implacable. Se mudarán los montes, ella no se cambiará.

—Está bien; pero habéis prometido explicarme todo cuanto deseo averiguar, y del brazalete ¿no me diréis nada?

—Que lo veréis y tendréis en vuestras manos.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, sin salir del triclinio ni suspender la cena. Solamente os exijo una palabra.

—Os la daré.

—Me habéis de decir con lisura si, al hablar aquí de estos asuntos, tenfais noticia, o por lo menos abrigabais sospechas de que alguna de esas historias pudiese tener relación con la mía.

—Ninguna, os lo juro; y aun ahora que me lo advertís, no acierto a figurarme de qué manera... ¡Ah! sí. Allá en tiempos pasados, cuando reinaban Ervigio y Egica, fuisteis conde en Vasconia, y cruzasteis el país enemigo de parte a parte. Quizá entonces pudisteis adquirir el brazalete.

—Amaya — dijo Ranimiro satisfecho, — dáselo a Munio.

La hija del tiufado apretó con la mano izquierda un resorte, abriendo el aro del brazalete, y presentó éste al oficial de los espatharios, que, atónito, radiante de

júbilo, temblando con la emoción, lo palpaba y lo examinaba, sin expresarse más que por palabras sueltas o frases entrecortadas.

—¡El mismo!... ¡Es el mismo! ¡Qué dicha! ¡Qué casualidad!... ¡Amaya! No cabe duda... ¡La cruz! Aquí hay otros nombres: *¡dá asiería!*

Y luego, tendiendo la mano a Ranimiro, prosiguió:

—Me habéis hecho feliz, porque puedo servir a mi amigo tan completamente y con tal prontitud, que ni él mismo lo habrá soñado.

—Y aún más completo sería vuestro servicio si me dejase llevar de mis deseos y los de Amaya, ciertamente, pues le podríais llevar la joya que busca; pero este regalo es imposible. Es la única memoria de que mi hija no puede desprenderse. La dama que, sin duda disfrazada, encargó al judío David el brazalete, se lo ha legado a mi Amaya con el encargo de que lo conserve siempre.

—Basta, basta; Eudon será el primero en respetar los sagrados motivos que os obligan a guardar esa joya. A mayor abundamiento, sabiendo dónde para y quién es su dueño...

—La tendrá siempre a su disposición si con ella puede hacer algún bien a nuestra patria. Pero creedme, si sólo en Amagoya y en el brazalete funda sus esperanzas, aconsejadle que desista y dirija sus miradas hacia otra parte.

Concluída la cena, Ranimiro acompañó a su hija, y tornando al cenador, dijo cerrando la puerta:

—Ahora, Munio, hablemos de vuestros mensajes.

Favila, que había tomado tan poca parte en la conversación, indicando con su silencio la pesadumbre que tenía por la ausencia de sus huéspedes, dijo con

sequedad extraña en él, y que sólo a su mal humor podía atribuirse:

—Sí, hablemos de cosas formales, y sepamos, en primer lugar—si es que yo estoy llamado aquí para saber algo,—sepamos, repito, qué ocurre, qué pasa en Toledo.

Munio, que parecía listo además de fino cortesano, se hizo cargo del inciso o paréntesis del duque de Cantabria, aunque por de pronto lo dejó pasar por alto.

—El rey—contestó Munio—tenía dispuesto salir para Vasconia a fines de Marzo; pero a consecuencia de haber sabido en el palacio encantado, según dicen, por quién se había de perder España, y de la traición ya manifiesta y descarada de Juliano, conde de Ceuta, vaciló, volvió sobre sí, y no ha necesitado Eudon de grandes esfuerzos para inspirarle magnánimos propósitos y hacerle adoptar salvadoras resoluciones.

—La primera de todas, la más urgente, la más imperiosa, era desistir por ahora de esta malhadada campaña contra los vascos—dijo Ranimiro;— ¿lo ha conseguido el conde de los Notarios?

—Lo ha intentado, y a punto estuvo de lograrlo. De aquí el haber detenido al rey tanto tiempo en Toledo después del día fijado para su marcha. Pero la fuerza de las cosas ha sido mayor que la del consejo y voluntad del conde, porque de improviso recibe Rodrigo noticias de la conjuración de Pamplona; teme que se le subleve la guarnición de aquel presidio, y ni Eudon ni nadie lo puede contener. Manda por delante a Pedro, duque de Cantabria, para refrenar a los descontentos, y en seguida sale con Pelayo y los espatharios para Césaraugusta, donde se detiene aguardando a los tiufados de más confianza. Y es preciso reconocer y confesar

que no engañaban a nuestro piadoso monarca los instintos de propia salvación: dos días después de su salida de Toledo, el conde de los Notarios descubre nuevas conspiraciones...

—¿De los hijos de Witiza?—preguntó Ranimiro interrumpiéndole.

Munio clavó en él receloso y sorprendido mirada aguda como un dardo, y dijo:

—Los godos no podemos acostumbrarnos a considerar a Sisebuto y Ebbas como leales y sumisos al monarca que tan duramente castigó a su padre; pero es lo cierto que Eudon, tan desconfiado y suspicaz como todos, y por el puesto que ocupa mejor informado que nadie, hasta ahora no halla motivos para dudar de la familia de Wamba, rival de la vuestra.

—¿Pues a quién atribuye la conjuración?—preguntó Favila.

—No la atribuye a nadie: le consta ya positivamente que es obra de Juliano, el cual, tiznado con la traición, a todos quiere hacer traidores. El infame parece que se ha entendido con Tárik, capitán africano...

—Tarif, diréis; el mismo que, al frente de quinientos hombres, desembarcó entre Calpe y Gades.

—No; aquel era Tarif Abu Zora, y éste es Tárik Ben Ziyad, que obliga al traidor a ponerse al frente de la próxima expedición, mostrándose público enemigo de los cristianos y dejando en rehenes a sus mismas hijas.

—¡Qué infamia y qué vergüenza!—exclamó el duque.—Pero esta traición no puede ser general. Hace bien Eudon en no manchar con ella ni aun el nombre de nuestros enemigos mientras no tenga pruebas irrecusables de tan vil apostasía.

—Sisebuto y Ebbas son los primeros en protestar contra ella, y aseguran que la nueva correría no pasará de la costa, bastando para contener y castigar a los traidores las huestes del duque Teodomiro.

—¿Y piensa lo mismo Eudon?—preguntó Ranimiro.

—No, señor. Eudon, sin exagerar la importancia de empresa que tan villanamente empieza, cree peligroso que los sarracenos se obstinen en invadir el imperio hispano-gótico y cobren afición a semejantes incursiones. El conde de los Notarios considera además indispensable que la familia reinante escarmiente a los árabes y africanos en tierra, con tanta dureza como Wamba los castigó en la mar.

—Y dice bien Eudon—exclamó Ranimiro.

—Eudon da muestras de ser digno de la reputación que goza de hombre de Estado —añadió Favila.

Trabajo le costó a Munio hacerse superior a la satisfacción en que rebosaba; pero no pudo reprimir una sonrisa de triunfo.

Queriendo asegurarlo, añadió:

—Vengo autorizado por Eudon para consultaros sus planes. Sabedor de que estabais aquí, me dijo en Toledo: el venerable duque Favila, por el estado en que se halla, no puede moverse fácilmente de Cantabria; pero vos, Munio, podéis ir allá y hablar con él y su sobrino.

—Tengo que agradecer a un extraño—exclamó el duque lanzando un suspiro—atenciones que no he debido al hijo de mi hermano.

Los viejos son muy sensibles a cierta clase de olvidos, por lo mismo que se ven obligados a reconocer el abandono en que poco a poco les va sumiendo la decadencia de sus facultades.

Excusado es añadir que Munio y Eudon acabaron de cautivarse el afecto y gratitud del anciano.

—El rey, vuestro sobrino, no se ha olvidado de vos, pues sabedor de todo, ha tenido la bondad de designarme para mensajero—contestó Munio, que, a fuer de cortesano, tenía que decir algo en favor del monarca.

—Y bien, ¿cuáles son los planes de Eudon?—preguntó el tiufado.

—Reforzar las huestes de Teodomiro y nombrarle duque de la Tingitana, sin dejar de serlo de la Bética.

—Perfectamente.

—Pero esto no le parece suficiente; quiere que Rodrigo, siguiendo el ejemplo de muchos de sus predecesores, y singularmente el de Egica, que asoció al trono a su hijo Witiza, nombre compañero y sucesor de su corona...

—¿A quién, si no tiene hijos?

—A su primo hermano, a Pelayo.

—¡A Pelayo!—exclamaron con inefable sorpresa Favila y Ranimiro.

—Sí, a Pelayo. El trono de Toledo no puede salvarse de otra manera: está perdido, minado, ruinoso. El rey es fuerte, valeroso, audaz; pero débil tratándose precisamente de las faltas que hicieron aborrecible y perdieron a Witiza. Eudon cree que el trono necesita contrapeso de tantos y tan antiguos desórdenes, y que esa fuerza está en la virtud severa, y a todos notoria, de mi noble capitán. No me opongáis razones hijas de la modestia: confesadme que quedan ya muy pocos godos del temple de Pelayo; que todos estamos corrompidos, enervados y carcomidos por la molicie y los deleites; que son pocos ya los dignos sucesores de Recaredo, Chindasvinto y Wamba.

—¿Y el rey? ¿Conoce Rodrigo ese pensamiento? ¿Qué dice de los planes del conde de los Notarios?—preguntó Favila estremecido de júbilo y de impaciencia.

Munio, que al parecer se gozaba en ella, prosiguió:

—No conocéis aún los pensamientos de Eudon. Éste juzga indispensable que el rey le nombre duque de Cantabria, y trata de venir cuanto antes a mandar la provincia.

—¡Pero eso es imposible!—exclamó Favila.—¿Quién queda entonces al lado del rey como primer ministro y conde de los Notarios?

—Vuestro sobrino Ranimiro.

—¡Yo!—exclamó el padre de Amaya, que todavía no acababa de abandonarse al júbilo y confianza.

Y de improviso cruzó por su mente negra sospecha que oscureció su rostro y le hizo tomar aquel aire severo que infundía pavor al más osado.

—No iré yo nunca al lado del rey. Decid a Eudon que le agradezco el recuerdo; pero que ni mi hija ni yo hemos nacido para cortesanos.

—Pero habéis nacido seguramente para vivir juntos, y si no os habéis de separar de Amaya, tendréis que acompañarla a la corte, porque ella en Toledo tendrá que residir.

Ranimiro se levantó súbitamente como un gigante, y queriendo dejar aplastado a Munio con su mirada más que con sus manos, le dijo tendiendo los brazos sobre la cabeza del espathario:

—¿A quién se le ha ocurrido que Amaya puede vivir en la corte sin su padre?

—¡Sosegaos!

—¿Sois vos, es Eudon, o el rey quien así piensa?

—Sosegaos—contestó Munio sin inmutarse, y antes

bien con dulce y tranquila sonrisa;—ni el rey, ni Eudon, ni yo somos capaces de haceros la menor ofensa. Ranimiro, no sabéis la impresión que han hecho al rey los consejos del conde de los Notarios y la traición de Juliano. Rodrigo pudo extraviarse, pero no está perdido; y ya sin veleidades, con firmeza propia de su índole generosa, quiere emprender el camino del arrepentimiento y la virtud. El rey acepta a Pelayo por compañero y lo hará aclamar en el concilio como sucesor del imperio; pero al mismo tiempo os necesita a su lado y desea que Amaya sea esposa del nuevo rey.

Todo estaba dicho con estas últimas razones, que colmaban de alegría infantil, casi insensata, al buen duque de Cantabria; pero que no acababan de satisfacer por completo a Ranimiro, algo más cauto y menos desmemoriado que su tío.

—Pero, Ranimiro, ¿tú callas?—exclamó Favila.—¿Qué tienes que decir a esto?

—Nada, tío. Voy a prevenir a Amaya de que mañana salimos para Pamplona. Vos, Munio, necesitaréis descansar. Os dejaré en vuestro aposento. Tenéis que madrugar también para volver a Cesaraugusta, y suplicar al rey de mi parte que no se mueva de allá. Las revueltas de Pamplona no son más que indicios de otras más lejanas y temibles, a cuya mira conviene estar. Hace dos o tres semanas que Pamplona se está sublevando, y no acaba de sublevarse nunca. ¿Por qué? Porque con ese amago se quiere atraer al rey a Vasconia, ya que a fines de Marzo no se logró con la desatinada campaña contra los vascos. ¡Que permanezca Rodrigo en Cesaraugusta! De allí podrá acudir, si en Pamplona hace falta, a Pamplona, a Toledo y la Bética. Pamplo-

na no se rebelará hasta que otros pueblos lejanos se hayan rebelado; y si voy yo...

—Ni ahora ni después, porque Pedro, el duque de Cantabria, lo ha dicho: «Las tiufadías están en harta indisciplina, y Ranimiro, a quien creen resentido del rey, es el único que puede traerlas a mandamiento».

—Pues bien, iré. Retirémonos a descansar. Aguardadme aquí, tío; también debo conducirlos a vuestro aposento.

Hízolo todo como lo había indicado, y al volver al lado de Favila prorrumpió desde el umbral de la puerta:

—Pero, tío, ¿no recordáis lo que os dice Pelayo?

—¿Qué me dice?

—Munio os hablará de los proyectos de Eudon. Oídle, pero no resolvamos nada hasta que Ranimiro y yo hayamos departido acerca de ellos.

—Es claro, Pelayo no quiere que resolvamos nada hasta saber si Amaya corresponde a su cariño.

—¡Ojalá que así sea! Pero sospecho que Pelayo no tiene más que un amor, un afán, un pensamiento.

—El de Amaya.

—El de la patria.

—Son amores que anidan juntos.

—Tío, creo que Pelayo no ve las cosas tan risueñas como vos. Yo mismo percibo desde lejos no sé qué sombras en ese cuadro...

—Vaya, vaya—dijo Favila,—déjame dormir tranquilo y no perturbes mi sueño con tus eternas cavilaciones. A fuerza de querer saberlo todo, los sabios no entendéis de nada. Déjame soñar, que veo a nuestra hija reina de los godos; porque es ya hija mía, porque es la esposa de Pelayo. ¿Quién puede estorbarlo ya?

Ranimiro se retiró a contestar al rey y a Pelayo,

para que Munio les llevase al día siguiente la respuesta.

El espathario escribió también una carta para Eudon.

Decía así en substancia:

«Cumpliendo vuestras órdenes, os escribo sin perder momento. Acabo de descubrir el paradero del brazalete. Lo he tenido en mis manos, pero no me es posible haceros dueño de él. Pertenece a la princesa Amaya, hija de Ranimiro, y lo lleva siempre puesto. Unicamente viniendo vos por acá, lo podréis ver y aun examinarlo detenidamente. Viven esas personas enemigas nuestras, de cuya existencia dudabais tal vez: Amaya de Butron, Amagoia, Usua y Lartaun. Moza la primera y viuda siempre la segunda. Lo he sabido apenas he cruzado el Ebro y puesto el pie en esta región. Todos vuestros planes, aprobados. Pelayo se casará con Amaya. ¡Feliz mortal! En mi vida he visto mujer tan hermosa. ¿En qué habéis estado pensando vos para no aceptar el primer proyecto del rey?»

Inmediatamente que el amigo de Eudon enrolló el pergamino y lo selló, encerrándole en un estuche, llamó a uno de sus bucelarios, y sin permitirle dormir en el castillo lo despachó con la carta para Toledo.





LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

Castillo de tiempo inmemorial, palacio primitivo y señores casi seculares.

EN la cumbre de una colina que se alza en medio del valle de Goñi, formando el vértice de su principal vuelta, descollaba un edificio tan antiguo, que ya en el siglo VIII se conocía con el nombre de *Gastelúzar* o castillo viejo. Muy en armonía con la denominación éuscara, tanto su construcción interior como la de sus muros y fachada, transportan nuestra imaginación a lo vago del tiempo inmemorial.

No vayamos a figurarnos esa fortaleza ceñida de fosos, coronada de almenas, y de trecho en trecho circundada por cubos cilíndricos o torreones cuadrangulares; estos primeros recursos de la arquitectura militar son invenciones modernas para *Gastelúzar*, contemporáneo quizá de los monumentos pelásgicos y ciclópeos, con los cuales tenía cierta semejanza y analogía. Era un vasto edificio rectangular, sencillo como toda idea primitiva, tosco como todo ensayo. Dábanle aquel sello de grandeza que habían de conservar sus mismas ruinas, peñas enormes rudamente labradas y

puestas en seco con esa misteriosa nivelación, obra del arte, o de la paciencia, que pueblos poco posteriores al diluvio legaron a la admiración de siglos más civilizados; interrumpían la uniformidad de sus cuatro lienzos profundas bocas, que servían a la vez de ventanas y saeteras, coronando la ingente fábrica tejado de anchas y delgadas losas, cubierto de nieve gran parte del año, y cuando no, de negro musgo y plantas parietarias.

Bien es verdad que este manto funeral entapizaba todo el edificio, amén de la yedra secular que en las fachadas del Norte y Occidente se agarraba a todas las juntas, como si, no satisfecha de la solidez del gigante monumento, tratase de sostenerlo con nervudos brazos.

El que movido de curiosidad quisiese reconocer hoy las ruinas de Gastelúzar, apenas hallaría más que su nombre; pero si aquella mole berroqueña, negruzca y agujereada, reapareciese tal como existía en Mayo del año 711, dominando torrenteras y barrancos, y anonadada a su vez por inaccesibles riscos, bosques impenetrables y sierras de primera magnitud que le servían de antemural, difícilmente se persuadiría de que la ventura pudiera anidar en tan adusta vivienda. Pero esa ave misteriosa que llamamos felicidad, al descender de los cielos mira con indiferencia climas y lugares, y sólo busca sencillos y virtuosos corazones; y en ellos se posa, sin que la arredren hielos, ni la enerven calores, ni la espanten asperezas y soledades.

Dueño del castillo era todavía aquel bendito Miguel, anciano veinte años atrás y robusto aún a pesar de sus noventa navidades. Si en lo viejo y lo fuerte podía comparársele al edificio, no así en lo sombrío y melan-

cólico, porque el señor de Goñi continuaba siendo encanto y alegría de toda la comarca.

De los cuatro hijos que entonces le quedaban, había perdido tres; pero todos peleando gloriosamente por la independencia: y mantenía viva la fe, serena la conciencia, y la mesa aparejada siempre a la hospitalidad, sin que después del tiempo transcurrido le faltase en la boca ni uno sólo de aquellos huesos que Don Quijote comparaba a las ruedas de molino. Pero además de dientes y muelas, conservaba la compañera de los últimos once lustros de su vida.

Jamás aquellos cincuenta y cinco años de poco garbado cariño habían sido turbados ni por tempestades de celos, ni por bochornos del fastidio, que suele engendrar el ocio. El amor de ambos consortes, como el aire que se respira, no se dejaba sentir, y era elemento indispensable de su vida.

Desde las ventanas del castillo podían contemplar todos sus estados, y si no veían mucho, en cambio era suyo todo cuanto su vista alcanzaba. El valle de Goñi es uno de los más pobres de Navarra; pero en las majestuosas y pintorescas sierras de Andía y Urbasa, que lo defienden de vendavales y vientos del Norte y del Poniente, Miguel mantenía numerosísimos rebaños, que le suministraban pingüe riqueza. Desde ningún punto se descubren mejor que de Gastelúzar las románticas bellezas del paisaje. Diríase que a la fundación del castillo habían concurrido el instinto de propia defensa y el sentimiento de lo bello. No lo extrañemos: las obras humanas en tiempos en que no existen filósofos, suelen rebosar en filosofía.

De allí, en efecto, la vista abarca todo el valle que le ciñe, con sus crestas de rocas cenicientas y sus fra-

gosos bosques de verdes hayas, parduzcos robles y espinosas carrascas. Cinco pueblos humildes aparecen como engarzados en ese magnífico fondo de selvas y peñascos. Munárriz se descubre al Mediodía entre las copas de un encinar, en sitio llano y elevado, al pie de los riscos que cierran el valle de Guesálaz, y que, por su forma, y por hallarse continuamente nevados, se llaman la *artesa* de Munárriz. De aquella altura descienden inpetuosos dos torrentes, uno a Guesálaz y otro a Val-de-Goñi, siguiendo el curso del cual, y enfrente de la colina de Gastelúzar, se ve a Urdánoz, escondido a modo de violeta, pero recogiendo ricas cosechas en suelo abrigado, como en premio de su humildad.

Más inclinados al Oriente, y a la falda de la sierra de Sárbil, que separa a Goñi del Larraun y el Arga, muéstranse Aizpun y Azanza, resbalándose al parecer por la pendiente de pedregosa montaña, que, a falta de lozanía, ostenta gallardos y vigorosos contornos; y cuando las miradas, estrellándose en desnudos peñascos de arrogantes estratificaciones, que descuellan pintorescos entre hayas, robles y siempre verdes tejos, dan por terminado el valle, no hay más que volver los ojos hacia el Norte y Ocaso para descubrir otro paisaje que llamará siempre la atención por el recuerdo del drama, vivo aún en la memoria de aquellas gentes al cabo de once siglos, terrible episodio de la historia que hemos principiado a narrar. Arrinconada al pie de la majestuosa sierra de Andía, aparece nueva selva tendida sobre el hondo barranco, de continuo azotado por los vientos, en contraste de cuyo estruendo y movilidad álzase detrás la descarnada montaña de Churregui, imagen de la serenidad y del reposo.

Sobre este barranco está situado Goñi, cabeza del valle, y en sitio eminente como su nombre lo indica: *en alto yo*. No obstante su corto vecindario, ha llegado a tener cuatro palacios, tres de los cuales, por lo menos, se han disputado el honor de haber sido solar del célebre Teodosio, hasta que por repetidas sentencias del Real Consejo de Navarra, en el siglo xvi, se adjudicó esta gloria a *Jaureguizar* (Palacio viejo), condenando a sus opositores a perpetuo silencio.

Jaureguizar, que en el siglo viii no conocía rivales y se llamaba sencillamente *Jaureguía* (el Palacio, la *Casa del señor*), era en efecto la residencia habitual de Miguel y su familia, porque el castillo, a semejanza del templo de Jano, se cerraba en tiempos de paz y sólo se abría cuando estallaba, o por mejor decir, se encrudecía la perpetua guerra a que la región vasconíca estaba condenada.

Era Miguel gran madrugador. Fuese invierno o verano, se levantaba al romper el día, y después de dar gracias a Dios por los beneficios que recibía de su bondadosa mano, despachaba a pastores y zagales con los rebaños, o si los campos estaban cubiertos de nieve, disponía el pienso para vacas y caballos, y haces de ramas y yerba para los apriscos.

No se decía más que una misa en el lugar, pero nunca sin la asistencia de los señores del valle. A la salida, si lo permitía el tiempo, sentábase Miguel en un banco de piedra, al pie del roble corpulento y majestuoso que se elevaba al Mediodía delante de la iglesia, extendiendo sus robustos brazos sobre el tejado con aire protector. Aquel banco era su trono, su bufete y tribunal. Allí escuchaba y resolvía en pocos minutos los negocios más arduos e intrincados de sus cinco pue-

blos; y si los litigantes eran pobres, quien perdía el pleito era el juez, que socorría por igual a entrambas partes.

La comida era siempre grande solemnidad. Tanto en el palacio como en el castillo, la sala principal servía de comedor, y la mesa de nogal que del uno al otro extremo se perdía de vista, daba desde luego a conocer costumbres asaz hospitalarias. En efecto: si alguna vez se percibían ráfagas de mal humor en el bondadoso rostro del anciano, era cuando al sentarse a comer veía pocos escaños ocupados. Achacábalo siempre a culpa suya, por no haber obsequiado a las gentes como debía. Así es que cuando Plácida observaba que al acercarse el medio día no habían llegado bastantes huéspedes de las Amezcuas, Araquil, Olló, Guesálaz y otros valles vecinos, o que los *Echecojuanas*, o padres de familia, súbditos suyos, andaban perezosos u ocupados en labores y pastoreos, cuidaba de llamar a los primeros que se encontraba en el pueblo para que comiesen con el amo.

Nunca éste tomaba asiento en la mesa sin que el abad la hubiese bendecido, ni se levantaba nunca sin haber dado gracias al Señor. En el intermedio de entrambas oraciones, Dios sólo y Plácida, que todo lo disponía, eran sabedores de lo que se había consumido y desbaratado. El servicio, escaso y de madera; la comida, más abundante que exquisita; pero alternaban con hortalizas y legumbres, cabezas y lomos de jabalíes, venados, vaca y carneros, truchas y anguilas del río Salado, palomas del Pirineo, que a la entrada del invierno se cazaban a centenares; gansos, pollas, liebres, recentales, lechones, perdices, chochas, cecina y jamón, según el tiempo y fortuna de los cazadores. El

vino solfa ser de la solana, o cuando no, de los valles de Yerri y de Guesálaz; la sidra, de Guipuzcoa.

Mucho daba la casa de Miguel; pero recibía también, porque constituyendo la altivez y la gratitud el fondo del carácter navarro, no hay papel que más repugne al montañés que el de parásito. Miguel procuraba enterarse de lo que recibía, jamás llevaba cuenta de lo que daba; Plácida, en cambio, sabía perfectamente lo que entraba y salía.

Tanto combustible hacinado en el comedor podía alguna vez convertirse en espantosa hoguera; pero Miguel, amaestrado por la experiencia, cuidaba de evitar el incendio. Nada le importaba el vocerío; nada que a los postres brotasen chispas los ojos de sus comensales, ni que las gargantas fuesen perdiendo su habitual sonoridad; a fuer de práctico, veía venir sereno la borrasca. Pero si vislumbraba disputas peligrosas, si renillas adormecidas se despertaban y querían alzar la frente, aprovechándose de la confusión, Miguel imponía a todos silencio, y los ángulos de la sala resonaban con los ecos de un canto guerrero de los antiguos tiempos, el himno de Lecóvide y Tamayo, el combate de Lara, la canción de Aníbal, por ejemplo, que ensordecían la voz de las más violentas pasiones en aquellos pechos, en que dominaba amor salvaje a la independencia, y odio implacable a toda servidumbre en general, y a la de los godos en particular.

Al día siguiente de haber salido de Cantabria Ranimiro y Amaya, recibió Miguel de Goñi, poco antes de comer, la visita de un huésped, a quien ciertamente no aguardaba.

Era un ermitaño godo, o por lo menos no vascongado, que vivía a sus anchas, tan pronto en un campo

como en otro, aunque su cueva o ermita correspondiese a la montaña.

Podía, pues, entenderse con invasores e invadidos, y vivir, como procuraba hacerlo, a costa de entrambos.

Los Concilios cuarto y séptimo de Toledo habían tomado sus disposiciones para extinguir estos anacoretas, que ni eran monjes, ni clérigos, ni legos, sacándolos de sus ermitas, obligándolos a servir en monasterios, y prohibiendo para en adelante tan peligrosa profesión, a menos de autorización especial del Obispo; pero hallaban siempre cierta protección en el pueblo, que se dejaba alucinar por apariencias del traje y vivienda. El celoso y piadosísimo Marciano, que ocupaba a la sazón la Sede Iruniense, intentó muchas veces traer a mandamiento al buen Pacomio, que así se llamaba el huésped; pero tanto el favor popular, como la guerra que dividía a la grey cristiana, compuesta de godos y vascos, hacían casi imposible la vigilancia del Prelado, y poco menos que ilusoria la acción de la autoridad. En casos apurados, el falso eremita se eclipsaba y desaparecía del país vascongado.

Los hábitos de sayal, la cuerda de cáñamo con que se ceñía la túnica y sus groseras sandalias, contrastaban con la rubicundez de sus mejillas, su fuerte y vigorosa musculatura, sus ojuelos garzos, alegres y traviosos, que con la nariz aguileña y labios finos y apenas perceptibles, le daban aspecto de ave de rapiña.

Aquella mañana había estado Miguel muy ocupado, acabando de atestar de vituallas y pertrechos de guerra el fuerte de Gastelúzar, único indicio de nueva campaña en valle tan próximo a Pamplona.

Cuando Pacomio llamaba a la puerta de Jauregufa con la contera de su enorme cayado de acebo, Miguel

volvía, acompañado de media docena de perros y doble número de personas de ambos sexos, que, habiéndole ayudado en la tarea de aprovisionar el castillo, venían a comer al palacio.

—Pacomio, Pacomio —le gritó Miguel,—¿a qué tantos golpes? ¿No sabes que ni de día ni de noche llama nadie a las puertas de mi casa, donde todo el mundo tiene derecho a entrar como en la suya propia?

—Llamaba, Jaun Miguel, precisamente para no entrar; sólo quería saber si estaba aquí vuestro hijo Teodosio, pues de lo contrario, habría ido a buscarle a Gastelúzar.

—Ni aquí ni en el castillo le encontrarás hoy, hermano Pacomio.

—¿Pero está en el valle?

—Tampoco.

—¿Ha ido de caza?

—Tampoco; y te advierto que no te contesto una palabra más, como no sea dentro de casa y sentado a la mesa.

—No puedo detenerme.

—¿Ni a comer siquiera?

—Tanto como para comer... y con tal de que no me deis a probar vuestros excelentes vinos de la Ribera... Porque ya sabéis que, a pesar de mi sayal, soy blando de corazón y hoy necesito andar listo y despabilado.

—Entra, hermano Pacomio; pero entra sin condiciones: no las admito.

Entraron, y llevando Miguel al huésped a un extremo del comedor para departir un momento, le preguntó:

—¿Para qué necesitas a mi hijo?

—Os lo diré a vos sólo; y porque sólo vos podéis

saberlo, os vuelvo a suplicar que no me deis a los postes vuestro fragante vino rancio de Peralta, tierra de promisión de que se han apoderado los godos. ¿Lo entendéis? No me pongáis en peligro de ser indiscreto.

—Bien, hombre, bien; te daré dos o tres vasos nada más.

—Para gustarlo, y porque no se diga que he pasado, como quien dice, delante de él sin hacerle el debido homenaje y acatamiento.

—Pero bien; ahora que no corre peligro tu discreción...

—Ahora os diré que ayer ha salido de Cantabria el bárbaro, el infame conde Ranimiro.

—¡Ranimiro! ¿El incendiario de Aitormendi?

—El mismo.

—¿Y adónde se dirige ese infeliz?

—Vuelve a Iruña.

—¿Solo?

—Supongo que habrá dejado a su hija en el castillo de Cantabria; porque el rey ha mandado preparar su alojamiento en el Dominio de los condes de Pamplona, y la venida de Ranimiro no tiene más objeto que trazar el plan de la guerra, que se emprende de nuevo, contra Vasconia.

—Y Ranimiro es el único que puede hacerlo. Si fuese posible conquistarnos, sólo él habría sido nuestro conquistador. A él ya no le temo: se ha hecho demasiado odioso; pero a sus planes, sí.

—Pues bien; como eso lo sabe Teodosio tan bien como vos, con indicar a vuestro hijo lo que os he dicho hay lo bastante para que ni Ranimiro entre en Pamplona ni llegue a ver al rey.

—Pero Ranimiro vendrá con el ejército.

—Las huestes de Rodrigo están pasando todos estos días hacia Victoriaco y Ologitum, tanto a la izquierda como a la derecha de esta sierra, y Ranimiro, con muy pequeña escolta puede volver a Pamplona. Pero si un guerrero joven y audaz como Teodosio quiere salirle al encuentro en la revuelta de...

—¡Oh! ¡Qué gloria para mi hijo, qué suerte para todos los vascos si pudiéramos coger a Ranimiro, vengar agravios que, aunque de veinte años de fecha, no pueden olvidarse en veinte siglos, y desbaratar la campaña aun antes de emprendida!... Pero es inútil que nos lamentemos de mi mala suerte: Teodosio hace dos días que falta de casa...

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sabemos: tal vez hoy, tal vez mañana. Supongo que, en vista del movimiento de tropas enemigas, habrá ido a ponerse de acuerdo con otros señores, o quizá con las tribus hermanas nuestras. El valle de Goñi es uno de los más próximos a la plaza de Iruña, y es posible que nos veamos acometidos dentro de pocos días. No importa; ahí está Gastelúzar, y, sobre todo, ahí están a la espalda las sierras de Urbasa y Andía, para las cuales sirven lo mismo los corceles de la Bética que las naves del rey Wamba. Pero eso no obstante, hace bien mi hijo Teodosio en contar con sus vecinos y los ancianos de las demás tribus del *Lauburo*. No hay remedio, hermano Pacomio; no sabemos cuándo volverá Teodosio, y Ranimiro no ha de esperar a pasar por aquí a que mi hijo salga a medir con él su *ezpata* o su *gucia*. Comamos, pues, en paz y en gracia de Dios, y con tan plausible motivo bebamos a los postres esos vinos a que tienes miedo indigno de tu santidad; y luego, que sea lo que Dios quiera.

Y al decir estas frases de viejo alegre, suspiraba como el padre más triste.

—Comamos; y aunque por primera vez quebrantéis los inveterados usos hospitalarios de Jaureguía, dejadme ser sobrio. No quiero excederme en la bebida. Tengo que ponerme inmediatamente en camino; porque a falta de Teodosio, he pensado en... ¿En quién os parece?

—¿En García?

—Pues; en el señor de Abárzuza y las Amezcuas.

—El único que pudiera reemplazar a Teodosio si tu viese algunos años más. Dices bien: comerás como solemos al salir de montería, breve y compendiosamente; y te despacharé presto, porque necesitas llegar esta misma tarde, y aun creo posible que allí encuentres también a mi hijo.

—Gran dicha sería. García Jiménez no sirve para descalzar a Teodosio.

—Le da por las letras.

—Acabará por prestarle mi sayal.

—Pero es pundonoroso, y si quiere vengar la muerte de su padre... ahora tiene ocasión con las noticias que le llevas.

—Silencio, por Dios! Porque yo necesito vivir con los godos y con vosotros.

Miguel cuidó de la templanza del ermitaño, lo cual es la mayor prueba que podemos dar de la importancia que daba a la sorpresa y captura de Ranimiro.

Pacomio, no sin haber saboreado los distintos vinos de la escogida colección de Goñi, pudo ir por su pie y con cabeza firme, cruzando por el puerto de Munárriz al valle de Yerri, llegando a la villa de Abárzuza antes de ponerse el sol.

Aquel día de la segunda semana de Mayo parecía fecundo en noticias.

Miguel, a pesar de la asombrosa calma y serenidad con que veía cruzar las huestes, temeroso de que los enemigos cerrasen a los vascos la entrada de Pamplona cuando menos se pensara, había dispuesto que uno de sus pastores, llamado Saturnino, y por mal nombre *el Disgustado*, fuese a la ciudad a ver lo que ocurría. Era éste de una familia del valle de Olo, refugiada en Goñi desde que los godos destruyeron el molino y caserío que había heredado de sus mayores, orillas del río Larraun, tributario del Arga.

Llevado de esa atracción que tiene para el hombre el abismo que le traga o el espectáculo que le tortura, andaba siempre el Disgustado buscando pretextos para ir a Pamplona y cruzar por su hacienda de Errotalde, que había pasado a ser propiedad del tiufado Ranimiro. Tal vez por eso Miguel de Goñi le escogió para llevar al mercado algunas aves, como pretexto para entrar en la ciudad y traerle cuantas noticias positivas pudiera buenamente adquirir acerca de los godos.

Aunque tan adelantada ya la primavera, las alturas seguían cubiertas de nieve, las noches eran frías, y las veladas al amor de la lumbre no se habían interrumpido en la cocina del palacio.

Situada la de Jaureguía a piso llano, era un ancho recinto cuadrangular, sin más techo que la chimenea, que abarcaba todo el aposento en forma de embudo, ni más hogar que el pavimento de enormes piedras cortadas a escuadra. Dos enormes morrillos de hierro que se alzaban a la altura de un hombre sostenían en medio troncos de roble, que poco a poco se iban consumiendo gracias a la hojarasca y leña delgada que

gavilla a gavilla se les arrimaba. Contra las paredes yacían sendos escaños de nogal, que ocupaban los hombres; las mujeres se sentaban a hilar en banquillos y a coser en el suelo cerca de una especie de hachero, de cuyo mástil, como aspas de molino de viento, salían en dirección oblicua teas que las mozas cuidaban de atizar y renovar para no carecer de luz en sus labores.

Entre los asientos y la lumbre promediaba siempre cierta respetuosa distancia, en que sin respeto alguno se tendían los perros de caza, especialmente admitidos y tolerados los días de caza o refriega con los venados de la montaña y los jabalíes de la selva.

Amos y criados, señores y vasallos, ricos y pobres, descansando unas veces de las fatigas del combate y otras de las rudas faenas del campo y montería, pasaban allí las primeras horas de la noche sin distinción alguna. Sólo por respeto a la ancianidad se reservaba el sitio más abrigado de la cocina al secular Miguel, cuyos brazos podían descansar en una mesa fija por un extremo a la pared con goznes para alzarla verticalmente contra el muro, o tenderla sobre un pie al extremo opuesto, que es como generalmente se colocaba cuando el amo se sentaba en la cocina. Nunca faltaban durante la velada sendos jarros de vino y de sidra, que el señor cuidaba de ir desocupando en vasos de asta, y la señora de renovar cuando quedaban vacíos.

Aquella noche tenía Saturnino la fortuna de ser de todos esperado, lo cual no siempre acontecía; pues su cara macilenta y displicente, su gesto ordinariamente avinagrado y de pocos amigos, no le hacían muy simpático a jóvenes de ambos sexos. Al verle entrar en la cocina de Jaureguía, exclamaron las mujeres:

—¡El Disgustado, el Disgustado! Ya viene de dar la vuelta acostumbrada por su hacienda.

—Pese a quien pese y púdrase quien con buenos ojos no lo mire—contestó con ceño el recién llegado.—La hacienda de Errotalde mía es, que no del godo ladrón que cobra las rentas, por más que descienda de reyes y se llame Ranimiro; mía la casa, mío el molino, y si los vascos no fuésemos tan mandrias que firmásemos paces con el enemigo, aún tendría esperanzas de recobrarla.

—¡Paces con los godos!—exclamaron hombres y mujeres, soltando la carcajada.—No te disgustes por eso, Disgustado.

—Ni por ese lado pierdas la esperanza de recobrar tu hacienda.

—Fues eso, ni más ni menos, corre por Iruña—repuso el pastor, tomando asiento en los escaños con la gravedad que la misión encargada requería.

—¿Y son como la muestra todas las noticias que de allí nos traes?—le preguntó Miguel.

—Como esa tienen que ser, si han de ser ciertas.

—¿Qué noche hace, Saturnino?—siguió preguntando el señor, con flema que abrasaba al Disgustado.

—De luna clara como el medio día.

—¿Qué tales campos hay por Iruña?

—Buenos y malos. Buenos para quien los ha de segar, malos para mí, que no he de trillar en mis eras, ni moler un grano en mi molino.

—¿Y cuándo viene el nuevo rey a domar los vascos?

—¿Y para qué ha de venir si los vascos estamos ya más domados que mis zahones, que se están cayendo a pedazos de puro viejos?

—Toma un vaso de vino y sosiégate—dijo Miguel escanciándole del de la Ribera.

Saturnino se lo bebió de un trago y sin ceremonia. Entre tanto decían los circunstantes:

—Pero esos godos se mudan de reyes como de camisa.

—Y los degüellan para mudarlos.

—Malo debe de ser el oficio de rey entre los godos.

—Pues falta nos hace un rey a los vascos—dijo el Disgustado, limpiándose los labios con la manga del sayo.

Miguel, que no había tomado parte en este último diálogo, contestó a Saturnino riéndose:

—¿Para qué? ¿Para degollarlo?

—Señor, para exterminar a nuestros enemigos, para arrojarlos de las tierras que nos han usurpado, para no dejarlos en paz un solo día. ¿Qué nos hacemos aquí, mano sobre mano, secándonos como cecina al lado de la lumbre? Señor, ¿sabéis las noticias que corren por Iruña?

—Estoy aguardando a que me las cuente uno a quien sin más objeto he mandado allá esta mañana, y que no da muestras de haber vuelto muy enterado.

—Señor, como no me habéis llamado aparte a que os diga...

—¡Aparte yo! Habla, hombre, si es por eso; desembucha todo lo que traigas, que acá todos somos amigos, y para ellos Miguel de Goñi no tiene en la bodega vino que no caten, ni en el magín secreto de que no participen. Pero te advierto, Saturnino, que las noticias las quiero de buena fuente, y no como esa de la paz que has recogido del charco.

—Buena o mala, entre los godos corre y del mercado la traigo. Pero la noticia que allí me han dado en con-

firmación de la primera, es que mañana entran en Iruña el rey por una puerta y Ranimiro por otra.

—Es decir, que Rodrigo viene por la puerta de...

—De la Ribera.

—Y su pariente Ranimiro...

—Por la Burunda.

—Eso es saber algo—dijo Miguel;—toma otro vaso de vino para que cobres ánimo y cuentas más; y que ande la rueda, que también nosotros necesitamos confortarnos para oírte, si tan graves son como parecen las nuevas que nos vas a referir.

Y fué llenando los vasos de vino o de sidra, a gusto del consumidor.

—El caso es—continuó el Disgustado—que mañana llegarán los dos; el rey al castillo y Ranimiro a su casa, que es, según dicen, un gran palacio. Ya puede tenerlos ese grandísimo ladrón con las tierras y molinos que nos ha robado.

—¿El?

—El o sus abuelos, para mí es igual. Parece que hay más de diez... más de quince... tufa... No sé cómo las llaman esos bárbaros...

—Tiufadías.

—Sí, de diez a quince tiufadías o regimientos de a mil hombres en Iruña; unas cuarenta en Olite, cincuenta en Victoriaco y Agurain, cincuenta hacia Calahorra y otras tantas vienen andando con el rey, mientras Ranimiro trae de Cantabria cerca de ciento...

—¡Vete echando tiufadías por esa boca!

—Pues de todos esos doscientos o trescientos mil hombres, no rebajan uno los siervos que acuden al mercado, ni por una libra, o lo que da lo mismo, ni por veinte sueldos de plata. Agregad a esto que toda

esa innumerable gente se va a poner a las órdenes de caudillo tan audaz como Ranimiro... cuyos planes son... ¿No conocéis los planes de Ranimiro?

—Hombre—contestó Miguel, sonriendo como un bienaventurado,—con los planes de Ranimiro nos sucede lo mismo que con tus noticias: mientras no los cuentas, no los sabemos.

—Pues bien, los planes de Ranimiro son traer a los Pirineos los moros del Africa, y...

—Y llevarse al Africa los vascos del Pirineo. Eso se concibe.

—¿Lo sabíais?

—No; pero oyendo la primera parte, se cae fácilmente en la cuenta de la segunda.

—Pero como eso es imposible...

—Se concibe también.

—Dice la gente que los vascos tendremos que sucumbir y firmar las paces.

—Eso es lo que no alcanzo a concebir—dijo seriamente Miguel, que hasta entonces había estado risueño y de broma con el Disgustado.

—¡Bien dicho!—exclamó toda la tertulia.

Y algunos añadieron:

—Bebamos a la guerra perpetua entre vascos y godos.

—Ese es un voto que no haré yo jamás. Si los godos nos dejan en paz, si nos devuelven lo que nos han usurpado, no seré yo quien vaya a buscarlos para hacerles guerra; no la deseo, no la quiero, no la querré jamás.

—Pero ¿cómo resistimos a tanta gente sin rey que nos mande?

—¿Cómo hemos resistido hasta ahora?

—Vaya, que buenos deseos se le pasarán a vuestro hijo Teodosio de ponerse al frente de todos los euscaldunas del Lauburo; pero como sola una tribu no hace nada, tendría que marchar de acuerdo con los de Arriaga, y los de Guernica, y los parientes mayores de Aitor. De donde resulta...

—De donde resulta que los godos todavía no nos han conquistado.

—Porque no pueden.

—¿Y por qué no pueden?

—Porque tenemos montañas inaccesibles.

—Y costumbres más duras y arraigadas que las montañas.

Si un taquígrafo de nuestros tiempos hubiese tomado nota del precedente diálogo, habría puesto entre paréntesis: rumores de aprobación.

Mas a pesar de ellos, Saturnino, que sobre mal contento parecía testarudo, no se dió por vencido.

—Pues eso de rey de Vasconia no ha salido de mi caletre—replicó;—pues a personas muy sabihondas y leídas he oído que, según profecías, quien se case con la hija de Aitor, caudillo, rey o duque nuestro ha de ser, quiera o no quiera.

—Cosas de Amagoia, que no son para tratadas en estos momentos.

El anciano Miguel se vió interrumpido por un semitumulto femenino. El corro de hilanderas, al oír el nombre de Amagoia, se había fijado en el de Ranimiro, en que hasta entonces no paró mientes, y todas, excepto Plácida, empezaron a chillar con extraños aspavientos.

—¡Silencio!—exclamó la señora,—y preguntádselo al amo.

—Señor—dijo la más atrevida, poniéndose en pie pero sin dejar de hilar:—ese Ranimiro que va a mandar a los godos, ¿no es el que hace años llegó hasta el valle de Aitormendi?

—El mismo.

—¿El que dió fuego al caserío del patriarca?

—El mismo.

—¿Hallándose dentro la hija mayor, la difunta Lorea?

—El mismo.

—¿Que por más señas dicen que estaba casada en secreto y embarazada?...

—El mismo.

Y al oír esto todas las mujeres y todos los hombres se levantaron por un mismo impulso.

—¡Muera Ranimiro!

—Juremos no tener nunca piedad, ni compasión, ni tregua, ni descanso con ese monstruo, con ese tigre!... ¡Juremos hacerle tajadas si cae en nuestras manos!...

—¡Silencio!—exclamó el anciano, único que había permanecido sentado;—gritáis como en ojeo, y sin levantar caza habéis espantado a los perros.

Sabuesos y lebreles, en efecto, habían principiado a gruñir despertándose, moviendo la cabeza, levantándola luego como para ventear, con ladridos breves y secos; y un momento después se pusieron en pie lanzándose hacia la puerta de Jaureguía, ladrando ya con toda la fuerza de los pulmones. A sus voces parece que respondían los ecos de la montaña. Pero no: eran ladridos huecos y atronadores de mastines que en corrales y apriscos lejanos guardaban rebaños del valle y de las sierras. Parecía que el alboroto de la cocina, como el mugido del viento, se había comunicado a las selvas del contorno.

—Forasteros vienen—dijo Miguel.

—Jaun Teodosio con guerreros de otros valles.

—A mi hijo no le ladran jamás los perros —contestó Plácida.—Puede entrar y salir a cualquiera hora de la noche sin que se le sienta más que una mosca.

—¡O lobos o godos!—dijo el Disgustado.

Y todos se echaron fuera de la cocina y aun de la puerta de casa.

—¡Pronto a Gastelúzar!—dijo Miguel.

—Ni godos, ni fieras. Los nuestros son. Ya se van aquietando los perros—repuso la señora de Goñi, cuyas observaciones denotaban tanta penetración como presencia de ánimo.

En las descarnadas rocas que forman escalones por la cuesta que sube a Jaureguía, sintióse estrépito de caballos, y un zagal se acercó a la puerta del palacio, diciendo al señor del valle:

—No hay cuidado: García y los de Abárzuza y las Amezcuas. Los he conocido desde que se asomaron a los altos de Munárriz.

—¿Viene Teodosio con García?—preguntó Miguel.

—Creo que no, porque el señor de las Amezcuas no habla con nadie.

Plácida comenzó a dar órdenes a los criados, y al poco rato entró Miguel con un mancebo de atléticas formas y de hermoso aunque varonil semblante. Su edad, de veinte a veintidós años; la caballera, negra, ensortijada y reluciente; la barba, corta y fina; la expresión, modesta y sencilla; la mirada, franca, abierta y seductora; el continente, airoso y resuelto. Parecía superior en todo a los demás: en fuerzas, en estatura, en agilidad y talento; pero la superioridad generalmente reconocida, tan sólo por él era ignorada.

Vestía sayo de lana, sujeto con rico cinturón de cuero recamado de oro, del que pendía la famosa espada, ancha, corta, puntiaguda y de dos filos (*ezpata*), que de los cántabros tomaron los romanos, denominándola espada cantábrica; calzón corto de la misma tela y borregufes de piel de cabra. Corta y airosa capa negra completaba su traje; porque los montañeses, a semejanza de los francos, ni aun en tiempo de guerra llevaban en la cabeza más adorno ni defensa que sus hermosos cabellos tendidos por la espalda.

Sólo algunos añadían capuz al sayo para resguardarse de la lluvia. La *gucia*, lanza con hierro en forma de saeta, les servía de báculo.

Tras el gentil señor de Abárzuza y las Amezcuas fueron entrando otros mancebos, que llevaban poco más o menos el mismo traje e iguales armas, sin más diferencia que el arco y las flechas, el escudo, llamado *pelta*, y la honda cruzada al pecho.

—Pero ¿qué buscas por aquí a estas horas, loco de atar?—decía Miguel, no pudiendo disimular el regocijo por verse entre tanta gente moza, armada y animosa.

—Vengo en busca de Teodosio—dijo García;—¿no ha vuelto aún desde esta tarde?

—No; pero sentaos. Leña, muchachos, que éstos chicos traerán frío. Bien es verdad que a sus años... Y tú, Plácida, sácales...

El anciano no concluyó la frase porque vió a su mujer colocar un jamón cocido sobre la mesa, y luego a dos criados con un odre de vino y escriños de pan.

—Bien está, Plácida; pero es preciso no olvidar a los de fuera—añadió Miguel, que al verla sentarse tranquila se tuvo por feliz creyéndose siquiera una vez más previsor que su esposa.

—Los de fuera ya están comiendo y bebiendo—le contestaron los criados.

—Ya podéis suponer adónde vamos —dijo García;— pero en lugar de bajar a la Burunda por las Amezcuas, he querido venir por aquí, para que se pusiera al frente de la expedición guerrero tan valiente y entendido como Teodosio. Siento no llevarlo por capitán.

—No lo siento yo menos, García. Pero tú, ¿lo has pensado bien?

—Sí, señor; en lugar de esperarlos en la Burunda, los atacaremos en las Dos Hermanas, y en vez de embestir por esta parte, hacia donde siempre miran más los enemigos, arremeto por la de Aralar.

—Sí; pero es fácil que os veáis envueltos por las tropas que cruzan de Victoriaco a Iruña.

—Si nuestros movimientos no son rápidos, ese peligro corremos; pero si caemos sobre Ranimiro como un rayo, y con la misma celeridad desaparecemos en la montaña, entonces no hay cuidado.

—No se te ocultará, García, que eso es provocar la guerra precisamente cuando van llegando miles y miles de hombres...

—Eso no es provocarla, porque esos millares de godos no vienen en son de paz. Pero si nos sale bien este golpe podemos hacer abortar la próxima campaña, y en el trance en que están los enemigos, quizá quizá la guerra. Pero no me detengo más.

—Sí, necesitas el tiempo. Pero dime, García: ¿te sirvo yo lo mismo que Teodosio?

—Lo mismo precisamente no, señor Miguel; pero podéis servirme de mucho preparando camas para los heridos y comida para los que volvamos.

—Todo eso corre por cuenta de mi mujer. García,

hablemos claro. Porque si tú me dices: Miguel, monta a caballo; yo protestaré cuanto se me antoje contra eso de emprender la nueva campaña sin orden de Teodosio, por tu capricho o por sugerencias de ese ermitaño... ya me entiendes; pero te seguiré hasta Toledo.

—Gracias, padre mío—le contestó el señor de Abárzuza con efusión;—pero creo que no nos hacéis falta. En cuanto a las órdenes de Teodosio, bien lo veis que hasta el postrer momento las he venido a buscar. Ocasiones como ésta no se presentan dos veces.

Y viéndolos resueltos a marchar, exclamó Miguel, dirigiendo la mirada a la mesa:

—¿Seréis capaces de salir de casa sin honrarla como es debido?

—Haremos aprecio—contestaron los montañeses.

Y en un abrir y cerrar de ojos devoraron el jamón, dos cestos de pan y un par de quesos. En cuanto al pellejo de vino quedó, como suele decirse, pez con pez de la primera embestida; fué necesario reemplazarlo con otro, que llegó firme y orondo, y se quedó temblando.

García, entre tanto, había estado departiendo con el anciano, que al despedirse le dijo:

—Lo que es a Ranimiro no hay que tenerle lástima. El no la ha tenido nunca de nosotros. A mí me engañó: estuvo a punto de seducirme hace veinte años. Pero poco después... Lo de Aitormendi... el caserío... No perdonar siquiera a su... ¡a una pobre mujer embarazada! Si lo matas habrás vengado a toda la familia de Aitor, y con ella a todos los vascongados.

García le prometió ser tan duro con el antiguo conde como las leyes del honor lo permitiesen; y montando dos jinetes en cada caballo, según costumbre de

vascos y astures, desaparecieron los expedicionarios por el camino que siguen las aguas del riachuelo Udarbe, para salir por Ollo a la Barranca. Miguel echó de ver al poco rato que su tertulia se había quedado exclusivamente reducida al bello sexo. Los hombres se habían armado de prisa y marchado con García. El Disgustado fué el único que no desamparó al anciano.

—Ya lo veis—le dijo;—un loco hace ciento.

—Y contando conmigo, hubiera hecho ciento y uno si me hubiese cogido, no ya en tu edad, sino en más que doble que la tuya—contestóle el nonagenario con sequedad inusitada.

—Es que a mí sólo me gustan las cosas en regla.

—También a mí. Pero mi regla es ayudar a los amigos cuando los veo en peligro, salvo el juzgar su conducta cuando el peligro ha pasado.

Saturnino les dió las buenas noches.

—Sí, sí; a la cama nosotros los viejos—le dijo Miguel, que estaba duro como nunca con el Disgustado.—¡A la cama, mientras nuestros pobres amigos pasan la noche al raso, o desangrándose heridos en la maleza!

La severidad de Miguel no provenía sólo del desprecio que le inspiraba la conducta del refugiado de Errotalde, sino del sentimiento de que su hijo no fuese mandando la expedición y del empacho que tenía de no saber qué contestar a los que por él con tanto interés le preguntaban.

Así que marido y mujer se quedaron solos, declaró el anciano todo su pensamiento, interpelando bruscamente a Plácida.

—Pero, mujer, ¿no sabes tú en qué pasos anda tu hijo?

—Sospecho que debe andar buscándote una hija.

—¡Calla! Pues tienes razón. Pero es todavía un niño.

—De treinta años.

—Es preciso pensar en el acomodo de ese muchacho.

—De eso creo que se cuida él más que nosotros.

—¿Te ha dicho algo?

—Ni una palabra. Pero su extraña ausencia de Goñi en ocasión semejante no tiene otra explicación.

—Es cierto; ni tampoco otra disculpa. ¡Oh! Pero si aquí hubiese estado hoy, volvería mañana con Ranimiro.

—¡Con Ranimiro!—exclamó Plácida.—Si cae el godopriisionero, ni tu hijo ni nadie es capaz de volver con él.

—Tienes razón, mujer. Donde le coja García, allí lo deja...

—Enterrado.

CAPÍTULO II

Casa nueva y nueva vida.

Razón tenían los patriarcas de Goñi para suponer que no se daría cuartel a Ranimiro, en el caso, harto dudoso, de que fuese capaz de rendir las armas a enemigos que tan cordialmente le aborrecían. Perpetuamente viva y enconada la llaga de Aitormendi, ni la forzada quietud del audaz invasor, ni los veinte años desde la tremenda hazaña transcurridos, la podían cerrar.

García tampoco lo ignoraba, y presumía, por tanto, que el encuentro sería terrible y sangriento; pero a

todo estaba resuelto y apercebido. Era aquella la primera ocasión que se le presentaba de acaudillar a sus montañeses, y después del paso infructuoso que acababa de dar para encomendar la acción a Teodosio, no podía ni quería tampoco rehusarla.

Su padre Jimeno le dejó al morir en los combates gloria, vasallos y muy granados pueblos en herencia; con la mira de hacerlo todavía más rico y poderoso, ya que tan apuesto y discreto parecía, su madre le había cedido también la villa de Abárzuza. Tantas prendas y señoríos, nobleza tanta, le obligaban a salir del retiro en que desde su orfandad se complacía, cultivando divinas y humanas letras. En el sistema de vida vascón, quien más tenía, más ponía; capitán el señor, el súbdito soldado; o se dedicaban al altar, o tomaban las armas; y tales eran la necesidad, la costumbre y la pasión de la guerra, que, según se ha notado ya, pocos montañeses de aquella época mostraban afición al claustro. Bien puede decirse de ellos que peleando descansaban y recibían galardón de sus ordinarias faenas. Caudillo que menos dejara reposar a sus vasallos, era el más querido y quien más valía.

Al verlo tan aplicado a los libros, sospechaban algunos que García Jiménez tuviese vocación de monje; pero no: estudiaba para seguir aquella guerra interminable, procurando inquirir, sin embargo, cómo había de darle fin. Porque estaba convencido de que ninguno de aquellos caudillos y señores compañeros suyos pensaba en otra cosa más que en pelear, y sólo en el hijo de Miguel vislumbraba trascendentes pensamientos. Por eso no tenía Teodosio amigo más sincero y respetuoso, y aun casi puede decirse súbdito más fiel.

Al recibir García la triple herencia del nombre, san-

gre y valles de un héroe, demostró con arranques de piedad que, además de ilustre, gallardo y opulento, era temeroso de Dios. Pocos días después de la muerte de su padre se fué secretamente a visitar al santo obispo Marciano, y le pidió su bendición. Dióselo el prelado, el cual, viéndolo sin duda propenso a la venganza, quiso templarle con paternales consejos.

—La guerra—le dijo el prelado iruniense—puede ser derecho de natural defensa o recurso extremo de la justicia; pero aun la guerra más santa será causa de condenación para quien lleva a los combates espíritu de rencor, que Dios reprueba. Cuando el Señor nos manda amar a nuestros enemigos, no exceptúa a los que luchan contra nosotros. Tenlo presente, García, porque lo habrás menester cuando te acuerdes de tu padre.

Presente lo tenía aquella noche el caudillo de Abárzuza al descender de Jaureguía dejando el valle mermado de mancebos, pero sin temor a los ancianos y mujeres.

Corta es la distancia que los separaba de Pamplona; mas para el ejército godo bien puede decirse que Goñi yacía en los antípodas. No corría otro peligro que el de nocturnas sorpresas, que desde los tiempos de Ranimiro habían caído en desuso. Fuera de esta contingencia, ya casi inverosímil, la paz reinaba allí, en medio de la efervescencia de la guerra, y el señor de Gastelúzar creía haber llegado a los últimos límites de la previsión cuando atestaba de víveres, dardos y flechas el castillo, y mandaba a saber qué nuevas bullían por la plaza levantisca de Iruña.

Por las sierras de Urbasa y Andía, y el monte frontero de Sárbil, no había de entrar la temida caballería de Toledo, y en la garganta de Olo, veinte hombres re-

suelos bastaban a detener un ejército. Esta era la única salida llana, digámoslo así, formada por el cauce del torrente que abrió un portillo entre peñascos, hayas, bojés, espinos y carrascos, áspero camino que exigía ciertas precauciones durante el día, y que de noche y a caballo era casi intransitable.

García, prudente y circunspecto a pesar de sus pocos años, había contado con la claridad del astro de la noche, próximo al plenilunio, para cruzar de Goñi al valle de Olo; sin embargo de lo cual tuvo necesidad de mandar que los jinetes echaran pie a tierra y llevaran las caballerías de la rienda. Antes de asomarse a la cuenca, que caía bajo la jurisdicción visigótica, dispuso el caudillo que la gente descansara un rato al margen del riachuelo Ilzarbe.

—¿No estamos perdiendo el tiempo?—decían algunos a García.

—No—les contestaba el joven;—tenemos que cruzar hacia Aralar por tierras enemigas, y esperar a que desaparezca la claridad que hasta ahora nos ha favorecido. Como la luna se pone media hora antes del alba, aprovecharemos ese corto espacio de tinieblas para salvar con toda rapidez, sin tocar en poblaciones y caseríos, el territorio que media de aquí a las Dos Hermanas. No han de sentirnos ni los perros. Si alguien nos conoce y avisa de la emboscada al conde godo, tiempo perdido.

—¿Habéis contado con Echeverría?

—No he podido contar con nadie más que con Dios y con vosotros. Pero ¿quién es ese guerrero, cuyo nombre sólo ha sonado en mis oídos como el de un salteador, que a todos los godos de esta comarca los hace tributarios nuestros?

—Suyos. Echeverría es de la tierra baja, de muy noble cepa y pariente de Amagoya.

—Entonces podemos fiarnos de él.

—Completamente; y sobre todo, contra Ranimiro.

Por fortuna para los amezcuanos, se levantaron espesas nieblas del río Burunda; la cima de Aralar se cubrió de negros nubarrones, y se anticipó la obscuridad deseada.

Guiados por naturales de aquellas cendeas, hicieron la travesía con toda felicidad, vadeando dos ríos engrosados por el deshielo y sin que los mastines alborotaran muy escandalosamente.

La gente quedó satisfecha del capitán.

—Ha heredado—decían—el arrojo y la prudencia de su padre.

Después de una corta subida, siguiendo el curso de un río torrencial, cuyo murmullo crecía conforme el agua menguaba, imagen del díscolo, que vocifera más cuanto menos razón tiene, llegaron al magnífico portillo formado por dos enormes rocas calizas, primitivamente unidas, que, rasgándose en una de las terribles convulsiones de la tierra, y limadas por la corriente que allí rompe hasta el Arga, dejaron patentes sus entrañas para estudio del geólogo y embeleso del artista.

Por entre las peñas hermanas, separadas unos treinta o cuarenta metros por su base, y cuya altura acaso llegue a ciento setenta, no sin riesgo de ser aplastados por algún desprendimiento de la roca, sepultáronse en espesísimo bosque de robles y hayas corpulentos a la margen del río, y menos robustos cerca de las rocas escarpadas que aquel barranco circundan. Allí hicieron alto, pues habían llegado felizmente al término de la jornada.

Las condiciones topográficas de las Dos Hermanas han variado de once siglos acá, y de estas modificaciones hay indicios de que prescindo ahora. El peñasco de la izquierda, verticalmente cortado enfrente de su compañero, tenía entonces por el opuesto lado fácil subida para la gente de a pie y aun la de a caballo, pues formaba rampa de tierra arcillosa y fragmentos de roca calcárea que el tiempo y los aguaceros se han llevado, dejando hoy la peña inaccesible, escueta y descarnada.

Por este repecho subió García a la cima cuando las nieblas se disipaban a lo largo de la antigua vía romana, que al pie del monte Aralar cruzaba el país de los aracelitanos estipendiarios de Roma. Por ella debía de venir Ranimiro, como Pacomio el ermitaño aseguraba. Quedóse frío García y desconcertado al divisar a lo lejos gruesa columna de godos que marchaban hacia Pamplona con seguridad completa.

—¿Quién me dice—pensó—que en semejante cuerpo de mil o dos mil jinetes no viene Ranimiro? ¿Cómo atacarlo en campo raso? ¿Y cómo averiguo yo que el godo de quien trato de apoderarme pasa o no en las huestes que cruzan hacia Iruña?

Dió gracias a Dios por no haber dado de manos a boca con los escuadrones que tenía enfrente, y ordenó que los montañeses estuvieran apercebidos por si trataba el enemigo de correrse hacia las Dos Hermanas. Y se quedó en observación de la hueste en el mismo sitio quizá en que se ponía el antiguo *speculator* de los romanos.

De pronto sintió que le tiraban de la capa, y vió a sus pies un bulto negro que andaba a rastras como un reptil.

—¿Quién sois?—le dijo García volviéndose sorprendido.

—Por mucha previsión que tengáis los mancebos, no hay remedio, el chico siempre ha de ser chico, y ha de hacer alguna trastada. ¡Abajo!

—¿Qué decís?

—Que te tiendas o te sientes. ¿No ves que en la cima de esa peña, iluminado por los rayos del sol naciente, te presentas a los ojos del enemigo como santo sobre peana?

—¡Calla! Pues tenéis razón.

—Para acechar no se necesita ponerse de pie, como la cigüeña en la punta de la torre.

—¿Quién sois?—tornó a decir García, sentándose en la roca.—¿Habéis venido en la cuadrilla?

—No; la cuadrilla es la que ha venido sólo para estropearme los miserables sembrados que tengo ahí detrás del bosque.

—¡Ah! Ya os conozco. Sois...

—Echeverría.

—Contaba con vos.

—¿Para acabar con mis trigos?

—Eso por ahora—repuso García sonriéndose,—y luego con vuestra despensa.

—Oye, muchacho, a mí puedes comerme un lado; de mi casa haz lo que se te antoje, pero respeta mis pobres campos y ruines haciendas. Tengo aquí panes, prados y bosques, que son éstos—dijo señalando al terreno próximo a la peña,—y luego mis vasallos, que son esos—y designó expresivamente camino y pueblos frecuentados por los godos...—Mi obligación es protegerlos y...

—Saquearlos. Hablaremos de eso, Echeverría. Por de pronto Dios te ha traído aquí como una...

—Culebra.

—¡Bueno! Como una culebra, para ayudarme a sorprender a Ranimiro.

—¡A Ranimiro!—exclamó el merodeador. —Aquí nos tienes a mí y a mis hijos, y a mis pastores, y hasta la loca de mi mujer, dispuestos a servirte contra ese malvado...

—Por de pronto, Echeverría, necesito saber si el tal malvado está pasando a nuestras barbas, al frente de esa columna, y burlándose de nosotros como el hatillo defendido por mastines se burla de la raposa que le acecha desde la madriguera.

—¿De dónde viene?

—Del castillo de Cantabria, más allá de la Berrueza y de Codés, encimita de Varia.

—¿Y qué camino trae?

—El de Agurain.

—Por aquí tiene que pasar forzosamente. ¿Cuándo salió de Cantabria?

—Hoy hace trece días.

—¿Qué gente trae?

—Dos docenas de bucelarios bien armados, y entre siervos y siervas otros tantos. Por lo menos esa gente llevó cuando fué a dejar a su hija con Favila.

—¡Ranimiro! ¡Su hija! ¡Favila! No sabes tú, muchacho, no sabes bien lo que esos nombres traen a mi memoria—exclamó el merodeador con melancólicos suspiros.

—¿Los conocéis?

—Dejemos eso. A lo que importa, y no nos distraigamos.

—Yo no me distraigo—contestó García;—hablo y miro, y creo poder asegurar que esa gente no ha repa-

rado en nosotros y ha torcido un poquito hacia el Sur, tomando la falda de...

—Derechos van a la cuenca de Pamplona. Podemos bajar sin cuidado.

—Es que tenemos que hablar.

—Es que tengo que cuidar de mis sembrados.

—Pues bien, miremos desde aquí tan pronto al camino como a tus panes.

—Cuando decía que no nos distrayésemos—repuso Echeverría levantándose asaz preocupado,—hablaba conmigo más que contigo; porque no quiero pensar ahora en cosas antiguas que has venido a recordarme, sino en lo de hoy, en lo del momento. ¿Viene Amaya con el godo?

—¿Quién es Amaya?

—¡Ah! ¿No la conoces?

—No conozco más Amaya que la *hija de Aitor*.

—Esa.

—La sobrina de Amagoya.

—¡Pues!

—¡Gran Dios! ¿Y Amaya la de Butron viene con el godo Ranimiro? ¡Prisionera tal vez! — exclamó García.

—Sosiégate, mancebo inexperto. Esa Amaya infiel y pagana, como su madre y su padre y casi toda su parentela, no es la Amaya que yo digo. Me refería pura y exclusivamente a la hija del conde, o para que me entiendas mejor, del príncipe.

—¿Quién es el príncipe?

—Hombre, con tanto estudiar, no sabes nada. El príncipe, el conde, el sobrino de Favila y el tío del nuevo rey de los godos son una misma persona, que se llama Ranimiro.

—Pero ¿qué tiene que ver la hija del godo con la hija de Aitor, sobrina de Amagoya?

—A eso nadie te podría contestar mejor que mi mujer, si la pobre pudiese contestar a nada.

—¡Muy enterado estáis de esas familias!

—¡Demasiado! Pero no nos distraigamos nuevamente. ¿Sabes si viene Amaya, por ventura?

—Hanme dicho que la hija de Ranimiro se queda allá, y lo infieren de que el rey se hospeda en el castillo de Iruña, y el príncipe, como tú dices, no trae más objeto que disponer el plan de la nueva campaña.

—Nunca haré el rey de los godos cosa más funesta para nosotros que seguir los consejos y planes de Ranimiro.

—¿Tanto vale?

—Más de lo que se piensa, joven; y te aseguro que no se teme poco.

—¡Oh! ¡Qué presa, Echeverría, qué presa se nos prepara!

—¡Presas! La hija, si viniera con él; el padre, para los cuervos.

—Eso no, porque es cristiano, y aunque no lo fuera, habría que enterrarle.

—Paso por el entierro. ¡Y que no dejaremos de darle sepultura, García, si Dios quiere!

—Si Dios quiere, dices bien. Pero queriendo nosotros lo que quiere Dios, debemos pensar en...

—En que se confiese primero. Eso sí. ¡Que muera como Dios manda!—exclamó Echeverría, que iba participando del entusiasmo y lenguaje cristiano del mancebo.—Aguarda.

Y se puso a contar por los dedos.

—Hoy hace trece días. Anteayer saldría del país de

los Verones; esta noche pasada ha dormido en Agurain; hoy, a la caída de la tarde, baja por aquí. De noche no cruzan los príncipes godos la Burunda ni con el ejército de Wamba por escolta. Tenemos tiempo. Podemos almorzar sosegadamente y volver más tarde. Llama a uno o dos de tu confianza.

García dió un grito particular, al cual contestaron otros dos gritos iguales.

—¡Hola!—exclamó Echeverría,—tienes el mismo estilo que nosotros los de la costa. Me alegro. Eso nos ha de sacar de apuros.

—¿Qué decís?

—Nada; no me distraigas.

Echeverría aparentaba tener unos cincuenta años, de rostro enjuto y curtido por la intemperie, musculatura vigorosa, brazos velludos y manos encallecidas; ancho y fornido, y de mirada perspicaz, parecía haber nacido para la vida azarosa de guerrillero, a que los campos góticos rayanos le incitaban.

Pero si estas apariencias no desdecían de tan rudo como peligroso ejercicio, su fisonomía, en cambio, denotaba gran bondad de corazón, que a más dulces ocupaciones le atraía. En aquel momento estaba pensativo.

La llegada de dos mancebos de las Amezcuas le sacó de sus imaginaciones.

—Aquí nos tenéis, García—dijeron los montañeses.

—Aquí os habéis de quedar de centinelas, observando el camino de Araquil—les contestó Echeverría.—Si veis un pelotón de godos, dais el grito de llamada, semejante al que os ha hecho subir aquí.

—Está bien.

—Ese grito será contestado por otro igual hasta

que llegue a nosotros, que vamos al próximo caserío de Echeverría.

—Ya os conocemos.

—Perfectamente. Con eso no os inquietaréis por el almuerzo y la comida, pues ya sabéis que no suelo olvidarme de los amigos. Pero escuchad con atención. Es posible que oigáis el *deyadara* o grito de alarma, en cuyo caso los que crucen delante de estas peñas serán enemigos, mas no el que buscamos. No os encargo que os echéis entonces al suelo, porque estar de pie queda desde ahora terminantemente prohibido. Pero si al divisar columna, convoy o partida oís por la parte de Aralar el *irrinzina* y el grito de triunfo, lanzadlo entonces sin perder momento, porque será señal de que se acercan Ranimiro y los godos en cuya persecución habéis salido.

—Pero ¿quién conoce a Ranimiro? ¿Quién nos dará el aviso?—preguntó García.

—Mi hijo Máximo. Ese quedará en acecho donde vea de cerca a los godos sin ser notado. A cierta distancia se colocará su hermano Fermín, y luego los que fueren menester para que el grito llegue como un eco a nuestros oídos. Y Ranimiro no puede llegar hasta la tarde; pero apostaremos nuestra gente desde ahora a todo evento apercebida. Con que ya lo habéis oído, muchachos: vista de águila y oído de jabalí, y luego, garganta...

—De montañés. Pero la garganta de la montaña...

—Necesita vino de la Ribera. Lo tendréis. Os lo traerán mis hijos con algo más para hacer boca, de paso que se corren hacia el valle de Araquil, y sitúan los escuchas donde convengan.

Dadas estas órdenes, descendieron los dos jefes al

bosque que servía como de falda a entrambas rocas, y García no tuvo que mandar que los caballos respetasen el substancioso alcacer de Echeverría, pues atados a los árboles estaban paciendo la yerba de las orillas del Larraun, cuyo nombre significa *buenos pastos*, y después de adoptar otras disposiciones como consumado capitán, subió con el huésped al caserío.

—La casa que vais a ver vale poco—dijo modestamente su dueño;— pero tiene el mérito de haberla construído yo de nueva planta. Por eso la llaman *Echeverría (la casa nueva)*, y de ella y del próximo pueblecillo de Echeverri me ha venido el nuevo nombre.

—Pues antes, ¿cómo os llamábais?
—Lupo o Lope, o lo que es igual en nuestro idioma, *Ochoa*.

—Y aquí no habéis nacido, porque vuestro acento no es el de Vasconia.

—Por mi desgracia he nacido cerca de Aitormendi; pero...

—¿No sois deudo de Amagoya?

—¡Deudo yo de esa bruja pagana que me ha desterrado de la casa de mis padres, de mi hermoso y pacífico valle!... No: soy pariente mayor de Aitor; pero ¡de esa judía!... Hablaremos más tarde, o lo mejor será que de eso no hablemos nunca.

La costumbre y ocupación del merodeo era general en la raya, que podemos llamar divisoria, entre godos y vascos. Muchos de los primitivos habitantes de las llanuras, a la sazón ocupadas por los invasores, habían emigrado en tiempos de Leovigildo a las vertientes septentrionales de los Pirineos, estableciéndose en una región llamada con este motivo Vasconia, y luego por

corrupción Gasconia, y últimamente Gascuña; pero otros, con esperanzas de recobrar lo suyo, o con menos bríos para imitar resolución tan brava, se refugiaron a los vecinos montes, como quien sólo trata de ponerse a salvo de inundación pasajera. Desde allí, con torvos ojos contemplaban sus casas y campos usurpados, descendían a impulsos de la venganza, o tal vez acosados por la necesidad, y entraban a saco sus antiguas viviendas, maltratando, por lo regular, a los intrusos moradores.

A semejanza de estos emigrados, y huyendo de Amagoya, Lope se había instalado en las Dos Hermanas.

La casa nueva tenía el sello del carácter de su dueño. La codicia y la penuria de los tiempos habían convertido al pacífico Lupo en lobo rapaz, que desde aquellos montes acechaba la ocasión oportuna de caer sobre el enemigo; mas era por naturaleza de inclinaciones cultas y suaves; guerrero por necesidad, y por índole agricultor; enemigo de los godos por instinto nacional, amigo de su progreso de propio instinto.

Lo complejo de esta condición resaltaba en el edificio. A primera vista parecía fortaleza; mirándolo mejor, granja. Constituía el cuerpo principal una gran torre cuadrada con pequeñas ventanas que podían pasar por saeteras, y sobre las pesadas almenas del adarve alzábase el tejado de pizarra con rápidas vertientes. Era el primitivo pensamiento del guerrero, cuando sólo trató de formarse una guarida; pero las exigencias y gustos del labrador fueron complicando la sencillez de aquella idea.

Desde la puerta principal, situada al Mediodía, trepaba hasta las ventanas más altas una parra, templando con sus pámpanos los rayos del sol, nunca bastante

ardiente, sin embargo, para sazonar y dulcificar los menguados y siempre verdes racimos. Pacífica banda de palomas posábase de continuo sobre las almenas y el adarve, y el hueco del puntiagudo techo servía de palomar. Al mismo tiempo los patos surcaban los remansos de la fuente que lamía los cimientos del castillo. Este se alzaba además como avergonzado entre anejos, protuberancias y dependencias, indignas del honor militar y caballerosa alcurnia; horno y cocina, cobertizos para guardar haces de hojarasca, de que había menester en abundancia para mantener el ganado durante las nieves; cuadras y corrales donde se recogían el ganado y las gallinas, las cuales durante el día lo invadían todo, hasta la planta baja del castillo, buscando con preferencia el abrigo del Mediodía y los desperdicios que abundaban en la era, delante de la fachada principal.

Cuando Lope y García llegaron al caserío, todos sus habitantes se ocupaban en sus respectivas faenas; pero la labor estaba descuidada. La curiosidad les había llevado a las peñas para conversar con los expedicionarios; pero así que vieron al amo descender de la cumbre, el temor de disgustarle les hizo volver apresuradamente y acudir a sus respectivos puestos. Era el merodeador muy amigo del orden, y a nadie permitía estar ocioso. Pero aquella mañana, aunque el ganado seguía en el corral y resonaba lastimero el impaciente balido de las ovejas que se agolpaban a la puerta para salir al campo, gritó con alegre voz:

—¡Máximo! ¡Máximo!

Y se presentó con miedo un mozallón de veintitrés años, alto y fuerte como roble secular.

—Me alegro de que no hayas salido con el ganado.

Dile al pastor Prudencio que lo lleve por el monte arriba, dejando en el corral diez o doce carneros para que tome un bocado esa gente. Al cabrero, que entregue el ható a las zagalas, y se quede aquí con un par de cabritos para nosotros. El es hombre que sabe matar bien y sacar las pieles con limpieza. Tú y tu hermano Fermín volved a la cocina, que tenemos que hablar.

Y se detuvo escuchando, primero sorprendido, y luego con paternal regocijo, este cantar que salía del establo:

Si poco trigo nos dan
los peñascos de las sierras,
siembre el godo en nuestras tierras,
que no ha de faltarnos pan.

—¡Es ella, es mi hija! ¿Pues no se me figuró al principio que había cambiado de estilo la loca de su madre? ¡Olalla?

—Allá voy, que estoy ordeñando las vacas—contestó de adentro voz femenil y de argentinos ecos.

Y momentos después apareció en el umbral una niña de quince abriles con un cuenco de leche en la mano izquierda, y sacudiéndose los rosados dedos de la derecha, mojados en blanca espuma. Daba gozo ver aquella criatura, fresca como el alba, limpia como el agua de la fuente, alegre como un mayo, suelta como una corza, y de inocentes ojos de paloma.

—Padre, no me regañéis. He sentido venir a los amezcuanos, y no he podido resistir la curiosidad.

—Bien está, muchacha—contestó Echeverría, que a falta de sonrisa en los labios, se reía con la mirada.—¿Qué hace aquí este costal de trigo?

—Para lavarlo y hacerlo al molino.

—Bien.

Y soltándole la boca, cogió Echeverría una ambueta de grano, y se lo echó a los patos y gallinas, que le segufan y le miraban, conociendo su habitual liberalidad y bizarría.

—¿Has hecho lumbre?

—De eso se cuida mi madre, que ya está en el hogar.

—Corriente: prepáranos algo que se pegue al riñón.

—¿Almuerza también ese señor?

—También — contestó García, — y si os parece, Ochoa, entraremos todos en la cocina.

Así lo hicieron. Como todas las de la montaña, estaba situada en piso llano. Era oscura, ahumada, y no recibía otra luz que la que descendía por la chimenea. Los bancos se confundían con el color de las paredes.

Al entrar García no vió a nadie, a pesar del resplandor de la llama; pero conoció al punto que había gente dentro. De un rincón salía cierto susurro monótono, como murmullo de fuente, y como arrullo de tórtolas, triste y cadencioso.

—¿Qué es esto?—preguntó el mancebo.—¿Quién reza aquí?

—¡Mi pobre madre!—contestó Olaya suspirando.

—No hagas caso—contestó Echeverría.—A duras penas logramos que se levante y varíe de postura. Pero hacerla callar, nunca. Ha perdido el juicio, gracias a...

Echeverría frunció el ceño y dió una patada en el suelo.

—Sí; pero no hace mal a nadie—repuso la niña,— y la pobre cuida de la lumbre y aun de los pucheros. A mí me descansa mucho.

Conforme los ojos del huésped se iban haciendo a la poca luz, se fué dibujando sobre el negro fondo del hogar la figura de una mujer atlética, sentada medio en cuclillas, con la barba en las rodillas apoyada, y las piernas abrazadas con las manos. Por su rostro moreno, pálido, de pómulos salientes, mas no flaco y consumido, sino de facciones regulares, caíanle mechones de pelo entrecano, abundante y recio. Los labios, contraídos por estúpida sonrisa, movíanse apenas para modular el canticio que de ellos fluía sin cesar; los ojos, negros y hermosos; pero su mirada, que había sido altanera y enérgica, era ya melancólica y distraída.

Ya la habrá reconocido el lector. Su complexión robusta, gigantea estatura y brazos arremangados, que por lo vigorosos y membrudos pudieran sujetar a un toro, nos hacen recordar a la amiga de Paula, a la noble y altiva Petronila, única depositaria del secreto de Aitor. Aunque a primera vista parecía inmóvil, observándola bien advertíase leve y acompasado movimiento en todo su cuerpo, especie de balanceo con que marcaba la cadencia del canto.

—¿Qué es lo que dice?—preguntó García a su huésped.

—Canciones de... de la condenada heredera de Aitormendi.

—¡Mentira! —exclamó la loca con voz terrible y bronca, que resonó debajo de la chimenea con zumbido de campana.

—¡Mentira! Se me olvidaba—repuso tristemente su marido.—Mentira: tienes razón; Amagoia no es la heredera de la casa paterna.

Y luego, volviéndose al mancebo, añadió murmurando:

—¿Ves esa corrección de títulos y derechos? Pues ahí tienes el origen y causa de nuestras desventuras. Bien que la raíz del mal está en otra parte: está en ese Ranimiro, que hoy ha de caer en nuestras manos. ¡Sí, hoy ha de ser nuestro! ¡Hoy ha de pagármelas todas juntas!

—¿Y quién le ha enseñado esas canciones?

—Yo no sé dónde diablos las ha aprendido, porque antes de perder el seso, de fijo no las sabía. ¡Castigo de Dios! No quería yo ni que se mentara en casa el nombre de la pagana, y Petronila con sus cantos me refriega los oídos a todas horas. Y el caso es que tan habituados estamos al murmullo, como pescador al estruendo de la mar. Cuando estoy en casa y no lo oigo, parece que me falta alguna cosa. Si cesa, al punto acudimos, porque es señal de que la pobre se ha dormido, o se siente mal. A veces la fuente se seca por breve tiempo; pero brota luego con más fuerza.

—¿Y no se mueven sus labios más que para recitar canciones?

—Con las canciones lo expresa todo, como ruiñeñor con trinos y gorjeos. Porque eso sí, las sabe de todos géneros y las acomoda fácilmente a sus afectos o caprichos. Por este lenguaje, que Olalla entiende a maravilla, y porque en ocasiones toma parte en la conversación, creo que su razón, ordinariamente extraviada, no está del todo perdida.

—Pues si alguna vez contesta acorde; si, como decís, con tanta discreción y oportunidad aplica sus cantares a los asuntos que a su lado se tratan o personas que la rodean, no está loca, o por lo menos, esperanza podéis tener de que recobre el juicio.

—Ninguna. Se necesitaría... ¡qué sé yo! Así, como

una fuerte sacudida. Pero aquí entran mis hijos. Los he llamado adrede para hablarles de la celada que preparamos a Ranimiro. Tengo curiosidad de saber qué efecto produce en la loca esta noticia.

Echeverría, en virtud de este plan, enteró en alta voz a sus dos hijos de la trama que había ideado para saber a tiempo y con seguridad cuando pasaba el tiufado.

Petronila no suspendió su cántico; pero escuchaba el relato con atención y alegría.

—¿Le conoces bien, Máximo?—preguntó el padre a su hijo mayor.—¿Conoces al incendiario de la casa de Aitor?

—Como a vos. Muchas son las veces que he llevado terneros a vender a Iruña sólo por conocer a ese monstruo, perdición de nuestra familia; y lo he conseguido, y no es fácil que se me despinte. Llevaré arco y flechas; tengo el ojo certero, y si queréis que desde la peña en que voy a ponerme en acecho le apunte a mi gusto, os ahorraré el trabajo de esperarlo.

—Máximo—exclamó la loca levantándose súbitamente como un coloso,—cuidado con que viertas una gota de la sangre de Ranimiro.

—Pero ¿por qué, madre, por qué?

—¡Porque yo te lo mando y mi amiga me lo dejó encargado!

Y después de decir estas palabras, Petronila volvió a su cántico y anterior postura.

La canción que en perdurable tono de salmodia recitaba era uno de esos romances o cuentos de muchachas emparedadas, tan comunes en la literatura popular vascongada. Recuerdo, sin duda, de la madre de Amaya, muerta entre las cuatro paredes de la torre de Aitor.

—¡Escuchad! ¡Escuchad!—exclamó Olalla.—¿No os

parece, padre mío, que llora con la voz a falta de lágrimas?

—Sí, hay más ternura en su acento. Conserva la memoria, y sobre todo el corazón, para su amiga Paula. No he visto amor igual.

—¡Madre mía! ¡Madre mía!—exclamó Olalla, besando a la loca como si fuera a darle en cada beso el juicio que le faltaba.

La loca le contestó:

—Eso es lo que ella hubiera querido oír: ¡Madre mía! ¡Madre mía!

—¿Quién?—preguntó García.

—La emparedada de Aitormendi.

—¿La que pereció abrasada por Ranimiro?

—¡Mentira!

—¿Cómo! ¿No es cierto que el godo dió fuego al caserío de Aitor?

—¡Mentira! ¡Mentira!

—¿No es cierto que Lorea murió abrasada en el incendio?

—¡Mentira también, mentira!

—¿Pues qué, vive Paula todavía?

—¡Vivir! ¿Pues estaría yo loca si viviera? ¡Muerta, muerta! ¡Pero tú vienes a vengarla!

—¡Yo! ¿Qué tengo yo que ver con esas historias? Yo vengo a sorprender y coger prisionero a Ranimiro.

—¡Y con él a su hija! ¡Tú me traerás a su hija!

—No viene con su padre.

—¡El padre no se separa nunca de su Amaya!

—Lo siento.

—No lo sientas, mancebo; ¡estoy soñando contigo hace veinte años!

—¡Conmigo!

—Sí; con aquel que la traiga a vivir para siempre entre nosotros, arrojando a los paganos que usurpan su derecho.

—Pero esa, ¿quién es?

—Explícaselo, Ochoa. Yo no puedo más. La cabeza se me quiere saltar. Díselo tú: Dios te lo manda.

Y se marchó cantando (1):

(1) Años hace que el autor de *AMAYA* tuvo la dicha de salvar la vida de una joven emparedada en las ruinas de un caserío contiguo al que habitaban sus padres. Cuando se la descubrió estaba loca, con una locura que recuerda la de Petronila. Al abrir la puerta de aquel encierro, algo parecido también al de la torre de Aitor, nada se veía; pero a los pies de las personas que iban a libertar a la infeliz, y por cierto hermosísima joven, sentíase el murmullo monótono y acompasado que se ha querido describir en estas páginas. La emparedada estaba moribunda y cantaba; se vió de repente con aire, luz y gente, y ni por un momento interrumpió su canto. Aunque su postura habitual fuese la de Petronila, la debilidad sin duda la había obligado a dejarse caer en tierra; pero con las piernas encogidas y las manos siempre cruzadas. Llevaba tantos días, tantos meses quizá en aquella situación, que su magnífica cabellera negra y tendida se había incrustado en el suelo, y fué necesario cortársela para que levantara la cabeza. A fin de conservar el cabello así cortado, como cuerpo del delito, fué preciso proceder como cuando se quiere arrancar un árbol con todas sus raíces. Pues a pesar de aquella operación y del completo cambio de vida, la pobre loca seguía cantando.

Gracias al acierto y al celo del excelente facultativo de Aramayona, la joven recobró por completo la salud, y casi casi llegamos a creer un día que había recobrado el juicio. Ya no cantaba; hilaba con primor, y se ocupaba en las demás labores propias de su sexo, pues había sido esmeradamente educada en el famoso convento de la Enseñanza de Vergara. Pero teniendo que intervenir, como era natural, los tribunales, fué necesario llevarla de Aramayona a Vitoria, y de aquí no sé si a Burgos, y sujetarla a varios reconocimientos, a diversos médicos y sistemas de curación, lo

¡Ay, señora de mi alma!
 ¡Ay, mi querida amiga!
 Bien has hecho en morirte,
 querida amiga mía (1).

—Bien lo decía yo—dijo Echeverría,—que su cerebro necesitaba gran sacudimiento, y que ninguna campanada resonaría dentro de esa cabeza como el nombre de Ranimiro. Pero las órdenes de mi mujer son para mí sagradas. Dios te lo manda, ha dicho, y la voz de los locos es la voz de la verdad. Salgamos a la pradera, desde donde podemos vigilar a la gente y oír las señales.—Escucha, Olalla: esa torta de miel y manteca ha de mantenerse al rescoldo muy suave. El fuego, igual y lento para el asado. Sigue untándolo poco a poco con manteca, y ten cuidado de que no le llegue la llama. Sebastián, cuando esté el desayuno lo sacas a la pradera; allí corre el fresco, y allí podremos hablar con libertad, García. Sígueme. ¡Ah! se me olvidaba: Olalla, dame pan de miga para los pollos.

CAPÍTULO III

Y cayó como cuerpo muerto cae.

Después de almorzar al aire libre, al margen de la fuente y a la sombra de un nogal, por entre cuyas ramas, encorvadas casi hasta el suelo, veían Echeverría

cual debía de perjudicar a su restablecimiento. Al fin murió demente en Valladolid.

(1) Imitación, casi traducción de una estrofa del antiguo canto de la *Torre de Alos*, que trae D. Juan V. Araquistain en la leyenda *Gau-illa*, de sus entusiastas *Tradiciones vascocántabras*, Tolosa, 1866.

y su huésped la cumbre de entrambas peñas gemelas, despidió el echecojaun a su hija y al zagal que les habían servido, encargándoles que llevaran pan, carne y vino a la partida, y se quedó en una de esas situaciones que tanto apetece, a saber: después de buen almuerzo, buen huésped con quien charlar y saborear despacio un buen vino.

Llenó los vasos, o para hablar con exactitud, las escudillas, hasta el borde, y colocando un jarro al alcance de la mano, mientras otro se enfriaba en el manantial, dijo, empezando a un tiempo la operación de desocupar la vasija y desahogar su pecho:

—¿Se puede saber, ante todo, qué motivo particular te induce a sorprender a Ranimiro, con ánimo, sin duda, de arrojarlo en una sima o precipitarlo de una roca (porque contigo no rezan las prohibiciones de Petronila), cuando hace diez años, por lo corto, que ese hombre está como enjaulado?

—Motivo particular, ninguno—contestó el señor de Abárzuza;—contra Ranimiro sólo tengo motivos generales, como cualquier otro vascongado. No le conozco siquiera, y ni remotamente puedo atribuirle la muerte de mi padre. Precisamente cuando esta desgracia nos ha sobrecogido reinaba todavía Witiza; por manera que ni directa ni indirectamente, ni con armas ni consejos, ha podido contribuir a la pérdida que aún lamentamos.

—Pues entonces, ¿cómo es que mi mujer ha dicho que tú eres el hombre con quien está soñando hace veinte años? ¿Que estás destinado a vengar a la primogénita de Aitor?

—No lo sé. Pero ¿quién hace caso de las palabras de una loca?

—Yo, García, yo. Y tú se lo harías igualmente si estuvieses en mi lugar. Ella habla poco, pero bien; cada palabra, una sentencia.

—Pues en ese caso, os diré la significación que en mi concepto puede tener el misterioso anuncio de Petronila. ¿Qué pensáis vos de esta guerra?

—Pienso que es un dolor que los godos no nos dejen cultivar en paz nuestros campos, vivir a nuestro modo y respetar sus cosechas al ver que nuestros hogares son respetados. ¡Oh! ¡Cuánto bueno podíamos hacer! Nada hay que enseñe tanto como la necesidad; la tierra pobre es gran maestra del cultivo. Te aseguro que si hoy tornase a empuñar la reja, que por el ejercicio de las armas abandono a mis hijos, había de dar gozo ver mis sembrados. ¡Qué bien podían sanearse aquellas laderas! ¡Qué mezcla de tierras, qué abonos, qué...!

—Sí; pero antes de pensar en sanearlas—contestó García atajándole en aquel sendero por donde se le extraviaba,—preciso será tratar de defenderlas o recuperarlas.

—Defendiéndolas estamos hace trescientos años. En cuanto a recobrar las perdidas—exclamó Echeverría con un suspiro,—es harina de otro costal. Algunas hay como playas, que, con la misma facilidad con que el mar las cubre, se quedan en seco. Yo recuerdo que Wamba avanzó como marea viva de Septiembre; y sin embargo, joven, bien tranquilos nos reposamos hoy en los terrenos anegados.

—Sí, pero la tierra llana ha quedado siempre sumergida; ¿y qué vascongado piensa hoy reconquistarla?

Ochoa, que a la sazón tenía la taza en la mano, sin

acordarse de acercarla a los labios, quedóse mirando a su huésped de hito en hito.

—Ninguno—contestó con leve sonrisa de incredulidad,—ninguno como no sean locos semejantes a Amagoia y...

—Vuestro huésped.

—¡Tú!

—Amagoia y yo somos dos locos; y con tu mujer, por lo visto, hacemos tres.

—¡Calla! Pues es posible que te haya conocido como uno de los de su jaula, y que por eso diga que hace veinte años está soñando contigo.

—Soñar es—dijo García;—porque yo hace veinte años apenas había nacido. Pues te aseguro, amigo Ochoa, que sólo he dado en pensar en estas cosas desde la muerte de mi pobre padre.

—¡Holal ¿Tienes ambición? Me alegro—le contestó el merodeador apurando la escudilla.

—¡Ambición! No seáis insensato. Cuando pienso en cosas tan altas, ¿cómo he de fijarme sino en quien está más alto que yo? Mi padre, como sabéis, era guerrero infatigable, valiente; nada avaro de su sangre y riquezas, y entendido como pocos en la montaña. El me enseñó a leer y escribir, y entre otras cosas, con el auxilio de los monjes, la lengua fina de los godos, o por mejor decir, el latín de los romanos. Pues bien, amigo Echeverría, cuando he visto que con todas estas dotes y excelencias de Jimeno, y con ser además señor de ambas Amezcuas y de la villa de Abárzuza, ha muerto de una flecha disparada por mano desconocida en un encuentro sólo memorable por esta desgracia, y sin dejar en el suelo vascón más rastro de sus proezas que el del águila cuando se cierne en el aire o cruza de

cordillera a cordillera, ni más nombre que el que yo llevo llamándome Jiménez; entonces, amigo mío, he dicho para mí: esto no debe ser, y no será.

—Será como ha sido; será, pese a ti, hasta la consumación de los siglos. García, escarmienta conmigo, y no te empeñes en otra cosa.

—¡Cómo! ¿Tanto ha desmayado el valor de los hijos de Aitor? ¿Se ha enervado, por ventura, el brazo de aquellos que desafiaron por más de un lustro al mismo Octavio? ¿No seremos capaces de imitar las hazañas de Lecóvide y de Uchin Tamayo? ¿O nos creeremos deshonorados con terminar la guerra de los godos, como ellos pusieron fin a la de los romanos?

—¿De dónde sales, García?—le preguntó el señor de Echeverría con verdadero asombro.

—Salgo de mis Amezcuas, donde he estado hace meses solo con el sepulcro de mi padre, con los ensueños de mi madre y los libros de mis monjes. Salgo de aprender nuestra historia, mirando, no sólo a los Pirineos, sino a Roma y Toledo. Salgo dispuesto a herir en la cabeza y apuntar al corazón. Por eso, cuando en Abárzuza me han dicho: el rey viene por la derecha y Ranimiro por la izquierda a concertar el plan de campaña, he resuelto dejar pasar al monarca y acometer al antiguo tiufado de Aitormendi. ¿Qué significa vuestro asombro? ¿Tanto han cambiado las cosas desde la muerte de Jimeno, señor de las Amezcuas?

—Por lo mismo que no cambian—replicó Echeverría,—deben admirarte menos mi incredulidad y pocas esperanzas. Para resistir valemos mucho, para atacar, nada. No sé si te han enseñado eso tus libros; yo lo he aprendido en el de la experiencia.

Y encogiéndose de hombros, apuró el vaso.

García le acompañó esta vez y permaneció algún rato en silencio, al parecer paladeando el vino; en realidad sin saber siquiera si había o no bebido.

El viejo guerrillero, menos distraído, empuñó el jarro para escanciar a su huésped, que maquinalmente alargó la taza.

—Habéis dado en el punto de la dificultad, Ochoa—dijo al fin el mancebo;—somos inconquistables, mas no conquistadores. El peligro nos aprieta, la confianza nos separa.

—Algo hay de eso.

—Y aun algos, amigo mío. Cuando nuestro patriarca Aitor tomó asiento en los frescos valles del Pirineo, repartió la tierra en sendos pedazos para sus siete hijos. ¿Qué importaba que morasen unos al Septentrión y otros al Sur, si todos eran hijos de un mismo padre y adoraban a un mismo Dios? Eran siete hermanos, que dieron siete familias, siete tribus confederadas. Las del Norte, sin embargo, se separaron luego de la hermandad, y el resultado fué la prolongación de la lucha con los romanos, la paz a que nos vimos forzados.

—Bien; pero los cuatro pueblos restantes, desde entonces han permanecido unidos. Como emblema de la nueva confederación alzaron nuestros padres el *Lau-buru*, y esas cuatro cabezas en forma de cruz son hoy nuestro estandarte.

—¡Cuatro cabezas!—exclamó García.—No conozco ni hombre, ni animal, ni sér viviente que tenga más de una. Sólo los monstruos que inventaron los gentiles tenían dos o siete, las que ellos querían. Cuatro cabezas son cuatro entendimientos, cuatro voluntades distintas, que si pueden unirse para determinado fin, nunca tendrán el mismo vigor eficaz, ni la misma dis-

posición de ánimo. El espíritu es como un licor cuya fragancia varía según el tonel en que se vierte. Reunid cuatro excelentes vinos en un mismo vaso, y veréis que no hay paladar que lo resista. Y si no, ¿queréis decirme, Echeverría, cómo se gobiernan hoy los vascos para hacer la guerra?

—Muy sencillamente—contestó el interpelado.—Mañana se levanta de mal humor el señor de Goñi, el de Guesálaz, o la Berrueza, porque los godos le han robado sus rebaños, o porque se le ha indigestado la cena; pues toca el cuerno de caza para congregar a sus vasallos, y los arma como puede. Cuando más, pide auxilio a los señores comarcanos, y solo, o quizá acompañado así, desciende a tierra enemiga. Tala campos, saquea granjas, dispara centenares de flechas, da cuatro tajos y reveses y recobra el ganado con usuras para cubrir los gastos de la guerra. Con esto se le aplaca la ira, se le sienta el estómago, y torna a su palacio, y agur. ¿Hogaño se secan los pastos porque ha llovido poco, o se recuestan y se pudren las mieses porque ha llovido demasiado? Reúnense unos cuantos cofrades del campo de Arriaga, y caen, la noche menos pensada, sobre la llanura, y tornan a la montaña con algún hijo de menos, como ha sucedido siete veces a Miguel, y a mí dos, o con un Jimeno de las Amezcuas tendido en parihuelas, pero con carne y lana y trigo para todo el año. Y *junac, jun* (1).

—Tienes razón—exclamó tristemente García.

—¿Pues no he de tenerla, si tú mismo nos estás dando el ejemplo? Ayer mañana te levantaste en Abárzuza pensando en tus pergaminos, en tus monjes, en tu ma-

(1) Al que se muere, lo entierran.

dre, o en los corzos y jabaltes de la sierra: en todo menos en los godos, en su rey y Ranimiro. De repente recibes aviso de que ese infame sale a ponerse al frente de los enjambres de tropas que preceden a Rodrigo, y ¿qué haces tú?

—Convocar a mis gentes, y como soy mancebo sin experiencia, sin arte en cosas de la guerra, buscar a mi amigo Teodosio, que es el mejor soldado de Vasconia, para que se ponga a la cabeza de la expedición; pero desgraciadamente...

—Como Teodosio tiene el valle y sus cinco pueblos seguros con su Gastelúzar, y sobre todo con sus montes de Sárbil, Urbasa y Andía, anda por esos valles de Dios en busca, no de enemigos de su cuerpo, sino de ciertos enemigos del alma, que el diablo y yo nos sabemos.

—Razón por la cual he venido yo. No lo disimulo, Echeverría. Todo casual, todo fortuito. Mal o bien, de buena o de mala gana—de buena, según creo, porque para pelear siempre estamos dispuestos,— si matamos o cogemos prisionero a Ranimiro, todos los euscaldunas nos ayudarán, y la guerra se habrá renovado por esta vez con gran ventaja para nosotros, y aquí entro yo, Echeverría. Estoy pensando hace tiempo, con la vista fija en Toledo más que en nuestras sierras, que nunca, en mejor coyuntura, podemos principiar de nuevo nuestra campaña. El imperio gótico se está desmoronando: esa abundancia de gentes, esos millares de hombres que aquí vienen, les estorban y le ahogan. Dos capitanes hay que sepan manejarlos: Ranimiro y Pelayo. Del primero he tenido que encargarme yo; del segundo nos salvará él mismo.

—¿Quién?

—Pelayo, que no quiere, y con muchísima razón, hacernos la guerra. Pues bien; ahora que no pueden, que no deben y que no saben los godos combatirnos, suspiraba yo por una imprudencia, por uno de esos días de mal humor, por una cena indigesta que nos obligase a todos a tomar las armas. Y por eso, cuando ayer tarde vino a verme cierto amigo y me dijo: El rey y Ranimiro van a pasar, exclamé: Que vaya el rey dondequiera; pero Ranimiro no pasará. Y aquí tenéis, amigo Lope, lo casual y lo previsto en esta visita; es decir, lo que hay de Dios en ella, porque lo bueno previsto es inspiración, y lo imprevisto, Providencia.

—Pero ¡cuánto sabes, muchacho!—exclamó el guerrillero.

—Sólo sé que para moverme necesito de Teodosio de Goñi, de vos, de cualquiera que en achaque de lides sepa más que yo. Sólo sé, buen Ochoa, que si hemos de volver a recobrar nuestras pingües campiñas de la Ribera, si hemos de vivir en paz algún día, vos y yo, y todos los señores y súbditos vascos, necesitamos una sola cabeza, no cuatro, llámase duque, señor o rey, que el nombre es lo de menos.

García fué bruscamente interrumpido por una tremenda puñada que la robusta mano del capitán labriego descargó sobre la mesilla baja de pino, haciendo saltar el jarro y echando a rodar las escudillas sobre la yerba del arroyo.

—¡Diantres!—exclamó;—no había caído en ello. ¡Un caudillo, un rey para todas las tribus! No hay más que juntarnos y nombrarlo.

—¿A quién?

—A ti.

—¡A mí! Buen Lope, te retiro la patente de sabio

que acabo de concederte; no sirvo para el paso. Ni soy conocido de nadie, ni tengo edad de manejar cuatro soldados.

—Pero tienes cosas que no se me ocurren a mí, ni a ninguno de nuestra tierra, y eso es lo que vale.

—No hay que pensar en ello; no tenemos tiempo que perder—repuso García con un tono que no admitía réplica.—Me he fijado en el de Goñi, y él será.

—Hombre, tú por joven no quieres, y ese por demasiado viejo no puede. ¡Mira que lleva a cuestras más de noventa Navidades!

—No me refería al padre, sino al hijo.

—¿A Teodosio?

—Todos los demás los ha perdido en la guerra.

—Y ese que le queda le perderá a él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Miguel de Goñi no es padre, sino padrastro con todos sus hijos, y muy singularmente con Teodosio, que hace ahí lo que quiere, y entra y sale como se le antoja. El las pagará.

—Pero Miguel puede ser padre débil, y Teodosio duque o rey fuerte y poderoso.

—¡Calle! Pues ahora me haces caer en la cuenta de que esas coronas y ducados no han salido de tu costal, sino del zurrón que lleva a la espalda Teodosio de Goñi.

—Te aseguro que no.

—Pues yo, como viejo malicioso, lo hubiera jurado, y por lo visto muy malamente, porque te creo. Pero es rara casualidad—añadió Echeverría, bebiendo del nuevo jarro que sacó de la fuente, y con los ojuelos encandilados ya con tantos saboreos y libaciones;— rara casualidad que tú hayas pensado en tronos para Teo-

dosio, mientras él está dando los pasos necesarios, indispensables, para subir y sentarse.

—¡Teodosio!

—Teodosio. Pero en vano, porque no le hago la injuria de creer que por ser rey de los Pirineos ha de renegar de nuestro Señor Jesucristo.

—¿Qué estás diciendo, Echeverría, si lo primero que se necesita aquí para reinar, es reinar en nombre de Jesucristo?

—Pues por eso nunca será Teodosio marido de mi sobrina, la hija de Aitor; y ni Lartaun, ni Amagoia, consentirán en que la chica se case con ningún cristiano.

—¿Qué historias son esas?—preguntó el señor de Abárzuza.

—Las que mi mujer me ha mandado contarte, y que el almuerzo, la presencia de Olalla y nuestras dulces pláticas han aplazado.

—Sí, y el vino de Mendigorria, más dulce que las pláticas. Os ruego que no bebáis más si habéis de cumplir el encargo de Petronila.

—Al contrario, tengo que hablar mucho, y necesidad, por consiguiente, de remojar la palabra. Pierde cuidado; conservo siempre firme la cabeza, y en cambio he menester así de cierto aceite o bálsamo para que no se me atraganten algunas especies.

—Os lo advierto, además, porque luego hay que pelear, y...

—Pues, hombre, precisamente para pelear se necesita llevar el corazón fortalecido con el buen mosto. Ya irás aprendiendo el oficio.

Y como para darle una lección, aunque no nueva, se echó un trago. Luego prosiguió:

—Has de saber, joven inexperto, que yo, por mi desgracia, soy, no sólo de la tribu, sino casi del valle de Amagoya. Era ella, como lo es y como lo ha sido siempre, loca, furiosa a veces, y a veces simple y mentecata; y yo, mal que me esté el decirlo, de mozo y casado, hombre de seso, y no podíamos congeniar. Yo vivía feliz en mi tierra. Suelo pobre, mas no ingrato. Si yo le trataba con cariño, él me pagaba con bizarría. Si en los prados no probaba bien una yerba, traía simiente de otra, aunque fuese menester procurármela en tierra de godos. Lo mismo sucedía con los aperos. Nosotros hemos sido siempre más ganaderos que agricultores, y teníamos necesidad de aprender el oficio. ¿Y de quién se ha de aprender una cosa sino de quien mejor la sepa? Tú, por ejemplo, sabes latín, sabes hebreo y qué sé yo cuántas cosas; pero no sabes disponer una batalla, y vienes a aprenderlo de mí. Haces perfectamente; y cuando a mí me dé por aprender a leer y escribir, y ese romano fino de los libros, acudiré a ti sin empacho. Porque yo no lo tengo, ni en confesar mi ignorancia, ni en beber delante del sol dorado.

—Como por ejemplo—le dijo García, viéndole con la taza en la mano.

—Mira, no me lo recuerdes, porque es peor—le contestó Echeverría; para quien, sin ser hegeliano, lo peor y lo mejor iban siendo una misma cosa.—Pues como iba diciendo, traía yo a casa un instrumento de labranza usado por los extraños, y quizá lo mejoraba al acomodarlo a nuestro suelo; me gustaba y me gusta vivir con holgura y disfrutar buenamente de lo que tengo; beberé mientras pueda vino hecho como Dios manda, vino de cepa, y esté segura Amagoya de que no robaré a los godos su antigua costumbre de beber

cerveza de trigo; pero tampoco gastaré mucho tiempo en hacer, como los vascos, ese maldito *sagardúa*, bueno sólo para refresco. Pues bien, huésped hermano: todas estas inclinaciones formaron mi proceso ante el tribunal de la bruja de Aitor, que me condenó, como corruptor de las rancias costumbres de nuestros padres, como traidor. ¡A mí, a mí que hiero a los godos avarientos donde más les duele, que es la hacienda! ¡A mí, terror de los que viven en los llanos, y a quienes doy, es verdad, excelentes consejos para que cultiven bien, a fin de que luego me paguen más a gusto el tributo que en la cosecha les exija! En fin, se acabó de remachar el clavo cuando supo que yo era cristiano, y que mi mujer, la hermana de Lartaun, su cuñada...

—¿La loca?

—La loca, que (rematada y todo como está, tiene más juicio ahora, y tuvo muchísimo más entonces que Amagoya) se había bautizado para casarse conmigo.

Echeverría bajó de repente la cabeza, y guardó silencio con aire melancólico.

—¿Qué tenéis, Ochoa?—le preguntó el mancebo, que tenía los efectos del vino.

—¿A que no sabes en qué estaba pensando, amigo hacedor de reyes? En una de nuestras más antiguas canciones, en que se dice, hablando de los romanos enemigos:

No importa que el cuerpo ciñan
con mallas de hierro duro;
más ágiles y más sueltos
vamos nosotros desnudos.

Desnudos, esto es, con sayo de lana y en cabellos, sin nada en la cabeza... ¡Ah! Pensaba, a propósito de

las cosas de Amagoya, que si mi hijo Antonio y tu padre Jimeno hubiesen tomado la malla de los godos y el casco de los romanos, tal vez a estas horas se sentarían en este yerbín y beberían sendos tragos como nosotros... No, señor; lo bueno, de dondequiera; lo bueno no tiene más patria que el cielo, que es de todos. Los romanos tomaron la *ezpata* de nosotros. ¿Por qué no habíamos de adoptar nosotros coraza y capacete de los romanos?

—Bien--exclamó García, impaciente ya y temeroso de que Echeverría quedase perdido y abismado en su prolija narración;—todo eso me explica la inquina de Amagoya; pero ¿qué tiene que ver con Teodosio y Ranimiro?

—Más de lo que se te figura. Dime, muñeco por la edad, si no por la estatura, que es prima hermana de la de mi mujer, dime, ¿has oído hablar de la profecía de Aitor?

—Algo.

—Pues necesitas saberla a fondo más que el latín y el griego, que tengo yo para mí que sólo a monjes y obispos les hace falta, y tú no tienes esos ojillos traviosos para perder la vista descifrando el griego de los judíos. Pues has de saber, mocito, que esa Amagoya tenía una hermana mayor.

—Sí, Lorea. ¿Y qué? Despáchate.

—Lorea, por hacerse cristiana, huyó a tierra de godos y se casó con... con... ¿Lo diré?

—¿Con quién?

—¡Con Ranimiro! ¡Con el godo Ranimiro! ¡Buen pago le dió!

—¿Sabes lo que te dices? ¡Lorea, la hija de Aitor, casada con Ranimiro!...

—Sé perfectamente lo que me digo; y mira tú si

para recordarlo y repetirlo se necesita confortar el pecho con estos sorbos.

—No, no estás en ti, buen viejo; no sabes lo que te dices. Porque Ranimiro incendió el caserío de Aitor, por más que la loca diga lo contrario, y en sus llamas pereció abrasada Lorea, la hija mayor, en cuyo caso, Ranimiro sería no sólo incendiario, sino parricida, asesino de su esposa...

—¡Asesino de su esposa, de su inocente y hermosísima esposa!...

—Y a lo que dicen también de su propia hija. ¡Imposible, Echeverría, imposible! ¡Aun cuando se trate de godos, y de godos como Ranimiro, digo y repito que es imposible!

—Pues bien, García; diciendo y repitiendo ¡es imposible! es como mi pobre mujer, la fiel amiga de Paula, se ha vuelto loca.

—Pero ¿es cierto? ¿Estoy soñando, por ventura? ¿Estás tú borracho de odio o de vino?

—Estoy en mi juicio, y la prueba es lo que te voy a decir: Una parte grande, muy grande, de lo que entonces se contó, era cierta: Ranimiro incendió el caserío, y dentro de él, entre los escombros del incendio, se halló el cuerpo de su santa mujer, de Paula; pero, según la loca, su hija se salvó, su hija vive...

—¡Cómo! ¿Y esa hija de Ranimiro, esa Amaya goda, lleva la sangre de Aitor?...

—La lleva, sí; y es, según las profecías, nuestra verdadera Amaya, la heredera, lo cual saben pocos, muy pocos en este mundo, y desde ahora, y por voluntad expresa de mi mujer, eres tú uno de ellos. Mira si estoy borracho. Mira si Petronila puede soñar con quien le traiga aquí a la hija de su amiga.

—Cuéntame, cuéntame, Ochoa, eso de las profecías—exclamó el joven de las Amezcuas con un acento de interés, con un sobresaliente de ansiedad, que hasta la sazón no había manifestado.

—Te lo diré; pero déjame beber tranquilo.

—Bebe cuanto quieras, pero acaba presto.

—Pues has de saber, amigo mío, que esa pagana, la noche en que perdió el caserío de su padre, que no era suyo, sino de la desdichada Paula, perdió también el marido, que más que de vasco tenía trazas de judío. Quedóle a Amagoia una hermana llamada Usua, casada con mi cuñado Lartaun, del cual tuvo esa hija que es nuestra sobrina, conocida entre nosotros con el nombre de *hija de Aitor*. Esparciéronse sobre esa niña rumores misteriosos de que quiero hacerte gracia, porque más que historias parecían cuentos de viejas, buenos sólo para narrados en invierno mientras hilan las mujeres y nosotros asamos castañas en el hogar.

—No, no, cuéntalo todo. No me hagas ahora gracia ninguna. Dime cuanto sepas acerca de esos rumores que llamas tú misteriosos.

—Bien está. Reducido el caserío de Aitor a cenizas, Amagoia quiso reedificarlo, y como el empeño no era solamente suyo, sino de la tierra vascongada, se hizo como por ensalmo. Entonces fué cuando bajo los escombros de la torre se descubrió el cadáver de Paula, y fué entonces también cuando Amagoia dió en perseguir a mi mujer acusándola de espía de los godos, de amiga y cómplice de Ranimiro en los horrendos crímenes que se le achacan. ¡Qué había de hacer mi pobre Petronila, sino perder su cabeza, y más que hubiera tenido, aunque fuesen tantas como el Lauburu! Tuvimos que salir de allá; tuvimos que venir acá huyendo de

Amagoya, odiándola de muerte y aborreciendo y detestando aún más a ese Ranimiro, que, faltando a su palabra, a su honor de caballero y de príncipe, y a lo que se debía a sí propio como marido de Paula y favorecido un tiempo por Petronila, emborrachado de sangre y de venganza, se hundió en el abismo de la maldad y la infamia.

—Pero esos rumores...

—Pues has de saber que una de esas eternas noches de invierno, hallándose Amagoya sola y dormitando en el hogar del restaurado caserío, de pronto, en el escaño de roble que yacía enfrente, vió sentado a un anciano de barba y cabellos blancos como el ampo de la nieve. Su fisonomía era cándida; la mirada, bajo las nevadas cejas; dulce y cariñosa; el continente, hermoso, grave y venerable. Vestía paños blancos festoneados de figuras celestes, a semejanza de los antiguos adivinos...

—¿Era Aitor?

—Así al menos se lo figuró Amagoya, que por mi cuenta, como el ciego del refrán, soñaba lo que quería.

—¿Y qué pasó?

—Aitor, o quienquiera que fuese—prosiguió el escéptico narrador,—parece que la reprendió con bondadosa verdad por su tristeza, y le dijo que su sangre no se sehabía extinguido, y que aún vivía una hija de Aitor; y que aquel a quien esa niña diese su mano, sería el caudillo de los vascos, el llamado a recuperar el territorio usurpado por los enemigos, y a disponer para este objeto de los inmensos tesoros que de generación en generación se habían conservado. Y diciendo estas palabras se alejó el anciano de la luenga barba, dejan-

do en pos suavísima fragancia. Y cuenta Amagoya que el mastín de su rebaño, tendido a la sazón en el hogar, fué lamiendo las huellas de la sombra, y meneando la cola con alegres ladridos.

—¡Oh! Si eso es cierto—exclamó el mancebo,—no hay duda: Dios permitió la aparición de Aitor. ¿Y luego?

—El cuento se extendió con maravillosa rapidez por toda la escualerria; creció nuestra sobrina, hízose moza la hija de Lartaun, a la cual, como puedes suponer, no le han faltado ni han de faltarle pretendientes...

—Y uno de ellos, según antes habéis dicho, ¿es Teodosio de Goñi?

—¿Te lo he dicho antes? No me acuerdo. Pues bien, sí; debe ser cierto. Por aquí pasa y repasa con frecuencia. Es el camino de Aitorechea, o por decirlo claro, el de Aitormendi, y caserío de mi sobrina Amaya de Butron. A veces entra en Echeverría y toma un bocado y procura sonsacar a la loca algo de lo del tesoro y la historia de Paula; pero si él es reservado y cazurro, a cantar mucho y hablar poco nadie le gana a mi mujer. Y gracias que Petronila no barrunta que por los amoríos de su sobrina trata de congraciarse con Amagoya, porque entonces sería capaz de cogerle por la garganta y retorcerle el pescuezo lo mismo que a un pollo. ¡Pero ca, tiempo perdido!

—¿Cuál?

—El que emplee Teodosio y cualquier cristiano en conquistar a Amaya. Mi sobrina no se casará sino con quien Lartaun y Amagoya quieran, y este par de gentiles no han de entregarla sino a un pagano de su estofa.

—¿Y crees tú, buen Ochoa, que quien no sea cristiano puede ser nuestro rey?

—¡Jamás!

—Dices bien, ¡jamás! Pero en ese caso, ¿dónde se queda la profecía de Aitor?

—¿Dónde? Pregúntaselo a Petronila; dile que una pagana protegida por esa bruja de Aitormendi puede llegar a ser reina y señora nuestra, y te contestará: ¡Mentira! Y añadirá: ¡La hija de Paula es la verdadera hija de Aitor!

—¡La hija de Ranimirol

—Que es godo, pero cristiano.

—¿Eso dice Petronila?

—Eso; y añade: una pagana no será nunca heredera de los tesoros de Aitor.

—¿Y tu mujer es depositaria de esos secretos?

—¿Ahora te desayunas?

—Bebamos, amigo Ochoa, bebamos; porque llevamos charlando mucho rato.

—Nunca te he visto más puesto en razón—contestó Echeverría, rellenando las tazas antes de beber.

Pero en el punto de concluir la operación, quedóse suspenso con el jarro en la mano.

—¿Oyes?

—Si—contestó García,—el *deihadara*. Pasa tropa enemiga; pero no la que esperamos.

—Aguarda.

Y lanzó Lope un grito igual al que acababa de resonar detrás de las peñas.

—Es fácil que Ranimiro venga cerca, y que para mayor seguridad haya echado éstos por delante—observó el mancebo.

—Cierto; pero de algún tiempo acá vienen todos descuidados. Son muchos, no tienen miedo.

—¿Conque tu mujer es única depositaria de ese secreto?

—Única.

—Pero como tu mujer está loca...

—El secreto está perdido, como Dios no haga un milagro.

—Sólo Dios, en efecto...

—¡Y Amaya!—exclamó Lope.

—¿Amaya lo sabe?

—¿Amaya la pagana? No.

—¿Cuál Amaya, la goda? ¿La hija de Ranimiro?

—Tampoco. Esa hija de Aitor, única a quien correspondía saberlo, según mi mujer, es quien menos se cuida de averiguarlo. Ni ella, ni su padre. Esa es una de las cosas que más han herido la fantasía de la pobre loca: el desinterés, el desprendimiento de Ranimiro.

—Ignorarán que existe ese secreto, y que pueden tener algún derecho, siquiera soñado, a las riquezas de...

—Lo saben perfectamente. Paula dió conocimiento de todo a su marido.

—¿Y Ranimiro después no ha tratado de averiguar el secreto a título de padre de Amaya?

—Nunca. Lo ha mirado con absoluto desprecio, lo cual contrasta con las diligencias de Amagoya, que han acabado de trastornar el seso a mi pobre mujer.

—Sí; por lo que veo, Ranimiro ha visto con indiferencia la pérdida de esos tesoros, cuando podía reclamarlos como suyos; pero no cuando, como él, estaban interesados los demás deudos. Tiene corazón, Ochoa. Pues bien, ese hombre no es tal como nosotros le apellidamos; ese hombre no ha dado muerte a su esposa ni ha incendiado la casa solar de su Lorea; Petronila dice bien.

—Tienes razón, ¡es imposible! Pero es un hecho.

—¿Pero no dices tú que el secreto de Aitor lo guarda Amaya? ¿Qué Amaya es esa? ¿Cuántas Amayas hay?

—Esa es otra cosa que he dicho, que se me ha escapado, pero que nada tiene que ver con lo que estamos hablando. Esa Amaya es la cruz.

—Pero ¿cómo la cruz guarda ese secreto?

—¡Porque el secreto está en la cruz!

—¿Y qué cruz es esa? ¿Dónde está esa cruz? ¿Quién la tiene?

En aquel momento resonó otro grito, el grito de triunfo, el grito deseado. ¡*¡Iaó, iaó, iaó!*

—¡Ranimiro!—exclamó Echeverría.

Y para apurar el vino que quedaba, se llevó el jarro a los labios y se fué a levantar; pero cayó al suelo y se quedó tendido al margen del manantial.

García le dirigió una mirada de lástima y se lanzó a la carrera gritando:

—¡*Ia, ia, ia, o, o, o!*

Los suyos le estaban esperando a caballo.

En la cima de la roca se veía una mujer en cuclillas que oscilaba como un barco en la bahía llevando el compás de una canción guerrera.

CAPITULO IV

**Que trata de batallas desconocidas y de motines
harto vulgares.**

Rápido como el relámpago subió García a la roca más accesible, y asomándose con precaución, tendió la vista por el valle de Araquil, hacia la Burunda, dividiendo a cierta distancia, todavía, pelotón de gente a pie y a caballo.

La loca, mal sentada cual de costumbre, y haciendo balances al borde mismo del precipicio con impavidez que helaba de espanto, terminaba en aquel momento la canción de Lecóvide y Uchin Tamayo, guerrera, como las circunstancias lo exigían; pero de ardor y patriotismo habituales, y por decirlo así, regulares y ordinarios.

Los centinelas amezcuanos, tendidos en tierra y algo más apartados del derrumbadero, la contemplaban con tranquilidad y respeto. Estremeciéronse, sin embargo, cuando de pronto la vieron alzarse y ponerse en pie sobre el abismo con el abandono y ligereza que pudiera tener en el hogar de su casa, pero con súbita exaltación de espíritu, expresión extraña y peregrina en aquel hasta entonces impasible rostro de máscara trágica. Este cambio, que acrecentaba el temor de una catástrofe, era debido a la presencia del joven caudillo, cuyos movimientos enérgicos, dominio de sí propio, mirada de águila y rostro iluminado con la luz del genio, la hicieron presentir instintivamente el héroe que los vascos a la sazón necesitaban.

—¡Ellos son! ¡Los godos!—gritó García.—¡A ellos!

Y descendió con los centinelas amezcuanos.

Al oír estas voces: «¡los godos! ¡a ellos!», Petronila se sintió conmovida en lo más hondo de sus entrañas. Si hubiera tenido juicio, diríamos que se había vuelto loca; tratándose de una loca, tenemos que expresarnos indicando la sospecha de que su demencia tomaba nueva faz, convirtiéndose en delirio de amor patrio, en la embriaguez de los combates; y que en semejante estado, confundiendo especies que había recogido al vuelo, paso de columnas, venida del rey, inminencia de la batalla, veía juntos a Rodrigo y Ranimiro, a los godos

del Arga y los de la Barranta; los vascos en el peñón, los enemigos avanzando al frente y resonando en torno gritos entrecortados de «¡a ellos! ¡a ellos!» como estallidos de leña arrojada al horno de una guerra santa, en que el triunfador que sobrevive alcanza lauros, y palmas inmarcesibles el mártir que sucumbe.

Los nombres de Paula, Amaya y Amagoia se habían borrado ya de su fantasía; en ella campeaban sólo godos y vascos, la raza invasora y la raza independiente. Para Petronila ya no había recuerdos, ternura ni amistades: no había más que suyos y extraños, victoria o muerte.

Echóse atrás con ambas manos el cabello que le caía por la frente, y viendo acercarse al enemigo, tornó a su postura y balanceo de siempre; pero cantando, como si quisiese ser oída, con toda la fuerza de su poderoso acento:

Se alza un grito allá en el fondo
de la sierra vascongada,
y el amo acude a la puerta,
y escucha, y dice:—¿Quién llama?

El perro que a sus pies duerme
se despierta y se levanta,
y sus ladridos resuenan
en torno rocas cercanas.

Retumba sordo rumor
del Burunda en la garganta,
y por izquierda y derecha
rompe los ecos y avanza.

Es el lejano murmullo
de la hueste toledana,
que en apretadas falanges
serpea por la Barranta.

De la cumbre de los montes

los nuestros gritan:—¡Al armal
Y suena el cuerno de guerra,
y el amo aguza la *ezpata*.

¡Ya vienen! ¡Ya vienen! Mira:
¡parece un bosque de lanzas!
¡Cómo al pie de cien banderas
relampaguean sus armas!

¿Cuántos son?—Cuéntalos bien,
muchacho.—Allá voy... aguarda;
uno, dos, tres, cuatro... veinte...
Tres docenas van pasadas...

Cincuenta... ciento... ¡Imposible!
¡Centenares, millaradas!
Y otra más... Perder el tiempo
fuera empeñarse en contarlas.

Todos a una arranquemos
peñascos de la montaña,
y de la cumbre lanzados
al hondo rodando caigan.

Y aplastemos a los godos;
ni uno quede de su raza.
¿Por qué los hijos del Norte
han de invadir nuestra casa?

¿Qué tienen que hacer aquí?
¿Por qué turban nuestra calma?
Dios hizo la sierra, y quiso
que el hombre la respetara.

Ruedan peñas al barranco,
la hueste enemiga aplastan,
la sangre corre y la carne
palpita despedazada.

¡Qué de huesos triturados!
¡Qué de miembros! ¡Qué de entrañas!
¡Huid, huid: el valor
sólo es cebo a la matanza!

Huye, ¡oh rey de plumas negras

y de capa colorada!
 ¡Quien fuerzas tenga y caballo
 huya y torne a tierra llana!

Ya se van.—Y ahora, ¡oh vascos,
 todos presto a la hondonada!

¡Flechas contra el fugitivo!

¡Ni uno del barranco salga!

¡Ya huyen! ¿Dónde la hueste?

¿Dónde está el bosque de lanzas?

¿Dónde las ricas banderas

a los vientos desplegadas?

Teñidas en sangre y lodo
 ya no deslumbran sus armas.

—Muchacho, cuéntalos bien:

¿cuántos son?—¡Espera, calla!

Veinte, diecinueve... quince...

doce... diez; de seis no pasan...

cinco, cuatro, tres, dos, uno.

Ni uno sólo a ver se alcanza.

¡Todo se acabó!—Ya puedes
 volver con tu perro a casa,

y dar un beso a tus hijos

y a tu mujer, que te aguardan.

Limpiar dardos y bocina,

tender encima la cama,

y acostarte sin cuidado

y dormir sobre tu espada.

A cebarse en carne goda

vendrán de noche las águilas,

y blancos siempre los huesos

quedarán de la batalla (1).

(1) Creo que se me perdonará fácilmente el anacronismo de poner en boca de Petronila esta rapsodia del canto de Roldán, más de medio siglo antes de la rota de Roncesvalles; pero he creído que semejante canción, acerca de

¿Qué había pasado durante este canto, que no hemos querido interrumpir, y que la solemnidad del espectáculo que lo inspiraba, y las mismas exigencias de la improvisación, prolongaron más tiempo del que podía costar en otras circunstancias?

Algo, muy poco, de lo que Petronila se figuraba ver; pero muchas y muy graves cosas, que tuvieron la importancia de trascendentales acontecimientos para nuestra historia.

Enardecido más y más García con las primeras estrofas del canto, cuyos ecos llegaban a sus oídos al pie de la roca gemela, inspirado por desconocida fuerza interior, dispone en un momento el ataque con firmeza y acierto sorprendentes en su inexperiencia, superiores a sus pocos años. Unos cuantos jinetes se adelantan hacia la parte de Pamplona, y se emboscan para salir de improviso y detener a los que intenten escaparse; sitúa el resto de la caballería detrás de un repecho y coloca a los infantes a la falda de las peñas, ocultos en la maleza, con orden de correrse atrás y envolver y cortar la retirada al enemigo así que acabe de entrar en el sitio escogido para el combate.

Por primera salutación van a tener los godos súbita y nutrida descarga de dardos, flechas y guijarros, que momentáneamente al menos ha de introducir en el

cuya antigüedad no es esta ocasión de discurrir, debía entrar de una manera u otra en un libro de la índole de *AMAYA*, centón de tradiciones éuskaras.

Harto más difícil de perdonar es el atrevimiento de haber puesto en verso tan precioso poemita, cosa que nadie ha intentado, que yo sepa. Sírvame de disculpa que el romance de Petronila resulta una imitación, no traducción literal, del *Altobiscareu cantua*.

convoy perturbación y desorden, aprovechando los cuales saldrá la caballería a completarlos.

Máximo, el hijo de Echeverría, acababa de volver al campamento después de haber dado oportuno aviso de la llegada de Ranimiro.

—¿Los has visto?—le preguntó el joven caudillo.

—Sí; Ranimiro viene con peto de escamas, plumas negras y capa roja.

—¿Son muchos?

—Bastantes; pero la mayor parte sólo servirán de estorbo. Siervos y siervas.

—¡Siervas!—exclamó García.—Entonces tiene razón tu madre: vendrá también la hija del conde.

—¡El padre y la hija! ¡Buena presa!

—Máximo, quédate al frente de los arqueros y honderos; yo mandaré la caballería. Pero mirad bien dónde apuntáis; sólo al convoy. Es honor nuestro que no caiga herida mujer alguna. Cuidado con la descarga.

—Toda advertencia es inútil; ya los tenemos encima.

—Pues bien, adelante, y no disparar hasta que los godos lleguen a tiro.

Máximo se sonrió, y se quedó murmurando:

—¡Oh! ¡Lo que es esta vez, como a tiro se ponga ese que ha vuelto loca a mi madre!... No se me escapará. ¡Gran día para los vascos! ¡Grande, sobre todo, para nuestra familia!

Un instante después, desde el bosque de Echeverri se distinguía a los bucelarios de la escolta; a los siervos, armados también; a las siervas, montadas en acémilas del equipaje, y, con harta satisfacción de García, formando un grupo aparte. Amaya era la única que, por no separarse de su padre, venía entre los guerreros. El prócer y su hija parecían tranquilos. Llevaban delante,

a corta distancia, más de mil hombres, y acababan de salir sin el menor tropiezo del peligroso barranco de la Burunda.

—¿Qué distancia nos separa ya de Pamplona?—preguntó Amaya a su padre.

—De tres a cuatro leguas. Llegaremos antes de ponerse el sol. A Dios gracias, hemos salido con toda felicidad del único sitio en que los enemigos podían habernos molestado. De aquí en adelante el terreno es más abierto y despejado, y lleno de aldeas y caseríos, que los godos hemos poseído siempre. Fuera de alguno que otro merodeador, como Echeverría, que sólo asalta a los caminantes, ningún caudillo vascón se atreve a presentarse aquí en batalla.

En aquel momento sintióse tremendo estrépito de cornetas de asta, alaridos salvajes y silbidos de flechas y dardos que cruzaron el aire. Una de las saetas dió a Ranimiro en el corazón, pero no traspasó la coraza; otra se quedó clavada en la blanca túnica de Amaya, sin que nada indicase que la dama estuviese herida. Con la rapidez del pensamiento, volvióse Ranimiro hacia su hija, diciéndole:

—Sálvate tú: tienes caballo de bríos; corre al encuentro del milenario, que va delante.

—Nada sin vos —contestó la dama.

Y arrebatando una cateya al siervo que estaba más próximo, la blandió con denuedo, gritando con fuertes y enérgicos acentos:

—¡A ellos, mis godos! ¡A salvar a mi padre!

¡Qué anomalías tiene la verdad! ¡Qué irrisiones aparentes de la consecuencia vulgar presentan a veces los caracteres humanos y la sencilla historia de los hechos! Petronila, que vivía al parecer para salvar a Ra-

nimiro, cuando llega el trance excita frenéticamente a los vascos contra su protegido, y Amaya, vascongada de corazón, dulce y sencilla como una tórtola, conviértese en Belona para ponerse al frente de los godos en el combate.

Pero, con juicio o sin él, Petronila era ante todo vascongada, y Amaya, buena hija, a nadie, después de Dios, amaba en el mundo más que a su padre. El imperio de un instante decide a veces de toda nuestra vida.

Sin replicar a su hija, sin decirle una palabra, porque no había momento que perder, sacudió Ranimiro fuerte latigazo al caballo de Amaya, el cual, encabritándose, dió un salto y se lanzó luego por la calzada adelante, sin que la dama, a pesar de montar admirablemente, a fuer de goda, pudiese contenerlo.

Era cuanto Ranimiro apetecía por el pronto. Creía a su hija en salvo. La hacanea debía de alcanzar en breve a la columna, que sólo les llevaba media legua de ventaja. No era de temer que ningún vascongado pusiera el menor obstáculo a la fuga de una dama, de una joven, sola y sin amparo. Incorporada ésta a la tiufadía, quedaba libre de todo riesgo.

Mas de repente, y después de repetidas descargas de piedras y flechas dirigidas por Máximo contra el incendiario de Aitormendi, precipítanse *guecía* y *ezpata* en mano los vascos sobre los godos, aún no repuestos de la perturbación primera, y Ranimiro se encuentra frente a frente de García, que vino contra él enarbolando su pica.

—Ríndete—le dijo el vasco;—toda resistencia es inútil.

—Morir primero—le contestó el prócer, arremetien-

do a García con la destreza de veterano y el valor de que su corazón era capaz y su desesperada situación requería.

Pero el corazón del caudillo navarro no cedía en nada al de su enemigo, y el vigor, agilidad y fuerza suplían por las ventajas que en experiencia y serenidad, por ventura, Ranimiro le llevaba.

Empeñáronse de recio en duelo a muerte, y no sabemos cómo habría terminado si acontecimientos imprevistos no lo hubiese interrumpido. Los jinetes ocultos en el bosquecillo que se extendía delante del camino, salieron, según las órdenes del capitán, a cortar y envolver a los godos, y aparecieron precisamente dando gritos desaforados y haciendo resonar las discordes y horribles bocinas de asta, al tiempo mismo que llegaba el caballo casi desbocado de Amaya, el cual, nuevamente asustado del estrépito y ademanes semisalvajes de los vascos, se vuelve atrás, y se lanza por la opuesta vía de Araquil y la Burunda.

—¡Mi hija! ¡Mi hija!—exclamó Ranimiro al verla retroceder y cruzar sin velo ya, sin la cateya, con entrambas manos en la brida; pero firme como estatua ecuestre en aquel caballo ciego del todo y bañado en sudor, que en los saltos y gallardía semejaba ciervo perseguido.

—¡Salvémosla!—le contestó García, bajando al suelo la punta de la *gucia*.

Y alzando la voz, gritó a los suyos:

—¡Detenedla, detenedla!

Y los dos enemigos acudieron a salvar a la dama como dos hermanos.

Era ya tarde; cubriendo la retirada estaban los peones de las hondas y las flechas, mandados por Máximo, y el caballo desbocado, pero huyendo de los vascos,

que le aterraban con sus trajes negros, descomunales gritos y movimientos, tomó como única salida la rampa de la peña en que había quedado la loca sola, asomada al portillo de las Dos Hermanas, precipicio de quinientos o seiscientos pies de altura, y por donde fatal, indefectiblemente, tenía que arrojar, ciega y ya sin instintos la hacanea. Petronila, más animosa que nunca por el estruendo del combate y el triunfo de los suyos, seguía cantando frenética, sin ver nada cerca de sí. Sólo en el hondo del valle percibía confusamente el encuentro y voces de los combatientes, y su extrañada fantasía le presentaba como clarísima verdad lo que su canto, medio rapsodia, medio improvisación, tan gallardamente celebraba.

La canción la absorbía por completo restos de juicio, de memoria y de sentidos. Mientras estuviese cantando, ya podía el caballo venírsele encima, pisotearla y arrastrarla consigo al despeñadero; la loca no se apartaría ni una pulgada del borde del abismo en que iba a caer, ni perdería el compás que llevaba con todo su cuerpo.

Amaya no tenía remedio, estaba perdida; no había salvación para ella. Si se arrojaba al suelo, se estrella- ba contra las peñas, y un horror instintivo a tan cruel y repugnante fin, un sentimiento de pudor y modestia, y la ignorancia misma del peligro, por no serle conocido el terreno, o no darse cuenta de él, alejaban de su mente todo otro medio de salvación que no fuera mantenerse firme en el caballo. Pero éste acababa de llegar a la cumbre, sin freno ya, la crin erizada, sangrientos los ojos, y ciego hasta el punto de no reparar en el bulto inesperado y amedrentador de la loca oscilando en cuclillas.

Tan terrible era la situación, tan completamente subyugaba el ánimo aquel espectáculo, que vascos y godos, sin ponerse de acuerdo, sin decirse palabra, suspendieron el combate, con la vista fija en la dama, que aparecía en la cima del peñón como celestial figura, con su gracia, belleza y juventud, en medio de muchedumbres mudas de espanto, a diez o doce pasos del portillo vertical, tajado, cortado a plomo como altísima torre.

Mas de repente álzase un vasco en la opuesta roca; tiende el arco, y con audaz y rauda puntería dispara aguda flecha que se clava en el pecho del caballo. Este no se para, sin embargo; caño de sangre brota de la herida; pero aún tiene vida y fuerzas el desenfrenado bruto. Pocos pasos le faltaban para despeñarse, y sólo la violencia de la carrera basta a derrumbarlo aunque fuera cuerpo inerte.

Seguía la ansiedad; reinaba silencio profundo y pavoroso. En medio de él sentíase la bronca voz de la ciclópea demente, que cantaba con un entusiasmo desgarrador en aquellos indescriptibles momentos. Afortunadamente terminaba la canción cuando el caballo se le venía encima, y alzó los ojos, y dió un grito, no de miedo, sino de sorpresa, casi de júbilo, al fijarse en el rostro encantador de Amaya, que comprendiendo ya su trance de muerte, y creyéndose perdida, miraba al cielo y exclamaba:

—¡Madre mía!

Alzase entonces la gigante vascongada, y con la agilidad del tigre, con el ímpetu del heroísmo o la locura, dió un salto con peligro de rodar al abismo; asíó con sus nervudos brazos la cabeza del caballo, le cubrió los ojos con su cuerpo, se descolgó de su cuello, lo

dejó inmóvil, lo rindió, lo postró a la orilla misma del precipicio, y se quedó mirando sin pestañear a la dama, diciéndole con alborozado acento:

—¡Paula! ¡Paula! ¡Paula! ¡Si parece que te estoy viendo! ¡Amaya! ¡Si eres lo mismo que tu madre!...

Una exclamación general, un grito unánime de júbilo, en honor de la verdad debemos decirlo, lo mismo de vascos que de godos, de amigos que de enemigos, resonó en el campo de batalla. Todo había pasado en pocos instantes, que, sin embargo, parecían eternos.

Amaya se había arrojado del caballo a los hombros de su salvadora, la cual, fijando de pronto los ojos en el brazalete de la hija de Ranimiro, quedó nuevamente sorprendida y regocijada, y con una alegría infantil, ingenua y cándida, se puso a cantar:

¡Ayl mi querida Paula.

¡Ayl mi querida amiga.

¡Ya te tengo en mis manos,
querida amiga mía!

Y mientras esto murmuraba, con mano experta, como de persona que de antiguo conocía y manejaba aquella joya, abrió el aro y echó a correr con ella por la rampa abajo, triscando y cantando con agilidad y soltura de que nadie la hubiera creído capaz, con alegría hermosa, franca, natural, inverosímil al parecer en un loco, y hasta impropia de aquel semblante ce-trino, ordinariamente tétrico y adusto.

Amaya se quedó en pie al lado de su hacanea muerta o desangrada. Pero sin darse todavía cuenta de lo que le había pasado, por instinto de piedad, por impulso habitual de corazón cristiano, cayó de hinojos y se prosternó exclamando:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, madre mía!

Acababa de subir su padre a todo escape, trémulo y demudado, sin acordarse de la batalla, sin pensar en defenderse, sin ojos, ni corazón, ni entendimiento más que para su hija. Echó pie al suelo, y al verla pálida, inmóvil, con la frente apoyada en las manos, lanzó un grito creyéndola muerta.

No estaba muerta, mas sí a punto de perder el sentido; la presencia de ánimo, el varonil esfuerzo, el heroico valor que hasta entonces la habían sostenido, la abandonaban ya. Pero la sangre estancada en el corazón se remueve con el grito paternal, y Amaya vuelve en sí. Todo lo vió claro, y todo serena. Se levantó con presteza y se arrojó a los brazos de su padre, gritando con un acento que salía vibrando desde lo hondo del pecho:

—¡Milagro, padre de mi vida! ¡Estoy buena! Nos hemos salvado.

Era imposible proferir en aquel momento palabras más consoladoras ni con más ansia deseadas.

Ranimiro, en cambio, no sabía qué decirle: repetía su nombre entre sollozos, que no se curaba de reprimir allí, por lo mismo que estaban solos y nadie más que su hija era testigo de aquel desahogo. Trató, sin embargo, de recobrase, porque sentía la necesidad de aprovechar los momentos y decir algunas palabras, quizá las postreras que con libertad podía dirigir a su hija, y quizá las últimas de su vida; porque Ranimiro sabía perfectamente que estaba perdido, que los vascos, nobles, capaces de los más generosos arranques, dulces y cariñosos con el vencido, eran duros, inflexibles y salvajes tratándose de quien ofendía a sus padres, a sus tradiciones, a las cosas y personas en

quien ellos idolatraban. Ranimiro esperaba el suplicio usado por sus enemigos: el precipicio de lo alto de una roca.

—Amaya—le dijo al fin:—yo quedaré prisionero; tú te salvarás; déjame entre los vascos, y sálvate. Hija mía, creo, después de haber oído a Munio, que ese brazalete de la cruz es algo más que una memoria de tu madre. Guárdalo siempre, y ocúltalo, hasta que llegue la ocasión, a las miradas de todo vascongado.

—¿Pues qué?...

—No lo sé; pero desde la noche aquella de Cantabria y del encargo de Eudon, me he figurado que esa joya tiene algún enlace con el secreto de Aitor. Si te vieses en algún apuro, con ella acaso podrías salvarte entre esta gente.

—¡Ah! — exclamó Amaya con un grito desgarrador.—Con ese brazalete quizá os hubiera salvado... Pero...

Y no se atrevió a seguir.

—¿Pero qué?...

—¡Lo he perdido! Una mujer a quien debo la vida, una vascongada con ojos de loca, que cantaba y llamaba a mi madre, se lo ha llevado.

—¡Petronilal

—Ella debía de ser.

—Ella te lo guardará.

—Pero yo lo necesito ahora, en este momento—exclamó Amaya penetrada ya del peligro que amenazaba a su padre.—¿Qué me importa recobrarlo mañana? Si en esa joya está el secreto de Aitor, que me den por él vuestra libertad y vuestra vida.

—No hablemos más de esto.— Amaya, si muero, ten por cierto que, con la misericordia de Dios, moriré

como cristiano. Más pronto o más tarde, espero reunirme con tu madre en el cielo; allí te aguardamos.

—¡Padre mío!

—Allí te aguardamos... hija mía, no nos faltes...

—Padre de mi alma, no hagáis vuestro testamento.

No moriréis, y si os matan, tampoco a mí me perdonarán. No moriréis, no; un vasco me ha salvado desde la roca de enfrente; una mujer vascongada ha completado la obra de ese desconocido. No nos matarán los vascos; para algo nos ha traído Dios entre ellos. ¡Padre mío, no han de asesinar esos hombres al padre de su reina!

Y como respondiendo con el más acerbo desengaño a sus palabras de consuelo y esperanza, llegó un grito de la muchedumbre hasta lo alto del peñón, grito semejante al del pueblo judaico contra nuestro Divino Redentor:

—¡Precipitalo! ¡Precipitalo!

Mientras esto pasaba en la cima, García había cercado y hecho rendir las armas a los bucelarios y demás gente de guerra; pero tuvo la delicadeza de dejar solos todo el tiempo posible a Ranimiro y su hija, dando terminantes órdenes de que nadie fuera a interrumpirlos.

No quiso el caudillo navarro confiar a persona alguna esta forzosa y ya urgente comisión, y subía sólo y a pie por el repecho de la peña, cuando los vencedores, calmada la excitación del peligro de Amaya, pensaron en el incendiario del caserío de Aitor, y creían tan justo y natural castigar al fin su crimen y vengar el odio y miserable saña que aquel antiguo pero siempre vivo atentado revelaba, que sencillamente y como quien hace una advertencia oficiosa y casi excusada, le gritaron los suyos:

—García, ¡por el portillo abajo! Subiremos nosotros a despeñarlo.

—¡Eso no! Dejadme a mí solo con ellos. Nadie ha de subir a la peña sino yo—les contestó el caudillo con firmeza.

Pero aunque al parecer se aquietaron por el pronto los expedicionarios, no sé quién hubo de hablar con desconfianza de García; porque de repente prorrumpió toda la partida en aquel terrible grito que llegó hasta la cumbre y heló de espanto a la hija del tiufado:

—¡Precipítalo! ¡Precipítalo!

Más terrible, más pavorosa aún que este grito fué la insubordinación, la indisciplina de unos cuantos montañeses, que, *quecía* en mano, echaron a correr hacia la roca, resueltos a dar muerte a Ranimiro, despeñándolo sin más dilación desde aquella cumbre, que estaba, si es lícito hablar así, convidándoles al suplicio.

Eran cosa de dos docenas, y subían completamente desmoralizados, quizá ebrios con el vino de Máximo, excitándose mutuamente con destempladas voces contra el tiufado, repitiendo y dando por ciertas e indudables cuantas calumnias se habían esparcido por el vulgo en veinte años de rencor y despecho.

García, sin desenvainar siquiera la espada, se volvió hacia ellos sereno y tranquilo, diciéndoles con sonrisa, que tenía más fuerza que escuadrón apercebido al combate:

—¿Adónde vais, muchachos? ¿No veis que ya se arremolinan los godos y se nos quieren escapar? Id a contener a los del llano; yo me encargaré de los de arriba.

Y aquella gente, acostumbrada al respeto y sumisión

a la autoridad; aquellos amotinados, que gritaban para aturdirse y sofocar quizá la voz de sus remordimientos, se volvieron confusos al campo de la refriega. Pero de allí salían nuevos gritos contra Ranimiro.

—Aguardad, muchachos—añadió García;—decid de mi parte a esa gente que se calle.

—¿Pero no sabéis quién está allí?—le contestó Máximo, que venía entre los amotinados.—¿No lo distinguís bien entre los nuestros?

—No distingo a nadie; ni a ti siquiera te conocía, Máximo.

El hijo de Ochoa, dejando pasar por alto la lección, contestó:

—Pues acaba de llegar el salvador de Amaya.

—¿Quién?

—El vasco desconocido que ha disparado el arco desde el peñón de enfrente.

—¿Quién?

—Teodosio de Goñi.

El caudillo de las Amezcuas sintió entonces que por un instante se le detuvieron los latidos de su corazón.

—Corred, volad—exclamó reponiéndose al punto.—Decid a Teodosio que me aguarde, que bajo al instante con los prisioneros.

Y prosiguió tranquilo hasta la cumbre, murmurando para sí:

—No puede ser cabeza de motín. Al contrario, Dios le ha traído aquí para salvarnos a todos; la vida a la goda, y el honor a mí y a los navarros.

Y asomándose a la cima, dijo a Ranimiro y a su hija en correcto latín:

—¡Abajo! No estáis bien aquí, tan cerca del precipicio. Corréis peligro. Seguidme.

CAPÍTULO V

De cómo se fué cada cual por su lado, excepto Lope, de quien no se cuenta que se moviera de su sitio.

Máximo decía la verdad: Teodosio de Goñi se hallaba entre los vascos amotinados, mas no al frente del motín.

Volvía de la tierra baja por la parte del Norte, cuando al llegar al portillo de las Dos Hermanas le sorprendió ronco estrépito de cuernos de guerra y descomunal vocerío al otro lado de las peñas. Hacia el camino de Guipuzcoa no había a quién preguntar la causa del alboroto; los hatos de ganado mayor y menor estaban recogidos o abandonados por los zagales; el case-río de Echeverría, sin humo; breñas y selvas, solitarias.

Trepó el caminante por la roca opuesta a la que había servido poco antes de atalaya, con ánimo de enterarse de lo que pasaba en la calzada de Pamplona, acerca de lo cual ningún antecedente tenía.

Aquel rapazuelo que en noche tenebrosa condujo a Ranimiro a Gastelúzar, tendría ahora poco más de seis lustros. Era de altivo continente, de talla mediana, robusto, fornido, de facciones duras y vigorosas, de corta barba crespa, castaña, que tiraba a rubia, pero de enormes bigotes y de mirada audaz y dominante; todo lo cual, amén del hábito de imponerse a los demás y de ser respetado y obedecido, le daban cierto aire de valentía y superioridad, que en vano se buscaría en su traje y arreos militares de *ezpata*, *gucia*, arco y aljaba, comunes a todos los montañeses.

¿Cómo este personaje, que es uno de los principales de la presente historia (1) y de los más famosos en las tradiciones de Navarra, podía figurarse que estaba a tan corta distancia del incendiario de Aitormendi, por cuya cabeza hubiera él expuesto la suya cien y cien veces? ¿Cómo imaginar que su joven amigo, que García, el aprendiz de monje, como él lo llamaba burlándose de sus estudios, iba a sorprender al temible y nunca vencido Ranimiro en aquel punto, donde sólo se permitía proezas de esta clase el buen Echeverría?

¡Lograr de repente aquel mancebo, más aficionado a las letras que a las armas, lo que en treinta años de combates no había podido conseguir hasta la sazón ningún otro vascongado!

Muy ajeno a estos pensamientos seguía Teodosio subiendo a la roca, de más difícil acceso entonces que la contraria, cuando de improviso cesó el estruendo de la batalla, quedando todo en silencio inexplicable, como si la tierra se hubiese tragado a entrambas huestes. Sólo se oía el canto de la loca en el peñón frontero.

¿Qué acontecía en el camino de Iruña?

Desde la cima lo podía divisar y comprenderlo acaso de una mirada, y este afán le hacía trepar con la agilidad de un gato montés por las grietas y sinuosidades del peñasco.

(1) Que Teodosio fué contemporáneo de Rodrigo y de Pelayo, lo afirma como la *opinión más pública y más fundada* D. Martín José Marcótegui, Abad de Azanza, en su *Compendio de la Historia de la Aparición de San Miguel de Excelsis*. Pamplona, 1818.

El Padre Fr. Tomás de Burgui, religioso capuchino que escribió a fines del pasado siglo, sostiene esta opinión.

Llegó por fin a la cumbre, y al asomarse pudo contemplar el espectáculo más inesperado y sorprendente, la escena más extraña y peregrina. Godos y vascos, con las armas en la mano, pero sin hacer uso ni acordarse de ellas, con las miradas fijas en las Dos Hermanas; todos en silencio, mezclados, confundidos como buenos amigos, y todos, sin embargo, aparejados al combate.

¿Quién mandaba los vascos? No era de fijo Lope de Echeverría, que nunca tuvo tanta gente a su disposición. Debía de ser caudillo principal y poderoso.

¿Habíanse celebrado paces? ¿Treguas quizá? Imposible le parecía. ¡Sin contar con él y en territorio de la alta montaña, que ya podía considerar como suyo, porque era de Navarra y próximo a su valle!

Algo llegó a comprender cuando por la ondulación más saliente del terreno, que facilitaba la subida a la peña fronteriza, vió cruzar como una exhalación el caballo desbocado de Amaya. Esto le bastó para tender el arco, apercibirse, y al aparecer la cabeza de la dama en el perfil del despeñadero, disparar la flecha con la felicísima puntería que hemos celebrado.

Nadie apenas había reparado en él, porque los ojos de todos los circunstantes estaban fijos en Amaya; ocultóse detrás de un pico de la roca, y allí se quedó observando con vista de lince cuanto pasaba, dispuesto a descender y tomar parte en el combate si la lucha continuaba; pero a la verdad, con más ansias de descifrar aquel enigma que de intervenir en una acción para la cual no se le había consultado, y sospechando que, de ayudar a los suyos con las armas, tendría necesidad de impedir acaso alguna imprudencia o debilidad de sus amigos.

Distinguió entonces a García; vióle, con harto asombro, adoptar disposiciones acertadas para que no se le escapase ni un solo godo. Contempló el desarme del enemigo, y entonces descendió taciturno y caviloso, resuelto a no dejarse ver de nadie, avergonzado quizá de sí propio, o resentido de que el novicio de las Amezcuas se hubiese inaugurado como caudillo y señor independiente sin contar con él, que era su amigo, su maestro en la carrera de las armas, y en cierto modo su jefe, a quien todos respetaban y obedecían en aquella región vascónica. Sin duda el resentimiento era expresión y forma de su vergüenza.

Pero la curiosidad, más poderosa que el despecho, le movió a inquirir y averiguar quién era el caudillo godo que acababa de caer en manos de García.

Aunque no había vuelto a ver a Ranimiro desde que le acompañó a Val-de-Goñi, es probable que le hubiera conocido en lo alto del peñón; pero la entrevista del padre y la hija se había verificado fuera del alcance de las miradas de Teodosio, situado en la más baja de las dos peñas.

Presenció desde ella el salto de Petronila, la muerte del caballo, el robo del brazalete, porque todo esto pasó, como hemos visto, al borde del tajado portillo; pero no lo demás, porque instintivamente Ranimiro y Amaya se habían retirado del precipicio. Nada podía hacerle presumir que aquella sorpresa tuviese para los vascos la importancia de un grande acontecimiento; que la captura del jefe enemigo fuese para ellos de más valor que la del rey, porque reyes hacían y deshacían los godos con facilidad, pero hombres tan temibles como el tiufado no se conocieron desde Wamba, y tan cordialmente detestados como el incendiario de

Aitor, ni las tradiciones y leyendas los recordaban siquiera. Acercóse, pues, con precaución al campo del combate, y preguntó al primer montañés que encontró quién era el capitán de los godos.

—¡Es Ranimiro!—le contestaron.

—¡Ranimiro, el de Aitormendi!

—¡El mismo! El asesino de mujeres y niños, el que los abrasa vivos.

—¿Y dónde está?

—En la peña con su hija. Dicen que García sube a salvarlos, y eso no podemos consentirlo.

—¡Que los salve, que los salve!—exclamó Teodosio con impetuosa y extraña voz.—Que los guarde para mí. ¡Yo los reclamo; yo los necesito!

Y abalanzándose colérico, sin saber por qué, ni contra quién, se metió en el núcleo de la fuerza de donde salía aquel horrible clamor:

—¡Precipítalo de la peña! ¡Precipítalo!

Halló a los vascos descompuestos, furiosos contra el antiguo conde de Pamplona; pero ¡cosa singular! quien más los excitaba a la venganza y al motín era uno de los prisioneros, un godo de los que venían con Ranimiro.

Iba sin armas, y parecía siervo o peregrino agregado a la escolta para hacer con seguridad y en buena compañía la travesía del Ebro a Pamplona.

Su traje, empero, no parecía ni militar ni completamente godo; porque la túnica le caía hasta media pierna, y llevaba la cabeza envuelta en una especie de rostrillo que le cubría frente y cuello, dejándole la cara libre y descubierta.

Expresábase muy mal en vascuence; pero al fin se dejaba entender, y de pocas palabras había menester,

en verdad, para que los vascos comprendiesen el lenguaje del rencor contra aquel a quien tanto odiaban.

—¡A ese! ¡a ese!—decía, mitad en mal latín y mitad en peor vascuence; pero sazónada, comentada y puesta en claro la algarabía con gestos enérgicos y ademanes expresivos.—¡A ese! No lo dejéis escapar. García quiere salvarle; por eso va solo. Él no basta a precipitarlo de la roca. ¡Gente allá!... ¡Ahora en caliente!... ¡Del peñón abajo! Si perece os salváis todos... Todos nos salvamos... porque yo soy tan enemigo suyo como vosotros. ¡Muera, muera nuestro mayor enemigo!

¿Cuál era el intento de aquel hombre? ¿Vengarse del tiufado, de quien estaría acaso ofendido por algún motivo especial, o quizá promover el desorden y aprovecharse de él para escapar y salvarse y salvar a sus compañeros?

Todo podía ser, porque los vencidos, al ver a los vencedores desmoralizados, se miraban unos a otros de reojo, y se decían medias palabras murmurando y sin mover los labios para mayor disimulo. Pero uno de los bucelarios de la escolta, liberto de Ranimiro, se acercó al desconocido, y sacando del pecho un puñal que llevaba oculto, se lo clavó en el corazón, diciéndole:

—Toma, perro judío; anda a sublevar a los diablos contra Satanás.

Y arrojó el puñal al arroyo y se perdió entre los suyos, encargándoles silencio.

Cayó el peregrino sin sentido, y ni los godos trataron de denunciar al asesino, ni los vascos, que no le habían visto perpetrar el crimen, tuvieron grande empeño en averiguar lo ocurrido. Pero exaltados cada vez más con el aspecto de la sangre y lo misterioso del

golpe, se pronunciaron en completo desorden, cuando se apareció inesperadamente Teodosio. Aquel hombre, de pasiones vivas, fuertes y violentas, procedía con espantosa calma.

—¡Teodosio! ¡Teodosio!—exclamaron los montañeses.—Este nos lo entregará, éste nos dará al incendiario.

—Sí—contestó el hijo de Miguel;—a mí me corresponde Ranimiro; García no me lo negará, y perded cuidado, yo os daré cuenta de él.

Palabras semejantes tranquilizaron á los amotinados.

Entretanto, Ranimiro, llevando de la rienda el caballo, y dirigiendo breves pero solemnes razones a su hija, que hacía esfuerzos por mostrarse serena y varonil, llegó al pie del peñón y se vió entre los vascos. Preguntóles con tranquilo rostro y sonrisa, entonces admirable:

—¿Quién es el jefe enemigo?

Nadie le contestó, porque el godo, desdeñando el vascuence, que sabía harto más que para hacer esa pregunta, la había dirigido en latín. Adelantóse el gallardo y gentil mancebo de elevada estatura, que ya conocemos, y le dijo con modestia:

—Yo he sido hasta este momento el caudillo de los vascos.

—¿Cómo os llamáis?

—García Jiménez, señor de las Amezcuas y de Abárzuza.

—Pues bien, García Jiménez, me rindo a vos; tomad mi espada. Soy... Ranimiro, príncipe de la real casa de Chindasvinto, conde que ha sido de Victoriaco y de Pamplona.

—Ranimiro, yo no os he vencido, ni he medido ape-

nas mis armas con las vuestras. Dios os ha puesto en mis manos. Quedaréis detenido entre nosotros mientras dure la campaña que va a comenzar, para trazar cuyos planes ibais a Iruña. Pero sólo vos quedáis prisionero, porque sólo vos podéis hacernos daño. Vendréis conmigo, en la seguridad completa de que mientras viva yo no atentará nadie a vuestra vida. Y eso no lo digo para tranquilidad vuestra, porque os agraviaría diciéndolo; lo digo únicamente para la de esta dama. Quedaréis con la espada; sois caballero, y la palabra os ligará más que desarme, cadenas y mazmorras. Pero esta señora y todas sus siervas y siervos, con todo su equipaje y toda la gente que por escolta necesiten, son libres desde este momento, y pueden seguir a Pamplona o volverse al castillo de Cantabria; si gustan, por el camino de los godos, o cruzando nuestras montañas si prefieren el más corto. En este caso, yo les serviré de guía.

—Me quedo con mi padre—contestó Amaya.

—Pues bien, seréis nuestra huésped. Elegid ahora las siervas que os han de hacer compañía.

—No elijo a nadie—contestó secamente la princesa;—si no nos salvamos todos, que no se vuelva ninguno.

—Pues si así lo queréis, así será—repuso García, disponiéndose para dar las órdenes al efecto.

Pero Ranimiro le tendió la mano y le dijo:

—García Jiménez, me habéis vencido doblemente: por la fuerza de las cosas o de las armas y por la cortesía. Guardo mi espada, pero os doy mi palabra...

—Creo y confío en ella.

Amaya entonces, viendo el apacible y no esperado semblante que los sucesos iban tomando, se atre-

vió a dirigirse a García con aire de súplica, pero siempre en latín, y no en el vulgar, sino en el más elegante y castizo de los libros:

—Vuestra bondad, señor de las Amezcuas, me obliga a dirigiros un ruego.

—Hablad, quien manda no ruega.

—No es una, son dos súplicas—añadió la dama;— en primer lugar, un vasco, a quien no he visto jamás, me ha salvado disparando una flecha a mi caballo desde la roca de enfrente y pocos pasos antes del precipicio; quisiera saber su nombre.

—Es mi amigo Teodosio de Goñi, a cuya casa iremos a parar por de pronto. No sabía siquiera que estuviese aquí. Para que nada empañe la gratitud que le debéis, os diré que no ha tomado parte en la lucha, ni en sus preparativos, ni en nada de lo que os pudiera ofender o mortificar. Si hay en todo esto alguna culpa, exclusivamente es mía. A él lo ha traído Dios inesperada, providencialmente, sólo para salvaros de muerte tan espantosa como inevitable.

Amaya no le contestó; pero después de haber lanzado un suspiro que en vano se esforzó por reprimir, prosiguió diciendo:

—El segundo ruego se refiere también a la otra persona de quien Dios se ha servido para mi salvación. Es una mujer que estaba sentada en la cima del peñasco, y sin cuyo heroico arrojo, a pesar de Teodosio de Goñi, hubiera yo perecido. Es alta, gigantea, desgredada, con trazas de loca, y según creo, se llama Petronila.

—La conozco, la he visto descender de la peña triscando y cantando.

—Ella, inocentemente, sin saber lo que hacía, se

ha llevado cierta joya cuyo valor es insignificante, pero a la cual tengo en la mayor estimación y cariño, por ser recuerdo de mi pobre madre. Quisiera recobrar esa alhaja a toda costa. Os daré las señas: es un brazalete de oro con un medallón ovalado que tiene una cruz en alto relieve...

—¡Una cruz!

—Y por orla esta leyenda vascongada: *Amaya*...

—¿Y *asierá*?—preguntó García visiblemente conmovido.

—Sí, *Amaya dá asierá* dice la inscripción.

—¡Es ella! ¡Es ella! Pero ese medallón, esa cruz, esa *Amaya*, deben de guardar un secreto...

—¡Un secreto! ¿Cuál?

—¿Lo ignoráis? ¿Nunca habéis sabido lo que llevábais?

—¡Nunca! Pero mi padre... mi padre poco ha...

—¿Sabíais vos, Ranimiro, que el medallón de la cruz encerraba un secreto?—dijo García, dirigiéndose al prisionero, que los estaba escuchando silencioso.

—Ciertamente—contestó el tiufado;—lo he sospechado.

—¿Y qué habéis sospechado? ¿Qué sabéis acerca del secreto? Para algo se ha hecho esa alhaja con tal arte, con tan misterioso emblema. ¿Qué encierra?

—García Jiménez, no tenéis derecho para hacer esa pregunta.

—Ranimiro—contestó el mancebo,—decid más bien que no tenia necesidad de hacerla. Lo sé todo, y mi curiosidad de averiguarlo con entera certidumbre es sólo porque redundará en favor vuestro. Creedme, sé lo que se encierra detrás de la cruz, y sólo quería aquilatar la abnegación, la nobleza de vuestra conduc-

ta, si ningún uso habéis hecho hasta ahora de los arcanos de esa joya.

—Ninguno; ni conozco esos arcanos, ni he pensado nunca en conocerlos, ni valerme de ellos.

—Es importante que habléis con toda franqueza, y aquí podéis hacerlo sin empacho, pues nadie más que yo os entiende. Sois mi cautivo, y para exigir por vos el debido rescate—añadió García, dando a su voz la inflexión y a sus labios la sonrisa indispensable para que se comprendiese el verdadero sentido de sus palabras,—es preciso que sepa yo lo que valéis.

—Muy poco.

—Sin embargo, se os ha tratado injustamente, según veo, y quisiera, no sólo haceros completa justicia, sino que los vascongados os la hiciesen también.

—Gracias, García—exclamó el godo casi enternecido;—esa confesión y ese deseo en vuestros labios y en este momento valen mucho. Pues bien, os lo repetiré: mi mérito en el presente caso es muy corto. He sospechado que en ese brazalete está la clave del secreto de Aitor; pero la sospecha, hasta pocos días ha, era tan vaga, que no me he fijado nunca en ella. Desde que he visto a personas extrañas a la familia de mi mujer pensar en el brazalete, todo se me ha ido presentando con claridad. Pero ha transcurrido tan poco tiempo, que mi respeto al tesoro no significa nada. Sin embargo, creo que los vascos pudierais estar tranquilos por ahora. Es cierto que si el tesoro está, como es de suponer, oculto en tierra de vuestros dominios, no he podido ir a sacarlo; pero he podido intentar descubrir lo que encierra el brazalete, y no sólo no lo he hecho, sino que ni siquiera he vuelto a tomar esa joya en mis manos.

—¿Y eso no es grandeza de alma?—preguntó García.

—Eso no es más que respeto a la voluntad de mi mujer. Lorea, bautizada con el nombre de Paula, primogénita de la casa de Aitor, mandó guardar la joya para su hija cuando ésta no había nacido aún. De Amaya, por consiguiente, es herencia, no mía. Yo, ni debo querer, ni quiero nada de lo que pertenece a la familia de Aitor.

—Os advierto que la hija de Lartaun de Butron cree indisputable su derecho al tesoro; y que su tía Amagoya, y en general todos los vascos, estamos persuadidos de que Paula perdió ese derecho al casarse con vos.

—¡Y vos también lo creéis así! Me parecíais superior a ciertas preocupaciones de raza—dijo el tiufado sonriendo tristemente.

—Sí—añadió Amaya,—mi padre y yo, que nunca aborrecimos a los vascos, hubiéramos querido verlos un poco más atentos a lo que dispone Dios.

—Yo creo que tanto unos como otros hemos perdido para siempre esa alhaja, desde que ha caído en poder de una loca—contestó García.

—Pues bien, borrad de vuestra memoria el encargo de mi hija—repuso con entereza Ranimiro;—no busquéis ese brazalete, no preguntéis siquiera por él, García; si encierra algún secreto, dejémoslo en manos de la Divina Providencia. Amaya—añadió, volviéndose hacia su hija,—más confianza me inspira Petronila loca, que otros en sano juicio. Acuérdate del judío de Toledo; acuérdate del conde de los Notarios, y no olvides tampoco que tu primer deber es restaurar el nombre de tu madre.

Confundido entre los guerreros, pero prestando al parecer más atención que nadie a Ranimiro y Amaya,

y escuchando con no disimulado interés, o la conversación, o solamente el eco de la voz de los que en castizo y correcto latín hablaban, como si estuviese embelesado en oírlos, hallábase Teodosio, que dominaba con su mirada y prestigio a los vascones. Llevaba echada sobre la frente la capucha del sayo, no por frío seguramente, pues además de que no lo hacía, podía ostentar hermosísima cabellera, rizada y copiosa, cuyos crespos mechones, algo menos rubios que la barba, le caían delante de los hombros como escapándose de la prisión del capuz. Pero había en aquella singularidad un como deseo de distinguirse de los demás, una especie de alarde de recién llegado, y de extraño, por consiguiente, a la expedición, en que no había tomado parte. Si tal era su pensamiento, ciertamente no tenía necesidad ninguna de darlo a entender a las dos únicas personas que podían ignorarlo, porque García se adelantó a decirlo con toda nobleza.

Cuando terminó el diálogo se volvió el señor de las Amezcuas hacia los suyos para dar órdenes, y quedó agradablemente sorprendido con la presencia del recién llegado, que miraba con particular interés a la hija de Ranimiro.

—¡Teodosio!—exclamó García.—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! Sin duda te han dicho tus padres que anoche fuí a buscarte.

Y sin aguardar respuesta dijo a la dama en latín, mostrándole con la vista y el ademán al heredero de Goñi:

—¿Preguntabais hace un momento por vuestro salvador? Aquí lo tenéis. Este es mi amigo Teodosio de Goñi, a quien debéis la vida, el más valiente y famoso caudillo de los vascos.

—Os doy gracias por vuestra bondad, y ni mi padre ni yo la olvidaremos nunca—contestó Amaya con dignidad y dulzura inexplicables, dirigiéndose al hijo de Miguel de Goñi.

Teodosio, o no comprendió, o no quiso dar a entender que comprendía tan dulces palabras. Pero como no podía dudar de que a él iban enderezadas, ni de la significación que les daban los expresivos ojos y suavísimo acento de la dama, inclinó la frente, despejando con una sonrisa la nube que obscurecía su semblante.

—Te da las gracias por haberle salvado la vida—le dijo García en vascuence.

—No quiero entender otro idioma que el de mis padres—le contestó Teodosio con sequedad; pero al mismo tiempo tornó a bajar la frente ante la sublime mirada de la goda.

Aquella mirada decía al parecer: dejasos de rencillas; no os desacreditéis los vascos ante los godos. Hecho lo cual, separándose un poco el hijo de Goñi para departir con su amigo, se le quedó mirando cual si dudase de cómo había de abordar la conversación; pero García, mancebo sencillo, ingenuo, que todo lo hacía con naturalidad, se anticipó diciéndole:

—Teodosio, ¿por dónde andas estos días? ¿En dónde te metes que no se te encuentra en ninguna parte?

El hijo de Goñi, a pesar de su entereza y presencia de ánimo, perdió un poco el vivo color de su rostro, y le contestó casi turbado y descompuesto:

—¡Qué es eso! ¿No tienes bastante con hacer ya lo que se te antoja, que también aspiras a pedir cuentas de sus acciones a quien por lo menos es tan señor y tan independiente como tú?

—Tan independiente y tan señor, sí; tan amigo como yo tuyo, no. Teodosio, he hablado así por el sentimiento de haber venido sólo a una expedición que estaba dispuesta para ti, y a la que sólo hubiera concurrido poniéndome a tus órdenes. A ti te buscaron para la sorpresa; tú debías haberla dispuesto y mandado, pero no te encontraron.

—Pues no era difícil dar conmigo—replicó murmurando Teodosio con mal encubierta ira, que le llevó, como de ordinario acontece, más lejos de lo que él quería.

—Para mí, imposible, pues no tenía, ni tengo, idea de ello. Pero escogido para capitán en defecto tuyo, en vez de salir al encuentro de los enemigos por mis valles de las Amezcuas, cayendo hacia la Burunda, preferí pasar a Goñi por ver todavía si habías vuelto a casa, y allí te esperé hasta lo último, hasta que comprendí que la ocasión se perdía deteniéndome. Pero Dios te ha traído a tiempo, Teodosio. Has llegado oportunamente para alcanzar la única gloria de esta expedición: la de haber salvado a la dama.

—¡La única gloria!—exclamó el hijo de Miguel, sonriéndose por extraña manera.—La única gloria, y has hecho prisionero a nuestro mayor y más detestado enemigo y a su hermosísima hija, rival, según parece, de su prima la de Lartaun. ¡Rico presente para Amagoya son el prócer y la dama!

—No será García de Abárzuza y las Amezcuas quien entregue dos cristianos al furor de esa pagana; que si ella es hija de Aitor, yo soy hijo de Jimeno, y si en la guerra ha perdido un esposo, sabe Dios cómo y por qué, yo he visto morir a mi padre peleando brazo a brazo y frente a frente con los godos.

Esta respuesta ruborizó y tranquilizó al propio tiempo a Teodosio, que figurándose el partido que García podía sacar de su triunfo con la familia de Aitor, y quizá con la hija de Usua y Lartaun, ardía en celos anticipados.

—Supongo que por ella pedirás un buen rescate, si no para ti, al menos para los que te han acompañado—le dijo;—pero ¿qué vas a hacer del sacrilego incendiario? ¿De qué roca vas a precipitarlo?

—No sé lo que haré—contestó de mal humor el capitán, ofendido ya del tono, y sobre todo, de la aviesa intención que se traslucía en las mal encubiertas amenazas de Teodosio.

—Pues yo sí.

—¿Qué? ¿Tú sabes lo que voy a hacer con Ranimiro?

—¡Entrégamelo a mí, que ni soy pagano, ni he dejado de ser tu caudillo!

—Como amigo te lo entregaré, si me das palabra de respetar y cumplir las promesas que les he hecho; como caudillo mío, no; porque aún no eres rey, por más que nadie mejor que tú deba serlo. Teodosio, tú no mandas en mis prisioneros.

—¿Que no? ¿Quieres que diga media palabra, y verás cómo todos tus protegidos vuelan de la peña abajo?

—No, Teodosio; no quiero que te deshonres, ni que me mates con esa media palabra; porque ya puedes suponer que antes que el godo volara perecería yo.

—¡Tienes razón, García; soy un insensato!—contestó Teodosio.—Sirvame de disculpa... Mas no, nada puede disculparme. Tú mandas en ellos. Lo reconozco. Llévalos donde te plazca.

—¿Reconoces mi derecho?

—Lo reconozco.

—Pues bien, los llevaré a tu casa.

—No podía pedirte más.

—A tu casa; pero te advierto que la dama está libre, porque yo no salgo a cautivar mujeres. En cuanto al godo, yo tampoco lo he vencido; el peligro de su hija lo ha puesto sin pelear en mis manos. Se lo entregaré a tu padre; él lo retendrá mientras el ejército de Rodrigo nos amenace; pero después, juro por Dios y Santa María, conducirlo sano y salvo a Iruña o donde él quiera.

—Entre tanto, lo llevarás esta noche...

—A Gastelúzar, te lo prometo; no podremos pasar de Goñi, y aun se nos va haciendo tarde.

—Perfectamente. A Gastelúzar, y allí me aguardas...

—Pues qué, ¿no nos acompañas? ¿No quieres venir con nosotros?

—No; me aguardas allí con todos los godos.

—Bien está.

—¿Me das palabra de dejarlos en Goñi?

—Te la doy por mi parte, y me extraña la solemnidad y ahinco con que lo pides. Por mi parte he dicho, porque esa doncella puede ir y volver, o marcharse adonde guste. Así también lo he prometido, y así será.

—¿Pero no soltarás a su padre?

—Por ahora no.

—Entonces tengo tiempo de sobra. Ella no se apartará de su lado, y yo no tardaré en volver a casa muchos días.

—Pero ¿se puede saber, Teodosio, qué es lo que traes entre manos? ¿Por qué faltas de Goñi precisamente cuando Pelayo y Rodrigo llegan a Iruña con todo su ejército? ¿No quieres decir a tu amigo cuáles son tus intentos?

—Por ahora conviene que todo el mundo lo ignore. Créelo; va en ello la salvación de... Déjame, García; harto me pesa haberte ofendido poco ha y no poder ser en este momento más franco contigo.

García le tendió la mano, y le dijo:

—A mí no me has ofendido ni me ofendes, Teodosio. Cumple tu obligación y guarda tus secretos, que yo respetaré tu corazón y tu conciencia.

—Gracias, amigo mío; Dios me ha traído aquí a punto para salvar a esa Amaya y presenciar algo de lo cual pende acaso la salvación de otras muchas personas. No te digo más. Adiós, y confía en mí. Si logro lo que deseo, ¿qué nos importa a nosotros del rey ni de sus huestes?

—Una sola pregunta, Teodosio: ¿Te quedas aquí esta noche?

—Es probable.

—En tal caso, te recomiendo una cosa. Amaya ha sido inocentemente despojada por la loca, por Petronila, de un brazaletes de oro.

—Lo he visto desde la otra peña. No es ya probable, es seguro que esta noche la pasaré aquí.

—Pues bien, haz lo posible por recobrar esa joya y devolvérsela a su dueño.

—¡Oh! Pierde cuidado, García, haré lo posible y lo imposible por hallarla y entregársela a su dueño—exclamó Teodosio con extraño regocijo.

Y se sonrió, y se alejó detrás de las peñas, hacia la torre o caserío de Echeverría.

Iba cayendo el sol, y no había tiempo que perder si los expedicionarios habían de tornar a Val-de-Goñi, para lo cual dió García las órdenes convenientes, disponiendo que todos los godos, excepto Ranimiro y

Amaya, fuesen a pie, y que se preparase a ésta un caballo a gusto de su padre. Pero hallándose ya a punto de montar, le dijeron que cierto godo, mortalmente herido por uno de los suyos, estaba expirando, y quería ver al caudillo de la partida.

Suponiendo García que acaso Ranimiro y no él fuese el llamado por el moribundo, hízose acompañar por el jefe godo, por no perder un solo instante; pero cuando el herido, que estaba desangrándose cerca del riachuelo que por allí descende del alto de Lecumberri, conoció al magnate por el traje y armadura, lo rechazó con rabia de no haber sido comprendido, hasta que, apartándose Ranimiro de su vista, se le presentó García.

—¿Quién sois?—le dijo el moribundo.

—García, señor de las Amezcuas, capitán de los vascos.

—A vos, a vos quería ver antes de morir.

—Hablad.

—¿Entendéis bien el latín?

—Como el vascuence.

—¿Y el hebreo?

—Para hablarlo no, aunque algo quiso enseñarme un monje.

—¿Pacomio?

—No. ¿Qué ha de saber Pacomio de lenguas, como no sean estofadas?

—Pues bien; yo llevo aquí un pergamino... en hebreo. Soy judío. La suerte de mis hermanos y la vuestra es una misma; todos estamos oprimidos, vejados, igualmente perseguidos por los godos. Aquí va vuestra libertad, vuestra salvación, vuestra independencia.

—¿Nuestra libertad?

—Sí.

—¿Nuestra independencia?

—Sí, mil veces sí. Todo esto, y la ruina y destrucción de nuestros comunes enemigos.

—Explicadme...

—Juradme que a ninguno de ellos habéis de leer ni entregar este pergamino.

Y al decir esto, con mano trémula quiso sacar del pecho un rollo.

García le contestó:

—Yo nada te prometo, ni juro nunca en vano. Ven-ga acá ese pergamino, que me pertenece como despojo de guerra; y en Dios y en mi ánima haré de él lo que me dicten el honor y la conciencia.

—Enteraos de él. Si llegáis a comprenderlo, vascos y hebreos nos hemos salvado.

Y diciendo estas palabras, volvió a señalar el pecho, de donde García le ayudó a sacar una especie de canuto cilíndrico y sellado.

—¿Queréis más?

—No.

—¿No queréis el agua del bautismo, teniéndola tan cerca?

—Tampoco.

—¡Desdichado! ¡Mira que de este instante pende tu salvación eterna!

—No; soy israelita, y soy... soy además...

Y el judío dobló la frente y cesó de hablar.

García guardó el pergamino, el cual llevaba en latín y en caracteres romanos este sobre: «Para Rab Abraham Aben Hezra, en Pamplona.»

Lo poco que del hebreo quiso enseñar a García el monje su maestro bastaba para hacerle comprender que la carta del judío iba dirigida al principal maestro

o rabino que por casualidad o de asiento, accidental o constantemente residía en Pamplona.

Cuando se reunió de nuevo a Ranimiro, le preguntó:

—¿Conocíais a ese desdichado?

—No: al separarme de él, mientras le hablábais, he preguntado a mis siervos quién era, y me han dicho que es un judío que andaba alrededor de Cantabria, y que en Varia se ha entendido con unos mercaderes israelitas de Toledo.

—¿De Toledo?

—Sí, y que traía el camino de Pamplona. Al repasar nosotros el Ebro se agregó a mi escolta, creyendo de este modo hacer el viaje con toda seguridad. Esto sucede con frecuencia, y no se le niega a nadie, aunque sea judío. El en pago ha querido amotinar a vuestra gente para asesinarme. Tened presente este dato, el cual me prueba que ese hombre obra en todo y procede por designio de la raza judaica, mortal enemiga de los cristianos y ahora principal, según yo creo, de los terribles males que a la cristiandad amenazan.

—¿Conocéis en Iruña a un israelita, que debe ser de los principales, o tal vez el primero de todos, llamado Rab Abraham Aben Hezra?

—No, pero ese nombre no me coge de nuevas. No es, ciertamente, la primera vez que suena en mis oídos.

—¿En esta tierra?

—Aquí, en Vasconia.

—¿Recientemente, o mucho tiempo ha?

—No es de hoy mi recuerdo; no es de esta época. Esperad. Es de tiempos de Witiza. Años atrás, no sé quién, tal vez nuestro santísimo prelado, me preguntó

si mientras fui conde de Pamplona tuve noticia de ese gran maestro de los hebreos. Le contesté, como a vos ahora, que no; y con más exactitud que a vos, porque entonces era ciertamente la primera vez que oía el nombre de ese rabino.

—Está bien; pero ¿habéis oído lo que me ha dicho el infeliz que acaba de expirar?

—Sí; todo lo he visto, y escuchado todo.

—Se ha negado a recibir el agua del bautismo por ser judío y otra cosa más...

—Cuyo nombre y secreto se ha llevado al otro mundo.

—¿Qué puede ser nadie más opuesto a la verdadera religión que judío? ¿Qué secta se conoce entre vosotros peor que la judaica, y sin embargo, compatible con la ceguedad de los hebreos?—preguntó García.

—No lo sé, pero hace tiempo que abrigo ciertos temores... Guardad bien ese rollo, García; tened cuidado con él; mirad a quién se lo mostráis, porque sospecho que tenéis en vuestras manos la clave de los misterios en que estamos envueltos... Quizá la salvación de España.

—Pero ¿qué podía ser ese hombre además de judío?

—Peores que judíos ha de haber otros hombres aquí y fuera de aquí, García. ¿Si será una dicha para la cristiandad que por haber yo caído prisionero haya venido a vuestras manos la carta de ese desdichado?

—Hablares. Ahora seguidnos al valle de Goñi. Iremos todos: vuestra hija, sus siervas y toda vuestra gente.

—¡Cuidado con ese pergamino! García, ¡si pudierais leerlo vos solo, sin intérpretes, sin necesidad de tercera persona!

—Tal vez.

—¡Oh! Entonces confío en vuestro corazón; nos hemos salvado.

—¿Quién?

Ranimiro no se atrevió a responder; hizo cabalgar a su hija, montó él en su propio caballo, y trató de seguir a García, que daba las órdenes de emprender la marcha, no sin haber comprendido la significación del silencio del tiufado.

—Pero el godo, ¿viene también con nosotros? ¿No lo ajusticiamos antes?—preguntaron algunos de los más atrevidos.

—Ranimiro irá adonde yo le lleve —replicó con entereza el mancebo de las Amezcuas;—quien se quedará para siempre en el camino será el que se me oponga o me replique. Adelante, muchachos. Llevaremos en medio de nosotros, no unos cuantos prisioneros, sino el honor de los navarros.

Y todos le obedecieron. Tanto el tiufado como su hija lo comprendieron todo, porque sabían vascuence; pero Ranimiro lo oyó sin inmutarse, sin que nadie pudiera presumir que lo había entendido.

Amaya dirigió a García profunda e inefable mirada de gratitud. Después dejó caer el velo sobre su rostro, sin duda para ocultar su conmoción y lágrimas que le arrancaba la precaria suerte de su padre.

CAPITULO VI

De los pasos que dió Teodosio en busca del brazaleté de Amaya.

Cuando Teodosio se despidió de García Jiménez tomó, según queda dicho, el camino del fuerte o granja de Echeverría, anhelando, al parecer, por cumplir

el muy encarecido encargo que acerca del brazalete le había hecho su amigo.

Ya se puede figurar el discreto lector que no eran menester grandes encarecimientos ni recomendaciones para que el hijo de Goñi tratara, no sólo de averiguar el paradero de la misteriosa alhaja, sino de salvarla y aun de adquirirla a toda costa.

En cuanto a restituirla después a sus legítimos dueños, tampoco podía haber duda. Pero ¿quién eran éstos? ¿Los godos o los vascos? ¿La hija de Ranimiro o la de Lartaun?

Debemos suponer a Teodosio completamente decidido a favor de la última, por grandes apariencias de razón que amparasen las pretensiones de la primera.

Desde el momento en que supo o pudo presumir que el secreto por excelencia vascongado, el tesoro de la *esqualerria*, se encerraba en aquella joya, ésta no podía seguir perteneciendo a los enemigos del pueblo éuscaro, fuesen cualesquiera los títulos y derechos que en favor de la goda Amaya se alegaran. Una vez perdido para ella el legado de Aitor, ya no debía recobrarlo jamás.

Ni la procedencia del brazalete, ni su no interrumpida ni hasta el presente disputada posesión, ni el cariño filial, ni la voluntad de Paula, justificarían nunca que el patrimonio de los vascos, la herencia, por decirlo así, nacional, fuese a manos de los aborrecidos godos; que la riqueza guardada por espacio de tantos siglos para beneficio y esplendor del pueblo éuscaro, sólo por el capricho, o más bien, por la defección inconcebible de una mujer de la prole de Aitor, viniera a convertirse en arma de guerra contra la raza favorecida.

Paula, en rigor, había dejado de ser vascongada des-

de el punto en que se hizo goda; sus derechos pasaron íntegros a sus hermanas Amagoia y Usua; y como ésta tenía sucesión y aquella no, de la hija de Usua, de la Amaya de Butron, por todas las tribus reconocida y aclamada como *hija de Aitor*, era el tesoro, y por consiguiente, todo cuanto al descubrimiento y conservación del tesoro esencialmente correspondiese y atañera.

Así, poco más o menos, discurría Teodosio; pero la imparcialidad histórica nos obliga a sospechar que, aparte de estas razones legales, tenía otras singulares y especialísimas, que más poderosa, si no más desinteresadamente, le inclinaban hacia los derechos de Amaya de Aitorechea.

Como quiera que fuese, el hijo de Miguel, que había escuchado con suma atención el diálogo de García y los dos ilustres godos al pie de la roca, y comprendido, a pesar de su afectada ignorancia del latín, la importancia y valor del brazalete, concibió allí mismo el proyecto de apoderarse de él, rescatándole del poder de los enemigos y poniéndolo a salvo de los caprichos, arrebatos y manías de una loca, a todo lo cual él se creía más obligado que nadie como presunto caudillo de los vascos en la próxima campaña, como amigo también de Lartaun y su familia.

Iba Teodosio impaciente en busca de la codiciada joya, pero alegre y esperanzado. Si algún amargor le dejaron en el corazón el disimulo a que se creyó forzado y el desabrimiento y sequedad con que trató al mancebo de las Amezcuas, al fin había tenido el valor de reconocer y confesar su yerro, y la inmensa satisfacción de que su amigo le encomendara por cuenta de una de las partes interesadas en el negocio lo mismo que él trataba de ejecutar en provecho exclusivo de la otra.

—¿Qué más puedo apetecer?—se decía a sí propio, dirigiéndose ufano al caserío.—Estoy obligado a salvar el secreto de Aitor como el primero de los vascos, y por si esto no fuera suficiente, el mismo encargo recibo también de esa familia de godos, en mal hora enlazada con la de nuestro patriarca. Tanto unos como otros estamos interesados en que el brazalete salga del poder de esa pobre loca; luego, Dios dirá. Esto me allana el camino para llegar al fin que me propongo. Dios me protege. Dios lo quiere.

Y aquel joven, que en medio de los grandes sofismas de su entendimiento y de las violentas y mal refrenadas pasiones de su corazón, conservaba una fe viva y cierto fondo de religión que le protegían contra sus malos instintos, produciendo en la lucha esas anomalías y desigualdades de carácter que ya habremos notado, se detuvo un momento a santiguarse, repitiendo:

—¡Dios lo quiere! Mi intención es recta; yo voy a buen fin... ¡Dios me protegerá!

Por lo demás, la empresa de recobrar el brazalete le parecía fácil y sencilla. Petronila había tornado sin duda al acostumbrado hogar, a sus sempiternos murmullos, a su canticio y balance perpetuos, y por única novedad en tan monótona existencia, verfase la suspirada joya resaltando en el denegrado brazo de la demente, si es que con inocencia infantil no la había escondido donde todo el mundo pudiese verla, o cuando no, en sitio harto fácil de descubrirse por las frecuentes visitas que, a modo de niña, hiciese al flamante juguete.

Al acabar de hacer la señal de la cruz sintió la voz de una muchacha que venía cantando por las breñas

detrás de dos vacas, que, al parecer, con el sonido de sendas esquilas la acompañaban en sus regocijados cánticos. Era Olalla, que, a pretexto de apacentar el ganado, se encaminaba nuevamente hacia el portillo sólo por el placer de acercarse nuevamente al teatro donde tantas y tan interesantes escenas se acababan de representar, y de las cuales es de presumir que la curiosa niña ni una sola había perdido.

—¿Qué es eso, futuro rey de Vasconia?—exclamó con risa tan franca como inocente.—¿Tan fea te parece que me saludas como si vieses al mismísimo diablo? ¿O por ventura me confundes con mi prima la pagana, y quieres espantarme haciéndome la cruz?

—La hija de Aitor no se espanta de la cruz de los cristianos—contestó Teodosio.

—Bueno es que se vaya acostumbrando, porque no hemos de parar hasta ponérsela en la frente.

—De lo cual me holgaría tanto como cualquier cristiano.

—Ya lo creo; y no sería todo por amor de Dios.

Y tornó a reirse con malicia siempre candorosa. Viendo el de Goñi que no podía luchar en travesura con la gentil vaquera de Echeverría, le dijo para desviar la conversación:

—¿Y adónde vas, Olalla, por el monte abajo?

—¿Y de dónde vienes tú, Teodosio, por el monte arriba?

—Me extraña verte llevar las vacas hacia donde están los godos.

—Más me extraña a mí verte venir como huyendo de los vascos vencedores.

—Si para vencer no han necesitado de mí, ¿qué falta les hago después de la victoria? Todo ha con-

cluido, niña, diré yo como la canción de tu madre; ya puedes volverte a casa con tus vacas. García, que ha sido el héroe de la jornada—añadió el de Goñi con su incorregible ironía,—se ha marchado a la sierra con los prisioneros, y yo, mero testigo de tantas glorias, vengo a pedirte un pedazo de pan y un haz de heno para dormir esta noche en Echeverría.

—¿Conque ninguna parte has tomado en la función, y has sido autor nada menos de la principal hazaña?

—¿Has visto, Olalla, qué cosa tan casual?—le contestó Teodosio, que se complacía en el recuerdo.

—Mejor que nadie—repuso la niña.—Te he seguido los pasos, con la mirada, se entiende, desde que te asomaste por el camino de Aitormendi.

—¡De Aitormendi!

—O de Aitorechea, lo mismo da—replicó la vaquera encogiéndose de hombros con tanta naturalidad como donaire.—Hace mucho tiempo que no llevas otros caminos, aunque a mí me parezcan de perdición. Río arriba y río abajo, subiendo al monte y descendiendo al valle, buscando puertos y salvando cordilleras; pero al Norte, al Norte-siempre. ¡No se desviará mucho Teodosio de Goñi de la estrella polar!...

—Veo que, en efecto, me sigues bien los pasos...

—No soy yo sola, desdichado, no lo soy.

Piensan los enamorados,
piensan, y no piensan bien;
piensan que nadie los mira,
y todo el mundo los ve.

Lo ve mi padre, con torvos ojos por cierto; lo ve todo fiel cristiano con igual pena. Todos menos mi madre;

¡que si ésta lo supiera!... Y ni siquiera se lo figura, porque te cree mejor de lo que eres, y te respeta; y porque la pobre está así... como esa pagana amiga tuya se ha complacido en ponerla. ¿Pero a mí qué? Lo mismo me da que te empeñes en casarte con mi prima, como con su tía, la viuda de Basurde...

—¡Con Amagoya!—exclamó Teodosio prorrumpiendo en carcajadas, con que se desquitó de todas las de la niña.

Pero ésta no tenía trazas de cortarse ni con navajas de afeitar, y replicó:

—¿Pues qué? ¿no vas buscando coronas entre las hijas de Aitor? ¿No llevas entre ceja y ceja lo de la profecía? ¿Qué más te da a ti moza que viuda, si al darte su mano te entrega el cetro?

Esta vez, y con harta razón, hay que confesarlo, se picó y se dió por ofendido el hijo de Miguel, y contestó con sequedad:

—¡Calle la rapazuela! Olalla, ¿dónde está tu madre?

—Teodosio—dijo la vaquera con verdadero sentimiento,—te digo estas cosas porque te quiero; vale más que las oigas de mis labios que de otros que te hablarán con menos franqueza, pero también con menos cariño. Teodosio, vuélvete a Goñi; aprovecha estos días, estas horas, poniéndote al frente de todas las tribus. Te lo digo porque lo dicen todos, y a todos nos toca muy de cerca, aunque a nadie más que a ti. Teodosio, escucha a la pobre niña cuya voz es la de toda esta tierra: hazte rey, o duque, o capitán nuestro, que la fruta se va pasando ya de madura, y si al suelo se cae, la cogerá cualquier muñeco. Hazte rey, que después eso de mi prima vendrá si está de Dios. Porque, Teodosio, si quieres convertirte de primero en último

de los vascos, no tienes más que casarte con una pagana.

—¡Cierto!

—¡Digo! ¡No ha de ir un hijo de Miguel de Goñi a quedarse a la zaga sólo por enamorarse de muchachas que no estén bautizadas!

Y viendo que el caudillo guardaba silencio, añadió recelosa:

—Al menos así me lo parece, Jaun Teodosio.

—Y también a mí, Andra Olalla.

—Gracias a Dios que te veo puesto en razón. Pues bien, Teodosio, no pierdas el tiempo, te lo repito; deja a los monjes predicar y convertir a mozas infieles; deja el corazón de Amaya en manos de Dios. Mira que su tía Amagoia es la que manda, y que ésta es más terca que un azor, más áspera que un erizo, más cerril que un potro de Aralar y más salvaje que lobo hambriento; mira que esa mujer no se da a partido, ni se dobla, ni se tuerce. ¿Ves lo pino que está el peñón de aquella cumbre? Pues tan tiesa es Amagoia. Sólo una mujer se ha conocido más altiva: mi madre antes de ponerse loca.

—Olalla, hablaremos en otra ocasión—contestó el de Goñi.—Principiaste por ofenderme, y concluyes por dejarme agradecido. Te diré lo que he dicho a García: quien me quiera, que tenga confianza en mí. Yo seré rey, porque todo el mundo se empeña en darme el cetro, y sólo quiero que se deje a mi elección el cuándo y cómo he de empuñarlo. Por ahora me voy a tu casa, necesito ver a tu madre, y si es posible a solas, mejor. Supongo que se habrá vuelto al hogar, cual de costumbre.

—Pues supones mal.

—¿Por qué?

—Porque desde que bajó de las Dos Hermanas no ha tornado al caserío.

—¿Lo sabes de cierto? ¿La has visto?—preguntó el de Goñi con alguna inquietud.

—La vi saltar como un oso al caballo de la goda; la vi detenerlo, derribarlo, completar tu obra.

—¡Salvar a la hija de Ranimiro!... Ella, ella es quien realmente la ha salvado.

—Y sabiendo bien lo que se hacía.

—Pero después... ¿adónde ha ido después?

—La he visto correr y brincar con alegría de que no la creía capaz, con rostro radiante y hermoso como nunca me lo había figurado; exaltada, sí, pero natural; llevando en la mano una cosa que relucía al sol y besándola y apretándola luego contra el corazón con muestras de cariño. Debe de ser algún amuleto que la goda le ha dado agradecida.

—Bien; pero después, ¿qué ha sido de tu madre? ¿Adónde ha ido con esa cosa reluciente?

—A la montaña.

—¡A la montaña! Eso es muy vago, y yo quisiera, yo necesito saberlo a punto fijo.

—Pues te lo puedo decir, porque acabo de ver a los pastores, que al reclamo del encuentro de esta mañana han bajado de Aralar...

—¿Y qué dicen de tu madre?

—Que tomó por el monte de Echarren a Ichasperri, y de aquí por la senda de Aguirigui arriba...

—¡A la peña!

—Sin duda, y siempre con esa torce, patena o relicario en la mano.

—Y ¿a qué ha ido Petronila a la peña de Aralar? ¿Qué piensas tú? ¿Qué te figuras, Olalla?

—Pienso que la infeliz habrá ido a esconder el regalo de la dama como si fuese un tesoro; pienso que si la expresión natural de su semblante podía infundir alguna esperanza de curación, eso de escaparse al monte con tan insignificante joya es para descorazonarnos; eso es de loca.

—Mira, Olalla, ya no voy a tu casa.

—Lo siento. Y si es para volver al Norte, lo sentiré más.

—¿Tienes pan?

—Una hogaza entera. Me la eché al saco con algunas otras cosillas por si alguno de los nuestros no había podido comer...

—Perfectamente. Esas vacas, ¿tienen algo de leche?

—Poca será, porque las he ordeñado esta mañana, y con este trastorno no he podido hasta ahora sacarlas a pacer.

—Dame la que sea. Apenas me he desayunado hoy...

—¡Pobrecillo! Y dentro de poco será hora de cenar. Mira, Teodosio, ven a casa, allí tenemos de todo.

—No, no puedo perder momento. Me basta un cuenco de leche y un pedazo de pan. Luego vaciaré en mi morral las provisiones del tuyo y marcharé, no al Norte, no, sino al Poniente, por esos montes despoblados en busca de tu madre.

—¡Oh! Pero ella volverá—contestó la hija;—no tengas ningún cuidado. Volverá, vendrá a cenar y a dormir a casa. Nadie se mete aquí con ella. Aquí no estamos como allá bajo, cerca de su hermano Lartaun o de su cuñada Amagoia. Aquí todos somos amigos; porque el peligro nos une y no tenemos que vagar para esas rencillas propias de brujas que ponen el grito en el cielo porque una vez, sólo una vez al cabo de tres si-

glos, se descolgaron los godos por Aitormendi. Aquí los tenemos como moscas, y encuentros y refriegas más frecuentes que malos nublados.

La niña, que tenía tanta soltura como desparpajo, daba muestras de haber sido educada por su padre, pues aprovechaba el tiempo a maravilla hablando y haciendo obras de misericordia, esto es, dando de comer al hambriento futuro señor de Goñi y presunto rey de Navarra. Del blanco morral que traía al lado, sacó limpio cuenco de madera y una hogaza, y puesta de hinojos delante de una vaca, la ordeñó hasta que la leche, caliente y espumosa, rebasó los bordes de la cazuela.

—Toma—añadió, presentando a Teodosio la frugal merienda con toda bizarría.

El de Goñi se había sentado a la sombra de unos olmos para tomar la leche, y la muchacha se colocó a su lado sin ceremonia y con la mano bajo la barba y el codo en la rodilla; le estaba contemplando sin pestañear. Era morena, de cara redonda y de ojos llenos de candor y travesura.

—¡Qué apetito, qué apetito!—exclamó.—¡Bien se conoce que vienes de tierra de infieles! ¡Y qué mal te corresponden los muy gentiles! ¡Por mi santiguada que esos pícaros, paganos y todo como son, te han hecho ayunar sin devoción alguna!

En efecto: Teodosio de Goñi sentía inefable satisfacción en comer aquel pan moreno empapado en templada y substanciosa leche. Gozábase sentado enfrente de aquella inocente y gentil muchacha, llena de sencilla y graciosa malicia, y extendía los ojos por los desiguales contornos de las azuladas sierras y las violadas tintas de los valles, que en vano procuran imitar las

suaves nieblas del fuego de Bengala. Miraba como distraído los juegos del sol de Poniente, que por las aberturas de las opuestas peñas se abría paso a los barrancos, como esos desprendimientos de celestial fulgor que envuelven la cabeza de los bienaventurados en los cuadros de Zurbarán o de Murillo.

No perdía ni el canto de las aves, que ya buscaban su nido; ni el vuelo de las palomas, que tornaban a las almenas de la torre como el inocente busca el amparo de los fuertes; ni el susurro del aire, ni el murmullo de los manantiales, ninguno de los misteriosos encantos de la tarde. En suma: Teodosio, como presintiendo su próxima ventura, disfrutaba de todo cuanto veía y le rodeaba. ¡Extraña condición la suya, tan dada por el vigor de su cuerpo a los arrebatos y ceguedad de la materia, como por la vaguedad de su espíritu al embeleso de la contemplación! La muchacha parecía como encantada de verle comer y gozar, y hubiera querido que no tuviese tanta prisa por marcharse. Cuando Teodosio acabó de tomar la leche, le dijo Olalla:

—Vamos, ahora este cuarto de cabrito.

Y sacó de su zurrón pastoril, no mal provisto según trazas, una pierna asada y con el riñón bien cubierto, que, fiambre y todo, despedía excitante y seductora fragancia.

—Gracias, niña, gracias—le contestó Teodosio;—por ahora tengo bastante; lo guardaré para la noche.

—Pero ¿no te he dicho que mi madre ha de volver?

—Sí; pero necesito encontrarla cuanto antes para que nadie le quite esa cosa que relucía en sus manos, y es el brazalete de la dama goda.

—Nadie quita aquí nada, como no sea vascos a go-

dos, y godos a vascos; porque eso está en el orden—repuso la hija del merodeador.

—Sí; pero quitar a tu madre ese brazalete no sería hurtar, porque ella, sin saber lo que hacía, se lo arrebató del brazo a la goda, la cual lo reclama.

—¿Por qué?

—Porque dice que es suyo.

—¡Cómo! ¿Y echa de menos ese juguete que puede distraer siquiera algunos momentos a una pobre loca a quien debe la vida?—dijo Olalla con muy sentido pero desdeñoso acento.

—Esa joya es para la dama de inapreciable valor. Por ella daría quizá cuanto posee, porque es la única memoria que le ha quedado de su desdichada madre.

—No se perderá en manos de la mía. Porque la madre de esa dama era Paula, íntima amiga de mi madre, y el cariño que aún la tiene—bien lo has podido observar—es superior a la demencia; ha sobrevivido a la muerte de su razón. ¡Si ese brazalete ha pertenecido a Paula, si en tanta estima lo tenía, yo te lo aseguro, no se perderá!

—¿De veras?

—Y ahora me haces caer en la cuenta de los pasos de mi madre; ahora lo veo todo con claridad. Somos felices, nos hemos salvado—exclamó la niña como súbitamente inspirada y con un arrebató de alegría.

—¿Por qué?

—Porque eso de irse tan lejos para esconder, sin duda, no una joyuela cualquiera, sino el brazalete de Paula, pensando en el cual la he sorprendido alguna vez, lejos de ser acto de locura, como antes creía, páreceme prueba de que mi madre ha recobrado el juicio.

—Explícate, muchacha—dijo Teodosio procurando disimular la mala impresión que le producían estas palabras.

—Teodosio, yo no sé más sino que soy su hija, y que en los años que cuento todavía no he recibido una caricia de mi madre; mientras que para su antigua amiga, ni pasa el tiempo ni hay locura que valga; sólo sé que el amor que la tiene parece que se extiende... ¿a quién te diré yo? al mismo Ranimiro...

—Bien; pero ¿cómo supones tú que trata de esconder el brazalete, y que eso es prueba de que tu madre ha recobrado el juicio?

—¿Qué sé yo? Porque en las cosas que atañen a su amiga Paula creo que nunca lo ha perdido. Y luego, bien lo puedes conocer tú; una loca no hace eso, no anda así dos o tres horas de camino... Algún fin ha de tener... Por alguna razón se ha de guiar; y si obra con intención... conocimiento tiene.

—¡Cierto! ¡Cierto!—exclamó Teodosio desconcertado.—Discurres bien. Pero si ha escondido esa joya en la inmensa montaña de Aralar, echarnos a buscarla sería tiempo perdido...

—¡Y tan perdido!... Sobre todo si, cual suele hacer con otros objetos que quiere conservar, lo arroja a la sima.

—¿Qué sima?—preguntó turbado el caudillo.

—En la peña—contestó Olalla—hay una cueva, y en la cueva un pozo muy hondo, muy hondo, adonde mi pobre madre, sin saber lo que se hace, tira algunas cosas creyendo que las guarda. Y en efecto, bien guardado está lo que allí cae... No hay miedo de que nadie saque nada de allí.

—¿Tan profunda es la sima?

—No sólo profunda, sino madriguera de dragones.

—¡De dragones!

—Siempre se ha creído que por lo menos un dragón se oculta en el fondo.

Calló la niña, y el hijo de Miguel, por disimular su mal humor y su inquietud, por tomarse tiempo para discurrir, por hacer algo en la impaciencia que le devoraba, trepó a los peñascos que circundan el barranco, y parecen como cimientos de aquel soberano monte; y al llegar a la altura volvióse al Occidente, tendió la vista por la sierra y gritó:

—Sube, Olalla, sube si puedes.

La vaquerilla, que conocía a palmos aquel terreno, subió fácilmente por un sendero.

—Mira—le dijo Teodosio, con una mano sobre las cejas para que no le ofendiesen los rayos del sol, y señalando con la otra una persona que descendía de la parte de Aralar.—¿La conoces?

—Es mi madre que se vuelve a casa. ¿No te lo decía yo?

—Y baja presurosa, pero naturalmente.

—Sí, Teodosio, sí; esa manera de andar no es de loca. Ya no salta, no brinca... sigue derecha su camino... el camino más breve... Tiene prisa por llegar. ¡Bendito sea Dios! Yo sí que voy a perder el juicio si llego a tener madre que me conozca y que me quiera.

—Saldremos a su encuentro.

—No, no la interrumpamos, no la contrariemos en nada. Ella volverá... Viene desalada... Diríase que le falta el tiempo para hacernos felices...

La observación de Olalla le pareció a Teodosio prudentísima; fuera de que, en las subidas y bajadas, vueltas y revueltas de aquel camino casi discrecional

de cabras y pastores, era no sólo fácil, sino probabilísimo que se cruzaran sin encontrarse.

Aguardaron, pues. No quiso Teodosio descender de los peñascos, como si temiera que Petronila se le fuese a escapar; hasta que al fin, puesto ya el sol, sintieron el *irrintza* lanzado por la poderosa garganta de la gigante.

—¡Abajo!—dijo Olalla.—Todo como siempre.

Y descendieron a la pradera. Encima de las rocas se apareció luego la colosal figura de la cantora, que conoció a su hija y le gritó:

—¡Olalla, Olalla! ¡Victoria completa!

En seguida principió a cantar:

En somo, somo la sierra,
se alza el peñón de Aralar,
y allá, en el hondo, en el hondo,
nuestros tesoros están.

La cruz vencerá al dragón,
cruz a la cruz guardará...

—¡Hija de mi vida!—exclamó suspendiendo el canto repentinamente.—¡Ya soy feliz! Ya está entre nosotros.

Momentos después, la pobre niña, que miraba a la cantora con desconfianza, recibía el primer abrazo, el primer beso, y lo que para ella fué todavía más consolador, las primeras lágrimas de su madre.

—¡Qué gozo, madre de mi vida!

—¡Qué triunfo!—le contestó Petronila, cuya mirada parecía algo extraviada aún.

—Sí, todos nos hemos salvado.

—*Todo* se ha salvado, Olalla.

—Aquí tenéis al hijo de Miguel de Goñi, que ha disparado la flecha contra el caballo de la dama.

—Sí—dijo Teodosio adelantándose;—yo os he ayudado a salvar a la hija de Ranimiro.

—¡A la hija de Aitor!—exclamó Petronila, frunciendo el entrecejo.—Se la puede robar su casa, pero no su sangre.

—A la dama goda. Es una dama al fin, aunque hija de nuestro mayor enemigo.

Petronila le miró de arriba abajo, y se puso a cantar, con hartito desconsuelo de su hija, que la escuchaba llorando:

¡Torre de Aitor, será un monstruo
quien te asalte a fuego y sangre;
pero quien mata a su hermana,
ese es un monstruo más grandel

El día en que me dió a luz,
y en dos se partió mi madre,
mil gallinas se mataron,
corderos a centenares.

Me casé con ese godito,
y en mi boda no hubo nadie,
ni el cura que nos bendijo
quiso a la mesa sentarse.

Torre de Aitor, que servías
de palomar a mi padre,
dentro tus cuatro paredes
mi hermana me mata de hambre.

¡Torre de Aitor, será un monstruo
quien te asalte a fuego y sangre,
pero quien mata a su hermana,
ese es un monstruo más grandel

Olalla, como sabemos, comprendía perfectamente el significado de los cantos de su madre; pero en la presente ocasión, ni costumbre ni agudeza de ingenio

eran necesarias para conocer todo el alcance de aquellas estrofas, que la mal curada loca tomaba de antiguas canciones, y con pasmosa facilidad acomodaba a lo presente.

Teodosio mismo, que a pesar de transitar tanto por aquel valle no abusaba ciertamente de la hospitalidad de Echeverría, cayó luego en la cuenta de que Petronila le había contado a su manera la historia tan interesante como terrible, tan misteriosa como nueva, de la noche de Aitormendi; y teniendo en descifrar el enigma del incendio, relacionado indudablemente con el brazalete y el secreto de Aitor, más vivo interés que ningún otro vascongado, se apresuró a sacar el partido posible de aquel lúcido intervalo, antes que cualquier accidente imprevisto se lo impidiese. Por eso, acercándose a Petronila, le dijo:

—Petronila, los dos hemos salvado a la goda, yo hiriendo a su caballo, vos deteniéndole al borde del abismo. Amaya os está vivamente agradecida; pero echa de menos el brazalete de su madre.

La loca, por toda respuesta, se puso a cantar:

¡Ay, hija de mis entrañas,
cuando mi seno rasgaste,
en el palomar de Aitor
un cuervo vino a posarse!

Cuá, cuá, graznaba, y te dije:
«Este viene a devorarte,
que te ve recién nacida
y sin cuna y sin pañales.

Y aunque en la torre de Aitor
y en la casa de tus padres,
de frío vas a morir,
y barrunta tu cadáver».

Hija de mi corazón,
 ¿por qué me llamas tan tarde?
 ¿Por qué has de ser enemiga
 de la amiga de tu madre?

—¿Lo habéis oído?— repitió Teodosio. —Echa de menos Amaya el recuerdo de Paula; teme que la joya se pierda.

Y Petronila, sonriéndose con una expresión de sublime inteligencia y de supremo desdén, le contestó:

—Tranquilízate. ¡No se perderá!

—Pero la goda lo reclama como suyo.

—¡Mío es por ahora! Suya podrá ser la joya; pero lo que encierra es mío.

—¿Cómo así?

—El secreto de Aitor ha vuelto a mis manos. ¡Es mío, sólo mío, mientras corra peligro en las de Amaya! Así me lo hizo jurar su madre, y así lo cumplo; y el ansia de cumplir lo prometido, y Dios, que oyó mi juramento, me preservarán de la locura. Pero si la Providencia lo dispone de otro modo, Teodosio, déjame decir una palabra antes que vuelva a perder el juicio: ¿Sabes tú quién dió fuego al palacio de Aitor?

—¡El goda! ¿Quién lo duda?

—¡No fué Ranimiro!

—¿Pues quién?... ¿Quién pudo ser sino ese bárbaro?

—¿Sabes tú lo que ese brazaletes encierra?

—Decídmelo. Eso es lo que debo y quiero saber.

—¡El secreto de Aitor!—exclamó Petronila, con su antigua altivez.—Ya lo sabes. Vete, díselo a tu Amagoya; vete y dile que su marido Basurde mató a su cuñada. Y dile que ya no estoy loca, que no quiero estar loca; que necesito el juicio, mi sano juicio, y que

lo conservaré, Dios mediante. ¡Dios mío, yo no quiero estar loca!

—Bien; pero si Amaya reclama, no el secreto, que no es suyo, porque es goda, sino el recuerdo, la memoria, la joya de su madre, ¿dónde le diré que puede recobrarla?

—¡Pobre infeliz! A ti te lo digo, Teodosio, no a ella. ¡Pobre infeliz, que quieres esconder tu ambición, tu codicia y tu infidelidad detrás de mi cariño! Dile que esa joya queda en Aralar, el rey de los montes en esta cordillera.

—¿En qué punto?

—¿También eso? Dile que la joya está en la sima, lo entiendes, en la sima de Aralar, sobre la cual he puesto una cruz... Ya lo ves, que no me duelen prendas. Ningún vascongado, cristiano ni gentil, es capaz de remover y derribar la cruz, cuyos brazos se extienden protegiendo el tesoro de nuestros padres.

—¡Cielos!—exclamó Teodosio, retrocediendo de su curiosidad ante aquel hermoso y profundo misterio de la sencilla fe de Petronila.

—Si; la cruz vascongada protege desde esa montaña toda la *escualerria*. Vete a buscar ese nuevo tesoro. Atrévete tú, hijo de Jaun Miguel y de Andra Plácida de Goñi, atrévete a robar a las tribus del *lauburu* su nueva y santa enseña.

—No, no será así, Petronila. En esa nueva enseña más que en la antigua confío... Por ella trabajo...

—¿De veras? Pues bien, confía en ella, Teodosio; ten el valor de tu vocación, y sé bueno, y sé mi amigo. Si necesitamos reyes, tú lo serás o los harás tú. Sacúdete manto y túnica de toda inmundicia pagana. Somos del cielo antes que de la tierra; el Dios de la *escualerria* es

Jaungoicoá, el Señor de lo alto, y quien mira de arriba, nos mira a todos.

—¿Qué quieres decir?—exclamó Teodosio, cada vez más preocupado, no sabiendo ya si estaba escuchando los desatinos de una demente o las sublimes verdades de una inesperada profetisa.

—¿Lo sé yo, por ventura?—respondióle ésta.—Quien viera de una mirada lo que yo he ido viendo día por día y año tras año, estallarí de espanto y horror como tonel de vino que hierve sin salida; quien sepa concebir y quiera ejecutar lo que yo pienso...

—¿Pero qué piensas?...

—¡Esta mañana he traslucido mi pensamiento en los ojos de García!—dijo Petronila con la vista nuevamente extraviada.

—¡De García!

—¡Son ellos!... ¡La nube de langostas africanas viene a caer sobre las selvas verdes y frondosas de los Pirineos!... ¡Ellos! Basurde... Abraham... sobre el palacio y tesoro de Aitor...

Y dándole la mano con vigor y energía más que varoniles, soltó la voz y se puso a cantar como loca:

Torre de Aitor, será un monstruo..., etc.

Olalla miró a Teodosio con tristeza, no exenta de amargura.

—¡Ah! Venía bien; volvía tal vez curada, y la has trastornado de nuevo el juicio.

El hijo de Goñi comprendió que aquella reconvencción no era del todo infundada, por más que no fuese completamente justa; pero no queriendo luchar con el dolor de una hija ni perder en disculpas momentos

que debía aprovechar para la ejecución de sus ocultos planes, se despidió de la niña, tomando el camino de Navarra por el lugarcillo de Echeverri.

Cuando perdió de vista la torre almenada con techo de pizarra puntiagudo; cuando observó que los zagales encerraban sus rebaños en el aprisco, y dejó de percibir en los corrales el balido de los corderillos recién nacidos, blancos y sin mancha, que aguardaban hambrientos e impacientes la llegada de las madres, torcióse hacia la derecha, y dejando el rellano de la aldea, tomó pecho arriba por la parte de Eguiarreta hacia la montaña, célebre hoy por los extraños acontecimientos que son objeto de la presente historia.

Cuando se vió fuera del camino y entre los bosques y asperezas de aquellas breñas, buscó las chozas y majadas de que antes huía, y habiéndose encontrado con un carbonero, le preguntó si por casualidad había visto aquella tarde a la loca de Echeverría, que de esta manera antonomástica era, aún más que por su nombre, conocida en la comarca. Contestóle afirmativamente el tiznado montañés, añadiendo que le dejó asombrado verla trepar a la cueva y sepultarse en ella.

—¿Visteisla salir?

—No, señor—contestó el carbonero de Aralar;—pero de seguro que no está dentro, porque al cabo de un rato, movido de curiosidad, entré en la cueva por ver qué hacía allí la loca, y no la encontré. Sin duda se había marchado, echándose por derrumbaderos de cabras para bajar más presto.

—Y en la cueva, ¿qué hizo la loca? ¿No visteis allí nada que llamara vuestra atención?

—Sólo una cruz de palo enclavada en la hendidura de la peña.

—¡Holal! ¡Una cruz de madera! ¿Pero de hechura reciente?

—La loca acababa de plantarla allí. Eso se conocía claramente.

—¿Y qué habéis hecho de ella?

—¿Qué he hecho de la cruz de palo?—exclamó el carbonero, extrañando la pregunta.—Rezar y dejarla en su sitio.

—¿Y qué hay debajo de la cruz?

—¿Debajo de la cruz? ¡Qué preguntas! Debajo está la sima.

—De manera que la cruz se alza sobre la sima.

—Sobre la misma boca del pozo.

—¿Y nunca habéis descendido a él?

—¡Bajar al pozo! Jamás. Ni yo, ni nadie. Aunque no debe de ser difícil, porque no parece muy hondo, según suenan las piedras que yo he tirado.

—Pues bien, hermano; yo seré el primero. Cuento contigo para bajar esta misma noche.

—¿Y el dragón que hay dentro?

—No le tengo miedo. Soy devoto de San Miguel, y tú sabes bien qué cuenta da el arcángel de los dragones.

—¡Pero sin más ni más descender a la sima! Eso es tentar a Dios.

—No es tentarle, sino intentar una buena obra.

—¿Cuál?

—¿Qué os importa?—contestó Teodosio con severa voz y agrio semblante.

Pero después de haber reflexionado algunos instantes, añadió dulcificando rostro y acento:

—Hermano, has visto entrar en la cueva, pero no salir, a la loca de Echeverría; esa circunstancia y la cruz

de madera me hacen sospechar si en un rapto de locura se habrá tirado esa infeliz al pozo. Es preciso averiguarlo. Conque arriba os espero. Deja el horno a buen recaudo, y sube luego con cuerda, luquetes y teas. Tú nada temas, que al pozo yo solo he de bajar. ¿Me conoces?

—Os he visto pasar algunas veces de la sierra de Andía a la de Ahuñemendi y descender al valle de Butron.

—Soy Teodosio de Goñi, y si me sirves, no quedarás descontento de mí.

—¿Queréis que suban mi mujer y mis hijos para ayudarnos?

—No hacen falta. Por el contrario, que se queden en la *chabola* cuidando de la hoguera; quiero que esto de la sima sea un secreto entre vos y yo.

—Así será; esperadme arriba, que no tardaré en reunirme con vos. Afortunadamente, tendremos buena luna.

Teodosio llegó poco a poco a la cumbre de la montaña, en cuya espaciosa meseta de peña viva álzase hoy la gran basílica de San Miguel de *Excelsis*, tan rica un tiempo de hospederías, señora de la villa de Muruela y de grandes fábricas y caseríos. La iglesia cubre la boca de la cueva, y, por consiguiente, el pozo donde Petronila había arrojado el brazaletes de Amaya. A la sazón, ni templo, ni casas, ni monasterio, ni hospederías existían. La cumbre estaba cubierta de matas de robles y carrascos, que brotaban de las grietas; la cueva, formada por un hundimiento brusco de la roca caliza, medio oculta entre espinos y matorrales; y allá dentro, en el fondo, bajo una concavidad, descubriase la boca de la sima, sobre la cual, improvisada y tosca cruz tendía al aire y medio inclinada hacia el fondo sus brazos protectores.

No había duda; aquella cruz había sido puesta allí pocas horas antes, y sólo persona de colosal estatura y de hercúleas fuerzas podía haberla hincado tan honda y firme sobre el abismo.

Sentóse Teodosio a la entrada de la gruta, sumido en tan graves reflexiones, que se olvidó de la temerosa soledad en que yacía; pero en la inquietud con que de cuando en cuando se levantaba a mirar hacia la subida, daba a conocer la impaciencia, la ansiedad con que esperaba al carbonero.

CAPÍTULO VII

En que se cuenta quién salió de la sima de Aralar, del habla que tuvo con Teodosio y de la boda que le propuso.

Si la montaña de Aralar, magnífico eslabón de la cadena pirenaica que se alza soberbio hasta enfrente de las sierras de Urbasa y Andía, y al lado de las de San Adrián y Gorbea, tiene suma importancia en el orden geográfico, no menor le corresponde en el orden histórico y tradicional.

Los autores, que, apoyándose en la dudosa autoridad del historiador Flavio Josefo, suponen tubalina, y, por consiguiente, jafética, la misteriosa raza éuscara, fijan desde luego su atención en el nombre de Aralar, que con poca diferencia es el mismo que en griego lleva la Armenia, primer solar del linaje humano después del universal diluvio.

Esta semejanza de voces por sí sola no daría siquiera margen a racionales conjeturas; pero se presenta acompañada de notables coincidencias. Resalta, desde

luego, que a la falda de Aralar, en el valle mismo de Larraun, nace un río, llamado Araxes; y Araxes se llama también el río armenio, hermano del Eufrates, que desemboca en el mar Caspio; Gordeya, el monte de Ararat en que posó el arca, y Gorbea, y antes Gordeya, el gran nudo de la misma espina dorsal que Aralar y teatro, como recordará el lector, de los primeros acontecimientos de nuestra historia. Estrabón nos cuenta que uno de los ríos de Armenia se denomina Arago, y Arago, sin quitar ni añadir una tilde, con el artículo *a* pospuesto, *Aragoá*, se dice en vascuence el Arga que corre por la cuenca de Pamplona y recibe las aguas del Larraun y el Araquil, unidos al descender de la sierra de Aralar.

Todo esto y los sucesos históricos y hasta de carácter sobrenatural que allí ocurrieron, prestan al monte cierta aureola de misterio, que parece como indicio de especialísima y perdurable Providencia.

La peña de San Miguel de Excelsis, último escalón de la más empinada cumbre, que se eleva hacia el Norte a distancia de cinco minutos, era entonces fragosísimo desierto. De día, rarísima vez trepaban hasta la mesa de la cueva cabras desmandadas que, los pastores con la honda, y los mastines a fuerza de carreras y ladridos, solían hacer tornar al rebaño; de noche los osos, lobos, jabalíes y otras fieras quedaban dueños del campo.

Teodosio no se asustaba de alimañas, ni de hombres; no se acordaba siquiera del peligro, no conocía el miedo. Crédulo, como generalmente son las gentes rudas y de corazón abierto, su mismo valor y la costumbre de mandar le hacía, sin embargo, superior a cierta clase de preocupaciones. Pero ni la imaginación ni las

reflexiones le llevaban a la sazón por ese lado; no le asaltaba la superstición, no tenía al descomunal vestiglo, al nunca visto dragón de la sima; harto tenía que meditar en los extraordinarios, inesperados y nada fantásticos sucesos que había presenciado.

De vuelta de Aitormendi o de Butron se halló de improviso con un héroe que, según se exaltaba y se daba a conocer, podía en poco tiempo eclipsar todas las glorias de sus contemporáneos. La sorpresa de las Dos Hermanas, la inesperada captura de Ranimiro, no podían menos de dar a García Jiménez nombre y fama temibles para quien no admitía rival ni en su amor ni en sus aspiraciones al trono. Nada, es cierto, le disputaba el mancebo de Abárzuza y las Amezcuas, modesto, sencillo, ingenuo y sin ambición; pero sin quererlo podía despojarle de todo. Era rico y nobilísimo como pocos, instruído y esmeradamente educado como ninguno. Faltábale lo principal en aquellos tiempos de rudos y constantes combates: gloria militar y prestigio de victorias...

—Pero comienza bien—decía Teodosio para sí, con torva frente y agitado pecho;—principia como nadie; lleva en su primer hazaña sello de predestinado. ¡Tender las redes y coger a Ranimiro y a su hija! ¡Hacer presa del hombre más odiado y temible y de la mujer más peligrosa para los vascos! ¡La única dama goda a quien nosotros tenemos necesidad de guardar en la montaña mientras no se despoje de prendas, secretos y pretensiones que puedan perjudicar a la hija de Aitor! No, no seremos tan necios que desperdiciemos la ocasión que Dios nos depara. Yo la aprovecharé. No tiene aquí nadie que la proteja... Sólo una loca que, en su estupidez y soberbia, revela lo que más ocul-

to debía de tener, y descubre sus secretos a quien más afán y mayor interés tiene por conocerlos... Dios lo hace. No en balde llevo tan noble, recto y santo fin.

Y el hijo de Miguel se atrevió entonces a dirigirse a la boca del pozo.

—La cruz está aquí, sobre el tesoro de Aitor, sobre la joya que guarda la clave del tesoro. Petronila, por falta de malicia o por altivez de condición, ni me engaña ni disimula siquiera la verdad. Ha subido aquí con el brazalete, lo ha lanzado al hondo y ha puesto por guardián y centinela esta cruz. ¿No es por ventura el triunfo de la cruz lo que yo busco? ¿No le alcanzaré llevando ese secreto a los paganos de Butron? ¿Qué podrá negarme Amagoya? Se convertirá, y ella y toda su familia serán bautizados; y entonces mía será Amaya de Butron, y yo seré quien haya completado la conversión de todos los vascos al cristianismo: ¡yo seré rey!

Y tras de breve pausa prosiguió:

—Esa cruz está ahí para protegerme; ella me dice: «Tú buscas la victoria de la religión por el secreto, y aquí estoy guardándolo para ti». Tú reinarás, Amaya; yo reinaré contigo, y con nosotros reinará la cruz.

En medio de los sofismas que se forjaba para persuadirse de que en sus violentas pasiones sólo se dejaba guiar por espíritu religioso, y en medio del desdén que afectaba al hablar de Petronila, sentía desasosiego en lo íntimo del alma siempre que se le presentaba la imagen de aquella mujer. Loca rematada, como parecía, no se arredraba de luchar contra las más arraigadas preocupaciones de los vascongados, y dejaba vislumbrar vastísimas tendencias, superiores a las de toda su raza. Como quiera que fuese, tenía en sus manos el secreto, y con él la suerte del país, quizá la del mismo Teodo-

sio, a quien, si unas veces daba a entender que lo quería, mostraba las más que lo despreciaba. Religiosa y altiva, quizá de su misma religiosidad procedía su elevación de miras; loca y cuerda alternativamente, si era impenetrable y extravagante en el delirio, nadie la aventajaba en grandeza de pensamientos cuando en sano juicio aparecía.

Y semejantes contradicciones, misterios tan profundos y fuera del alcance de la mente de Teodosio, eran lo único que le daba miedo en aquella soledad, en aquella cumbre, donde se agarraban tradiciones, fábulas y leyendas, como nieblas que subían de los valles y nubes que cruzaban de monte a monte.

Sorprendióle en estas dudas y cavilaciones la llegada del carbonero, que le trafa cuanto le había pedido y era menester para bajar a la sima; mas no su concurso, no su auxilio personal.

—Teodosio—le dijo el patán,—vengo a cumplir mi palabra y a daros una buena noticia, que hace inútil vuestro generoso intento.

—¿Qué noticia me traéis?

—La loca no está en la sima, como crefais; la he visto sana y salva. Con que así, bajad presto a pasar la noche con nosotros, que estos lugares no son para que en ellos duerma en paz ningún cristiano.

Viendo Teodosio que aquel hombre temblaba, sin querer ni poder quizá dar un solo paso hacia lo interior de la cueva, lo despidió diciéndole que él se quedaba allí para demostrar a los montañeses que nada temía. En vano le instó el carbonero, arguyéndole de temerario; Teodosio fué insensible a sus ruegos, y tornó a quedarse solo en la espantable caverna.

Encendió luz, y tomando una tea, se dirigió con re-

solución a la boca de la sima. Tiró adentro algunas piedras, que caían en seco después de tropezar y detenerse brevísimos instantes en las paredes laterales. Ni era insondable ni excesivamente honda, como creía el vulgo. Podía Teodosio atar la cuerda a cualquiera de las peñas inmediatas para descender con seguridad, y en cuanto a ser madriguera de alimañas o dragones, el silencio que reinaba en lo profundo harto indicaba lo vano de temores semejantes.

Angosta y circular, con un techo semejante en lo ojival a la arquitectura de este nombre, y por los artesones, colgantes, festones y filigranas a la mudéjar y gótica florida, debía de ser uno de esos prodigios de estalactitas y estalacmitas, cristalizaciones y esmaltes, que, como joyas de orfebrería, guardan las montañas en su estuche de rocas calizas.

Dado el objeto que se proponía Teodosio, y su admirable presencia de ánimo, todo le incitaba al descenso. De la posesión del brazalete y, por ventura, sólo de la noticia cierta de su paradero, dependía su felicidad, su influjo y crédito con la familia de Aitor, con la temida y prepotente Amagoia, inflexible y, en expresión de Olalla, tiesa como el peñón de Aralar, y de la cual tenía él necesidad para sus proyectos.

Es verdad que la joya no era de Teodosio; pero ¿quién le podía disputar el derecho y hasta la gloria de salvarla? Fuera de que García le había encargado que la recobrase, es decir, que se la quitara a la loca, que la devolviese a su dueño. ¡Su dueño! ¿Qué otro podía ser que Amaya, la hija de Usua y de Lartaun de Butron? ¿No era ella la *hija de Aitor* por todos cuatro costados? ¿No se referían expresamente a ella las misteriosas y proféticas palabras que Aitor en su famosa

aparición después del incendio había dirigido a Amagoya?

Teodosio, por consiguiente, no creía faltar ni a sus deberes ni a su delicadeza en apoderarse de la mal segura presea, en averiguar fijamente su paradero, para que el secreto de que tanto bien había de resultar al pueblo éuscaro no quedara a merced de una insensata, o no fuese a parar a manos de una familia mortal enemiga de los vascongados.

—Pensar—decía Teodosio—que hoy, esta mañana misma, esos tesoros estaban perdidos sin esperanza, abandonados, olvidados, y que esta noche, dentro de poco, van a ser de mi dominio... ¡Y qué partido tan grande puedo sacar del hallazgo! ¡Ranimiro y su hija guardados a mi disposición en mi propio castillo de Gastelúzar, y en mis manos también el brazaletel...

Pero esta idea debía turbar un poco su conciencia, porque tornó a caer en taciturna meditación, y exclamó luego murmurando:

—No temo a la cruz, no, porque voy a cumplir con mi deber. Pero... me temo a mí mismo. Yo la amo, la he pretendido cuando el tesoro de Aitor estaba olvidado como cosa completamente perdida; pero si el secreto reaparece, si el tesoro se le adjudica, la hija de Lartaun, que hoy no es más rica que yo, me llevará mañana inmensa ventaja, y se dirá que la he pretendido para esposa cuando la he visto opulenta. Y no es esto, no—añadió levantando la frente, inquieto y agitado;—yo la quiero por fines más altos, yo la quiero para mí, pero también para su pueblo y para Dios. Y volvió los ojos nuevamente a la cruz.

La luna, casi redonda, que había aparecido en el horizonte una hora antes de ponerse el sol, salía en

aquel momento de entre las nubes que cruzaban como fantasmas desde los picos del Pirineo a la cresta de Aralar, y dió de lleno en el fondo de la cueva, dejando en descubierto sus rocas cortadas a pico, verticales y en hiladas de diversas estratificaciones rojas, parduzcas, amarillentas y azuladas, sólo interrumpidas por zarzas o matorrales de espinos, avellanos y manzanos silvestres que brotaban en las grietas, o por algún lagarto a quien el resplandor de la tea y los pasos de Teodosio habían despertado.

La cruz resaltaba sobre el pedestal y proyectaba torcidas sombras en el lienzo iluminado por la luna, cuando Teodosio, después de haber atado la escala de cuerda llena de nudos a uno de los pilares próximos al pozo, arrojóla dentro y se quedó como escuchando los ecos subterráneos, o quizá indeciso y temeroso. Creía percibir extraños ruidos y movimientos en el fondo de la sima. Entonces se acordó del dragón y sacó la espada con ánimo de embestirle si por allí salía; pero quedóse como entumido y paralizado al sentir humana voz que sonaba tremenda en lo cóncavo del peñón:

—¡Baja!

Teodosio quiso contestar, pero tiritaba, dando diente con diente.

—¿No bajas?—prosiguió la voz.—¿No te atreves?

El arrogante caballero, no queriendo parecer cobarde ni ante personas invisibles, ni a sus propios ojos, fué a descolgarse de la cuerda; pero en su aturdimiento y precipitación derribó la cruz, que cayó a la sima resonando de roca en roca con pavoroso estruendo. Ya no pudo más: arrojó la tea y huyó despavorido a la entrada de la caverna, quedando allá mudo y sobresaltado.

—¡No es esta empresa para mí!—exclamó por fin con terror y desaliento.

Y al volver los ojos a la negra boca de la sima aparecióse de medio cuerpo arriba una mujer que, desgredada y con los brazos desnudos y cruzados delante del pecho, miraba a Teodosio con aire triste, desdeñoso y compasivo. Era Petronila.

—Dices bien; no es para ti la empresa, ni para ningún hombre honrado, Teodosio—le contestó la aparecida.

Y como el hijo de Miguel se quedase mudo de asombro, de cólera o de remordimientos, prosiguió la loca:

—Estos son los mancebos esperanza de la patria; éstos los hombres son que aspiran a reyes de pueblos que no los han tenido nunca. Estos que vienen aquí de noche y con escalas, como ladrones, a robar lo que no les pertenece; los que principian queriendo descubrir secretos que no son suyos, y que yo les arrojó a la cara en desafío.

—Petronila—exclamó Teodosio con ira,—no me insultes, porque puedo olvidarme de que estás loca, como...

—¡Como te has olvidado de ti mismo!—añadió Petronila completando la frase y sonriéndose con una compasión, con una amargura de semidiosa.—Como te has olvidado de que eres cristiano, hasta el punto de convertirte en miserable instrumento de gentiles, que te seducen con la hermosura de mi sobrina la pagana. Siéntate, amigo Teodosio, siéntate. Yo no te quiero mal, no quiero ni he querido mal a nadie, ni a esa misma Amagoysa a quien tanto deseas complacer y por cuya conquista y protección darías la mitad de tu soñado reino. No perderás el tiempo en esta inmensa soledad, que recuerda la soledad universal del diluvio, pa-

sando breves horas con una pobre vieja y loca. Ante todas cosas—añadió, como pidiendo confirmación de sus protestas,—yo no estoy loca, te lo advierto. He tenido mis manías, me he sentido con la cabeza débil, muy débil, porque era hervidero de encontrados pensamientos, de ideas inconciliables, de imaginaciones, de temores, de esperanzas, de torcedores, de angustias... He perdido la razón días, meses, años enteros quizá, y entonces descansaba. Por eso he vivido, y me despierto ahora con todo el vigor de la juventud; con fuerzas para cogerte en volandas y sepultarte en la sima; para abrazar peñascos y peñascos y aplastar a todos los paganos de Aitormendi. Pero, te lo repito para tu gobierno, Teodosio, no estoy loca. Desde que la he visto... ¡Qué hermosa es la hija de mi Paula! Desde que he recobrado el brazalete, y sobre todo, desde que tengo la seguridad de que nadie ha descubierto el secreto que me confió la primera hija y heredera de Aitor cristiana, la reina y señora del solar vasco, cristiano desde entonces para no dejar de serlo nunca, ¡ah! desde este momento tengo juicio, y tenerlo no es ya mi tormento, es la tranquilidad, es la esperanza. Y lo será más cuando haya completado la obra que me encomendó. Ya no tengo dudas, ni temor, ni remordimientos. Hoy lo he descubierto todo, y todo lo veo claro.

—¿Dónde lo habéis visto? ¿Qué habéis descubierto?—preguntó el caudillo de Navarra, que cuanto mayores esfuerzos hacía la hermana de Lartaun por persuadirle de su sano juicio, más precario y endeble lo creía.

—¿Dónde? En lo más hondo de mi cerebro. Hijo de Gofñi, yo estaba loca; pero menos de lo que todo el mundo se figuraba. Hablaba la gente delante de mí

como delante del perro tendido al amor de la lumbre; y en tantos años de pasar y repasar por mi cocina chicos y grandes, cristianos y gentiles, monjes y seglares, godos y vascos, y hasta judíos, Teodosio, ¡hasta judíos! todo se ha dicho delante de mí, todo se ha revelado.—¿Quién está aquí?—preguntaban.—La loca; no hagáis caso.—Y seguían hablando.

—¿Quién?

—¡Quién!—exclamó Petronila como espantada de sus recuerdos.—Abraham Aben Hezra.

—Nunca lo he oído nombrar.

—Joziz Aben Joseph.

—Tampoco. ¿Qué gente es esa desconocida y que sabe, por lo visto, lo que yo, caudillo de los vascos, ignoro?

—Gente enemiga de vascos y godos; gente que trata de vender a España... La misma Respha y Chori... todos los cómplices de Basurde se han hospedado en mi casa, se han calentado en mi hogar.—¡Ah! ¿Quién es esa? La loca... nada entiende... es lo mismo que esa pared; lo mismo que ese escaño... Es imbécil, estúpida...—Y hablaban, hablaban, y yo cantar y más cantar... pero quedito... murmurando... No perdía palabra.

—¿Pero llegabais a comprender?...

—Todo y nada. Comprendía lo que decían, pero entonces como si no lo entendiera, porque rara vez acertaba a unirlo y ligarlo con lo demás. Estaba como sin memoria, como quien sueña que se ahoga y no tiene fuerzas para alzar el brazo y asirse a la rama que le roza la cara. Yo tenía en mi cabeza un almacén de secretos, revelaciones y descubrimientos, como quien tiene un montón de piedras labradas y no sabe levantar con ellas una mala pared. Pero hoy recobro el juicio,

miro hacia mi balumba de sillares, y sin esfuerzo dispongo de ellos, y los muros quedan hechos y la casa terminada.

Teodosio no acababa de entender aquel género de locura, y las explicaciones mismas que se esforzaba en dar Petronila le parecía nuevo descarrío de razón enfermiza o de persona completamente desatentada. Pero en medio de todo le infundía respeto y aun temor instintivo o supersticioso.

Cuerda o loca, conocía aquella mujer a gentes de quien no tenía él la menor idea, y poseía secretos tan terribles, que quizá eran causa de su demencia.

¿Quién sabe si estaba inspirada por espíritu superior al de humanas criaturas? Esta reflexión preocupaba principalmente al hijo de Goñi; porque en tal caso, el desacuerdo de miras y sentimientos en que estaba con Petronila tomaba proporciones de lucha, en la cual no podía lisonjearse de salir victorioso.

—Pero ¿en qué piensas tú, Teodosio?—le dijo Petronila para sacarle de sus meditaciones.—¿Nada tienes que decirme ni que preguntarme? ¿Todo lo he de charlar yo? ¿Quieres que vuelva a perder la razón? ¿Me prefieres loca a sensata?

—¿Quién os ha dicho que estaba yo aquí?—le contestó el caudillo, tratando de inquirir la causa de aquella extraña aparición.

—Lo he presumido desde que te vi alejarte de Echeverría, donde era natural que pasaras la noche. Al ver la dirección que llevabas por el camino de Aralar, no me quedó duda de la falta que ibas a cometer. Yo tenía la culpa. He sido siempre muy orgullosa y he creído a todos tan soberbios como yo. ¿Cómo suponer que un hijo de *Goñi*—*Go i ñi*: en alto yo—había de ser

menos mirado y celoso de su dignidad que la pobre mujer de Ochoa? Eché detrás de ti. Subí poco a poco, porque estaba ya cansada, cuando me encuentro al carbonero con zahones de cabra que subía hacia el pico de Alchueta con teas y cuerdas. Quedóse sorprendido al verme, y con regocijado semblante me dijo que ibas a sacarme de la sima en que creías que me había precipitado. Lo comprendí todo. Conocí que, con pretexto de investigar si yo, que estuve esta tarde en la cueva, me había sepultado en el pozo, querías descender al fondo para apoderarte del brazaletes.

—¿Y por dónde habéis entrado en la sima?

—Por el fondo. No hay en esto milagro ni maravilla.

—¿Tiene salida a otro lado?

—Lo debías suponer. Su techo, sus columnas, sus cristales, se forman del agua que la roca destila, y si el pozo está seco, el agua que cae tiene que salir por alguna parte.

—¿Y habéis hallado el brazaletes?

—Sí; y a poco que me hubiera descuidado no habría tenido esa fortuna.

—¿Conque es decir que habéis salido de las entrañas de la tierra, habéis trepado a la boca de la sima por la escala que yo arrojé sólo por el gusto de decirme que me llevo chasco?

—Precisamente.

—¿Conque es decir que habéis venido a insultarme en la derrota?

—Teodosio, te veo muy próximo a tu perdición, porque estás muy cerca de la amenaza. ¡Desdichado de ti si llega a salir de tus labios! No te temo, ni a ti, ni a ningún hombre, porque soy superior a todos vosotros

en fuerza y en valor. Sé defender mi vida como nadie, y en caso necesario, sé despreciarla también. Así, pues, quieto, Teodosio, y tengamos la fiesta en paz; que yo, ni antes ni después de loca, he sufrido amenazas ni insolencias. Tus Amagoyas te lo pueden decir. Te llevas chasco, sí, pero no como te lo figuras, no como lo temes. Te llevas chasco, porque sin necesidad de descolgarte en busca del brazalete de Paula, te lo subo yo.

—¡Vos!

—Y lo subo para que lo tengas en tus manos, para que lo palpes y lo examines y puedas decir a mi hermano Lartaun, a mi sobrina Amaya, a mi cuñada Usua, y sobre todo, a mi concuñada Amagoysa: esa alhaja ha parecido; ha estado en mi poder; he abierto sus secretos; los he registrado; he leído sus inscripciones, que son dos: una patente y manifiesta en vascuence, y otra oculta y debajo en latín: *Aitoris Arcanum*.

—¿Será posible, Petronila? ¿No me engañas? ¿No te estás mofando de mí?

—Estoy hablando como solía hablar antes de volverme loca; cual debo hacerlo cuando de estas cosas hablo, y más aún, cuando de estas cosas tengo que tratar contigo por primera vez en mi vida; contigo, que tienes las mismas aspiraciones, y, a tu manera, la misma ambición que yo; contigo, que consideras a mi sobrina, cual yo a la hija de Paula, como inmediata heredera de Aitor, futura reina de Vasconia. Si no fuese para tratar contigo de cosas tan graves, ¿a qué habría yo subido aquí, buscándote en el desierto y el silencio de la luna? Hubieras descendido a la sima, pero ni aun allí habrías dado con la joya que buscabas.

—Sentaos, pues, al par de mí, y hablemos presto.

—Presto, sí, no sea que recordando tantas y tan ho-

ribles cosas se me escape la razón, se me trastorne nuevamente el juicio y quede inútil para la gran obra que Dios ha puesto en mis manos.

—¡En vuestras manos!

—Y en las tuyas también, si no quieres que el cetro con que estás soñando pase a las manos del hombre que necesito. Escucha, Teodosio—dijo Petronila, sentándose al borde de la peña;—yo fui quien para servir a mi amiga Paula, casada con el godo Ranimiro, avisé a éste de que Amagoya y su marido Basurde tenían emparedada a mi amiga en la torre de Aitormendi; yo exigí palabra al godo de que para libertarla no había de verter ni una gota de sangre ni perpetrar ninguno de esos atentados que la guerra, al parecer, autoriza. Pero cuando oí decir a todo el mundo que el caudillo godo llevó su venganza al extremo de incendiar el caserío de Aitor, y de abrasar dentro de la torre a una mujer, y de asesinar por la espalda al marido de Amagoya... ¡oh! entonces, sin datos y sin fuerzas tampoco para defenderlo, comencé a sentir dudas, escrúpulos y, por fin, espantosos remordimientos. No dormía, no comía, no sosegaba en ninguna parte.

»El mundo entero acusaba a Ranimiro; pero nadie tan crudamente como yo, porque nadie como yo sabía que la mujer abrasada era la misma del incendiario, la cual había dado o estaba próxima a dar a luz una criatura. Pero más que al bárbaro parricida, yo me acusaba a mí misma; mi conciencia me decía que sin mi delación, sin mi desmedido afán de servir a Paula, aquellos crímenes no se habrían perpetrado. Agrega a esto que yo también, por complacer a mi amiga, había puesto en manos del terrible perseguidor de los vascos, del mortal enemigo de nuestra raza, ese brazaletes, en cuyo

seno iba encerrada la clave del secreto de Aitor. Y gracias que guardé silencio acerca de este punto, y tuve la precaución de ocultar a Ranimiro tan peligrosa noticia. Considera, Teodosio, si hay fuerzas corporales bastantes para resistir esa tortura; si hay corazón de roca o bronce que no se quebrante en el yunque de tantos dolores; si hay cerebro que no quede aplastado bajo el peso de tan crueles pensamientos.

»Sólo Dios me sostuvo, suscitando contra mí cierta clase de enemigos, y principalmente una mujer que me aborrecía por haberme hecho cristiana y haber contribuído a la conversión de Paula, la primogénita de Aitormendi. Amagoya, mi eterna enemiga. Amagoya y sus paganos, eran los únicos que se acordaban de mí para acusarme, para echarme en cara mis desgracias, para atribuirme hasta complicidad con Ranimiro. Su acusación me fué tanto más sensible, cuanto que recaía sobre los remordimientos de mi propia conciencia. Como ésta exageraba mis faltas, y la viuda de Basurde las abultaba hasta el punto de convertir sus increpaciones en calumnias, se rebeló tal vez mi dignidad o mi orgullo contra aquella mujer, y principié por defenderme como cristiana contra gentiles, para acabar acusando a la que me acusaba y quería convertirse en juez de mi espíritu. Sí, Teodosio, yo traía fiera batalla dentro del corazón, balumba de imaginaciones en la cabeza. Yo me decía: soy causa del incendio de Aitormendi, de la muerte de Paula y de cuantas calamidades aquella noche de espanto acontecieron; pero causa inocente, instrumento involuntario de la cólera divina. ¿Hice mal, por ventura, en procurar que Lorea, la heredera de Aitor, abrazara nuestra santa religión?

—No—exclamó el hijo de Goñi,—no hicisteis mal,

sino bien; y ese mismo bien procuro y solícito yo para su sobrina, para su cuñado, para toda esa familia. Porque cuando esa gente sea cristiana, ¿quién podrá con nosotros?

—¡Cuánto me alegro de oírte hablar así, Teodosio! ¡Cuánto gozo me causan esas palabras consoladoras, al cabo de veinte años de terribles pensamientos! Pues bien; ¿hice mal en salir al encuentro de Ranimiro, cuando devastaba el país vascongado y nos amenazaba con nuevos horrores para que le restituyésemos a su legítima esposa; hice mal en decirle: no busques rehenes, no persigas al inocente por castigar al culpable; haz la guerra, si quieres, pero con nobleza, sin crueldad, que yo te prometo descubrir el paradero de la mujer que buscas, y cuyas desventuras lamento como tú?

—Tampoco, y sobre todo, tu intención era buena, pura, santa; y si los hechos correspondieron...

—A mi buena intención correspondieron, Teodosio, porque desde entonces se aplacó la ira del godo, como tempestad a la voz de Dios; la guerra perdió su feroz aspecto de implacable saña, de ciego exterminio, y los pueblos y caseríos de lo interior pudieron respirar, tornaron a vivir. Aún más: gracias a mi inteligencia con Ranimiro y al convenio secreto que los dos habíamos celebrado, yo me sentí estimulada a inquirir el paradero de mi amiga, y lo conseguí, y logré salvar el secreto de Aitor, que de otra manera hubiera acaso perecido. Después de descubrir a Paula emparedada en la torre de su casa y con una hija en sus entrañas, a la primogénita de Aitormendi, injusta, bárbaramente maltratada por quienes, como inferiores, no podían ser sus jueces, ¿hice mal, por ventura, en dar cuenta de todo

al que por ley de Dios era su señor, su esposo y padre de la hija que aquella santa mujer llevaba en su seno?

—No; yo no me atrevería a condenaros por espantosas que hayan sido las consecuencias de semejante paso.

—¡Bendito seas, Teodosio!—exclamó la amiga de Paula con voz entrecortada por hondos sollozos.—Déjame llorar, amigo mío; después de las que hoy han caído sobre la frente de mi hija, éstas son las primeras lágrimas que vierto al cabo de veinte años.

Y tras un rato de silencio, sólo interrumpido por débiles suspiros y alguna que otra palabra de consuelo que se aventuraba a decirle Teodosio, estrechando las manos de la anciana entre las suyas, prosiguió ésta:

—Pues hubo más: valiéndome del ascendiente que me daban mis buenos oficios, mi amistad con Paula y las confianzas y encargos que me había hecho, arranqué al temido capitán de los godos la promesa de no entregarse a nuevos actos de violencia, de no derramar una gota de sangre por salvar a su mujer. Los únicos que aparecían culpables eran Basurde y Amagoia; y entonces fué cuando irritada yo por la persecución de esa enemiga que tal prisa se había dado en usurpar sus derechos, que ni a la muerte de Paula quiso aguardar para heredarla, entonces fué cuando se sublevó mi ánimo contra mi acusadora, y sin saber por qué, sin poderme fijar en otra razón más que en el instinto de mi orgullo, y, si he de confesarte toda la verdad, en cierto respeto o simpatía que inspira ese godo, ese Ranimiro, a quien llega a conocerlo, ello es que yo en lo íntimo de mi corazón decía: no, no puede ser tan bárbaro, tan feroz, tan salvaje el marido de Paula, cristiano, aunque godo; no puede ser tan criminal quien se

enamora de una santa; no es posible que ese hombre, leal y caballero aun con sus más encarnizados enemigos, haya faltado a las promesas que a mí me ha hecho; a mí, que soy acaso la única vascongada a quien por amiga y como representante de Paula ha mostrado siempre respeto y cariño. No puede ser que ese hombre haya incendiado por venganza el palacio de Aitor, el solar de su mujer, el más antiguo y preciado timbre de sus hijos; y menos que haya asesinado, que haya quemado viva a la esposa en quien idolatraba; y menos, infinitamente menos, a su hija, único fruto de sus amores, única esperanza y consuelo único de su corazón.

—Sí, Petronila—dijo Teodosio;—no puede ser. No conozco a Ranimiro más que por vuestro relato y por haber visto su noble semblante desde la cima de las Dos Hermanas; pero repito con vos: «no puede ser». Y eso que atribuíis al orgullo era la voz de la razón, el consuelo que Dios os enviaba en la perturbación de vuestra conciencia, en las diabólicas sugestiones de que érais combatida.

—Pues bien; de aquí pasé yo a sospechar de mis acusadores. Contra Amagoya no me atrevía. Llegaba hasta cierto punto, hasta el extremo adonde podía conducir la su exaltación, su fanatismo, su imaginación, a veces extraviada; su orgullo, que en ocasiones hiere y lastima a los que son tanto como ella; pero eso no me explicaba los resultados que veía, las consecuencias que estábamos palpando, los atroces crímenes de aquella noche. No, no tengo que acusarme, a Dios gracias, de haberme dejado cegar por inquina contra la hermana de Paula; mis sospechas se dirigieron principalmente contra su marido.

—¡Basurde!—dijo Teodosio.—He oído hablar de él en muy diverso sentido.

—Y yo en uno mismo siempre: en el peor. Pero no anticipemos los sucesos. De Basurde, antes de volverme loca, no tenía yo más que el recelo que inspiraban la falsedad de su carácter, la manera poco noble con que llevó a su cuñada a la torre de Aitor; pero todas estas luchas trastornaron mi cabeza. Perdí el juicio, aunque tenía momentos de lucidez, y entonces, según os he dicho, debí de oír cosas que se hablaban delante de mí sin empacho, como se habla delante de un niño, cosas que hoy acuden a mi memoria, sorprendida de hallarlas hondamente grabadas en mi cerebro. Yo no podía compaginar ni comprender cómo a Ranimiro se acusaba de la muerte de su esposa embarazada, y cómo al propio tiempo se hablaba de una hija de Ranimiro; y todo lo que con mi oscilante luz alcanzaba a vislumbrar era que el godo se había vuelto a casar y tenido quizá esa hija de otra mujer, y que esa hija, goda por todos sus cuatro costados y sin una gota de sangre éuscara, llevaría el brazaletes de Paula, y si daba por casualidad con el resorte, el día menos pensado sería dueña de nuestro secreto, de los tesoros de nuestro patriarca Aitor. Esa idea me mataba. Pero no hace muchos días que mis hijos fueron a la plaza de Iruña y vieron salir a Ranimiro para el pueblo godo de Cantabria; hablaron del padre y de la hija; supe que ésta se llamaba Amaya, que era hermosa con la hermosura de las hijas de Aitor, y se complacía en cantar las canciones de nuestras montañas.

»Supe que Ranimiro no se había vuelto a casar, y no me quedó duda de que esa dama era la hija de mi amiga. ¡Y esta mañana la he visto! He visto que Dios

me la traía por el camino del precipicio, que se venía a mí frente a frente, a buscarme, a decirme: sálvame, porque ahora que los hombres han hecho todo cuanto pueden dar de sí, ahora que se ha palpado la inhabilidad de todo mundanal esfuerzo, ahora lo toma Dios por su cuenta y te elige a ti por instrumento de su omnipotencia. Sálvame, y mira quién soy, mira a quién salvas. Y la miré, Teodosio—exclamó Petronila con inefable ternura.—La miré, la salvé, y Dios, completando su obra, me ha salvado por ella. ¡Sí, Teodosio; era ella! ¡era la hija de Paula, vivo retrato de su madre! ¡No puedo equivocarme ni confundirla con ninguna otra! Es ella, hija de Ranimiro; pero hija de Aitor también. Ante esa luz, ante ese nuevo sol que despejó las tinieblas de mi cerebro, he descubierto todo lo pasado, he recordado lo que de Basurde se ha dicho delante de mí cuando me creían imbécil o estúpida porque se gusa maquinalmente murmurando mis canciones.

»Basurde se quedó en el caserío de Aitor la noche en que Amagoña, con todos los suyos, había subido al monte a celebrar el plenilunio. ¿Por qué, siendo él pagano, no acompañó a su gente en la fiesta religiosa? ¿Por qué no huyó del caserío así que sintió el estrépito de la caballería enemiga? O si los creyó jinetes vascos, ¿por qué no se presentó a recibir cordial y hospitalariamente a los suyos? Después del incendio se le vió salir de la casa y huir hacia el monte, y entonces fué cuando cayó muerto a saetazos por los godos; pero ¿no pudo ser él quien dió fuego a la torre o palomar en que estaba encerrada Paula?

—¿A qué fin?

—Al único que llevaba en su perverso y corrompido corazón hacía mucho tiempo: a fin de convertir a

su Amagoia en heredera del poder, nombre, soberanía y sobre todo de las riquezas de Paula. Ese hombre, Teodosio, cuando tenía presa a mi amiga, se atrevió a proponerme que si ésta renunciaba sus derechos en Amagoia, si la hacía, por consiguiente, depositaria de los tesoros de la familia, quedaría en completa libertad y podría volver a tierra de godos, a vivir con su marido. Desdeñado por mí, rechazado sin duda por Paula, a quien es de suponer que hiciese, no una, sino mil veces esa misma proposición, se halló con que su cuñada, la verdadera, la legítima hija de Aitor, acababa de dar a luz una niña, con lo cual se alejaban las esperanzas para él, tan avaro y codicioso, de ser dueño del tesoro. ¿Es temerario, por ventura, figurarnos que diese muerte a Paula recién parida, y que aprovechando la entrada de los godos pegase fuego a la torre para ocultar su crimen con el incendio, y completar su obra infernal de exterminio de la rama primogénita del patriarca?

—¡Es atroz!...

—Sí, pero atrocidad menor que la que se atribuye a Ranimiro.

—Cierto, y más verosímil, dado el carácter del uno y del otro.

—Atroz; pero eso no lo he inventado yo; eso se ha dicho delante de mí, en mi hogar; y en mi hogar también se han indicado cosas aún más atroces de Basurde.

—¿Qué cosas?

—Cuando seas rey te las diré.

—Pero ¿no conviene que yo las sepa ahora?

—Ahora no, y tú menos que nadie. Es preciso que salgas de las garras de los enemigos de Cristo, de la viuda del malvado Basurde.

—Petronila, me duele el alma de tener que oírte hablar así de un vascongado.

—Antes que vasco era Basurde otra cosa.

—¿Qué?

—Pagano.

—Bien; pero pagana es su mujer, pagano tu hermano, pagana tu sobrina, y no por eso piensas de ellos...

—Lo que pienso de Basurde. Cierto... Aunque de su mujer... de Amagoya, no lo juraría.

—Pues bien, entonces...

—No te lo diré, Teodosio. No me muerdo la lengua; desprecio el arma de la amenaza y del misterio, ya lo sabes, ya lo estás viendo. Pero cuando debo callar, callo; y cuando la ocasión llega, ni el miedo a la muerte me impediría hablar.

—Guarda silencio. Lo que has dicho de Basurde me escuece, porque... porque es tío de tu sobrina; pero antes que la *escualerria*, antes que esa niña, antes que Amagoya, están la justicia y la verdad.

—¡Qué bálsamo derramas en las heridas de mi alma con esas palabras! ¡Cuánto me consuela el oírte hablar así! No lo olvides nunca, Teodosio; antes que la *escualerria*, están la justicia y la verdad. Pues bien, hijo de Goñi, aplica esa sentencia al caso en que te encuentras.

—Hablad.

—Teodosio de Goñi, no te cases con mi sobrina, la Amaya vascongada; cástate con la Amaya goda, la heredera, la hija de Aitor.

—¿Estáis ya loca, por ventura?—exclamó Teodosio con una carcajada que resonó con estrépito en la cueva.—¿Estaré perdiendo el tiempo escuchando desatinos y sandeces?—añadió murmurando.

CAPÍTULO VIII

El eco de los montes de Navarra.

No ofendió tanto a Petronila que se dudara de su cabal juicio, como el poco respeto con que el caudillo vasco la trataba. Pareciéndole, sin embargo, debilidad indigna de su carácter mostrarse resentida y personalmente agraviada, movida por recónditos resortes del corazón humano, que aun blasonando de franco y desprendido, procura siempre quedarse con algún fondo de reserva, contestó:

—¿Así desprecias a la hija de Paula?

Y quiso alejarse altiva y amenazante de la roca en que estaba sentada.

—No—le dijo Teodosio;—la hija de Ranimiro puede ser para vos, y aun para mí, la primera dama goda; pero nosotros debemos despreciar al último de los vascos que quiera rebajarse hasta casarse con ella.

—Pues entonces, hijo de Goñi, no serás rey.

—A costa de mi honra no quiero serlo.

—A costa de tu honra, no; pero a costa de tu conciencia, sí.

—¿Por qué lo decís?

—Porque tú, hijo de familia cristiana desde los primitivos tiempos de San Pablo o de San Fermín, quieres casarte con moza de quien nadie sabe que se haya bautizado.

—Lo he dicho; lo habéis oído; no puedo ocultarlo ni menos contradeciros—repuso Teodosio con entereza.

—Y ahora añadido—replicó Petronila con ese mismo

tono—que por lograr la mano de mi sobrina, no sólo estás faltando a tu conciencia, sino a tu propia dignidad.

—Petronila, segunda vez os ruego que me tratéis con más miramiento.

—Sólo te ofenden mis palabras en cuanto son eco de la voz que sientes en tu interior.

Teodosio inclinó la frente y guardó silencio. La amiga de Paula prosiguió:

—¿A qué has venido aquí? ¿A qué has trepado por breñas casi inaccesibles? ¿Para qué has mentido diciendo al pobre carbonero que me creías sepultada en ese pozo, cuando acababas de dejarme a las puertas de mi casa? ¿Para qué has pedido teas y cordeles?

—No lo niego: para descender a la sima y apoderarme del brazalete.

—¿Y qué querías hacer de él?

—Quitároslo a vos y entregárselo a su dueño.

—¿Amagoya?

—Amaya de Butron o Amagoya, lo mismo da.

Entonces Petronila sacó del pecho la joya de oro que arrancó del brazo a la hija de Ranimiro, y después de besar respetuosamente la cruz del óvalo, dijo:

—Míralo, Teodosio; aprovecha estos momentos de luna clara y casi llena; mira bien ese brazalete.

Y se lo entregó sin recelo. El hijo de Goñi lo recibió trémulo de gozo, y llevó también la cruz a los labios.

—Míralo bien—añadió la generosa anciana:—dime si esa cruz, imagen y recuerdo de la crucecita de madera que llevaba la primogénita de Aitormendi cuando sólo de corazón era cristiana, puede pasar al dominio de mujer, loca de rencor contra los fieles. Atrévete a vender a Jesús por treinta dineros. Ya lo has besa-

do; entrégalo ahora, a precio de la mano de tu Amaya, a la mayor enemiga de tu Dios. Nosotros acabamos de adorar el signo de nuestra redención; ellas lo escarnerán.

—Eso no.

—¿Amagoya no? ¡Ah, cuán ciego estás! ¡Qué poco la conoces!... Y si no escupen a la cruz, como los judíos al rostro de Jesús; si no la guardan para escarnio, ¿quieres decirme qué harán de esa medalla desde el momento en que la abran y vean que no encierra ya el secreto por que anhelan?

—El medallón será de la goda, norabuena; pero el secreto es de la hija de Aitor.

—¿Que se llama...?

—Amaya.

—*El fin.* Lee si sabes; mira lo que dice ahí.

—Lo sé: «El fin es el principio».

—Palabras de Aitor; ahí tienes su legítimo legado, su profecía explícita y auténtica. Dime tú ahora si una pagana podrá ser buen principio de cristiana monarquía.

—No.

—Pues bien; hazte cuenta de que Aitor mismo lo declara y lo dice: ese brazalete, ese secreto, no son, no pueden ser ni de Amagoya ni de su sobrina.

—Tomadlo—dijo Teodosio, y sin abrirlo se lo devolvió a Petronila.

—Hijo de Goñi—exclamó ésta mirándole reconocida, pero sin haber olvidado del todo su resentimiento,—repíte ahora que estoy loca.

—Lo mismo que antes. Tan desatinado sigue pareciéndome lo que me habéis propuesto, que si un vasco pretendiese a vuestra goda por esposa, no lo sé... pero creo que lo mataría.

—¿Aunque fuese amigo tuyo?

—Con más razón si era mi amigo.

—¿Aunque se llamase García?

—No ofendáis al héroe de las Dos Hermanas—respondió Teodosio con sarcasmo;—pero ni sus latines ni sus proezas me detendrían; ni que el traidor fuera hijo de mi mismo padre.

—Calla, insensato, calla. Bien se ve que tratas con paganos; bien se te han pegado los desatinos de Amagoya. Adiós, Teodosio; he venido a brindarte con la paz y la amistad; me parto con el sentimiento de tener que hacerte la guerra.

Entonces el caudillo de los vascos la asió el brazo y le dijo:

—Deteneos, Petronila; no quiero que nos separemos así. Tengo que hablaros, me habéis de oír, y si me escucháis, hemos de quedar amigos.

—No deseo otra cosa—contestó la loca, tornando a sentarse;—pero por mucho que me digas, se me figura que no lograrás que cambie de propósito. Más que tus obras me espantan tus sentimientos.

—No podéis apreciar mis sentimientos sin conocer mi historia. Escuchadme. Que estamos ya en los tiempos, ha largas centurias pronosticados, en que los vascos, cercados, envueltos, despedazados por los godos, necesitamos un duque o rey, nadie lo pone en duda. Coincide con esta necesidad, generalmente sentida, la desaparición de la línea masculina de la casa de Aitor, y por consiguiente, la proximidad del día en que una de las hembras de esa familia ha de ser reina y dueña del tesoro escondido por nuestro patriarca.

—Conformes.

—No sé si lo estaréis tanto en otra cosa que, sin

embargo, no es menos cierta. En esta tierra de vascos, entre los señores de todos estos valles, es tan corriente, consentido y vulgar que nuestro futuro rey ha de salir del solar de Goñi, que yo estoy acostumbrado a considerarme como tal rey, a recibir de los demás esta especie de homenaje. Si cualquiera lo pusiese en duda, me chocaría y casi lo consideraría como ofensa. ¿En qué consiste mi derecho? No lo sé; quizá en la veneración que infunden las proezas, las canas y la condición angelical de mi padre; quizá en la sangre de mis siete hermanos muertos en el campo de batalla; por ventura en que no hemos principiado a ser ambiciosos, y eso del ducado y del cetro lo miramos como carga, no como galardón y término de nuestros afanes. Viéndome yo designado por todos para caudillo, y sintiendo en mi corazón—os lo confieso—el deseo de serlo; más aún, creyéndome ya o capitán, o rey, o duque de verdad, naturalmente había de pensar en tener esposa, en elegir reina. ¿Y quién había de serlo? Yo no tenía elección, si el vaticinio había de cumplirse; si había de dar a mi pueblo lo que era suyo, tradición y esperanza suyas, o si queréis, superstición popular, para mí no había más que una mujer en el mundo: vuestra sobrina, la hija de Lartaun y Usua, conocida entre nosotros por *la hija de Aitor*. Situada su casa en valle tan apartado de los míos, de distinto clima, de distintas creencias; modesta ella, retirada y sencilla, y rudo yo, siempre entre godos y con las armas en la mano, nunca había tenido ocasión de descender a las cercanías de la costa, adonde ni el atractivo siquiera de la caza podía conducirme. Pero no había remedio; tenía que ver a vuestra sobrina con intención de casarme con ella si repugnancias invencibles o razones superiores a

mi conveniencia o voluntad no se oponían. La vi y quedé prendado de su hermosura, de su afable condición. Vuestra sobrina tendrá poco más o menos veinte años, y ha sido educada en Aitormendi por su tía Amagoya, que desde su viudez la considera como hija, como la mujer predestinada a colmar las esperanzas de nuestro pueblo. Así es que Amagoya se ha esmerado en infundir en el alma de su sobrina todo el espíritu de la raza de Aitor: Amaya sabe la historia, las tradiciones, los cantos antiguos y las virtudes medicinales de las plantas; en una palabra: está educada como escogida y predilecta, como última flor de la rama de Aitor. En ella puede decirse que Amagoya ha echado el resto, agotando los fecundísimos raudales de la sabiduría de los siglos que atesora la imaginación de esa mujer, desatentada, si queréis, mas no por perversidad de corazón, sino por extravío de entendimiento. Así instruída, así formada la hija de Aitor, con odio mortal a toda novedad, y principalmente a la religión cristiana, volvió a casa de sus padres cuando iba a dejar de ser niña. Vuestro hermano Lartaun la reclamó, y se la llevó consigo. Tenía para ello fuertes motivos, potísimas razones, de las cuales supongo que ni siquiera tendréis idea.

—Supones mal.

—¿Por ventura conocéis a Asier?

—No, no lo conozco; no creo que exista ni que haya habido un Asier en el mundo—contestó Petronila frunciendo el ceño.

—Pues bien—prosiguió Teodosio;—por algo sospechaba yo que ni siquiera tendríais la menor especie de estas cosas. Asier ha existido: Asier era un vascongado de las vertientes septentrionales del Pirineo, de las

orillas del Adur; un pescador que llegó de improviso, misteriosamente y como llovido del cielo al valle de Aitormendi, siendo acogido por Amagoya y cautivando su corazón tan rápida como apretadamente; la cual, después de haberle dado la más generosa hospitalidad, concluyó adoptándolo por hijo. Creo que todo el cariño de Amagoya, todos estos singularísimos extremos, se fundaban en dos razones: la primera, en que aquel niño, o si queréis, mancebo, era pagano como ella y fanático como ella en su odio a los cristianos; y la segunda, en su nombre, pues de los nombres se paga mucho la anciana. Aquel desconocido se llama Asier (*principio*), lo cual debió de contribuir poderosísimamente a que Amagoya lo creyese predestinado para esposo de Amaya (*el fin*), por aquello que había dicho Aitor: «el principio se unirá al fin». El forastero se dejó querer de la una, y se prendó de la otra.

»No pareció regular a Lartaun que su hija, niña de doce a trece años, permaneciese en familiar y cotidiano trato con Asier. Pero como el valle de Butron y el de Aitormendi están próximos, las relaciones entre ambas casas seguían siendo íntimas, hasta que un día se presentó el mancebo a vuestro hermano y le pidió la mano de su hija, fundado en la pasión que por ella sentía, en el amor con que le correspondía Amaya, y en la esperanza de hacerla dichosa.

—¿Y qué le contestó Lartaun?

—Le dijo friamente que esperaba, en efecto, que su hija fuese feliz por espacio de algunos años todavía con sus corderos y sus flores y las caricias de sus padres, y sobre todo saliendo poco de Aitorechea, y escaseando en adelante las visitas de Aitormendi. «¿Pero después?», le preguntó Asier; y Lartaun le replicó que

doce o trece años no apuraban mucho para pensar en lo que había de venir después; pero que al fin, cuando la sazón llegara, no faltaría algún señor vascongado y conocido que quisiera honrarse con la mano de la hija de Aitor, heredera de algunas docenas de caseríos y de miles de cabezas de ganado. Asier cayó de rodillas e insistió: «Mirad que soy el hijo adoptivo de Amagoya, el prometido por Aitor al pueblo vasco; mirad que mi nombre se elevará más alto que la espuma de los mares que azotan las rocas en la tormenta; dadme vuestra hija, porque Amagoya ha prometido hacerme duque de los vascos». «Cuando lo seas, le contestó Lartaun, sonriéndose desdeñosamente, vendrás por ella». De hinojos estaba Asier, como os he dicho, y de hinojos lo dejó Lartaun, y tendidos hacia él los suplicantes brazos. Cuando el desvanecido mancebo se vió solo, humillado y escarnecido, levantóse con la soberbia y despecho de Lucifer. Tenía, como pescador, además de la casa de su madre adoptiva, una choza cerca de la playa, choza que el viento solía derribar dos o tres veces al año, y que el muchacho reconstruía en algunas horas, y esta *chabola*, una barca y una red, constituían todo su ajuar. Salió del valle de Lartaun, y sin volver al de Amagoya se encerró con su despecho en la cabaña de la costa; salió al poco rato, se embarcó en su bote, cortó la amarra, y con sendos remos en las manos se lanzó mar adentro sin mirar al cielo, que amenazaba con borrascas. No se había alejado muchas brazas de la orilla cuando se le vió arrojar al agua los remos e izar la vela. Locura sobre locura, negra desesperación, porque el viento era recio, el mar de fondo, relámpagos hendían las cenicientas nubes, y no lejanos truenos retumbaban sordamente bajo la pavorosa

concauidad que cerraba el golfo. Pero Asier desplegó la vela entera, se puso en pie, se envolvió en su negro manto vasco, cubriéndose con él rostro y cabeza, y se tendió en la popa como si fuese a dormir tranquila siesta.

—¿Y qué sucedió?

—Lo que no podía menos de suceder. El barco, a merced del viento y las olas, entre rayos y truenos, no flotaba, volaba con rapidez vertiginosa, y muy pronto desapareció en la bruma que ascendía o las nubes que bajaban, y la gente de la costa lo perdió de vista para siempre. A los pocos días, unos pescadores que habían salido a tender sus redes en alta mar, volvieron con la noticia de que habían encontrado el bote destrozado y con la quilla hacia arriba. Asier había perecido.

—¿Cuánto hará de eso?

—Unos ocho años.

—¿No pareció el cadáver del mancebo?

—No; ni era fácil que pareciese habiendo naufragado a tal distancia. Desde entonces no se ha vuelto a tener la menor noticia del infeliz, y cuando yo me dejé ver por allá, hasta la memoria de su desesperación, propia de gentiles, se había perdido.

—¿Y mi sobrina, también lo había olvidado?

—Eso es lo que yo dudaba cuando la conocí, dulce, sencilla, pero grave, circunspecta y reservada. Hice todo lo posible por conquistar su afecto y su confianza, y creo haber conseguido lo primero, mas no lo segundo.

—¿Estás seguro de que te ama la hija de mi hermano?

—Bien puedo asegurarlo: me ama, sí; pero no sé qué pena, qué disgusto interior la detiene y aun la devora.

—Esa pena te ha debido traer al conocimiento de

los deberes que por esa doncella has olvidado. Si Amaya te ama, comprenderá que, siendo como es pagana, no puede ser tu mujer; que ni ella, ni su padre, ni su madre, ni mucho menos Amagoya, consentirán nunca esa unión; la cual, si a los infieles mismos repugna, para ti debiera ser nefanda.

—Lo que debía de ser, eso es, Petronila. Yo no me casaré jamás con Amaya gentil. Esa mujer no podría ser reina de los vascos.

—¡Ah! Pero si pudiera serlo, aunque gentil, te casarías con ella, ¿no es verdad?

Teodosio guardó silencio, y contestó después de breve pausa:

—Pues bien, ¡no! La amo; he llegado a profesarla verdadero cariño, no por hija de Aitor, no por su tesoro. Todo lo contrario: el tesoro es un obstáculo, un estorbo para mí. La quiero por ser quien es, por sus prendas y dotes personales; la quiero por su bien; quizá quizá porque creo que Dios nos ha hecho el uno para el otro. Pero si ha de ser mía, antes que la bendición nupcial ha de recibir el agua del bautismo, y si no, ¡no!

—¡Ella!

—Ella por de pronto, y luego sus padres, y hasta su tía.

—¡Sueños fúlgidos, hermosos! Yo los conozco: soy experta en estos achaques; pero al fin sueños...

—Sueños que sólo vos podéis convertir en realidad.

—¿Yo conquistar para Dios a mi sobrina, a mi hermano y a la frenética Amagoya?

—Y con ellos el valle de Aitormendi y el de Butron; con ellos a los escasos restos de la escualerria que aún permanecen infieles.

—¿Cómo? ¿Cómo? Explicáte, joven, porque no te ocultaré que tu relato há llegado a interesarme. Prosigue.

—Ranimiro dormirá esta noche en Gastelúzar, en el castillo de Goñi; es necesario que permanezca encerrado en él hasta que tenga una entrevista con Amagoya.

—¡Con Amagoya!—repitió Petronila con cierta sonrisa que Teodosio no alcanzó a ver, pero que pudo adivinar por el acento de la amiga de Paula.—Pero eso, ni viene al caso, ni depende de mí.

—De mi voluntad dependía, y lo he dispuesto.

—¿Y qué más dispones? ¿Qué me mandas a mí, qué órdenes das a tu vasalla, rey de los Pirineos?—preguntó la anciana con la misma ironía.

—Si fuese rey os diría: revelad vuestro secreto a la reina; devolved ese depósito a sus dueños. Como todavía no soy rey, os ruego, os suplico por vos, por mí, por toda esta tierra, por bien de la religión...

—¿Cristiana?

—No hay otra. Por bien de nuestra santa religión os pido que os decidáis en favor de vuestra sobrina Amagoya de Butron y reconozcáis su derecho.

—¿Y entonces?

—Entonces, ella y sus padres, la misma pertinaz Amagoya, humillarán la frente para recibir el agua del bautismo.

—¿Esa es, por ventura, la condición que te han impuesto?

—Petronila, a mí nadie me impone condiciones. Teodosio de Goñi no las admite nunca.

—Tienes razón. Se me olvidaba: los reyes no las toleran.

—Ni los hombres como yo.

—Los hombres como tú pueden reconocer y confesar la inocencia de Ranimiro, las injusticias que contra él se cometen, las prevenciones de que es víctima; pero no cejan en su propósito: siguen adelante, adelante siempre en su camino. Inocente o culpable, tú necesitas entregar a Ranimiro al odio de la viuda de Basurde, y lo entregarás; a ti te conviene que esa familia te sea deudora del secreto de Aitor, y no pararás hasta arrancármelo, no para ti, sino para presentarte con él y reclamar albricias. Vas a tu fin, y nada te distrae de él; quieres llegar a un término, y no hay obstáculos que te arredren.

—¿Y por qué no, si el fin es bueno?

—¡Desdichado! No puede ser bueno el fin cuando para lograrlo es menester atropellar justicia y verdad, las cuales, si son antes que la *escualerria*, por mucho que valgas, deben ser antes que tú.

—¡Justicia! ¡Verdad! No las reconozco en vuestra causa: están de mi parte. De ahí mi firmeza, mi tesón.

—Pues bien; tu causa es una, la mía es otra. Estamos en discordia; necesitamos un juez que la dirima.

—¿Y quién puede ser juez en esta causa?

—¡Y eso lo pregunta un vascongado!

—Lo pregunto porque Amagoya, llamada por costumbre y tradición a ser juez, es parte...

—Mi juez ha de tener juicio. Para locos basto yo. Mis jueces han de ser cristianos.

—Marciano, nuestro santo prelado, es godó...

—No te canses—dijo Petronila;—nuestro juez ha de ser Dios.

Teodosio se la quedó mirando nuevamente, siempre dudoso del juicio de aquella mujer.

— ¡Cómo!—la contestó,—¿queréis que Dios descienda de los cielos y nos hable?...

—Teodosio—exclamó la loca,—Dios nos habla siempre que humilde y sinceramente queremos oír su voz. La Providencia es también el lenguaje de Dios. ¿De qué se trata? De promesas que por respeto llamamos profecías, y de cuyo legítimo sentido nadie responde. Pues bien: si Dios las ha inspirado, la Providencia se dignará explicarlas. ¿Han de tener cumplimiento en una mujer pagana? ¿Ha de ser enemiga de Cristo la adalid y señora de un pueblo cristiano?

—¡Ya os he dicho que no!

—¿Y has de ser tú el guía, por ventura? ¿Has de serlo tú, joven Teodosio, siguiendo por la senda que llevas? ¡Responde! ¡Responde! ¡Ah! ¿No te atreves? Pues bien: ¡no, mil veces no! Vuelve los ojos, mira al Oriente. ¿Qué ves allá, bajo el murallón de los Pirineos, en el seno de los montes, en lo negro y escondido de los valles? ¿No percibes confusa claridad en las tinieblas, vaga lumbre como de hoguera que se apaga?

—Es Iruña (1).

—Pamplona, la ciudad de Pompeyo, no la *buena ciudad*. Los reyes vascones han de coronarse allí, han de tener allí su trono. Dime tú ahora si por estas breñas y peñascos, si por la sima de esta cueva abajo te propones llegar a la conquista de Pamplona. La ciudad fermenta en rebeliones, hierve en judíos, y allí se encaminaba Ranimiro a sosegarla. ¿Quién le ha detenido? ¿Es el futuro rey, por ventura? Allí quiere arribar el de los godos, que trae en pos de sí innumerable gente dispuesta a castigar rebeldías y traiciones, y vengar el

(1) Buena población, en vascuence.

agravio que nuestros montañeses acaban de hacerle; ¿dónde está el caudillo de las montañas? ¿Qué disposiciones toma el cabeza de los vascos? ¿Qué hace para contrarrestar las fuerzas enemigas? ¿Qué para defender siquiera su valle y su casa, y a su padre y a su madre, cuya edad no les permitirá siquiera huir a las selvas de Urbasa y Andía?

De todas cuantas reflexiones le había hecho Petronila, ninguna como ésta llegó tan profundamente al alma de Teodosio; ninguna le escoció tanto, porque era la más cierta, porque su conciencia se la dictaba, porque real y verdaderamente se sentía culpable.

Quizá por lo mismo ninguna rechazó con tanta energía, con más apariencia de sinceridad y razón.

—Petronila—exclamó,—no entiendes, no quieres entender estas cosas. El camino que sigo es el más recto y el más corto. Sólo tú me detienes en él. Dame lo que te pido y volveré mañana con la tribu de Andeca, con la tribu de Amagoya, con las cuatro del *lauburu*, y antes que Rodrigo haya logrado sosegar a los turbulentos de Iruña, caeré sobre él y le cerraré todas las salidas del valle en que se asienta esa ciudad. Si las palabras de Aitor son profecías, en la hija de Aitor tendrán su cumplimiento; quien haga a Teodosio dueño de Amaya, ese le hace rey, y quien le hace rey le hace dueño de la ciudad donde ha de asentar su trono.

—Es inútil disputar contigo, porque no hablas con sinceridad. Una loca te muestra la razón, y tú le respondes con la demencia de tus pasiones. ¡Oh Teodosio! Me estremece el pensar qué golpe tan tremendo necesitas para abrir los ojos a la verdad. Tiemblo por ti, porque te quiero; tiemblo por los que más amas,

porque los creo destinados a enseñarte con su vida el camino del arrepentimiento.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé; pero ¡desdichados aquellos a quienes Dios está llamando con voz suave y no la escuchan! ¡Desdichados mil veces, porque la voz sube, los golpes arrecian, y sabe Dios cuál será el último aldabazo que ha de sonar a las puertas de su corazón! Entre tanto, guárdate de tocar a Ranimiro; guárdate, sobre todo, de atentar a la vida y libertad de la hija de Paula. Ni tú ni Amagoya podéis ordenar nada contra los godos prisioneros de García. Vuelve a Goñi y reúne a los ancianos.

—¿Queréis someterlo todo a nuestra junta de los Doce?—exclamó el caudillo, sorprendido con súbita esperanza.

—¿Y por qué no?

—Porque... porque...

Y Teodosio, alborozado, no se atrevía a proseguir, como si temiese ofender a Petronila con su júbilo, o que ésta cayese en la cuenta de la candidez de su proposición.

—Te comprendo, Teodosio. Ha poco me creías loca; en este momento te parezco mentecata, pues te figuras que después de tanta porfía acabo de entregarme a ti atada de pies y manos.

—No lo negaré. Yo creo que dejar hoy con vida a Ranimiro es heroica magnanimidad; devolverle la libertad, un imposible, y mayor imposible, si cabe, que los ancianos de la tierra azotada por ese godo consientan que vuelva a su hogar con la herencia y blasón de nuestros mayores.

—Tanto mejor para ti.

—Petronila, me deja asombrado y reconocido vuestro desprendimiento.

—Y a mí no me asombra, pero me agrada tu franqueza.

—Así, pues, sabéis bien lo que os hacéis, lo que habéis prometido.

—Perfectamente.

—¿Y no obstante insistís en ello?

—No tengo más que una palabra.

—De este modo nos separamos amigos.

—Pero contrarios.

El campeón de la hija de Aitor quería marcharse, pero no acertaba a moverse.

También Petronila permaneció como enclavada en la roca.

Hubo un rato de profundo silencio. A entrambos les faltaba algo que decir.

—Petronila, me da en qué pensar vuestra firmeza.

—No es para menos.

—¿Esperáis vencerme?

—Lo temes tú tanto como yo lo espero.

—Pero eso que esperáis, eso... de ningún modo, por ningún estilo puede verificarse.

—Pues entonces, ¿qué temes?

—Temo... Vuestra firmeza, vuestra arrogancia me hacen dudar de todo. Temo que la hija de Usua no me ame, y yo la quiero con todo mi corazón; temo que su padre Lartaun me falte; que Amagoia, a quien apenas conozco, no se incline nunca hacia mí.

—¿Y nada más?

—Sí; temo que Amaya la goda se quede entre nosotros, que se haga vascongada, que se case aquí... ¡No, no! Eso no será. Yo no sufro rivales ni en pretensiones

de amor, ni de puestos. El mío ha de ser el primero, y nadie se atreverá a disputármelo.

—Por eso te decía: cástate con la Amaya de Paula, no te cases con la de Usua.

—Pero ¿hay alguien que ponga los ojos en esa mujer con ánimo de hacerse rey de los vascos?—exclamó el joven fuera de sí.

—Si con ese fin la pretendiese, se rebajaría tanto que nunca llegaría a subir al trono.

—¿Me dais una lección?

—Un consejo.

—No lo necesito—replicó Teodosio de mal talante, al verse tan acosado por una loca.

—Teodosio—exclamó Petronila, —concluycamos de una vez. A nadie viene mal un buen consejo, pero tú lo has menester hoy más que nadie. Estás ciego por el vaho de las pasiones que hierven en tu corazón. ¿Qué pasiones son esas? ¿Cuál es la dominante? No lo sé. ¿Es amor? Haz que mi sobrina se bautice, cástate con ella y tu nombre será bendito entre todos los vascos. ¿Es ambición?

—¡No! Yo me casaría con ella aun cuando no fuese la heredera de Aitormendi y del tesoro.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Prestadme por un momento vuestro brazaletes.

—Tómalo. Pero si es para hacer sobre él un juramento, no lo hagas, no lo necesitas. Te creo bajo tu palabra.

Y Teodosio, con el medallón de la joya en los labios, repuso conmovido:

—Es para renovar la promesa que tengo hecha a Dios de no casarme con la hija de Aitor si no se convierte y se bautiza; es para repetiros que en cuanto sea

cristiana me casaré con ella, aunque llegue a persuadirme de que nunca han de ser suyos ni los tesoros ni los derechos de esa familia.

La loca de Echeverría estaba conmovida también.

—Hijo del venerable Miguel de Goñi—le contestó,— en memoria de esta noche y de esa palabra, guarda el brazalete. Tienes fe. Tu corazón se extravía; pero tu espíritu es cristiano. No expondrás nunca esa cruz a la menor profanación.

—¡Jamás!

—Conserva el brazalete mientras para santos fines lo necesites, y devuélveselo después a la hija de Paula.

—¿Sin el secreto?

—Ni tú ni yo disponemos ya de él, porque hemos convenido en que sólo ha de entregarse a quien Dios claramente designe, después que oigamos a los ancianos. Así queda completamente tranquila mi conciencia; así estoy segura de obrar bien, sin dejarme llevar ni por amistad, ni por resentimientos. Te entrego el brazalete para que, después de haberte valido de él según tu celo y prudencia, se lo devuelvas a la hija de mi amiga; porque tampoco quiero que me quede el escozor de no haber contribuído a darte sobre la familia de mi hermano el ascendiente que, según has indicado, puedes lograr con esa joya.

—Petronila, elevado mi espíritu con tus palabras, ese medio me parece ya pueril, y ni soy niño, ni quiero dejar de portarme como hombre. Tomo el brazalete por más altas razones. Haré o no uso de él, según lo crea conveniente; pero nunca por jactancia, que sería indigna de mí, ni menos por reprobados fines, que serían ofensa de Dios. De todos modos, lo recibo con la obligación de restituirlo a vuestra protegida. Ahora,

Petronila—añadió el joven a usanza vascongada,—
agur, agur.

—¿Adónde vas?

—No quiero ocultároslo: no retrocedo, sigo mi camino. Voy a ver a Amagoia; voy a darle la noticia de la prisión de Ranimiro; voy con ese motivo a proponerle que se una a mí, que concorra con su indisputable y poderoso influjo a la resistencia contra el nuevo rey de los godos, que debe de hallarse ya en nuestro territorio; voy a conocerla con ánimo de conquistarla para los cristianos y para mí.

—Teodosio, ¿lo has pensado bien? Si esa mujer se presenta en Goñi, ten por segura la muerte de Ranimiro.

—Más cierto es aún que estando mi padre, estando García, estando yo en el valle, con Amagoia o sin ella, Ranimiro no ha de ser atropellado. Si muere, será por sentencia de nuestros jueces, después de habersele oído. Pero morirá, no lo dudéis.

—No morirá después de haberseme oído a mí. Que Dios me conserve el juicio para entonces. Yo iré también.

—Todos cabemos en Val-de-Goñi.

—¿Tiene Amagoia noticia de tus amores?

—Ninguna. Pero sólo de ella depende ya mi felicidad.

—¡Pobre Teodosio!

—¿Qué quieres decir?

—Ten cuidado con la gente pagana.

—Petronila, vos me ocultáis algo acerca de esa misteriosa mujer, algo que no me debéis callar; y para probároslo y estimularos a decírmelo, os voy a hablar con toda franqueza, dándoos ejemplo de confianza.

Sabéis que he pretendido la mano de la hija de Aitor; pues bien, sus padres no me la han negado. He puesto por condición que habfa de hacerse cristiana, y ni ella ni vuestros hermanos lo repugnan.

—¡Mi hermano! ¿No lo rechaza mi hermano?

—Ni vuestro hermano Lartaun, ni vuestra cuñada Usua, ni vuestra sobrina Amaya de Butron.

—¡Oh! ¡Si eso fuera cierto, dicha grande para todos ellos, para los vascos, para mí! ¡Qué tranquilidad para mi corazón, qué seguridad para mi pobre juicio!

—Cierto es. Pero... temen a la Adivina.

—¡Yo que ando en sospechas de Amagoya! ¡Yo que alguna vez, Dios me lo perdone, he llegado a dudar hasta de mi hermano!...

—Vuestro hermano no quiere romper con ella; o la tiene miedo, o la venera, como resto de las edades primitivas.—¿Quién como Amagoya?—dice.

Entonces Petronila alzóse súbitamente, y puesta en pie sobre el abismo, levantó el brazo y el índice, y exclamó con voz robusta, y como inspirada por espíritu celestial:

—¡Quién como Dios!

Y en el fondo de la cueva resonó el eco por vez primera: «¡Quién como Dios!»

Quedaron ambos silenciosos.

—¿Lo oís?—prosiguió la sublime anciana...—¿Es el eco por ventura, o el arcángel San Miguel, a quien los vascos, como adalid de celestial milicia, invocan en las batallas? Vete a decírselo a mi hermano. Dile que temiendo a Dios no tema a nadie, ni aun a Amagoya. Dile que cuente conmigo, y que a mí no me asustan ni me han detenido nunca las Amagoyas; que si ellas han jurado que mi sobrina no se casaría con ningún cristiano...

—¿A quién se lo ha jurado Amagoya?

—A su marido Basurde. Se lo juró al nacer Amaya, mi sobrina.

—¿Y quién era Basurde para exigir ese juramento a su mujer?

—Y pretendió también que mi hermano se lo prometiese. Pero Lartaun lo rechazó por dignidad; no quiso que aquel hombre se mezclara en cosas de la familia.

—Pero ¿quién era ese hombre de tan siniestro influjo y tan audaces pretensiones?

—Teodosio, ha llegado la hora de decírtelo. No eres rey, no vas a conquistar pueblos; pero vas a ganar almas para Dios, que valen más que los reinos de este mundo. Vas a saber lo que necesitas para esa noble conquista; voy a probarte cómo mi hermano puede contar conmigo desde hoy. Te diré lo preciso; no me preguntes más, porque nada más has de saber. Ese hombre, ese Basurde, era... ¡era un astrólogo!

—¿Y quién son los astrólogos?

—Gentes que miran mucho a las estrellas.

—Pero eso no es malo; eso nada me explica. Basurde, por otra parte, diz que miraba más a la tierra que al cielo.

—Lo de las estrellas, pretexto; manta de flores que encubre horrible trampa. ¡Desdichados los que llegan a caer en ella! Sin un milagro de Dios, no salen jamás. Se distinguen por su odio especial y diabólico a nuestra religión. No profesan ninguna, y admiten en la secta a todos, sean cristianos, gentiles o judíos, y se conocen entre sí, y tienen sus misterios.

—¿Y creéis que Amagoya pertenezca a tan horrible secta?

—Lo pienso alguna vez; pero otras la creo muy vascogada para ello.

—Sin embargo, su marido lo era también.

—Su marido... no sé lo que era. Basurde, antes de mi conversión, trató de envolverme en sus redes, y por él tuve alguna noticia de ese gremio de astrólogos, que es muy antiguo, cosa de griegos y romanos. El atreverse a exigir promesas a mi hermano, me hizo recelar que sobre él ejerciese algún imperio. La negativa de Lartaun me tranquilizó. En cuanto a la usurpadora de Aitormendi, resabios conocidos tiene de las malas inclinaciones de Basurde. Su aversión al cristianismo no es natural. Desde que Amagoia se hizo sacerdotisa, las festividades del plenilunio, so pretexto de restauración de antiguos usos y costumbres, tomaron distinto carácter del que tenían cuando las presidía Lorea. Eran entonces sencillas danzas a la puerta de la casa, y fueron después, y supongo que ahora serán, especie de idolatría en el astro de la noche, al que ciertas familias comienzan a llamar *Jaungoicoa* (Señor de lo alto, Dios) en lugar de *Ilarguia* (luz de los muertos, luna) (1). Esa mujer, terca y obstinada, tiene además desvanecimientos de soberbia. Si en ella fundas tu esperanza, te compadezco: mi sobrina no será nunca cristiana. Pero confía en Dios. Lo que no se hace con los astrólogos por delante, se hará con los astrólogos a la espalda.

(1) Así lo deja sospechar Luciano Bonaparte. Este príncipe, que lo es también de los vascófilos, observó que los roncaleses dan a la luna el nombre de *goicoa*, y de aquí la indicación de que *Jaun goicoa* pudiera ser síncopa de *Jaun goicocoa*, que en rigor significaría: *Señor de la luna*.

—Pero Amaya, Usua y Lartaun exigen para hacerse cristianos que Amagoya les acompañe a la fuente bautismal.

—¿Lo exigen?

—Me lo acaba de decir vuestro hermano; ésta ha sido su última palabra.

—¡Su última palabra!

—Sí.

—Por manera que no se convertirá Lartaun...

—Si antes no se convierte su cuñada. Es débil, le arredra el recuerdo de Paula... vivir en intestina guerra con su familia, tener que alejarse de Aitorechea, o que arrojar de Aitormendi a la Adivina...

—¡Ah!—exclamó Petronila desconcertada.—Eso no es querer de veras ser cristiano; eso es imponer condiciones a Dios.

Y dobló la cabeza con desconsuelo.

Fué un instante, un solo instante de abatimiento y desmayo; porque al punto irguió la frente, y con aquella poderosa voz estentórea y aquella sobrenatural inspiración que conmovía las rocas, tornó a exclamar:

—¿Quién como Dios?

Y «¿quién como Dios?», volvió a contestar el eco.

Pero esta vez creyeron entrambos divisar dulcísima claridad en la cueva, y cayeron de rodillas.

CAPITULO IX

Donde sin probarse que Amagoya fuese astróloga, resulta materialmente demostrado que tenía ribetes de astrología.

Amaneció Teodosio, no en la cueva del Dragón, donde lo hemos dejado, sino en un recuesto de la cercana cumbre de Alchueta, que domina por el Norte la peña de San Miguel.

Defendíale superior altura del airecillo más que fresco del alba, y tenía a sus pies hoguera medio apagada, que durante la noche le había prestado calor y ahuyentado las fieras. Así pudo dormir a pierna suelta breves horas sobre el musgo de las rocas, con las armas al lado, la capa por manta y el zurrón por cabezal.

¡Magnífico lecho, por cierto, para el presunto duque o rey, príncipe desde luego y caudillo de primer orden en tierra de vascones o navarros! Pero aquella rudeza y sencillez, aquella indisputable fuerza personal y desprecio de comodidades, afeites y regalo, nos explican precisamente la resistencia de los montañeses pirenaicos a los dominadores de España, del África Tingitana y de la Galia narbonense, su indiferencia por el arribo de las huestes enemigas, su nunca domada independencia.

¿Cómo tribus, cuyos señores sólo se distinguían de los vasallos por el valor y pericia militar, y por su hospitalidad y largueza, que para viajar no necesitaban escolta, convoyes ni equipajes; que si carecían de caminos, tenían en cambio una posada en cada caserío, mesa puesta en cada lugar y relevo de postas en cada

dula o caballeriza: cómo habían de ser vencidas por los magnates de los *rizos* y brazaletes, que no sabían moverse sino acompañados de montones de siervos y lucelarios, de caballos con frenos de plata y oro y gualdrapas recamadas de perlas y doradas literas y sillas de mano?

Bien se puede asegurar que aquel joven de anchos hombros y enarcado pecho no había abandonado la caverna por miedo de los lobos, que en sus no lejanas madrigueras debían de percibir la fragancia de los apetitosos fiambres de Olalla; tampoco, aunque en honor de la verdad, esto se me figura más problemático, por temor a fantasmas, trasgos, brujas y criaturas diabólicas, toda vez que desde el último suceso de la cueva se creía, piadosamente pensando, bajo la especial tutela del Arcángel, patrono de Navarra. Pero aquel hombre de espíritu audazmente ambicioso y de naturaleza vigorosa y fuerte, que se alimentaba al parecer con tuétano de león, buscaba por instinto el aire, el espacio, la techumbre del firmamento, y al propio tiempo sentíase como asustado de la maravillosa protección con que principiaba a ser favorecido.

Razón para confiar si a ella correspondía, y para temer también si no la aprovechaba.

Por de pronto, ninguna mella habían hecho en su voluntad de hierro los acontecimientos de la pasada noche. Con los mismos propósitos que llevó al monte de Aralar, se preparaba a descender, aprovechando la primera luz del día.

Muchas y muy grandes cosas había oído, mayores, tal vez, presenciado; pero su pensamiento, conmovido pasajeramente cual polvo en remolinos, tornaba siempre al centro de gravedad adonde constantemente propendía.

Sus pretensiones no son para nosotros ningún misterio. Podría Teodosio ocultarlas, por respetos a Lartaun, mientras no obtuviese la venia y sanción de Amagoya; pero en la dura respuesta que exigían los sarcasmos de Petronila, en su ira y furor, todo lo había revelado. Hacerse rey, y para ello casarse con la mujer que, a juicio de todos los vascos, tenía que ser reina; conseguir que se bautizara para que pudiera ser esposa de un príncipe cristiano, y lograr por esta conversión la de todos los vascos; tales eran los planes y proyectos que traía entre manos cuando García obtuvo la rendición de Ranimiro. Su captura y la de Amaya fueron para Teodosio uno de los sucesos más afortunados que podían ocurrir, y desde el punto en que supo que con la prisión de los godos coincidía el hallazgo del secreto de Aitor, que se creía perdido, ya no dudó de que el cielo le protegía por especial y señalada manera.

¿Cómo el hijo de Goñi, ciegamente enamorado de Amaya de Butron, había de desistir de empresas que creía, no sólo santas, fecundas y salvadoras, sino protegidas por la Providencia?

Todo lo contrario: las inconcebibles pretensiones de la goda a la soberanía del país vascongado, le irritaban; la idea de unirse vascos y godos al cabo de tres siglos de implacable guerra, le parecía absurda, y el casamiento de un vascongado con la hija de Ranimiro, o traición o locura. Nadie como Amagoya, inflexible, dura, inexorable con todos los extraños, poseía el espíritu de la raza éuscara, y si en lo único en que debía ceder, en la fe cristiana, que está sobre todos los pueblos, razas, leyes y cosas de los hombres, lograba Teodosio que cediese, ¿qué mayor gloria, qué mayor triunfo ni dicha podría apetecer?

Y para lograrlo no debía reparar en que Ranimiro fuese ajusticiado como prisionero, reo de mil y mil crímenes y bárbaros atentados, aunque se le declarase inocente del incendio de Aitormendi, de la muerte de Lorea y de Basurde; no debía andar tampoco en muchos miramientos con Amaya mientras ésta llevase aquel nombre profético y simbólico, y guardara el secreto que no la pertenecía, y sostuviese soñados títulos y derechos a la casa de Aitor.

Con estos pensamientos se despertó el hijo de Miguel, y después de hacer la señal de la cruz y de elevar el corazón a Dios, dándole gracias por tantos especiales beneficios como le debía, entregóse a más prosaicas, aunque también necesarias ocupaciones, sacando del morral las viandas de que la gentil vaquerilla de Echeverría le había provisto, y se desayunó con ellas.

Al meter otra vez la mano en el saco tentó un objeto no destinado ciertamente a la masticación. Y aunque se lo llevó a los labios, no fué para engullírselo, sino para darle devotamente un beso. Ya supondrá el lector qué era lo que excitaba la veneración del hijo de Gofi.

—¡Amaya!—exclamó.—Nombre peregrino, por cierto, y bien aplicado. Amaya es la cruz que cierra los tiempos pasados, y de par en par nos abre los presentes y futuros.

Después de tan piadosa y filosófica reflexión debió de volar su fantasía por terrenales y aun profanas regiones, pues añadió tras breve pausa:

—¡Temible rival si no fuese godal!... Pero lo es; por más que diga esa loca, por mucho que sueñe el rapaz de Abárzuza, son vanos sus derechos. No puede disputárselos a la mía.

Y de nuevo se quedó melancólico y pensativo.

—¡Mfa, mfa! No tiene más que la necesidad que siento yo de que lo sea. A sus padres los veo decididos; pero ella, ella no sé lo que piensa, ni qué recuerda, ni qué le atormenta... Pero algo teme... Sin duda a su segunda madre, a esa enigmática Amagoaya... ¡Amagoaya! ¿Si será de la secta de los astrólogos?

Y tornó a besar la imagen del brazalete, remontándose nuevamente al cielo desde el mismo punto en que se había posado al descender a la tierra.

Así un águila que se cierne sobre las nubes, descende a la roca y vuelve a lanzarse luego a las azules esferas.

Guardó después la alhaja, no en el zurrón, sino en el pecho, y abandonando los restos del almuerzo, se levantó, tomó las armas y miró hacia el abismo que a sus pies se abría con ánimo de escoger sin duda el menos peligroso, ya que decirse no pueda el más suave descenso.

Por muy familiarizado que estuviese el vasco con los grandiosos espectáculos de la naturaleza, tan varios como soberbios en aquellas salvajes montañas, o por muy embebecido que a la sazón se hallara en sus propios pensamientos, era imposible que no parase mientes en el magnífico panorama que desde aquella elevación y en el solemne instante de la aurora se descubría. Teodosio hizo más que contemplarlo y gozarse en él; porque ansiando todavía mayor espacio y nuevos y más dilatados horizontes, miró al peñón de Alchueta, que le había servido de abrigo, y sin que le arredrasen ni lo tajado de sus cortes, ni lo empinado y sublime de la cumbre, trepó por las hendiduras y llegó a dominar el pico más alto, donde nadie quizá hasta entonces había puesto la planta.

—¡*Escualerria! ¡Escualerria!*—exclamó el robusto joven tendiendo alrededor miradas ambiciosas, con las cuales todo lo abarcaba.—¡Tierra de los vascos, tú serás mía!

Y con una soberbia que parecía religión, o con una piedad tal vez aparente, porque pudiera ser satánica soberbia; con una confusión de afectos, inexplicable quizá en otro hombre y en otros momentos, añadió estas tres palabras vascongadas:

—¡*Jaungoicoa eta Goiñi!*

Las cuales pueden significar sencillamente: *Dios y Goiñi*; o de otro modo: *¡El Señor de lo alto! ¡Y en alto yo!*

La supresión de la síncopa en el último nombre se presta al postrer sentido, y en semejante caso, soberbia había en juntar como en un haz, y en aquella altura, esas palabras; pero en contradicción o protesta contra la interpretación que acabamos de hacer de ellas, cayó Teodosio de rodillas, mirando como extático, tan pronto al cielo como a la tierra; porque, en efecto, todo humano orgullo tiene que inclinar allí la frente.

Ante aquel sublime espectáculo queda anonadado el hombre. La vista alcanza sin esfuerzo desde los Pirineos centrales que cierran el cuadro por el Oriente, hasta la curva del mar, confundido entre las brumas del Norte; desde las castellanas sierras de la cuenca del Ebro, Gorbea y Aizcorri, sobre Aránzazu, hasta las montañas que dominan a San Sebastián, Hernani y la desembocadura del Bidasoa. En una palabra: tierras de Burgos y de Francia, de Vizcaya y Aragón; dos golfos y fuentes innumerables de caudalosos ríos.

Las formidables cordilleras de Pamplona parecen humildes escalones de la gran cordillera pirenaica; la

famosa altura cónica de Monreal, que se divisa de toda Navarra, queda reducida a las proporciones de túmulo céltico y cerro artificial. Pamplona es un modesto caserío que tiene por cimiento las enormes peñas de Osquia, y por respaldo, los Pirineos centrales.

Sólo hacia el Sur, la sierra de Andia, cortada verticalmente por la de Urbasa (1), quiere como echarse encima del Aralar para contenerlo en sus pretensiones de rey de los gigantes; y entre uno y otro se tiende el valle de Araquil con todos sus pueblos, ríos, selvas y peñascos, que deleitan los ojos con detalles; todo lo demás desvanece por lo vago y dilatado: confunde el espíritu con la idea de la inmensidad.

Surgen del azulado fondo de los valles ingentes masas de rocas blanquecinas, oscuros lienzos de ciclópicas murallas, montes revueltos y desordenados como despojos de guerra de Titanes. Por una parte lo más profundo; por otra, lo más empinado; golfos que ciñen los suaves y templados valles de Aitor, cimas de casi perpetuas nieves, sobre las cuales se alzaban los fantásticos palacios y jardines de Luzaide y Maitagarri. El Pirineo allí lo domina y absorbe todo; el Pirineo, de mar a mar alzado por la mano de Dios como baluarte de la independencia ibérica, tendido para separar a dos naciones, como un gigante cuya crespada cabellera salpican las espumas del Océano, y cuyos pies se mojan en las ondas del Mediterráneo.

Las ramas de los robles de tiempo inmemorial, que crecen en lo fragoso de aquellas breñas, con su primitiva pompa y libertad, no se enlazan y revuelven con

(1) *Andia* significa La Grande; *Urbasa*, agua brava o montaraz.

tanto y tan magnífico desorden como los muros y contrafuertes de la cordillera pirenaica, que forman laberintos de valles y cañadas, de precipicios y barrancos, de crestas y rocas arremolinadas, de brucas pendientes y suaves declivios; cuándo de peñascos en montón, sin más vida que el musgo, ni más habitantes que las águilas; cuándo de selvas derramadas, el menor de cuyos árboles fuera orgullo de otras montañas.

Allí reinan helados vientos de nieves perdurables, y calientes auras saturadas de azahar; allí moran desde el oso recostado en témpanos de hielo, hasta las aves de los trópicos; y crecen en opuestas latitudes la flora del Norte y la del Sur, hayas y fresnos, geranios y magnolias.

La caprichosa estructura de las ramificaciones de esa gran sierra, y la atrevida ondulación e inesperados pliegues de sus estratificaciones geodésicas, presentan, al decir de un geólogo, la imagen del Océano súbitamente petrificado a la voz de Dios en la más desatada tempestad. Aquella mañana ofrecía esta comparación mayores visos de exactitud que nunca. El piélago de montañas tenía sus rugidos en las selvas, y su fondo azul en los vapores de los valles, sobre los cuales, flotantes en la apariencia las rocas de las cumbres, heridas por el sol con rayos horizontales, rojizas y doradas, romedaban la espuma de las olas.

—¡Hijo de Aitor, pueblo escogido por Dios para muestra perdurable de pueblos primitivos—exclamó Teodosio,—yo he nacido para ti; para esposo de tu Amaya y vencedor de tu Amagoya; para cabeza de tus cuatro cabezas; para inflamar tu sangre con el fuego de la ambición, que no conoces, y hacerte reconquistar el territorio que has perdido!

Y sin volver los ojos hacia Pamplona, adonde acudían las huestes de Rodrigo; ni a la Silla de Pilatos, en Andía, que le ocultaba los valles de Ollo y Goñi, donde moraban sus padres, García y Ranimiro, tan cerca de los godos, deslizóse de la peña de Alchueta, y fué descendiendo por los portillos de las rocas, por sendas de jabalíes, al través de bojes y chaparros, de hayedos y robledales, acebuches y enebros.

Por aquellos parajes impenetrables, que sólo para él y para las fieras eran caminos, atravesó sin titubear los límites de Navarra y de Guipuzcoa. A las tres o cuatro horas de descenso sentía la influencia del nuevo clima. El viento había calmado; la atmósfera era más húmeda y templada. El sol no tenía allí rayos poderosos a menguar los raudales que brotaban en todas las laderas y se esparcían por los prados, y después de regarlos se filtraban en las grutas gota a gota, en hilos por el borde de los peñones, en arroyuelos por las encañadas, viniendo todos a juntarse al hondo de los barrancos para formar riachuelos que se precipitan al Océano, raudos, espumosos y cristalinos.

A los bojes, pinos, hayas, avellanos, robles y fresnos de la altura, hechos a vencer huracanes, sucedían alegres castaños de anchas hojas, majestuosos nogales, manzanos bienales, cuyas ramas caen encorvadas o se desgajan al peso de su copioso y dorado fruto. Las praderas parecían alfombras matizadas de flores; los valles, alegres y abrigados. No había extensión que mereciese el nombre de llanura, ni paisaje que no variase de aspecto a pocos pasos, ni montaña que se pareciese a otra montaña.

Aunque el sistema antiguo de población subsiste aún en ese país, inmóvil en medio de naciones que cam-

bian de leyes y costumbres, y hasta de razas, como el mar cambia de matices, no se habían fundado, o por lo menos eran mucho más raras esas villas asentadas hoy en el fondo de los valles, cual perlas engarzadas entre esmeraldas. Los habitantes, diseminados en caseríos, vivían contentos en medio de las tierras que cultivaban, y todos se tenían por miembros de una familia, no como vecinos de una misma ciudad. Guipuzcoa y Vizcaya conservaban en lo interior este carácter primitivo mejor que Álava y Navarra, cuya tendencia a la aglomeración de viviendas es más antigua.

Tribus fronterizas, sentían más de cerca las necesidades de la guerra, y hasta el rigor y aspereza del clima exigían mayor concurrencia de recíprocos esfuerzos.

La alegría de aquellos valles, entapizados del verde primaveral, poblados de rebaños, casas y corralizas en desorden derramadas, acrecentábase aquel día con el sonido de las campanas, que tienen entre rocas ecos más dulces y argentinos que en los llanos. De reciente uso en las iglesias, y sin haberse introducido todavía en Bizancio, se habían generalizado, no sólo en Sevilla y Toledo, sino en toda la Península española, sin exceptuar el rincón de los Pirineos, que los godos estaban conquistando siempre y se quedaban siempre con hambre de conquistar.

Aquel día no era domingo. Teodosio había entrado en algunas de las ermitas que se alzaban en el camino, pero no vió indicios de que se celebrase ninguna festividad religiosa. Extrañó, pues, el volteo de las campanas; y como el bullicio y aire de fiesta se aumentasen conforme iba acercándose al término de su jornada, no quiso seguir adelante sin averiguar la causa de aquel regocijo, motivado sin duda por extraordinarios aconte-

cimientos. Eran ya las doce, y con pretexto de comer, entró en el primer caserío que halló a mano, y se sentó a la mesa aunque no conocía a nadie.

—A tiempo llegáis—le dijo el *echecojaun*, porque iba a bendecir la mesa.

Recitó el casero su breve y compendiosa oración, y le dijo:

—¿Venís de Navarra?

—¿Por qué lo preguntáis?—contestó Teodosio.

—Se os conoce en el acento que sois de allá arriba.

—De allí he salido esta mañana.

—Pues nadie mejor que vos nos podrá enterar—dijeron dos apuestos mancebos, hijos de la casa, y que trataban de comer de prisa, con arco y flechas y honda cruzados al pecho, *ezpata* al cinto y sendas *gucias* arrimadas a la pared.—¿Han degollado o precipitado ya a Ranimiro?

Pregunta tan inesperada y hecha con la mayor sencillez, hubo de sorprender al caminante, que se quedó perplejo mirando a sus huéspedes.

—¿Pues qué, se trata ya de quitarle la vida?

—No, no sabemos nada—dijo el ama, o *echecoandria*;—pero como las campanas celebran la derrota y prisión del bárbaro godo, asesino de Lorea e incendiario del palacio de nuestro patriarca, todo el mundo dice: «vamos a Goñi (porque a Goñi se lo han llevado); vamos a presenciar la ejecución».

—Y nosotros hemos añadido—continuó uno de los mozos:—vamos a conocer a García de las Amézcuas, autor de tamaña proeza.

—¿Le conocéis vos?—preguntó a Teodosio el otro hermano.

—Sí—le contestó con sospechoso laconismo el caminante.

—¡Claro está! Como vascón de la montaña, nuestro huésped debe de conocerlo. Nosotros nunca subimos allá, ni él suele bajar por aquí.

—Dicen que ha perdido a su padre en la guerra contra los godos.

—Sí; hace un año, poco más o menos—contestó al fin el heredero de Goñi.

—Buena ocasión tiene ahora de vengar su sangre.

—Y la mía, que siete hermanos he perdido.

—Y la de todos. Porque todos estamos ofendidos y agraviados con las crueldades y crímenes de Ranimiro.

—¡Grande hazaña la de García! ¿No os parece, huésped?

—Grande.

—Si así comienza el que ayer era desconocido y hoy tal fama ha conquistado, no me extrañará que el día menos pensado salgan los ancianos diciéndonos: aquí está vuestro rey.

Teodosio perdió el color, y dando fuerte puñada en la mesa, se levantó diciendo:

—Poco a poco con eso, porque aún vive Teodosio de Goñi...

—¡Ah! ¿Sois por ventura el hijo de Miguel de Goñi?—contestó con calma el echeojaun.—Sentaos y perdonad a mis hijos, que como mancebos no saben lo que se dicen. Yo sé muy bien lo que valéis. A uno de vuestros hermanos le vi caer herido, veinte o veintiún años hace, en el ataque de Victoriaco.

—Lo mató Ranimiro.

—Con la francisca. También a mí me hirió al defen-

der a vuestro hermano, que si no, hubiera quedado en el sitio.

—¡Oh! ¿Cómo ha de salir vivo de Goñi el matador del hijo del Miguel?—exclamó Teodosio, dirigiéndose la pregunta a sí propio más que a los circunstantes.

—No puede ser—le contestó el echechojaun.

Y el más joven de aquellos mancebos añadió con una simplicidad que acabó de traspasar las entrañas del caudillo vascón:

—Nosotros no decimos nada por agraviar a ninguno de los presentes; nosotros no somos nadie delante de la gente de más edad; pero repetimos lo que todo el mundo dice. En todos estos contornos no suena desde esta mañana sino el nombre de García: García arriba, García abajo...

—¿Y de Teodosio de Goñi no se acuerda nadie, no se dice nada?—preguntó el caminante.

—Sí; se dice que quisisteis matar a la hija del godo en represalias de Lorea, la primogénita de Aitor; pero que marró el disparo, y sólo heristeis un caballo, pero en el corazón. ¿Es cierto?

—Cierto... que sólo maté al caballo—contestó Teodosio con ceño.—Pero no me propuse más.

—Y se dice que sin deteneros fuisteis a dar cuenta de todo a la familia de Aitor; según lo cual, ya debéis estar de vuelta.

—Todavía no la he visto; voy ahora al caserío de Amagoya.

—Pues entonces, no tenemos prisa de subir a la montaña, porque el suplicio no se verificará hasta que lo presencié Amagoya, y su hermana, y su cuñado, y la hija de Aitor.

—Así lo creo. Pero no perdáis momento. En mi cas-

tillo de Gastelúzar están los prisioneros godos, aunque no corren por nuestra cuenta, sino por la de García. Él ha sido el caudillo de la expedición; él es, por consiguiente, dueño del botín y de los prisioneros; lo que él disponga, eso se hará. Yo únicamente le he pedido que se aguarde hasta mi vuelta, porque me parece más que regular que la familia del patriarca, y sobre todo Amagoia, la viuda de Basurde y hermana de Lorea, tengan una entrevista con Ranimiro...

El turbado acento de Teodosio revelaba la poco noble intención de aquellas palabras.

—Cierto—añadió el echejojaun;—es muy puesto en razón que Amagoia le haga preguntas, le dirija cargos y quiera saber quién mató a su hermana, a su marido... Pero, de veras lo digo, sentiría que una pagana sentenciase a morir a ningún cristiano, aunque sea godo.

—¡Ella, no!—replicó el hijo.—¿Pero qué necesidad tenemos de que ella lo mande al suplicio, si no hay un solo vasco capaz de absolver a Ranimiro?

Teodosio se sonrió malignamente; pero reprimiéndose, creyó descargar su conciencia diciendo:

—¡Soltar al capitán y príncipe de los godos, al que iba a Pamplona a ponerse al frente de las huestes que trae de Toledo el nuevo rey! No puede ser; pero cabe en lo posible perdonarle la vida, porque algunos de los crímenes que de ese hombre se cuentan parecen patrañas.

—¡Patrañas los hechos de Ranimiro, que todavía chorrean sangre del corazón de todos los vascos!

—¡Yo quisiera saber quién es el guapo que, a no ser por irritarnos más, como vos, Jaun Teodosio, se atreve a sostener que los crímenes del conde godo son patrañas!

Los jóvenes siguieron tomándolo a risa, con lo cual concluyó alegremente la frugal comida que había principiado con cierta seriedad.

Teodosio se dió por satisfecho, o no se atrevió a más, y se despidió de sus huéspedes, prosiguiendo el camino de la costa, durante el cual percibió frases sueltas que, con la clave precedente, comprendía sin dificultad; todas, por su mal, coincidían en honra y pro de García, el héroe de la fiesta.

—Esto es hoy—decía Teodosio;—veremos mañana. Cuanto más se eleve, más tendrá que descender.

No pudiendo llegar al caserío de Amagoya hasta la noche, temeroso de pasarla probablemente en claro, por estar los paganos entretenidos en su fiesta de luna llena, se tendió en un ribazo a descansar y echar la siesta; después de lo cual, hallándose casi a igual distancia de Aitormendi que de Aitorechea, es decir, de Amagoya y de Amaya, se decidió a dar aviso a Lartaun de lo ocurrido, pareciéndole que tenía éste tanto derecho como aquélla a saberlo todo e intervenir en la suerte del prisionero.

Sin llegar al valle de Butron se informó de que ni Lartaun ni su hija estaban en casa. Dejando en ella a Usua, pagana no muy ferviente, ambos habían salido hacia Aitormendi para celebrar, sin duda, el pleni-lunio.

Unas cinco o seis horas después de la siesta llevaría andadas por la tortuosa margen de un río, al que vió brotar humilde por la mañana en obscuro rincón de la sierra, y ya le sentía bramar soberbio y extenderse majestuoso, recibiendo el pérfido refuerzo de las mareas para que pudiera engullírselo mejor el Océano, cuando se halló en el famoso valle que ya conocemos,

uno de los más pintorescos y dilatados, próximo a la costa, encerrado en doble marco de mármoles blancos, rojos y negros, y manzanos y castaños.

Al cruzar el río por un puente de dos tablas que se cimbreaban, dijo para sí:

—Bien se deja conocer que estamos en los dominios de Amagoya; todo aquí es primitivo. El primer puente fué de dos maderos; no haya miedo de que la pagana lo construya de piedra. Más seguro sería, pero... Tiene razón Echeverría en llamar bruja a esa mujer, de cuyas manos pende, sin embargo, la suerte de toda mi vida.

Y echó a correr hacia la opuesta orilla.

Algunos pasos se había apartado de ella, y el puente primitivo seguía cimbreándose y vibrando como un muelle de acero. Con no menos violencia palpitaba ya el corazón de Teodosio al acercarse al caserío, o por mejor decir, al cerro inmediato, donde esperaba hallar reunida a la familia de Aitor, a su querida Amaya, a Lartaun y Amagoya.

Era una montañuela cuya descarnada cumbre blanqueaba doblemente, resaltando sobre el oscuro fondo del Océano y bañada por la luna, que había salido encendida, como avergonzada de los honores casi divinos que se le iban a tributar en Aitormendi.

El caserío de Amagoya, reedificado años atrás sobre las ruinas del que pereció incendiado, distaba aún algo más de media hora. La montañuela de que hemos hablado se replegaba hacia sí, dejando al valle mayor planicie, que se aprovechaba para el cultivo, y la pendiente suave por los costados se convertía en tajada altura de tranquilas capas horizontales, ora de cantos rodados, ora de ferruginosa arcilla o de mármoles y pi-

zarras. Sobre este precipicio descollaba un bosque de manzanos y nogales, cuyas ramas avanzaban hacia el hondo que lamía el río con ondulaciones de sierpe. Por la tarde, las sombras de los árboles de la cima cubrían las aguas en aquel tranquilo recodo, y en verano y otoño las doradas manzanas, verdes hojas y nueces flotaban en el perezoso y diáfano remanso. El agua de la altura se filtraba por las grietas y goteaba por las raíces de los troncos que se dejaban ver en el precipicio.

Tras esta cintura de bosque, festoneada de rosas y jazmines, corría una pradera, al terminar la cual, y defendida por un peñón desnudo y pintoresco, se cobijaba la casa de tosco mármol y rojo tejado, con grandes depósitos para el heno al aire libre en la parte superior del edificio, con su torre ya famosa, su yedra reciente y sus más flamantes madreselvas, pasionarias y rosales, que cubrían hacia el Sur la parte inferior. Parecía tabernáculo adornado de flores, y al que sólo faltaban luminarias para el culto.

Los ladridos del perro guardián de los rebaños, tal vez aquel famoso mastín que, según Echeverría, tuvo el honor de lamer las huellas de la sombra de Aitor, anunciaron la aproximación del huésped desconocido.

—¡Tol !tol !¿A qué ladrar esta noche en que tu ama no duerme? —le dijo Teodosio, que sólo se aproximó al caserío para cerciorarse de que Amagoysa no celebraba el plenilunio a la puerta de casa como otros paganos solían hacerlo.

Pero hacía mucho tiempo que la anciana prefería la cumbre para sus festividades. Conforme se iba disminuyendo la grey de los antiguos creyentes, íbase acrecentando en aquélla el afán de oponer ritos a ritos; y

lo que no era fiesta religiosa ni culto propiamente dicho, porque la antigua religión natural no admitía superstición alguna, tomaba en la solemnidad de que la revestía Amagoya cierta apariencia de religión, como para retener con ella a los que se obstinaban en rechazar el bautismo.

—Arriba deben de estar—exclamó murmurando Teodosio;—ella y todos aquellos que han de decidir de mi suerte. El caso es que debe de haber una subida para la cumbre, y yo, que tan poco he frecuentado estos lugares gentílicos, la desconozco. Pero es lo mismo—añadió alzando los hombros.

Y echó a correr hacia la roca de mármol que coronaba el cerro de Aitormendi.

En efecto; para la agilidad y soltura de aquel joven, a quien hemos visto saltar las distancias como un corzo, penetrar en las cuevas como un hurón y trepar por los peñascos como tigre, los caminos parecían demás y la línea recta la menos costosa. Poseído ya de fiebre de amor, de ambición o de impaciencia, cuya intensidad crecía conforme se iba acercando a estos parajes, se encaramó por donde quizá no habían subido antes que él sino lagartos, y asomó, por fin, la cabeza a la descarnada cima, que formaba una mesa circular.

La planicie, desnuda de vegetación, estaba interrumpida por algunas puntas de la peña, que se alzaban como niñas vanidosas que no quieren confundirse con sus compañeras.

No lejos del borde en que Teodosio afianzaba sus manos descubriase una mujer vestida de blanco, con traje semejante al de las antiguas romanas. La túnica, sujeta con cinturón de oro, y los broches del manto del mismo metal, completaban la semejanza. Los ador-

nos de la fimbria eran, sin embargo, de diferente gusto, y en medio de su grosero dibujo estaban destinados a infundir cierto respeto por lo misterioso de los signos y figuras evidentemente alusivas a los cuerpos celestes.

Era alta, delgada, de luenga cabellera, que los pesares, o quizá los remordimientos más que la edad, habían emblanquecido, porque su rostro brillaba todavía sonrosado, mórbido y sin arrugas; los ojos muy rasgados, la mirada altiva y penetrante.

Rizaba el viento su opulenta cabellera, y hacía ondular sus amplias vestiduras de lino, dándonos a conocer que no era estatua de alabastro alzada sobre la roca. Recostada sobre un pico de espaldas al Occidente, esperando con ansia el momento crítico del plenilunio y la salida del astro, que se había ocultado tras negros nubarrones, dejando la tierra sumergida en tinieblas, con un arpa grosera y de pocas cuerdas a sus pies, si no figura alabastrina, parecía el genio de las montañas, la musa éuscara remontada a la cumbre prominente del valle para acercarse al cielo, fuente de toda inspiración.

Sentados en sendas peñas de mármol, a uno y otro lado de Amagoia, estaban Lartaun y su hija, vestidos ambos a la común usanza, hombre maduro aquél, y joven doncella ésta, según de sus cabellos cortados y de sus tocas de colores vivos podía inferirse.

Uno y otro, inmóviles también y silenciosos, envueltos en sus mantos, que les caían de los hombros, para resguardarse sin duda de la frialdad de la noche y del rocío del alba, que no menos que hasta el amanecer solía durar tan extraña fiesta.

Sobrecogido de respeto y aun de temor ante aquel

cuadro fantástico, misterioso y en cierto modo diabólico, hubieran quizá flaqueado los músculos de hierro de nuestro osado caminante, que en tan poco tiempo había sido turbado por visiones casi próximas a lo sobrenatural. Si Amagoia, viendo relucir tras el tortuoso contorno de la roca blanquecina dos ojos de fuego, y flotar los rizos de crespa cabellera, no hubiese exclamado con voz entera, firme y plateada, con el acento más dulce de las siete tribus éuscaras:

—Arriba, arriba quienquiera que tú seas. Nunca se cierran las puertas del caserío de Aitor, y el sitio en que Amagoia celebra las festividades de sus padres es el más expuesto a las miradas de propios y extraños.

—Hija de Aitor—contestó Teodosio acabando de trepar a la planicie;—ni vana curiosidad ni deseo de espiaros me detenía al borde del precipicio, sino el temor de interrumpiros.

Pero Amagoia, que se había adelantado a tenderle la mano, como si el caminante necesitara de tan débil auxilio para subir, quedósele mirando de hito en hito en medio de la obscuridad, y exclamó de pronto arrojándose loca de júbilo a sus brazos:

—¡Ásier! ¡Ásier! Este es mi hijo, éste mi pájaro de dulce canto, mi amado, mi *chori*. Esa rizada desnuda cabellera, derramada por tus robustos hombros, ese noble y sencillo continente... ¡Sí! ¡Es el libertador que todos estamos esperando! Tenía que llegar en una noche de plenilunio... ¡La luna nos le ha traído! Y ha llegado.

Y examinando la persona y arreos de Teodosio en medio de las tinieblas con la prolijidad cariñosa de una madre, prosiguió:

—Así me gusta. No has abandonado nuestros usos.

Tornas con esa túnica ligera que visten los que confían más en su valor y agilidad que en armaduras de hierro. Esa espada—prosiguió, doblándola en la roca—tiene el temple de nuestras fraguas; el asta de tu *quecia* cortada está de los fresnos del Pirineo. No te has contaminado con las corruptoras costumbres de los extraños. Esta noche pasada, los sueños me han anunciado tu venida. Aitor, el próbido Aitor, o sus invisibles mensajeros. Ellos me han dicho: vendrá, vendrá, y te traerá secretos, y nuevas, y consolaciones. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Por qué te has callado años enteros? ¡Pero ya has venido, y te has acordado del plenilunio, y llegas a celebrarlo conmigo, con la familia de Aitor, a usanza de nuestros mayores!... Cantemos, sí, cantemos las canciones primitivas; repitamos juntos las glorias de nuestros antepasados, y adoremos en la cumbre al Señor de las alturas. ¡Consuelo inefable para Amagoya tener en quien depositar el tesoro de tradiciones que desde la corrupción de las tribus sobrenada incólume en mi pecho! Sí, cuando Jaungoicoa infunda a mis párpados perdurable sueño, y transporte mi espíritu a los palacios defendidos por nieves eternas, ese depósito pasará de mis brazos a los vuestros para que lo transmitáis a las tribus éuscaras y se conserve puro hasta la consumación de los siglos.

¿Qué pasaba entonces por el alma de Teodosio? Ni él mismo lo podía decir. Vefase llamado Asier de Amagoya, el *chori* (ave) de las canciones vascongadas; esto es, el amado, el predilecto, la prenda querida de aquella mujer que por primera vez fijaba en él sus miradas. Vefía anunciada, sin embargo, su venida y el objeto de su viaje, antes de que él se hubiese decidido a emprenderlo. ¿Quién era Amagoya? ¿Quién era aque-

Illa anciana de blancas vestiduras y nevada cabellera? ¿Una loca, o quizá una adivina, una maga, una sacerdotisa en comunicación constante con espíritus infernales?

Estas dudas se agolparon al entendimiento de Teodosio como un remordimiento, al mismo tiempo que se sentía fascinado y seducido por aquel misterio inexplicable que le colocaba de repente, no sólo bajo el amparo, sino bajo el cariño y predilección de la mujer que tenía en sus manos, por confesión de todos, el corazón de la hija de Aitor.

Mirábala con asombro, con supersticioso respeto unas veces, con desconfianza otras. Miraba a su Amaya, que permanecía inmóvil, cada vez más oculta y rebozada en su manto, silenciosa, y sólo de cuando en cuando agitada por súbito estremecimiento. Miraba a Lartaun, que se había levantado impaciente, pero sin atreverse a romper aquel encanto, aquella especie de magia que formaba el ambiente de la roca. A nadie era dado contener aquel torrente de exaltación éuscara que brotaba con ímpetu del pecho de Amagoia. Pero como ésta acababa de hacer una pausa, el hijo de Goñi, queriendo aprovecharla, y sin saber lo que iba a decir, contestó a la hija de Aitor:

—Escuchadme, Andria...

—¿Por qué me llamas *Andria* (señora), y no *Amá* (madre), ya que tantos años hace que no resuena en mis oídos tan dulce nombre? ¡Hijo mío!—exclamó, tendiendo sus blancas palmas sobre la tostada frente del joven.—¡Caigan sobre tu frente las bendiciones de Dios, como la nieve en copos sobre los picos del Pirineo! ¡Multiplíquense tus rebaños como flores en primavera! ¡Raudales de miel broten para ti las hendidas rocas, y

si los osos te la disputan, vuelve cargado de su piel para el lecho de tu esposa! Tú serás el cumplidor de los designios de Dios acerca de nuestra raza.

—¡Yo! ¡Yo quiero serlo! Yo lo seré.

—Tú restaurarás los límites de su primitivo asiento.

—¡Yo!

—¡Tu nombre será aclamado por los ancianos que se sientan en torno del árbol sagrado!

—¡Mi nombre! Estáis profetizando... ¡Dios habla por vuestra boca!...

—¡Tú el primero te sentarás en el *Batzarre*, antes que tus cabellos se hayan encanecido al soplo asolador del desengaño! ¡Tú llevarás el *lauburu* a la victoria, arrastrando tras él hasta mujeres y niños!

—¡Sí, sí!—contestaba Teodosio, como arrebatado en el remolino de aquellos delirios.

—Tú volverás cargado de armaduras de hierro, como de anillos de oro nuestros padres después de sus batallas con los romanos.

—¡Si, sí, yo seré rey! ¿Pero me conocéis? Decid mi nombre para disipar toda duda. Decidlo delante de Lartaun y de la hija de Aitor que nos escuchan—dijo Teodosio haciendo un supremo esfuerzo para hablar, abrumado bajo el peso de aquellas débiles manos, vencido por el magnetismo de tan férvido entusiasmo.

Pero en aquel instante llegaba el astro a su plenitud; el borde de la negra nube se festonaba con claridad amarillenta, y la luna se levantó del lecho funeral, arrojando el sudario con toda la majestad de reina de la noche.

—¡Silencio ahora, silencio todos!—exclamó Amagaya, y se quedó contemplando el luminoso disco con la ansiedad del niño que presencia por vez primera

la aurora boreal.—Calle ahora la voz de nuestras pasiones—murmuró con los ojos fijos en el astro, como si se hablase en un templo;—callen las pasiones, callen las esperanzas, y hable sólo la antigüedad por boca de la tradición. Lo presente y lo porvenir ceden la plaza a lo pasado. Salve—prosiguió alzando la voz,—dulce *ilargúa*, luz de los muertos, emblema de los tiempos que han pasado, astro consolador, que lloras con los que lloran, y ayudas a meditar a los que piensan. ¡Yo te saludo esta noche con más efusión de espíritu que nunca! ¡El Señor que te presta esa templada luz, cien veces más alto que tú y la más alta de las estrellas, me envía nuevo oyente para mis canciones, eco nuevo para mis plegarias, un corazón que llora, como los corazones aquí reunidos, la profanación de la tierra de Aitor, el incendio de su casa, la muerte de mis deudos, la corrupción creciente del pueblo vasco! ¡Ay! Años ha que semejante consuelo me era negado.

»Antiguamente, hijos míos, representantes de las siete tribus se reunían, las tres primeras noches de luna llena, alrededor del árbol del consejo. Allí escuchaban la voz de los adivinos que, revestidos de blanco, revelaban a la muchedumbre la religión y la historia de sus antepasados. Retirábanse después, y acababan de pasar la noche cantando y bailando a las puertas de sus casas, y todos se daban el dulce nombre de hermanos. Ahora una pobre mujer usurpa a los adivinos su cándido ropaje para que no deje de haber labios que canten las glorias de la *escualerría*; pero suelta la voz, y no tiene muchas veces más oyentes que las rocas.

Calló la Adivina dejando caer la barba sobre el pecho, y a su acento sonoro y privilegiado sucedieron los

misteriosos rumores de la noche. Las estrellas cruzaban temblando la inmensidad del firmamento; la luna, cándida como el pensamiento de un niño, ascendía con la serenidad del inocente. A sus dulces rayos iban tomando misteriosa forma las bellezas de aquel hermoso valle.

Los riscos parecían de plata no bruñida; entre los negros bosques resaltaban cenicientos caseríos, cascadas semejantes al acero pulimentado, y el río, tan pronto obscuro como la boca de una cueva, tan pronto compitiendo en claridad a la misma luna, y por último, allá a lo lejos inmensa planicie que trazaba un arco perfecto en el horizonte. Era el mar, adormecido, al parecer inmóvil, terso como un espejo que, sin embargo de su aparente adormecimiento, ensordecía con sonoro estruendo los murmullos de las selvas, el bramido de los torrentes, la voz de las montañas.

Era imponente aquella vasta soledad de tierra, y mar, y cielo, dominada por la voz de una mujer de blanca cabellera.

Ni Lartaun, ni su hija, ni el recién llegado, subyugados por impresión extraña y superior a su voluntad, podían mover los labios; mirábanse recíprocamente los dos amantes, pero sólo se atrevían a mirarse; y Amago-ya, con majestuoso ademán, asió el arpa que a sus pies yacía, y apoyándola sobre el peñón en que estuvo reclinada, hizo vibrar las cuerdas del instrumento y lanzó sonidos tan sencillos como armoniosos, que debieron ser acogidos con gratitud por toda la naturaleza.

Teodosio, completamente fascinado, cayó a sus pies y exclamó con trémulo acento:

—Cantad, Amago-ya; cantad, hija de Aitor, que ya os escucho.

CAPÍTULO X

**De cómo resolvieron los ancianos que Ranimiro
fuese ejecutado en Aitormendi.**

Cuadros magníficos o patéticos hay en la naturaleza que no acaban de excitar nuestra sensibilidad sino en virtud de causas muy leves en apariencia. Los estamos contemplando en confusa admiración o vaga y nebulosa melancolía, pero la sensación que nos producen no alcanza a conmovernos. Súbito rayo de luz serpea entonces por el paisaje; una banda de palomas cruza por el horizonte; el balido de una oveja nos hace volver los ojos hacia puntos de vista en que apenas nos habíamos fijado, y llega el sentimiento a su plenitud y se desborda.

Aquella nueva luz, aquel peregrino objeto, aquellos sonidos inesperados ponen en movimiento las fibras del entusiasmo, del placer o dolor adormecidos; son el último toque que necesitaba el lienzo para la armonía del conjunto, la gota de agua que hace rebosar el vaso, el soplo del niño que enciende la hoguera devoradora de selvas y ciudades.

Tal es la más benigna explicación que puede darse a la conducta del hijo de Goñi. Todo, al parecer, se estremecía en torno; al vibrar las cuerdas del arpa de Amagoya hubiérase dicho que palpitaba el corazón de los Pirineos.

Pero no disimulemos la verdad, por dolorosa que sea; el tributo del cristiano a la pagana de Aitormendi en aquella noche gentilica, en el solemne momento de la reaparición del astro misterioso, era algo más que

fascinación poética: era debilidad, casi una caída. Dios humillaba con ella a Teodosio para enseñarle a purificar la intención de obras que sólo por altísimos fines debían ser emprendidas, a buscar medios adecuados a todo recto fin. Dios le llamaba por segunda vez, dando nuevo aldabonazo a su conciencia, mostrándole que no estaban limpias de barro mundanal las que le parecían nobles empresas al ambicioso joven, que han de ser inmaculadas las víctimas del sacrificio.

Aunque por diferente manera, también la anciana de Aitormendi había experimentado cambio repentino; el fuego de la inspiración encendía sus miradas y arrebolaba sus mejillas; sublime expresión de orgullo, duelo y ternura, dejaba vislumbrar en aquel ruinoso edificio toda la gracia y belleza de que el arquitecto muchos años atrás le había revestido. A no ser por el tocado de cabellos blancos, profusamente derramados por los hombros de la cantora, cualquiera en aquel instante la habría tenido por joven. El Genio, revolando en torno, había borrado con sus alas las injurias del tiempo y de los pesares en el semblante de Amagoia.

No podía ésta dispensarse del preludeo al uso vascongado; y después de haberse recogido un momento dentro de sí misma, comenzó a cantar:

Asier ha muerto, me dicen;
el mar lo tragó iracundo,
y la promesa de Aitor
quedó convertida en humo.

Pero vive Asier; conmigo
celebra ya el plenilunio,
y el principio será el fin,
principio y fin serán uno.

Terminada la introducción, sintiéndose Teodosio abismado en vergüenza y remordimientos, volvió los

ojos como queriendo interrogar con ellos a los testigos y cómplices de su falta. Pero Lartaun y su hija, dándole, aunque paganos, ejemplo de dignidad, habían desaparecido.

No quiso consentir sin duda el padre de Amaya en aquella intempestiva exaltación del nombre de Asier, ni permitir memorias peligrosas de amores, tal vez mal sepultados en olvido.

Asiendo a su hija de la mano, le dijo murmurando y resentido:

—Vámonos de aquí. Tu tía está loca, pero nos ofende hasta en sus locuras. Tenemos que poner remedio radical.

—No hay más que uno—le contestó Amaya.

—Sí, hacernos cristianos, cuando los cristianos vienen a idolatrar en la luna—repuso Lartaun con sarcasmo.

Bien purgaba sus faltas el caudillo de Goñi. Delante de los gentiles a quien quería convertir, pasaba por idólatra; delante de Amagoya, cuya influencia quería conquistar, llevaba el nombre del mancebo que, si viviera, sería elevado al trono en brazos de la Adivina, y delante de la doncella a quien amaba, se le confundía con el rival favorecido. Las pruebas de cariño, de consideración y respeto que Amagoya daba a su hijo adoptivo, después de tantos años de muerto, debían arrancar del corazón de Teodosio toda esperanza en la protección de aquella mujer, que sólo vivía de lo pasado, que sólo amaba lo perdido. Él, antes que Lartaun y Amaya de Butron, debía protestar con energía, ya que no de palabra, con su retirada al menos, contra la alucinación o desvarío de la pagana.

Pero el abismo llama al abismo, y el arrogante, el

altanero caudillo, permaneció todavía inmóvil bajo la pesadumbre de esta nueva vergüenza.

Quizá le había herido el ejemplo de Lartaun, quizá se rebeló su soberbia contra él por lo mismo que le había dado lección de dignidad; y por disculparse a sí propio, no vacilaba en acusarle de ligereza.

—¿No es la equivocación de Amagoya descarrío pasajero? ¿No es verdadera insensatez?—decía para sí.—¿A qué darse por ofendidos de ilusión tan desnuda de fundamento? ¿Qué importancia y valor puede tener en boca de una madre el recuerdo del hijo que fué pasto de los peces hace tantos años?

Amagoya prosiguió tras de breve pausa.

Lo que vamos a escuchar no era canción, propiamente hablando, sino recitado en prosa semipoética, interrumpido de cuando en cuando por los acordes del arpa. Tenía por argumento la primitiva historia del pueblo éuscaro y su religión, contaminada ya de leyendas mitológicas. Semejantes noches estaban consagradas a la tradición que la hija de Aitor quería conservar en toda su pureza. Pero en vano: las manos del hombre manchan cuanto tocan. Por eso la religión divina, a divinas instituciones tiene que estar encomendada.

La noble anciana, haciendo resonar el instrumento con notas graves y llenas, comenzó su relato, dando a su voz cierta modulación que hacía verosímiles las fábulas de Orfeo y Anfiön, ponderados músicos de Grecia.

«Los padres de Aitor descendieron de los montes de Ararat, entre los cuales se encumbra el de Gorbeya, donde encalló el arca después del diluvio. Secreta inspira-

ción les impulsaba a repoblar la tierra de Occidente, y al pie del Cáucaso alzaron sus tiendas, orillas de los ríos meridionales que se llamaron *iberos*, o ríos calientes. Permanecieron allí luengos años, hasta que, molestados con las depredaciones de los vecinos celtas, que codiciaban sus rebaños y pingües cosechas, dijo Aitor a sus hijos y deudos:—No hay campo estéril cuando la paz es su rocío. Busquemos paz y dejemos los verjeles. El paraíso del hombre no está en la tierra.

»Levantaron sus tiendas, abandonaron con pena sus templados ríos, y peregrinando por la costa del mar interior, llegaron con sus rebaños a la Aquitania.—¿Adónde van, preguntó el patriarca, esas palomas que al entrar el invierno cruzan estas llanuras? La paloma es símbolo de paz. Hijos y deudos míos, vamos a ver dónde se posan esas aves; donde ellas descansan, descansaremos nosotros; donde ellas duermen, anidará la ventura.»

«Y siguió peregrinando con sus hijos y sus deudos, sus tiendas y rebaños; las aves que emigraban del Norte eran su guía. Una noche de plenilunio alzó los ojos para contemplar el firmamento y quedó sorprendido con la plateada cima de los Pirineos.—¡Adelante, muchachos, exclamó: *aurrerá, mutilla!* Tomemos posesión de estos montes, y no salgamos nunca de sus valles. El hombre ha de vivir al lado de su tumba, y sepulcro de Aitor serán los Pirineos.

»Y los siete hijos del anciano se repartieron entre sí la montaña occidental para vivir en torno de su padre, como una cuadrilla se reparte la hogaza en la hora de descanso para seguir trabajando a porfía. En los abrigos del monte dormían las palomas.»

«Pero los deudos del patriarca, a quienes quedaba el resto de la cordillera, murmuraban:—Las palomas duermen en estos rincones y se van. Nosotros hemos descansado y seguimos su camino. Vemos grandes planicies al Sur, que deben de ser fértiles riberas; llegan aquí purísimas auras perfumadas. Vamos a beber el agua de esos ríos; vamos a probar la fruta de sus bosques olorosos; vamos a repartirnos el campo feraz del Mediodía.—Dejadlos ir, hijos míos, repuso Aitor, y no murmuréis de mi elección. ¿Queréis ser ricos para ser esclavos? Seguidlos, tendeos por la campiña. ¿Queréis ser libres aunque olvidados y pobres? Quedaos en la montaña.

»Ninguno de sus hijos abandonó a su padre, el cual, en acción de gracias, adoró al Señor de lo alto en las alturas.»

«¿No veis el estrellado firmamento todo teñido de rojo? ¿Quién ha encendido esas inmensas hogueras en las faldas del Pirineo? Los metales de sus entrañas corren derretidos, como torrentes de nieve desatada. ¿Ha perecido la familia de Aitor? ¿La ha castigado Jaungoicoa por haber abandonado las tiendas de su padre? No, que el sabio patriarca ha dicho:—El suelo está virgen y las selvas son impenetrables; abrasemos los bosques de las riberas, y tendremos campos para el cultivo y praderas para el ganado.»

«Así terminó la peregrinación de Aitor; las cabañas sucedieron a las tiendas, las mieses alternaron con las frutas, los rebaños se multiplicaron. Yacía al fin mori-

bundo en su pajizo lecho, y sus siete hijos le contemplaban en torno. El color del anciano era ya semejante al de su luenga barba; pero su mirada, serena. El justo no teme la muerte.—Hijos míos, exclamó, las aguas han inundado la tierra, pero no han anegado sus crímenes; las islas se han hundido, pero los errores han sobrenadado. Mirad otra vez al mundo contaminado con la idolatría. Pero mis hijos no adorarán neciamente la obra de sus manos. Creed en un solo Dios remunerador, y obedeced a vuestros padres. El padre es legislador y maestro; fuera de casa, padres son los ancianos. Las riquezas que he traído, sepultadas quedan en las entrañas de la tierra. Os dejo la pobreza por prenda de ventura, y las rocas por herencia. No seáis conquistadores, y no temáis ser conquistados.»

«Dijo Aitor, y fué besando a sus hijos, y con el ósculo postrero rindió su postrer aliento. ¿Veis la cumbre más alta de los Pirineos, que aún conserva los primeros copos de nieve que la cubrieron? Aquella cima, parece increíble, goza de suave y regalado ambiente. Palacio, a nuestros torpes ojos invisible, ostenta allí majestuosos lienzos de oro y piedras preciosas. Hay en torno verjeles encantados que Maitagarri, doncella más hermosa que la estrella de los pastores, recorre cabalgando en gamo ligero como el viento. En gruta de cien y cien columnas cristalinas retiene en dulces prisiones al gentil Luzaide, al mancebo querido de su corazón. La mirada de los esposos es como el primer rayo de sol tras luengos días de nieblas y densas nubes; su sonrisa como la miel, y en cuanto al eco de su voz... ¡Venturoso mil veces el que lo llegue a percibir! Un

solo trino de su garganta nos transporta; cualquiera de sus canciones bastaría para hacernos felices toda la vida. Aitor habita en aquellos verjeles, y si tal es la dicha de Luzaide y Maitagarri, figuraros cuál será la de nuestro padre, el mejor de los mortales.»

«Pero el idólatra, el perjuro, el que menosprecie los consejos del padre y los ancianos, las leyes, usos y costumbres de sus mayores; el que no crea en la venida del Asier, del Libertador, que no espere arribar a la mansión bienaventurada. En el fondo de la tierra hay un lago encendido; serpiente de fuego (1) se apodera de los malos, se enrosca en torno de ellos y los aprieta y estruja sin piedad. Cada anillo del reptil les hace sufrir un tormento distinto. ¡Desdichados de aquellos que desoigan los últimos mandatos de Aitor!»

La voz de la cantora se fué obscureciendo por grados, y al concluir el relato quedó ahogada entre sollozos. Ya no tuvo valor Amagoya para añadir la conclusión correspondiente al prelude. Pero exclamó prorumpiendo en amargo llanto:

—¡Qué triste es pensar, amigos míos, después de esta amenaza, que sólo nosotros y algunos pastores de nuestros valles somos los únicos de las siete tribus que estamos hoy celebrando la *Jaiarin* (noche alegre) del plenilunio, a usanza de nuestros mayores!...

Y dejó caer la frente abrumada, abandonando el ins-

(1) *Leheren*, de *Lehen*, primero, y *Eren*, último. Esta fábula, confusa reminiscencia de la serpiente infernal, lleva en sí la creencia de que el fuego de la creación será el destructor de lo criado.

trumento, que al rozarse con la roca lanzó un gemido armónico. Parecía que la montaña misma suspiraba al recuerdo de las costumbres de sus primitivos moradores. Pero semejantes palabras, que envolvían injustos y terribles cargos contra los cristianos, punzando como dardos la conciencia de Teodosio, le hicieron volver en sí y despertaron al fin su valor, obligándole a exclamar con fe más viva que nunca:

—Alzad la frente, Amagoya; nuestro patriarca lo ha dicho: el paraíso del hombre no está en la tierra. Soy cristiano; sedlo vos, y subiréis a cielos más altos que los soñados verjeles de Maitagarri.

La hija de Aitor no comprendió al pronto estas razones. Sumergida en el piélago de la tradición, hallábase a gran distancia de lo presente; y al oír la voz del joven sólo experimentó cierta sensación desagradable y extraña. Sintió murmullo inusitado y confuso que turbaba la armonía de la noche de sus padres, de aquellos ecos y suspiros que al cruzar, evocadas del sepulcro, lanzaban otras edades. En medio de aquel concierto de luna y estrellas, de mar y de bosques seculares, del diluvio, de iberos y celtas, de reminiscencias patriarcales y mitología éuscara, notó que un instrumento desafinaba, y volvió el rostro con el gesto desapacible de un gran director de orquesta.

Miró fijamente a Teodosio, y como la luna diese de lleno a la sazón en su semblante, por vez primera cayó en la cuenta de que el personaje que le interrumpía era para ella completamente desconocido.

—¿Quién eres?—le preguntó sin acordarse de que hasta entonces le había dado el misterioso y profetizado nombre de Asier, dedicándole el exordio del recitado.

—Soy Teodosio—respondió éste,—hijo de Miguel, señor de Goñi, y de parte de Dios vengo a traeros grandes nuevas y consuelos, si queréis mostrarnos digna de favor tan señalado.

Y aquella mujer de miras elevadas, aquel carácter de primera magnitud, paró mientes en una pequeñez, se detuvo en meras palabras.

—¡Teodosio!—le contestó.—¡Nombre de enemigos, nombre de romanos! ¡Miguel! ¿Por qué se ha de llamar Miguel un vascongado? ¿Qué significan Miguel y Teodosio en la lengua de Aitor? ¿Será que el *escuara* no tenga ya palabras que aplicar a los éuscaros?

Pero saliendo bruscamente del orbe tradicional, que formaba como el círculo mágico en que estaba encerrada, añadió frunciendo las cejas que, blancas y plateadas por la luna, parecían dos arcos nevados:

—Y entonces, ¿cómo has usurpado el nombre del hijo a quien estoy esperando? Si eres cristiano, ¿cómo has osado llegar hasta aquí? ¿Por qué vienes con mentiras y por caminos desusados a sorprender a la familia de Aitor en coloquio con las sombras de sus padres? ¡Hazaña digna, por cierto, de quien anda mendigando nombres a griegos y judíos! ¿Por qué no hablas latín? ¿Por qué os expresáis los cristianos en la lengua de un pueblo al que desde la cuna os enseñan a tener en menosprecio?

—Amagoya, todo lo bueno es cristiano; y si por serlo yo no me tenéis por vasco, las siete tribus de Aitor quedan hoy reducidas a vuestra casa.

—¡Joven!—exclamó la anciana, inclinando otra vez la cabeza sobre el pecho, como azucena que principia a perder su lozanía.—Gran verdad acabas de decir, por insolente y triste.

—Ni triste ni insolente en mi intención, porque os quiero bien, y tenéis títulos al amor y respeto de todo vascongado.

La frente de Amagoya quedó desarrugada y tersa como el marfil de una torce antigua.

—¿Dónde está la prueba de tu respeto? ¿Dónde la de tu cariño?

—Olvidándolo todo, hasta mis padres, vengo de lejanas tierras a traeros noticias que ni soñadas las pudierais imaginar más gratas.

—¿Sois mensajero de Asier?

—Soy mensajero de la cruz.

—Mi cruz es el *lauburu*; no quiero más.

—Sed cristiana, Amagoya, y para vos, y para mí, y para toda la *escualerria*, las dos cruces serán una.

—¿Y son esas, por ventura, las nuevas y consolaciones que me traéis? ¿Sólo para repetir lo que vuestros monjes me han dicho en vano cien y cien veces has venido esta noche de tradición y abandonado a tus padres? Hijo de Goñi, yo no puedo ser cristiana; no lo seré jamás.

Negras sospechas cruzaron entonces por la mente de Teodosio, que al concebirlas retrocedió un paso y le dijo con espanto:

—¿Seréis, por ventura, de la secta de Basurde? ¿Creéis en Dios, hija de Aitor?

—¿Qué preguntas son esas? ¿No creían en Dios, no amaban a Dios mis padres?

—¿Pero sois algo que vuestros padres no fueron?

—¡Yo! Pues de ser otra cosa que nuestros antepasados, ¿no sería ya cristiana?

—¿No pertenecéis a la secta de los astrólogos?

—Para mí no se han hecho las sectas ni las mudanzas; sólo pertenezco a Dios y a mi pueblo.

—¿Qué significan entonces esas figuras de la orla de vuestro manto? ¿No son cosas de astrología?

—¡Qué de cosas ignoráis los vascos de nuevo cuñol! Estos signos celestes de nuestros antiguos adivinos sólo quieren decir que el Señor de lo alto está sobre la luna, el sol y las estrellas, como mi frente sobre la fimbria de mi manto.

—Amagoia, sois cristiana de entendimiento; ¿qué os falta para serlo de corazón? Adorar esta cruz, gloria y esperanza de nuestros mayores.

Y diciendo estas palabras con una firmeza que acabó de disipar hasta la sombra de su pasada debilidad, sacó del pecho el brazaletes.

—¡La joya de la goda! ¡El amuleto de Lorea!

—La cruz de vuestra hermana primogénita, el *lau-buru* que ha guardado y protegido hasta ahora la clave del secreto de Aitor. Aquí, aquí estaba encerrado.

Y Teodosio abrió el seno del brazaletes y se lo mostró a la pagana.

—¡Estaba! ¿Y dónde está ahora? ¿Quién nos lo ha robado?

—Lo guarda la misma a quien se lo encomendó Lorea.

—¡La local!

—Que ha recobrado el juicio.

—¿La renegada?

—La cristiana, que ha prometido entregar el tesoro...

—¿A los cristianos, a los godos?

Y como Teodosio guardara silencio por no mentir ni saber cómo revelar verdades que exaltarían la fantasía de la Adivina hasta el paroxismo, prosiguió ésta:

—¡A los cristianos! ¡A los malvados sacrilegos que incendiaron el caserío de mis padres!

—¿Quién le dió fuego?

—¿Lo dudáis? El godo, el cristiano, el execrable Ranimiro.

Algo podía alegar Teodosio en favor del conde de Pamplona; algo tenía el deber de decir después de haber oído a Petronila; pero se calló. Le convenía para sus miras personales que el padre de la goda fuese condenado a muerte para que desapareciera aun la más remota probabilidad de que la princesa disputara sus derechos a la hija de Lartaun, y guardó criminal silencio acerca de este punto capital... Quiso, en cambio, transigir con su conciencia, volviendo por el honor de la ultrajada fe.

—Hoy menos que nunca—dijo—podéis hablar mal de los cristianos; porque cristianos y vascongados son los que ayer han cautivado a Ranimiro y su hija, la hija de vuestra hermana primogénita; cristianos quienes los tienen encerrados en mi castillo; cristiano el que os viene a traer la noticia, porque sois, a pesar de todo, la hija de Aitor, la heredera de su casa y de su valle, el único ídolo del pueblo vasco.

Amagoya no sabía qué decir: dudaba de lo que oía, y no podía negarlo; se gozaba en su triunfo, pero vaga, confusamente, sentía que aquel triunfo no era suyo.

—¡Oh! ¿Dices la verdad?—exclamó al fin.—¿No me engañas? ¿No te burlas de mí? ¡Ranimiro! ¡Ranimiro en nuestro poder! ¡Véalo yo!

—¿Y por qué no? ¿Por qué no habéis de venir conmigo a Val-de-Goñi a conocer a quien ha deshonrado a la familia de Aitor, incendiado vuestra casa, asesinado vuestro marido y azotado sin piedad al pueblo vasco? En Gastelúzar os lo guardamos prisionero; en el

castillo de mi padre, cuyo cuarto hijo pereció a manos de ese godo.

—Su sangre, toda su sangre necesito para mí, ¡y esparcida por el suelo de este valle!

Y volviéndose Amagoya a todos lados, añadió:

—¡Amaya! ¡Lartaun! ¿Lo habéis oído? ¿Por qué guardáis silencio? ¿En dónde estáis, hijos míos?

—¡Aquí están vuestros hijos; aquí está vuestro pueblo!—exclamaron los principales ancianos de Aitor-mendi, subiendo por la cuesta del cerro y asomándose ya a la planicie de la cumbre.—Aquí venimos, porque en esta noche no debemos estar separados.

Y un joven desconocido que andaba entre ellos se acercó a la Adivina, y murmuró misteriosamente a su oído:

—Aquí está el mensajero de Asier que les ha traído la noticia.

Amagoya no sabía lo que le pasaba. Unó de los ancianos la cogió del brazo, y llevándola al borde de la roca, le dijo tendiendo su derecha hacia el valle:

—¡Mirad!

Todo estaba iluminado. A la puerta de los caseríos ardían sendas hogueras, alrededor de las cuales saltaban y bullían ancianos y muchachos, mujeres y niños, como fantásticas visiones. Las paredes de las cabañas parecían sonrosas; las ramas de los árboles parduzcas; los troncos rojos, y los ríos como de lava. La nueva de la prisión de Ranimiro era ya de todos conocida y por todos celebrada. No sabiendo cómo expresarse la hija de Aitor, dió un grito, el grito de los vacos, el clamor de triunfo.

Y un momento después resonó en todo el valle; pero repetido por todas las gargantas, por todos los ecos,

atronador, inmenso, grito de júbilo en que iba envuelto el de venganza. Y todas aquellas gentes que brincaban y cantaban en torno de las hogueras lanzáronse movidas por un mismo impulso hacia la roca de Aitormendi. Si la prisión del invencible godo fué para todas las tribus importantísimo suceso, en el valle de Aitor debía resonar con acento más poderoso y enérgico que en ninguna parte. Aquellos montes, teatro de los mayores crímenes que al aborrecido magnate se le imputaban, mudos testigos de la humillación éuscara, guardaban los ecos del rencor y la vergüenza de veinte años.

—Hasta aquí—se decía,— hasta aquí penetraron los godos; hasta aquí llegó Ranimiro. Antes que él, nadie, después de él, ninguno. Aquí perpetró sus crímenes, y hasta ahora nadie los ha vengado.

Por eso la noticia se celebró como un triunfo; por eso el grito de triunfo, en los dominios de Amagoya se confundía con el grito de muerte.

Ante aquella muchedumbre que se agolpaba hacia la roca para felicitar a la señora del valle, y celebrar con ella la próxima desaparición de la mancha que el godo había dejado en el solar patriarcal, Amagoya asió el arpa con mano convulsa, y con paso audaz y frenéticas miradas lanzóse por la montaña abajo al encuentro de los suyos; y una vez en la puerta del caserío, con majestuoso ademán les impuso a todos silencio, y comenzó a cantar el himno de Lecobide, el suspiro más lejano, más antiguo que nos ha dejado la musa éuscara, como un eco de la primitiva independencia, eco de vida que va repitiendo la santa libertad de todos los siglos.

Cantaba transportada, con un entusiasmo y, por con-

siguiente, con una fuerza, con una inspiración cual nunca igual había sentido:

Han hecho el último esfuerzo
los romanos vagabundos;
pero en Vizcaya resuenan
gritos y cantos de triunfo.

Señor es del mundo entero
Octavio, César Augusto;
Lecovide, de Vizcaya,
caudillo del pueblo éuscaro.

Cercado nos han por tierra,
cercado del mar profundo;
suyos son llanos y playas,
los montes nuestro refugio.

Y apostados en la cumbre
y de la selva en lo obscuro,
no hay corazón que desmaye,
ni rostro pálido y mustio.

Si tuviéramos su apresto
no nos diera miedo alguno;
pero la artesa está pobre
y sin harina a menudo.

¿Qué importa que el cuerpo ciñan
con mallas de hierro duro?
Más ágiles y más sueltos
vamos nosotros desnudos.

Día y noche, año tras año,
cinco van de ataques rudos.
De ambos lados muchos caen;
del suyo, ciento por uno.

Pequeñas tribus nosotros,
y gentes ellos sinnúmero;
nos tienden al fin la mano,
paces hacemos por último.

Carga que soporten ellos

sobre sus hombros robustos,
podemos llevar nosotros
y sin encorvarnos mucho.

Si orgulloso corre el Tíber,
avasallador del mundo,
Uchin Tamayo y los vascos
quedan con gloria y sin yugo.

Avecillas saltadoras
pican los troncos más duros,
y con su pico desgajan
brazos de robles copudos (1).

Ayer Basurde y Lorea
descendieron al sepulcro;
mañana mismo, tras ellos,
descenderá su verdugo.

Todo excitaba el entusiasmo, todo concurría a la exaltación: la noche, las hogueras, la voz robusta, vibrante y arrebatadora de la Adivina, su traje de sacerdotisa, su figura venerable por las canas, y llena de vigor y lozanía por el estro que la inspiraba; pero principalmente la noticia, la gran noticia del cautiverio de Ranimiro, recibida en congregación de mucha gente, en horas desusadas y de fiesta.

(1) Esta canción es intraducible e inimitable tanto en verso como en prosa; los idiomas modernos quedan vencidos por la sencillez, concisión y energía del original. En la necesidad de recurrir a la perífrasis, he dado la preferencia al verso, pues que de poemas se trata. Hay críticos que niegan la autenticidad, es decir, la remotísima antigüedad de este canto. Para negar un prodigio de la tradición, hay que reconocer otro mayor, el de semejante falsificación. El primero, me lo explico; el segundo, no. De todos modos, dejo la cuestión intacta para los eruditos. Resuélvase como se quiera, creo que no podrá argüirse de falta de verosimilitud al novelista por haber puesto tan singular canción en boca de Amagoia.

Así es que cuando Amagoya cerró su poema de Lecovide con alusiones que en el lenguaje político de nuestros días pudiéramos llamar *de circunstancias*, elevóse de todo el valle clamor indescriptible de furor y venganza contra el magnate godo, contra todos los suyos. Aquel grito era su sentencia sin más proceso ni apelación.

No se concebía siquiera la posibilidad de que se perdonara la vida al que hasta allí había llegado con los soldados godos; al que allí mismo había puesto sus sacrílegas manos en el venerado caserío del patriarca éuscaro, y quemado viva a la hija de Aitor, y asesinado al marido de Amagoya, retirándose luego impune, sin perder un hombre, sin un herido...

Era la gloria misma del godo, deshonra del valle, afrenta de los paganos, y no había remedio: los hombres pueden ser generosos; las muchedumbres desnudas de caridad cristiana siempre han sido implacables.

—¡Sí, sí!—gritaron las turbas.—¡Aquí, aquí han de morir Ranimiro y su hija!

Los que se hallaban más cerca de la cantora, que eran los ancianos, a quienes mozos y jóvenes de uno y otro sexo, por hábito o por instinto, dejaban siempre el sitio preferente, celebraron un consejo en breves momentos; y pocas palabras les bastaron para acordar unánimes que Ranimiro quedaba condenado a muerte, que la señora de Aitormendi debía reclamarlo como suyo y ejecutarse la sentencia precipitándolo de lo alto de aquella roca.

Entre tanto Amagoya volvía a todas partes los ojos, echando de menos a sus más próximos deudos; y preguntando al fin por ellos, supo que, al descender de la cumbre, habían tomado el camino de Aitorechea. La

anciana interpretó tan brusca resolución como protesta de Lartaun contra las esperanzas que ella abrigaba acerca de la salvación y existencia de su hijo adoptivo, lo cual la exasperó más y más, y acabó de sacarla de quicio.

Pero buscaba también al misterioso desconocido de la roca, que, por cierto, no se había marchado. Oculto en las sombras del caserío, todo lo estaba observando, y embozado en su negra capa, se acercó otra vez a la anciana y le dijo con su anterior misterio:

—Si no queréis que se salve Ranimiro, no perdáis momento; dirigios esta misma noche a Val-de-Goñi.

—¡Salvarse Ranimiro! ¿Hay escualdunas tan infames que piensen en salvarlo?

—Y si queréis tener noticias de Asier, en Val-de-Goñi se os darán también.

—¿Vive Asier? ¡Mi hijo vive!

—Vive.

—¿Ama a su madre? ¿Ama a su esposa?

El embozado parecía titubear acerca de la respuesta; pero al fin contestó con desenfado:

—Siendo vascongado, ¿quién duda de que ha de ser buen hijo y esposo?

—¿Y quién sois vos?

—Un amigo del ermitaño.

—¿De Pacomio?

—No me preguntéis más.

Y aprovechando la ocasión de acercarse los ancianos a notificar a la señora del valle la resolución del consejo, se atejó el desconocido y se perdió en la sombra del bosque.

Los ancianos pusieron en conocimiento de Amagoya la sentencia que habían pronunciado contra el godo,

añadiendo que una diputación del valle partiría al amanecer a reclamar y conducir con buena escolta al reo para ser ejecutado.

—No—les contestó Amagoya,—no irá nadie en mi nombre; iré yo misma, y no aguardaremos al amanecer: saldremos al punto.

Y aquella resolución fué acogida con frenéticos aplausos, porque todos comprendieron que, aun dado caso de que el derecho de la señora de Aitormendi fuese dudoso, su influencia era irresistible; su opinión, incontrastable.

La Adivina se acordó entonces de Teodosio, que se había ofrecido a conducirla al valle de Goñi; pero el hijo de Miguel ya no tenía nada que hacer en Aitormendi y se acababa de marchar.

—Inútiles serán todos los esfuerzos de Petronila; inútiles también los de García—iba diciendo al sentir el clamor de los paganos;—quien quiera detener a las muchedumbres será por ellas arrastrado. Amagoya las manda y acaudilla; pero ¿no hay alguien que dispone de Amagoya?



ÍNDICE

	Págs.
DEDICATORIA.....	5
INTRODUCCIÓN.....	7

PRIMERA PARTE

Libro primero.

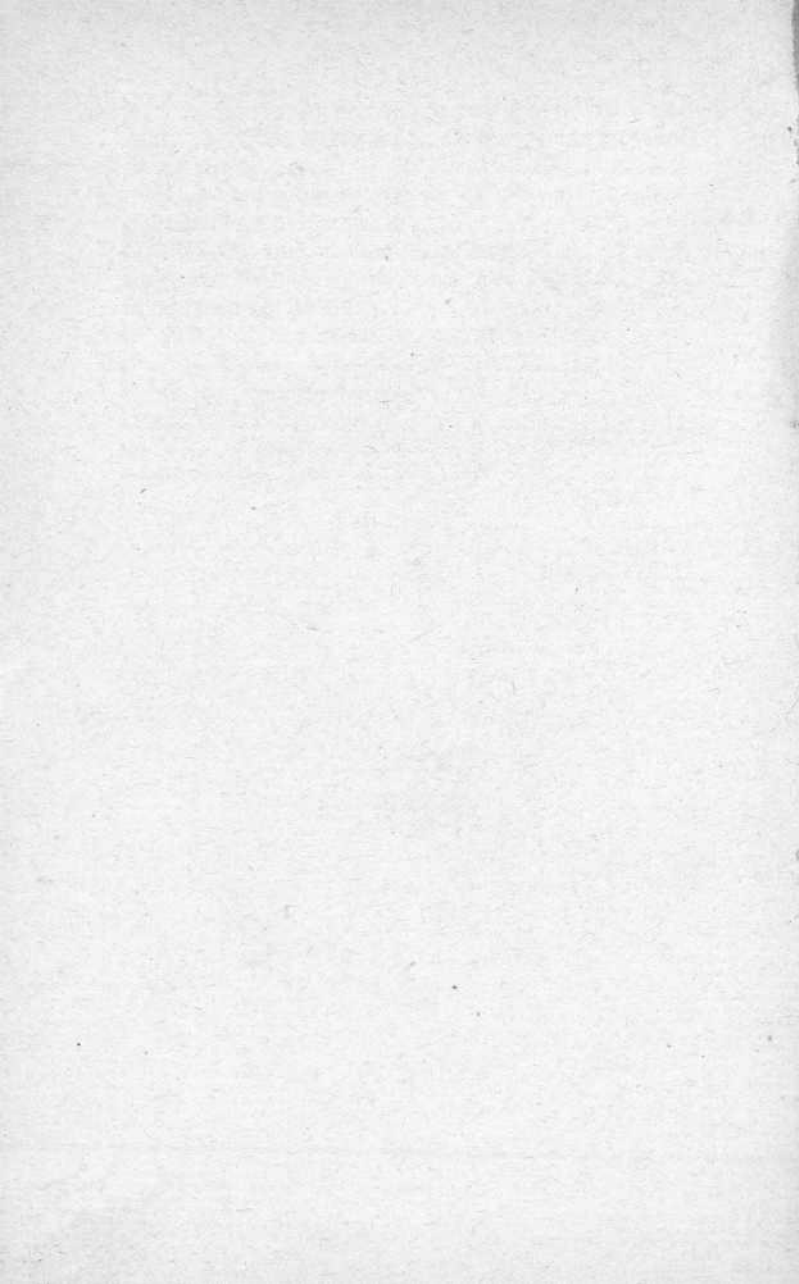
CAPÍTULO I.—Del habla que tuvieron el rey y su ministro.....	15
CAP. II.—De las hermosas vistas que tenía el castillo del ciego.....	33
CAP. III.—Música de los godos, letra de los vascos..	55
CAP. IV.—En que el tiufado comienza a contar su historia.....	69
CAP. V.—Donde se prosigue la historia del tiufado..	84
CAP. VI.—Donde se acaba el día, pero no la historia del tiufado.....	106
CAP. VII.—De cómo al fin llega el de la historia del tiufado.....	130
CAP. VIII.—Que trata de la Amaya gótica, de la romana y la vascongada.....	146

Libro segundo.

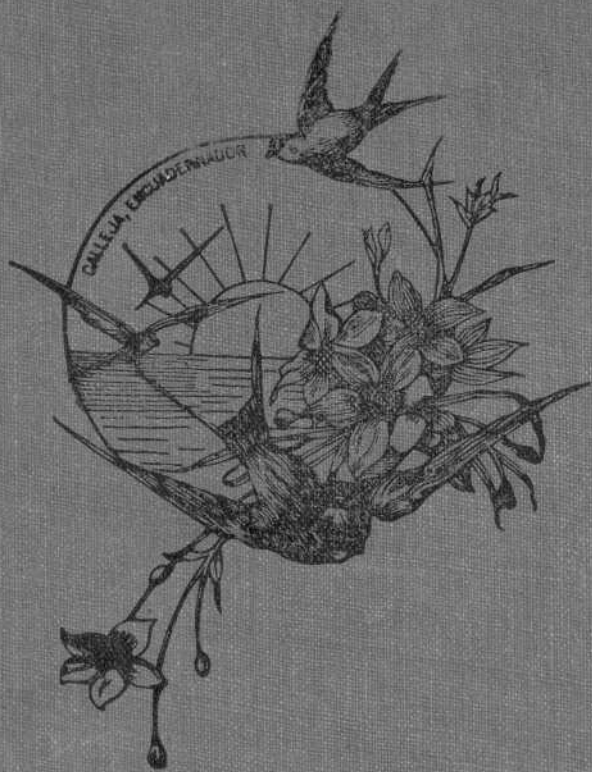
CAPÍTULO I.—Castillo de tiempo inmemorial, palacio primitivo y señores casi seculares.....	175
CAP. II.—Casa nueva y nueva vida.....	200
CAP. III.—Y cayó como cuerpo muerto cae.....	222
CAP. IV.—Que trata de batallas desconocidas y de motines hartos vulgares.....	242

CAP. V.—De cómo se fué cada cuál por su lado, excepto Lope, de quien no se cuenta que se moviera de su sitio.....	260
CAP. VI.—De los pasos que dió Teodosio en busca del brazalete de Amaya.....	282
CAP. VII.—En que se cuenta quién salió de la sima de Aralar, del habla que tuvo con Teodosio y de la boda que le propuso.....	306
CAP. VIII.—El eco de los montes de Navarra.....	329
CAP. IX.—Donde sin probarse que Amagoya fuese astróloga, resulta materialmente demostrado que tenía ribetes de astrología.....	352
CAP. X.—De cómo resolvieron los ancianos que Ranimiro fuese ejecutado en Aitormendi.....	377











N. Villoslada

Amaya



TOMO I